


PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2017

# NO SOY UN MONSTRUO

CARME CHAPARRO

(A)\*  
\*ÁMBITO  
cultural

  
ESPASA

## **No soy un monstruo**

Si hay algo peor que una pesadilla es que esa pesadilla se repita. Y entre nuestros peores sueños, los de todos, pocos producen más angustia que un niño desaparezca sin dejar rastro.

Eso es precisamente lo que ocurre al principio de esta novela: en un centro comercial, en medio del bullicio de una tarde de compras, un depredador acecha, eligiendo la presa que está a punto de arrebatar.

Esas pocas líneas, esos minutos de espera, serán los últimos instantes de paz para los protagonistas de una historia a la que los calificativos comunes, «trepidante», «imposible de soltar», «sorprendente», le quedan cortos, muy cortos.

Porque lo que hace Carme Chaparro en *No soy un monstruo*, su primera novela, es llevar al límite a sus personajes y a sus lectores. Y ni ellos ni nosotros saldremos indemnes de esta prueba. Compruébenlo.

# Índice

Portada	
Dedicatoria	
Citas	
1. Inés	
2. Ana	
3. Inés	
4. Ana	
5. Inés	
6. Ana	
7. Ana	
8. Inés	
9. Laura / Joan	
10. Ana	
11. Inés	
12. Nori / Joan	
13. Ana	
14. Nicolás	
15. Ana	
16. Inés	
17. Ana	
18. Ana	
19. Inés	
20. Ana	
21. Ana	
22. Inés	
23. Ana	
24. Patricia	
25. Sam / Patricia	
26. Ramón	
27. Patricia	
28. Jesús / Ramón	
29. Ana	
30. Ana	
31. Inés	
32. Inés y Ana	
33. Ana	
34. Ana	
35. Ana	
36. Inés	
37. Ana	

38. Ana / Jesús  
39. Inés / Ana  
40. Ana  
41. Inés / Ana  
42. Ana  
43. Ana  
44. Ana  
45. Inés / Ana  
46. Inés  
47. Richi  
48. Ana  
49. Inés  
50. Inés  
Nota del editor  
Agradecimientos  
Créditos

## **No soy un monstruo**

Esta obra ha obtenido el **Premio Primavera 2017**,  
convocado por Espasa y Ámbito Cultural  
y concedido por el siguiente jurado:

Carme Riera  
Fernando Rodríguez Lafuente  
Antonio Soler  
Ana Rosa Semprún  
Ramón Pernas

*A Berna, Laia y Emma, por anclarme a la felicidad.  
A mamá. Por todo.  
A mi padre.*

*Now they'd come so far,  
and they'd waited so long,  
just to end up caught in a dream  
where everything goes wrong.*

BRUCE SPRINGSTEEN, «The price you pay»

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

MIGUEL HERNÁNDEZ, «Elegía»

Hoy iba a intentarlo otra vez.

No servía cualquier niño.

Tenía que escoger muy bien. Si no, tantos meses de espera, tanto trabajo y tanto darle vueltas al plan en la cabeza no valdrían de nada.

Ni lo que vendría después, claro. El éxito o el fracaso de todo dependía del niño que escogiera esa tarde.

Por eso no servía cualquiera.

Así que era necesario fijarse bien. Estaba en el momento clave del plan maestro y no podía fallar. Ahora no.

Por ejemplo, ese chico. Tendrá cinco años, o quizá alguno más. ¿Sería ese el niño elegido? ¡Qué nervios!

Aunque, mirándolo bien, no sirve.

Se pasa de la edad, es cierto, pero parece un poco dependiente. Aprieta con mucha fuerza la mano de su madre y constantemente mira hacia arriba para asegurarse de que ella sigue allí, de que esa mano está unida a un brazo que está unido a un cuerpo en el que está la cabeza de su mamá. Mientras todo siga así, su mundo estará en orden.

Quizá no deje de llorar. Y se pase el día quieto, hecho un ovillo, muerto de miedo.

No sirve.

Habría que buscar más.

¿Y una niña? Demasiado riesgo. Demasiadas princesitas. Lo que hace falta es alguien valiente. Un niño que se crea un superhéroe.

Ahí hay otro. ¿Qué dice su ropa? Las zapatillas que lleva, por ejemplo, eso da muchas pistas. No es muy alto, la verdad, tendrá cuatro años. Y acaba de soltar la mano de su madre. ¿Qué ha visto? ¿Qué le ha llamado la atención?

Quizá sirva. Quizá.

Puede que hoy haya suerte.

Solo de pensarlo, las glándulas salivales se excitan.

Y, a la vez, el cuerpo se muere de miedo.

Mirándolo de nuevo se produce el flechazo.

Ese niño será la salvación.

Empieza el juego.

Y esta vez, de verdad.

Es el punto de no retorno.



# 1

## INÉS

En las películas americanas siempre hay donuts. Los donuts son lo primero que delata que aquello es una reunión de adictos. Al alcohol. Al amor. Al fracaso. Cuando la cámara se mueve por el interior de una habitación iluminada por la patética luz de fluorescentes y con olor a orina rancia —la orina no se huele a través de la pantalla, pero tú intuyes que está ahí; te llega ácida y vomitiva como si estuvieras metiendo la nariz en un urinario público—, sabes que alguien va a confesar la vergüenza oculta de su vida.

Pero estamos en España, y aquí, para empezar, no hay donuts en las terapias. Lo bueno es que no corremos el riesgo de acabar montando un Diabéticos Anónimos. Si aquí terminas en un grupo de ayuda de las cuatro Aes —Anónimos Adictos A Algo—, lo más probable es que la tragedia por la que estás pasando sea tan grande que asistir a esas reuniones se convierta en la última alternativa a tu suicidio; lo último que pruebas antes de encerrarte en casa con una botella de whisky del bueno y dos botes de esas pastillas que deberían estar ayudándote a superarlo —eso al menos te asegura tu médico—, pero no. No te ayudan.

Todos los que están aquí hoy conmigo querrían estar muertos. Mejor muertos que en esta sala. Mejor incluso en el infierno —que es lo que algunos creen merecer— que aquí y ahora.

Hay algo que los ha arrastrado hasta aquí. Una extraña mezcla de culpa, dolor, rabia y espíritu de supervivencia. Es su último vínculo con la vida, porque todos ellos saben que estarían mejor muertos. Como yo. Aunque de eso aún no era consciente. No a estas alturas de la historia.

Echemos un vistazo a la sala. Por ejemplo, a ese hombre, ese hombre calvo y redondo que se ha puesto una sudadera de alguien treinta años más joven y unos pantalones de alguien veinte años más viejo, como si él mismo estuviera hecho de retales de diferentes personas. No puede ni abrir los ojos. ¿Hace cuánto que no fija la mirada en nada? ¿Hace cuánto que no pone un pie delante de otro porque de verdad quiere ir a algún sitio y no porque se deja llevar? ¿Hace cuánto que no coge algo —aunque sea un vaso de agua— queriendo realmente agarrarlo, con una orden directa de su cerebro a su mano —tienes sed, alarga el brazo, haz pinza con los dedos, coge el vaso, acércatelo a la boca, bebe—? Si pudiéramos meternos en su cabeza, veríamos que todo está (des)ocupado por un vacío inmenso, un hueco por el que no dejan de resonar las mismas ondas, rebotando en cascada de un extremo a otro del cráneo, una tras otra. De vez en cuando el pensamiento se queda suspendido en el ojo del huracán —no sabe, no se acuerda, no desgarrá—, pero solo es una ilusión de vientos débiles y cielos despejados. El temporal en el que vive no le da tregua. Fue culpa tuya. Fue culpa tuya. No mereces vivir.

O esa chica joven de pelo grasiento, la que lleva unos pantalones tan grandes que cabría entera en una sola de las perneras. ¿Cuánto hace que no piensa en ella como un ser humano? Me fijo en que agarra su bolso tan fuerte que la sangre no le llega a las manos, como si ese objeto fuese su

único asidero a la vida y sin él, sin estar agarrada a él, fuera a caer irremediablemente hacia el agujero negro del que está intentando salir. ¿Qué le habrá pasado? Es casi una niña. Debería darme pena.

¿Qué hago yo aquí, pues? ¿Qué hago yo aquí en medio de estas almas en pena y cuando aún no lo necesito? Mi editor —sí, maldición, tengo un editor— ha pensado que una terapia así es el lugar ideal para encontrar inspiración para mi próximo libro. Tras el éxito mundial de mi primera novela, *Un bosque espeso*, no hace más que presionarme para que vuelva a escribir.

A veces me obsesiono tanto que he llegado a creer que ha sobornado a algunas de las personas con las que me cruzo cada día. Últimamente creo que son las mujeres de la limpieza de la oficina, que me miran de una manera hostil mientras empujan los carros cargados de productos tóxicos. Escribe otro libro. Escribe otro éxito. Escribe otra máquina de hacer dinero.

Afortunadamente, el ser humano todavía no ha conquistado la capacidad de la telepatía.

Primero fue algo suave, sutil y educado. Ahora tengo la sensación de que mi editor estaría dispuesto a casi cualquier cosa si eso me diera alguna idea para un nuevo *best seller*. A veces me pregunto hasta dónde sería capaz de llegar por proporcionarme un hilo argumental. Y por mucho que le repito que yo solo tuve un libro dentro y que nunca seré capaz de escribir nada más, él —ellos en realidad, toda la editorial— insiste en que soy capaz y en que solo tengo que encontrar el click que transforme mi MacBook en un procesador de textos con diarrea. Pero yo no tengo ideas. Tuve una y ya está. Fue un libro y ya está.

En fin, que por eso he acabado aquí, para que mi editor me deje tranquila un tiempo. Si cree que estoy trabajando en algo, se calmará.

Pero no es fácil hacer cosas como esta. Siempre corro el riesgo de que me reconozcan. Y no me conviene, no aquí y no en este momento. Si saben quién soy, no me dejarán quedarme. He ensayado varias veces con pelucas y postizos, para otros trabajos anteriores. De hecho, hoy me he puesto lentillas oscuras y una peluca rubia corta. Con una base de maquillaje amarilla y un poco de corrector morado en las ojeras parezco incluso algo frágil, como si supurara tristeza por la piel.

En consonancia con el ambiente.

Y aunque me he hecho pasar por otras personas, siempre hay un detalle que acaba delatándome: la voz. Es algo tan característico que no puedo disimularlo. Las eses al final de las palabras me patinan con un sonido especial, como si no supiera parar a tiempo el fonema y me resbalara por entre los dientes cual cobertura de chocolate caliente sobre una bola de helado. Árboleszsz. Cosaszsz. Ni mi logopeda ha podido corregírmelo. Dice, además, que es mi toque característico, que me da personalidad. Así que tendré que estar callada. Al menos en la sesión de hoy.

Afortunadamente, no hay donuts alrededor de los que iniciar una charla. Y afortunadamente también, el director de la terapia es puntual y va directo al grano. O quizá es que no le apetece mucho estar aquí y quiere acabar cuanto antes, alejarse de estas almas ancladas al infierno, no sea que le vayan a arrastrar a él también.

—¿Podéis ir tomando asiento, por favor? —nos pide el psicólogo con voz melosa.

Lo he investigado antes de venir. Soso en Facebook: solo fotos de platos de comida, calles de Madrid y algún que otro libro. Un solitario de manual. Un triste. Espero tenerlo fácil en caso de que necesite sacarle información.

—¿Podéis ir tomando asiento?

Y nos sentamos.

Sin mirarnos. Encogidos. Avergonzados de nosotros mismos. O quizá avergonzados de lo que vamos a escuchar, como si fuéramos viejas cotillas poniendo el oído junto a un confesionario. Derretidos de placer y sonrojo.

—Hoy Lucía quiere contarnos algo, ¿verdad?

La chica del bolso empieza a hablar.

Y yo no tendría que haber escuchado lo que ella estaba a punto de contarnos.

—¿Cómo dices que se llama?

—Arén. Ana Arén. Los veteranos la llaman Matrícula de Honor.

—¿Por el polvo que tiene?

—Ja, ja, ja. Shhh, baja la voz. Nadie la ha catado en esta jefatura, que se sepa. No, para ser exactos, el mote empezó por las iniciales de su nombre, ya sabes, AA. Es la máxima puntuación, como sacar un diez en el examen. —Luis Arcos puso los ojos como platos mientras describía con las manos las supuestas bondades corporales de la inspectora jefa.

—¿Un diez? Yo le ponía un quince. Tiene un culo de escándalo —replicó José Barriga, quien, con un físico que prometía hacer honor a su apellido en cuanto dejara la veintena, quizá no era la persona más indicada para opinar sobre los atributos corporales de los demás.

—Tú eres el nuevo, ¿no? —La voz retumbó a su espalda. La agente Charo Domínguez había oído toda la conversación y no pudo contenerse—. ¿Quieres un consejo? Te lo doy gratis. No te fijas en su culo. Mira sus pies, ¿los ves? ¿A que te parecen pequeños? Pues como te pateo con uno de ellos te aseguro que echarás de menos las coces del burro de tu pueblo. La Arén tiene una mala hostia legendaria para estas cosas. Mejor no tientes a la suerte, chaval.

—Por ella me dejaba yo patear hasta los huevos —sonrió el agente Barriga, recién incorporado a esa unidad policial, sin entender nada de lo que le había dicho su nueva compañera—. Es que no sabéis cómo me pone una superior en traje de faena.

—Señoritas, dejen de reír como hienas —les sobresaltó otra voz. Definitivamente, demasiadas personas estaban oyendo esa conversación—. Anda, ¿tú quién eres? ¿El nuevo?

—Ehh —farfulló Barriga, asustándose ante las divisas que aparecieron frente a sus ojos—. Ehh, comisario, sí, señor, comisario. Sí.

—Vaya, cuánto titubeo ahora, caballero.

—Ehh, no señor, no quería...

—Anda, tarifando —sentenció el comisario Bermúdez—, que no quiero empezar a soltar tacos a estas horas. Mi médico me lo ha prohibido. Es malo para mi salud. Y si es malo para mi salud, es malo para la vuestra. Tirad millas los dos a la sala de *briefings*. Ahora. Y tú —miró con sorna al nuevo—, cuida que no te oiga la inspectora jefa, porque entonces no vas a tener suficiente piel en el culo ni para limpiarlo con un algodoncito de esos de las orejas. ¿Entendido?

La sala de *briefings* olía a rancio. En realidad, todo el edificio olía a rancio. Durante décadas se habían ido adhiriendo a su estructura los sudores y fluidos corporales de las decenas de miles de agentes y detenidos que habían pasado por ahí.

Dicen que todas las comisarías huelen igual, pero no es cierto. Para empezar, una comisaría no le olía igual al torturador Melitón Manzanas que al terrorista que había caído en sus manos.

Tampoco al agente novato que supura miedo que al veterano que está hasta los cojones. Además, cada uno tiene su olor particular. Las hay con un poso vomitivo a tabaco y a pies que ningún ambientador puede eliminar del todo. En algunas aún se distingue el Varón Dandy que durante tantas décadas llevaron sus agentes y que todavía sigue en la taquilla de algún veterano. Otras siguen oliendo a sudor acumulado desde los años de su construcción.

Pero todas, en mayor o menor grado, huelen a miedo.

La comisaría de Ana Arén huele, además, a perversión. Las paredes desprenden un leve olor a viejo pillado pajeándose a las puertas de un colegio. El edificio se encuentra en una zona residencial —aunque cuando se construyó, hace sesenta años, estaba rodeado de chabolas—, con muchas escuelas y mucho arbusto para esconderse y mirar sin ser visto. Shhh, shhh, les susurraban los exhibicionistas a los niños cuando verlos pasar no era suficiente para excitarse y necesitaban que los chicos los mirasen. Cuanto más se asustaban los pequeños, más dura se les ponía. Así, así, así.

En los años setenta, España tenía otras cosas de las que preocuparse que de estos cerdos, pero para Luis Bermúdez era ya un tema personal. Desde que entró como policía en prácticas, Bermúdez había visto a muchos de esos. Era lo que más asco le daba. Los hubiera estrangulado con sus propias manos: esas caras de no haber matado a una mosca y esos ojos de pulpo muerto ocultaban muchas veces a los más activos depredadores infantiles. En los últimos años el comisario había liderado la lucha tecnológica contra estos monstruos. Fue de los primeros policías en España en darse cuenta de que ya no se ocultaban tras los arbustos o dentro de los coches, sino tras programas informáticos que escondían sus IP, las direcciones de la red que permitían localizarlos. Antes incluso de que desaparecieran todas las Olivetti de las comisarías españolas, Bermúdez llevó a la suya a los mejores expertos informáticos del cuerpo. Peleó para formar un grupo de agentes que husmearan en las redes buscando a esos enfermos cuando aún los módems tenían que llamar para engancharse a la red y la tarifa se pagaba por los minutos que pasabas conectado.

La rotación era grande. Pocos policías soportaban irse a casa todas las noches con imágenes de niños sufriendo terribles abusos sexuales, difíciles de imaginar excepto para mentes enfermas. Eso no se borra nunca de la cabeza. Nunca se puede olvidar. Un agente dedicado a la lucha contra la pederastia en internet queda sucio para siempre, su cerebro no puede resetearse del todo.

Hace muchos años ya que al comisario Bermúdez sus superiores le quitaron el control de esa brigada de sabuesos informáticos, la trasladaron a la madrileña central de Canillas y la llamaron con toda pompa la BIT, Brigada de Investigación Tecnológica, reconvertida hace poco en la UIT, Unidad de Investigación Tecnológica. Los agentes destinados allí no solo se dedicaban a desenmascarar a pederastas, como en los orígenes del grupo. Ahora por las redes circulaba toda la delincuencia del mundo. Toda la podredumbre, crueldad y depravación del planeta se comprimía en ceros y unos para trasladar la maldad a la velocidad de la luz.

Ana Arén, la inspectora jefa al mando del grupo de menores del Servicio de Atención a la Familia, el SAF, de Madrid, se apoyó en el borde de una de las mesas puestas al final de la sala, con los brazos y las piernas cruzadas, en posición de relax. No le gustaba sentarse delante. Desde el fondo todo se ve mejor. La vida se observa con más detalle si abres la perspectiva y enfocas la vista justo en dirección contraria a donde miran todos. A veces la reacción del ojo que mira te da más información que lo que está viendo.

—Hola, inspectora jefa. —Charo Domínguez se colocó a su lado.

—Hola, Charo. ¿Qué tal te estás adaptando a tu nuevo destino?

—No tan nuevo, Ana, que llevo ya cuatro meses en la brigada —contestó la oficial de policía, dándole un sorbo al pequeño termo con el que aparecía todas las mañanas en comisaría, una mezcla extraña de té, leche y miel—. Espera a conocer al nuevo. Lo he pillado hablando de tu culo.

Ana prefirió cambiar de tema. No estaba de humor para enfadarse.

—¿Cómo te puede gustar esa porquería que bebes todas las mañanas?

—Mira quién fue a hablar, la mujer que toma Coca-Colas para desayunar. Eso sí que es un buen desatascador del sistema digestivo —rio alguien a su espalda.

El subinspector Javier Nori se había acercado a ellas a paso acelerado. Llegaba tarde al turno. Aún se le notaba la piel de las mejillas un poco roja, fruto de algún esfuerzo. Seguro que ha salido a correr, se le ha ido la cabeza y no se ha dado cuenta de la hora —pensó Ana—. No tiene remedio.

—Repites tantas veces la misma cantinela, Nori, que hasta el Shazam es capaz de reconocerla —le recibió su amiga—. De todas maneras, a ti te sacan de correr y de los ordenadores y todo te parece raro, Azotón.

El apodo, Azotón, se lo habían puesto al subinspector Javier Nori sus compañeros de su primer destino, la comisaría de la Zona II de Barcelona, en los alrededores de las Ramblas, porque era el azote de los ladrones de motos del distrito de Ciutat Vella. Creó el primer archivo digital del crimen sobre dos ruedas en la ciudad y lo llevaba siempre encima, en una de las primeras PDA que salieron al mercado y que costaban entonces, a mediados de los años noventa, casi más de lo que hoy hay que pagar por un ordenador.

—Te juro, Ana, que como alguien en esta brigada oiga alguna vez cómo me llamas, mi venganza no conocerá límites. —Nori hizo el gesto de rebanarle el cuello a su jefa.

—¿Azotón? ¿Te llaman Azotón? —A Charo casi se le cayó el brebaje del ataque de risa que le entró.

—Y tú, señorita Castillos, cállate que te busco apodo pronto, que eso se me da también muy bien. No solo de correr y de ordenadores vive el hombre.

Ana había rescatado a Charo de la protección de «castillos», el nombre con el que los policías se referían a las embajadas y consulados. La chica se estaba pudriendo haciendo guardia en la calle, protegiendo a los diplomáticos extranjeros y a sus familias, en larguísimas y aburridas guardias, siempre en la calle, vigilando las residencias oficiales, pero también todo el ecosistema del lujo por el que se movían. Coincidieron en una conferencia sobre seguridad y Ana vio enseguida que esa joven policía tenía un cerebro privilegiado y muchísimas ganas. Lo estaba demostrando allí. En pocos meses se había convertido en una de las mejores investigadoras de la comisaría. Tenía una capacidad asombrosa para conectar ideas.

—Nori, ¿no echas de menos a tus yihadistas? —le contestó ella—. Yo, a mis diplomáticos, ya te digo que no. Para nada. Y a sus hijos, menos. Menudas nohachitas nos daban.

—Bueno, un poco de silencio todos, por favor —pidió el comisario, desde el otro extremo de la sala—. Que esto es importante. Acabo de estar en una reunión con los comisarios generales.

Mientras sus compañeros se iban sentando donde podían, Ana cerró los ojos y olió el miedo impregnado durante décadas en las paredes. Le servía para recordarle dónde estaba y cuál era su trabajo. Para volver a lo básico, a los orígenes de su vocación de policía, a lo que de verdad importaba y que a veces se perdía entre la mierda de la rutina.

—Bueno, silencio todos de una vez —insistió el comisario Bermúdez—. Vamos a ver,

escuchad, que hay cambios.

Entonces sí, se hizo el silencio. Cambios. La palabra mágica. El balazo ante el que todos abren las orejas y cierran la boca esperando que el impacto no les toque a ellos. Hay incluso quien, de manera instintiva, ladea un poco el cuerpo, ligeramente a derecha o a izquierda, intentando que la bala pase sin rozarle. Pero al comisario no le dio tiempo a disparar. Varios móviles sonaron a la vez. Y eso, en una comisaría de policía, son malas noticias.

Siempre.

—En mi caso el número es el treinta —empezó explicando la chica del bolso con una asombrosa entereza—. Treinta segundos, los que separan la vida que tengo ahora de la que tenía y no será nunca más la mía. A veces esos treinta segundos son una mirada, te quedas mirando a las musarañas como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en tu cerebro, o te quedas mirando unas botas en un escaparate intentando decidir si te las mereces o no, y no te das cuenta de que ya no está allí. Luego te darás golpes contra la pared, querrás reventar tu cráneo contra el estucado y esparcir tus sesos, dejarlo todo perdido de sangre. Porque no te diste cuenta. ¿Cómo no notar ese vacío? ¿Cómo no notar que se te escapa, que se desliza, que se va, que ya no lo tienes más contigo? La mano de tu hijo es caliente, suave, pequeña. La mano de tu hijo rodea a la tuya aferrándose a lo único que sabe seguro en el mundo, el amor de su mamá. Y de repente ya no está y tú no te has dado cuenta.

Conforme iba contando su historia, la chica aferrada a un bolso parecía estar desconectando del mundo, descolgándose de la realidad. Ya no miraba nada, era como si sus ojos se hubieran girado hacia el interior de su alma —en ese bucle eterno de desesperación en el que vivía— rebuscando todo el dolor para no rumiarlo nunca más y poder vomitarlo de una vez por todas sin que regresara nunca. Por favor.

—Pero en mi caso no fue así —continuó—. No fue así. Porque entonces aún tendría una excusa. Un momento de despiste como tienen tantos padres cada día. ¿Quién no se ha llevado nunca un susto así con sus hijos? Perderlos de vista. No saber dónde están. Que el corazón te suba de un puñetazo a la garganta. Que los contornos del mundo se te borren. Hasta que aparezca. Porque siempre aparecen. Bueno, casi siempre. Pero en mi caso fue peor. No se trató de un despiste. Fui yo la que lo dejé escapar. Yo le solté deliberadamente la mano a Bruno para que muriera. Yo lo maté.

¿Cómo aguantaba las lágrimas? No podía dejar de mirarla, su cuerpo era como un imán, su voz se me clavaba en el alma. Intenté recordar el máximo de detalles posibles. La mandíbula que caía sin fuerza, como si estuviera a punto de perder el conocimiento, dejaba una mueca grotesca en su cara. Los pies curvados hacia fuera torcían sus tobillos de una forma extraña, como si las rodillas hubieran decidido que ya no podían sostenerlos planos sobre el suelo. Los seis litros de sangre de su cuerpo fluyendo hacia sus manos, convertidas en garras, aferrándola a este mundo.

—Si solo hubiera salido de casa de mamá treinta segundos antes, no habría pasado todo esto y un miércoles como hoy, a esta hora, me estaría peleando con Bruno por haber puesto toda la cocina perdida de papilla de la merienda. Ya era independiente casi desde que lo parí. Y seguro que no hubiera tolerado que yo le diera los purés. ¡Si ya quería coger el biberón con apenas tres meses! Recuerdo el movimiento de sus manitas intentando alcanzarlo, dando golpes en el aire,



alargándose hacia el biberón. Era...

Los adictos la miraban embobados. Enganchados a esa historia como yonquis a la heroína. Cerraban los ojos por pudor, pero también para disfrutar más, concentrándose solo en el fluir de la droga por sus venas. Yo también, la verdad. Quizá por eso las reuniones de ese tipo tenían siempre tantos asistentes, porque las personas necesitábamos cada día nuestro chute de desgracias ajenas. Somos adictos al dolor de los demás. ¿Era yo también así? ¿Me hacía falta el dolor ajeno para sentirme bien? ¿O quizá para trabajar? Uno de mis móviles vibró en el bolso. No le hice caso.

—Lucía es muy valiente contando su historia aquí, a todos nosotros —interrumpió el director de la reunión, supongo que para que pensáramos que su presencia en esa sala tenía sentido—. Todos habéis sufrido mucho, todos vosotros. Pero con cada dolor, el vuestro y el de los demás, estáis aprendiendo a curaros.

¿El dolor de los demás nos ayuda a curarnos? Se me cruzó por la cabeza que este tipo era más gilipollas de lo que parecía, pero tenía razón. Quizá era cierto. Quizá las desgracias ajenas nos hacen pensar que nuestra vida de mierda no es tan mala. Además, la piedad siempre conjuga bien con la soberbia.

—Yo estaba en casa de mi madre —continuó la chica—. Ella había recogido a los niños del colegio porque me había salido un trabajo de tres horas al día limpiando una oficina y no nos dejaban entrar hasta que se iban todos, a las tres de la tarde, no fuéramos a molestar. Ya sabéis, las limpiadoras no tenemos suficiente categoría para mezclarnos en determinados ambientes. Por esa época a Lucas, mi mediano, le estábamos enseñando a hacer pis y caca en el váter, así que intentábamos quitarle el pañal siempre que estaba en casa para acostumbrarlo a pedir pipí. No pasa nada si se mea en el suelo, no pasa nada si se moja los pantalones, me decía mi madre, está en casa, lo cambiamos y ya, porque así él nota cuándo se le escapa y aprende a controlarse. Y en esas estábamos, con Lucas aprendiendo a ir al baño. Así que tuve que hacerle caso cuando, ya con el anorak y el gorro puesto y los cuatro a punto para salir de casa de la abuela y volver a la nuestra, me dijo: «Pipí, mamá, pipí». Pero si llevas pañal, le contesté, te acabamos de poner el pañal, puedes hacértelo encima. «¡Que nooo, mamááá! ¡Qué ascooo!», chilló. Y claro, qué le vas a decir. Pues te aguantas. Dejé al bebé en brazos de mi madre, le dije a Edu que los vigilara a los dos, a la abuela y a Bruno (él ya se sentía tan mayor y tan responsable que puso su mejor cara de orgullo), y le quité el anorak a Lucas. ¡Cuántas veces he pensado en ese momento, en ese pipí que fue la diferencia entre la vida y la muerte! Confieso que a menudo he estado tentada de culpar a Lucas de la muerte de su hermano. Al fin y al cabo, si se hubiera hecho pis en el pañal, ahora Bruno estaría vivo. Durante un tiempo no podía mirarle a la cara, empecé a odiarlo, necesitaba odiarlo para no matarme. Para no matarlos a todos.

El iPhone volvió a vibrarme en el bolso. No iba a cogerlo. No en el momento más emocionante del relato. Pero tres segundos exactos después de parar empezó a vibrarme el otro móvil, el personal. Y ese no lo tenía tanta gente, así que quien llamaba me conocía bien, o yo confiaba en esa persona tanto como para darle mi número privado. Y esa persona debía de tener prisa por contactar conmigo. Quizá era algo importante. No supe identificar la llamada; el número que aparecía en la pantalla era largo, de una centralita. Intentando hacer el menor ruido posible, salí discretamente de la sala, agachando el cuerpo para que se me viera menos. Tenía que pasar lo más desapercibida posible.

—¿Dónde estará esa imbécil? —rugió Manuel al otro lado del teléfono, más cabreado con cada timbrazo, sin darse cuenta de que yo ya había descolgado y le estaba escuchando. Era un

metepatas profesional—. La he llamado a sus dos móviles. ¿Qué coño estará haciendo?

—¿Manuel? —contesté a media voz, haciendo ver que no había escuchado su bravata.

—¿Te pasa algo en la voz? Hablas raro.

—No, no —dije, mientras caminaba hacia el exterior del edificio intentando encontrar un rincón solitario—, llevaba mucho tiempo callada y debe de ser que se me ha resecado la garganta.

—¿Tú? ¿Callada? ¿Mucho tiempo? Dime quién ha obrado el milagro y le pongo un altar.

—Anda que te iba a gustar que yo me quedara callada, menudo problema que te iba a buscar, jefe, sobre todo en determinados momentos —repliqué, aguantándome las ganas de colgarle el teléfono—. Bueno, ¿qué es tan urgente? Estoy en un... asunto.

—Necesito contactar urgentemente con el *hacker* ese que conoces. —¿Para qué narices quería hablar con Joan?

—Yo le llamo, si quieres —le dije, mintiéndole.

Siempre le había vendido la moto de que mi conocido era un genio informático que vivía aislado del mundo. Alguien que nunca respondía las llamadas y cuya identidad real no conocía ni siquiera yo. Una persona con la que tenías que comunicar mandando determinados códigos a un buzón de voz. Y después esperar. A que quisiera contestarte.

—Le llamo ahora y le dejo el código para que me devuelva la llamada. Pero ya sabes que contesta cuando quiere y que solo habla conmigo, que no se fía de nadie.

—Inténtalo, Inés, inténtalo.

—¿Qué le digo que pasa?

—Un tema.

—Un tema. Me gusta tu capacidad de síntesis —ironicé—. ¿Crees que «un tema» es motivo suficiente para que él se ponga en contacto contigo?

—Un tema personal. No puedo entrar en detalles ahora. Pero necesito que me saquen de un apuro.

Pero bueno, mira qué interesante, pensé; mal tienen que estar las cosas para que Manuel Grana me llame para que le solucione algo personal. Mis neuronas empezaron a aplaudir, entusiasmadas.

—Ok, jefe. Le dejo el código en el buzón y a ver si contesta —me hice la interesante.

Colgué, pensando en qué narices tenía que ocultar mi jefe para necesitar la ayuda de Joan, cuando me acordé de dónde estaba y qué había ido a hacer. Volví a toda prisa a la sala donde se celebraba la reunión de terapia. Igual aún llegaba a tiempo de escuchar el fin del relato de la chica del bolso.

—Cuando por fin conseguí meterlos en el coche a los tres: Bruno a mi lado, en su sillita de bebé, Edu detrás de mí porque era el mayor y no tenía que controlarlo tanto, y Lucas tras el copiloto, para verlo por el retrovisor; se había hecho ya de noche y las cuatro gotas de lluvia que caían se estaban convirtiendo en un tormentón. En marzo anochece muy rápido, ¿sabéis?, y las temperaturas bajan también mucho, por eso no les quité el anorak cuando los até en las sillitas de retención. Sí, sé que está mal y que es muy peligroso atar a los niños con el abrigo puesto, sobre todo si son anoraks gordos como los que llevaban ese día. Las correas no ajustan bien al pecho y si se produce un choque el cuerpecito se escurre hacia delante con tanta fuerza que pueden decapitarse. Pero era tarde y teníamos mucha prisa. Todavía quedaban los baños, la cena, la teta de Bruno, los pijamas, los cuentos y todo lo que los dos mayores se inventaran para alargar el momento de irse a la cama. Así que los subí y nos marchamos. Entre el pueblo de mi madre y

donde vivíamos nosotros había solo cinco kilómetros de distancia. La carretera era estrecha, tenía curvas y estaba sin iluminar, pero la conocía como la palma de la mano. ¡Cuántas madrugadas la había recorrido incluso andando, cuando era adolescente, volviendo a casa tras una noche de marcha! Podía conducir por ella con los ojos cerrados, también esa noche en la que diluviaba. Derecha, cincuenta metros, cambio de rasante, un poquito a la izquierda y otra vez una pequeña recta. El limpiaparabrisas no daba abasto, no se veía apenas nada, pero tampoco venía ningún coche en sentido contrario, no aparecía sobre el asfalto ninguna luz de faros, así que podía conducir despacio y tranquila por el centro de la carretera. De pronto las ruedas dejaron de agarrar el asfalto. Fue algo sutil y suave, pero el coche perdió adherencia, resbaló un poco y quedó encallado en algo. No podía seguir. Puse el freno de mano, encendí los cuatro intermitentes y bajé la ventanilla para ver qué pasaba. Quizá había caído gravilla en la carretera y estábamos atascados. No veía nada y el único ruido que se escuchaba era el agua jarreando del cielo. Miré atrás. Edu y Lucas estaban dormidos. Solo Bruno, en la silla del copiloto, seguía despierto. Tenía hambre. Pronto se iba a poner a berrear pidiendo teta. Más valía que me diera prisa.

Lucía se revolvió inquieta en la silla. Aunque no perdía la calma y seguía como perdida lejos de allí, podías notar cómo le crecía el dolor y se le salía el alma desde dentro, como si su cuerpo estuviera volviéndose del revés. Eché un vistazo a la sala. Todo el mundo miraba al suelo. Sentían vergüenza de estar escuchando algo tan íntimo y doloroso, como si fueran unas viejas cotillas de pueblo. Pero no podían evitarlo. Estaban enganchados a la tragedia.

—Yo no lo sabía, pero esa era la última vez que iba a ver a Bruno. Estaba ahí, mi niño, en su sillita del asiento del copiloto, iluminado por la pequeña lámpara del techo del Peugeot. Es la última imagen que tengo de él y, me cago en Dios, es una imagen de mierda. No se le distinguían ni el hoyuelo de la barbilla ni esas pestañas tan largas que enamoraban a todos. La última vez que le vi, Bruno era una cara naranja llena de sombras en la que solo podías intuir el hueco de los ojos. De repente, algo golpeó con mucha fuerza el coche, mi puerta, y empezamos a deslizarnos hacia la derecha. Nos vamos a salir de la carretera, pensé. Dios, nos vamos a salir de la carretera.

Lucía se quedó paralizada, dejó de respirar. Si no respiras, duele menos. Si no respiras, puedes presionar el dolor hasta hacerlo estallar como un grano de pus. El truco está en aguantar mucho el aire e ir soltándolo poco a poco mientras aprietas cada vez más. Y eso es lo que estaba haciendo instintivamente el cuerpo de Lucía, prepararse para la intensidad del dolor que estaba a punto de recibir. De nuevo.

—Intenté abrir mi puerta y ya no pude. El agua que llegaba por ese lado la había bloqueado. Bajé la ventanilla y salí retorciéndome por el hueco del cristal. Sabía dónde estábamos, en un tramo de carretera que pasaba sobre un cauce seco. En algún lugar las nubes habían descargado tanta agua que lo habían convertido de nuevo en un río. Me quité los tacones. No eran muy altos, pero era imposible moverse con ellos. Al poner el pie en el suelo (no estaba segura de estar pisando asfalto), me di cuenta de la fuerza con la que bajaba el agua. Tuvimos suerte, el coche debía de haberse encallado con algo, porque tendría que estar ya moviéndose sin control. Tenía que darme mucha prisa. Intenté abrir la puerta de Edu, sentado detrás de mí, y tampoco pude. El agua la bloqueaba. Mierda, mierda, tendría que haberlos desatado desde dentro. Di golpes en la ventanilla para despertarlo. Desátate, desátate rápido, cariño, que ya hemos llegado a casa y no quiero que te mojes. Pero no me escuchaba. Mi voz rebotaba inútilmente entre la lluvia y el cristal, estampándome en la cara mi propia desesperación. Tenía que probar por la otra puerta si quería sacar a mis hijos de allí. Me costó horrores dar la vuelta al coche, no veía nada, había

cometido el error de quitar la llave del contacto y estaba completamente a oscuras. Además el ruido del agua, la que caía del cielo y la que llegaba cauce arriba, era terrible. Con ruido no se puede pensar. Pero quizá fuera lo mejor en ese momento. Solo hacer. No pensar. Agarrando cualquier asidero del coche (y la carrocería, con las uñas) rodeé el Peugeot. Cuando llegué al lado derecho tuve un momento de calma. El vehículo servía como parapeto a la fuerza del agua, bloqueándola, y pude abrir bien la puerta trasera derecha. A tientas, desaté a Lucas (Cariño, ven, cariño, abrázate a mamá), mientras le decía a Edu, intentando no sonar histérica para no darles miedo, que se desatara, que era muy importante, y que saliera por la puerta de su hermano. Encajé a Lucas en mi cadera izquierda. Respiré. «Edu, cariño, baja, hay agua, no te asustes, agárrate fuerte a mamá». Edu tenía seis años, podía salir de allí cogido fuerte a la cintura de mi vaquero. No había otra solución. Lo más difícil fue sacar a Bruno mientras agarraba a Lucas con mi brazo izquierdo y protegía a Edu con mi cuerpo, pero lo conseguí. En un equilibrio precario, empezamos a desplazarnos los cuatro, paso a paso. «Edu, te estás portando como un campeón — chillé por encima del ruido de la tormenta—. Agárrate muy, muy fuerte al cinturón de mamá. Muy fuerte, cariño, como cuando te tiras por la tirolina. Muy fuerte. Ya verás cómo enseguida cruzamos el río». No recuerdo que los chicos dijeran nada. No lloraron. O quizá sí. Quizá estaban los tres berreando (quizá estábamos los cuatro berreando), pero yo no era consciente de nada, porque todos mis sentidos estaban puestos en salir de allí. Creía que lo íbamos a conseguir, de verdad lo creía, hasta que dejamos la protección del coche y el agua nos arrolló con toda su fuerza. Estuve a punto de caer. Me llegaba a media pierna. Resbalaba. Me hundía. Golpeaba cada vez con más fuerza y cuatro o cinco pasos después me caí. En un gesto instintivo solté a Lucas y a Bruno para intentar parar el golpe con las manos. Lucas logró cogerse a mi jersey, Edu seguía milagrosamente agarrado a mi pantalón, pero Bruno, que solo tenía veinticinco meses, resbaló y lo perdí. Creo que nunca he chillado tan fuerte. Tanteé desesperada con el brazo derecho, en un ataque de pánico, hasta que localicé su cabeza, lo agarré del pelo y lo saqué del agua. No vamos a conseguirlo, pensé, no vamos a conseguirlo. Intenté dar un paso más cuando de repente ya no había suelo sobre el que caminar, y nos hundimos los cuatro. Los tenía agarrados a todos, intentando sacarlos de ahí, tratando de hacer emerger sus cabezas del agua para que no se ahogaran, cuando me di cuenta de la verdad. Y la verdad (la maldita, la jodida, la puta verdad) era que podía salvarlos, pero no a todos. Los cuatro juntos no lo íbamos a conseguir. Tenía que escoger quién vivía y quién moría. Podía haber pensado muchas cosas. Edu era el mayor, mi primer hijo, el que cambió mi vida para siempre. Lucas, el mediano, era el más cariñoso, siempre me estaba abrazando. Y Bruno, Bruno todavía olía a bebé, aún te podías comer sus mofletes. Durante mucho tiempo pensé que todas esas cosas de mis hijos se me pasaron por la cabeza para decidir a quién enviaba a la muerte. Pero me he dado cuenta de que todas las ideas las he ido plantando luego en mi cerebro y de que en ese momento mi mente estaba en blanco y que fue mi cuerpo el que decidió. «Lo siento, Bruno, lo siento —le dije entre lágrimas—. Te quiero, Bruno, pero te tengo que dejar marchar. Te tengo que dejar ir para salvar a tus hermanos. Adiós, Bruno, adiós. Perdóname, por favor. Te quiero».

Y lo solté.

Adiós bebé. Adiós.

Lucía fue incapaz de seguir. Todo el dolor que había estado conteniendo la desbordó como esa riada que se había llevado a su hijo. Mezcladas entre los sollozos solo se le entendían dos palabras, que ella repetía en bucle: treinta segundos, treinta segundos, treinta segundos. El aire de la sala se había convertido en eléctrico. Daba calambre incluso respirarlo. Por primera vez,

entendí de verdad el dolor de una madre cuando se le muere un hijo.

Y no lo soporté.

Salí de allí sin mirar atrás y sin importarme que me vieran o me reconocieran.

No pude esperar a llegar a casa. En cuanto me metí en el coche busqué en Google el final de la historia. Y allí estaba, escondida en un periódico local, fechada dos años atrás. «Tras dejar ir al bebé, la madre luchó para llevar a sus otros dos hijos a un lugar seguro. Uno de ellos, el mayor, se agarró a una rama de un árbol y salvó la vida. Ella y el mediano, de dos años, fueron arrastrados por el agua, pero lograron salir del cauce embravecido treinta metros más abajo. «Edu, Edu, rescaten a Edu, por favor, en un árbol», contaron los agentes que chilló la mujer antes de perder el conocimiento. Un hombre que había logrado detener a tiempo su coche justo al otro lado de la carretera y a salvo del torrente, oyó los gritos y alertó a la Guardia Civil. Los tres supervivientes se recuperan de una hipotermia en el hospital. Están recibiendo tratamiento psicológico. Los agentes han declarado que el torrente se formó en apenas medio minuto, y que la gran riada que se lo llevó todo bajó incontrolable como un tsunami. El cadáver del bebé apareció ayer domingo, cuarenta y ocho horas después de la tragedia, quince kilómetros más abajo del accidente, enganchado entre los restos de los árboles que había arrastrado el agua. Mañana se celebrará su funeral».

Sin tiempo de digerir lo que acababa de leer, el móvil me tembló en las manos. Al principio pensé que era yo misma la que temblaba, pero resultó ser una llamada entrante. No me di cuenta hasta el sexto o séptimo timbrado, hasta que colgó y llamó una segunda vez. Era mi jefe, Manuel, otra vez. Puto pesado.

—Inés. Otro niño. Acaba de desaparecer otro niño en el mismo centro comercial que hace dos años, ¿recuerdas?

¿Que si me acordaba? ¿Que si me acordaba? Me dio un calambre en el estómago.

—Vete corriendo para allá. Te mando una mochila para que entres en directo en el informativo de la noche. Empezamos con esta historia. Avísame en cuanto llegues.

—Mira, Manuel... —empecé a decirle.

—¿Mira, qué?

—Ya sabes que... —¿Y qué le decía yo ahora? ¿Cómo justificaba ante mi jefe no querer ir? —. Ya sabes que no me gusta llevar temas de niños desaparecidos.

—¿Te estás oyendo? Ya sabes que no me gusta llevar temas de niños desaparecidos. Ya sabes que no me gusta llevar temas de niños desaparecidos —se burló, poniendo voz de niño con rabieta—. Vete para allá ahora mismo, Inés. Llámame cuando estés de camino y te doy más datos. Estoy esperando a que me confirmen una exclusiva. Si es verdad lo que sugiere mi fuente, esto va a ser gordo. Muy gordo.

Cuando la inspectora jefa Ana Arén llegó al centro comercial, le dieron ganas de colgar por las pelotas a los responsables de seguridad. Ni una sola puerta cerrada y nadie controlando los accesos. Si de verdad acababan de secuestrar a un niño —y no era una falsa alarma—, el pequeño y su captor andarían ya muy lejos. Por no hablar de las posibles pruebas que hubieran podido dejar por el camino. Estarían pegadas a la suela del zapato de cualquiera de los cientos de personas que pululaban por ahí, perdidas ya irremediablemente en algún adosado del extrarradio. ¿Es que no habían aprendido nada de lo que había sucedido dos años atrás? ¿Es que no había sido esa suficiente lección para la sociedad española?

—Inspectora jefa. ¡Inspectora jefa! —oyó a su espalda—. ¡Aquí!

Con tanta gente circulando por ahí sin rumbo aparente, le fue difícil saber de dónde salía la voz. Siempre le había asombrado el comportamiento del ser humano en un centro comercial. La masa viva fluía por los pasillos en aparente desorden, vagando sin destino fijo, un pie delante del otro de manera mecánica —derecho, izquierdo, derecho, izquierdo—, como si solo estuvieran en ese lugar para que pasara el tiempo. Allí dentro el visitante tenía todo lo que necesitaba: aire acondicionado en verano y calefacción en invierno, baños, bancos, fuentes públicas y una superficie lisa por la que caminar sin miedo a un tropezón.

—Aquí.

Ana esperaba un uniforme, pero le hablaba una chica de paisano. ¿Había llegado ya la científica? Solo los agentes de los grupos de investigación iban sin uniforme y esa chica no lo llevaba. Normalmente en el escenario de un crimen —¡Dios, esperaba que ese no lo fuera!— mandaban a buscarla al pobre becario recién salido de la Academia de Policía de Ávila.

—Inspectora jefa, hola, bienvenida. Gracias por llegar tan rápido —le saludó la chica—. Perdona, ¡qué maleducada!, serán los nervios. Usted es una institución en el cuerpo, ya sabe. ¡Ay, perdona otra vez! Que no me he presentado. Soy Sonia Calero, de la comisaría de Madrid-Oeste. La estábamos esperando.

—¿Cuándo habéis llegado?

—El Zeta ha llegado a los diez minutos de la llamada de uno de los testigos, que nos ha contado que había una mujer chillando que alguien se había llevado a su hijo. Enseguida se han dado cuenta de que no era una falsa alarma y nos han avisado. A mí me ha pillado fuera de servicio, pero estaba comprando aquí al lado y me he acercado.

Era el mismo sitio donde dos años antes había desaparecido Nicolás. Parecía una pesadilla.

—¿Qué me puedes contar del caso? —preguntó Ana mientras caminaban a toda prisa hacia el lugar donde había desaparecido el niño.

—Bueno, estamos interrogando a la madre. Al padre lo están intentando localizar. Ella está

histórica, muy nerviosa, no hay manera de que articule una frase seguida, así que hemos llamado a un médico para que la atienda.

—¿Cuánto lleva desaparecido el niño?

—Dos horas. Nos han llamado de inmediato, hemos llegado rápido, pero de momento no hay rastro de él en todo el centro comercial ni en los alrededores. El crío tiene cuatro años, Enrique. Ella lo llevaba de la mano. El niño se paró en el escaparate de una juguetería, embobado con unos muñecos de algo que se llama *Patrulla Canina*.

Sonia hablaba muy rápido, era difícil entenderla, encadenaba palabras como caminaba, casi sin respirar, a trompicones, como si estuviera compitiendo en una carrera de marcha atlética.

—¿Qué es eso, unos dibujos de la tele? —preguntó Ana.

—Parece. Ya se nota que usted no tiene hijos. ¡Ay, perdón, que me meto en su vida! Perdón, ¿eh? Perdón. Por lo visto —intentó reconducir la situación—, son los dibujos preferidos de los niños, los que están de moda. A mis sobrinos les encantan. Unos perros agentes de policía.

—¿Perros policía? Lo que nos faltaba. No se les ocurrirá hacer un mono juez de instrucción. Eso no, ¿verdad? —El tono de Ana era amargo, pero Sonia rio.

—Ya sabe, es que nuestros uniformes quedan muy bien, incluso a un perro. Mire, ahí, dentro de esa tienda hemos montado el operativo de urgencia.

Era la tienda de juguetes a la que se debía de haber referido Sonia, la que estaba mirando el niño cuando desapareció. Buen sitio para vender, mal sitio para desaparecer. Estaba al lado de una de las puertas que daban a la zona de ascensores y a las escaleras de emergencia. Si se habían llevado al niño, habían tenido fácil cogerlo y salir por allí en pocos segundos.

Dentro del local, el dueño respondía pacientemente a las preguntas de los agentes, pero a esa hora debía de estar ya arrepintiéndose de haber dejado su tienda como campamento base policial. Seguro que se ofreció no solo por buena fe, sino también sintiéndose un poco culpable porque el pequeño había desaparecido frente a su escaparate.

Ana y Sonia pasaron de largo del grupo que interrogaba al dueño de la tienda y se dirigieron al fondo. Tras una puerta semiabierta, en lo que era un pequeño almacén sin ventanas ni ventilación, estaba la madre, sentada en unas cajas de juguete con un tensiómetro en el brazo. El médico miró a Ana y le hizo un pequeño gesto. Espera un momento, por favor, déjame unos segundos, le dijo con la mirada.

—Nueve dieciséis. Está por las nubes.

Ella ni contestó. Debía de estar supurando adrenalina por los poros, su hijo había desaparecido hacía dos horas. Ana necesitaba a esa mujer en plenas facultades. O, al menos, en todas las plenas facultades posibles dadas las circunstancias.

—¿Cómo se llama la madre? —le susurró Ana a Sonia.

—Lola. Y su hijo Enrique.

—Dile al médico que le dé algo para relajarla, pero que no sea muy fuerte. Necesito que piense con claridad.

—De acuerdo.

—Pero sin que te escuche la madre.

—Claro, claro —asintió solícita Sonia—, se lo digo sin que me escuche la madre.

—Lola, hola, Lola. Soy Ana. La inspectora jefa Arén —le dijo Ana, con voz suave, mientras le rozaba el brazo.

A Ana le gustaba tocar levemente a las víctimas. La piel era el órgano más grande y más sensible del cuerpo, dos metros cuadrados de receptibilidad pura, la mejor manera de entrar en

contacto con los sentimientos de las otras personas y decirles estoy aquí, a tu lado, para ayudarte. Aunque a veces había que tener cuidado. En algunas personas, cuando el dolor era muy grande, el contacto piel con piel producía una descarga eléctrica muy dolorosa. Si el sufrimiento es extremo, lo que hace la víctima es encogerse sobre sí misma en posición fetal, para proteger los órganos vitales del cuerpo encerrados en el tronco. Y cualquier contacto externo se percibe y se siente físicamente como una agresión vital, un zarpazo en el centro del dolor físico y emocional.

—Lola, estoy aquí para encontrar a tu hijo.

La mujer miró a Ana como si no supiera el sentido exacto de las palabras que acababa de pronunciar. ¿Aquí? ¿Encontrar? ¿Hijo? Daba la sensación de estar buscando el significado en algún rincón de su cerebro.

—Tienes que ayudarme, Lola, tienes que ayudarme. Cada minuto que pasa es vital. Si queremos encontrar a Enrique, necesito que me ayudes.

—Ya... ya... ya le he contado a la policía todo —respondió ella por fin, balbuceante como si saliera de un sueño—. Ya no sé más. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde?

Lola empezó a temblar mientras sollozaba. Su cuerpo se mecía rítmicamente al compás de sus lágrimas.

—Lola, Lola, cariño —insistió Ana—, mírame a los ojos. Vamos a encontrar a Enrique.

—Es Kike, es Kike. Si está perdido y le llaman Enrique, no responderá. Kike. Llamadle Kike.

—Bien, Lola. Bien. Kike. Pues tú y yo vamos a encontrar a Kike.

A Ana no le gustaba usar el usted en este tipo de situaciones, creía que formaba una extraña barrera: yo policía aquí y tú víctima al otro lado. Prefería tutearlas. Aunque a algunos les sonara raro.

—Vamos a buscar a Kike, pero necesito que te concentres. ¿Vale? Venga, cariño, estamos juntas en esto. Empecemos por el principio. ¿Qué ha pasado?

—Yo... yo... estábamos paseando, le había prometido ir al parque de bolas si no lloraba al entrar en el cole. Lo hemos cambiado de colegio este año, ¿sabe? Me he separado y ya no podemos pagar la escuela privada. A Kike le está costando adaptarse a todo, a la casa nueva, a la separación, al cole. Por eso le había prometido ir al parque de bolas, para que no llorara.

—¿Qué recuerdas del momento de la desaparición?

—A Kike... —suspiró, sorbiéndose los mocos que se acumulaban en el interior de su nariz— una de las pocas cosas que le calman estos días es la *Patrulla Canina*. Ya sabe, esos dibujos de la tele de perros policía y bomberos. Le encantan. Llegamos tarde al cole todos los días porque quiere ver un capítulo y otro. Así que cuando vio los juguetes de la *Patrulla Canina* en el escaparate, nos paramos. Tenía que haberle visto la cara, con los ojos como platos. Se soltó de mi mano para ver mejor. Estaba ahí, con las palmas y la cara pegadas al cristal. Si hubiera podido atravesarlo, lo habría hecho. Yo, yo... me despisté. Sonó el móvil, era un WhatsApp, y lo contesté.

—¿Quién le escribió?

—Mi marido. Bueno, mi exmarido. Quería llevarse a Kike este fin de semana. No le tocaba, yo me he enfadado mucho.

—¿Me dejas el móvil, por favor? —Efectivamente, ahí estaba. El mensaje del exmarido. Ricardo, según el encabezado. Ana se giró—. ¿Está ya aquí el exmarido? ¿Lo habéis localizado? —preguntó a Sonia.

—No. No que yo sepa, voy a preguntar fuera. Ahora le digo, inspectora jefa.

El mensaje era de las cinco y trece minutos. «Lola, me llevo a Kike mañana para pasar el fin



de semana juntos. Que el viernes no vaya al colegio. Prepárale la maleta y déjasela en la secretaría del cole. Yo lo recojo a la salida». La respuesta de Lola era un largo párrafo en el que le decía que ya estaba harta y que qué se había creído, que no pensaba dejarle que se llevara al niño. Que si tenía que cambiar la cerradura y llamar a la policía, iba a hacerlo. El mensaje del marido se había enviado a las cinco y trece. Lola había contestado a las cinco y diecinueve.

—Lola, ¿respondiste enseguida a ese mensaje?

—Sí. En cuanto sonó el WhatsApp cogí el móvil y le respondí.

—Pero aquí dice que tardaste seis minutos en contestar.

—Yo... yo... le respondí enseguida, se lo juro.

El mensaje del marido parecía estar escrito para enfadar a su mujer. Para provocar una reacción en ella. Seis minutos para escribir un WhatsApp de cinco líneas era demasiado. Pero ¿quién sabe? Quizá ella escribió y borró y escribió y borró varias veces hasta que consiguió transmitir lo que quería. Si él la había enfadado, no era raro que le costara tanto redactar un mensaje.

—Inspectora jefa, ¿puede venir un momento? —la llamó Sonia desde el quicio de la puerta que comunicaba el almacén con la juguetería—. No encontramos al marido —le susurró, llevándola a un rincón alejado de la tienda—. Sigue teniendo el móvil fuera de cobertura. Y ya sabe.

—Sí, ya sé que en la mayoría de desapariciones de menores está implicado alguien de la familia o del círculo más próximo. Pero igual está en el cine, o montándose con la jovencita por la que dejó a su mujer, o en una reunión de trabajo.

—En el trabajo dicen que ha salido después de comer.

—No podemos quedarnos con que lo ha hecho el marido, Sonia. Puede que sí y puede que no. Ahora mismo no podemos descartar ninguna posibilidad. Si queremos salvar a Kike, hay que tener la mente bien abierta.

¿Cuántas veces había repetido esa misma cantinela a los novatos que entraban en su brigada? La mente abierta. No descartar nada. A veces eliminamos la primera solución que nos viene a la cabeza porque creemos que es demasiado fácil. O imposible.

—Hemos pedido una lista de empleados del centro comercial. Seguridad y limpieza son subcontratas. Tenemos a un grupo de agentes tienda por tienda, localizando a los dueños para pedirles todos los datos de sus trabajadores. También si han despedido a alguien en los últimos tiempos.

—¿Has avisado a la UIT?

—¿Los de internet?

—Sí, llámalos de mi parte. Y llama también al grupo. Que te pasen con el subinspector Javier Nori. Dile que se ponga con la lista de pederastas fichados, a ver si hay algún movimiento raro.

—¡Ah, otra cosa, inspectora jefa! —la paró Sonia cuando ella se había girado ya para volver con la madre al almacén.

—¿Qué más?

—Ha habido una filtración. Alguien se ha ido de la lengua. La prensa está ya en la calle. Bueno, una televisión. Uno de los agentes que vigilan el perímetro ha visto a un técnico preparando un punto de directo.

—Que no entren en el centro comercial. Pon a una patrulla para que los vigile discretamente y que no cunda el pánico entre la gente cuando oigan lo que acaba de pasar. En cuanto ese periodista entre en directo, van a empezar a sonar los móviles por todo el edificio. No quiero una

avalancha. Aún falta media hora para los informativos de las ocho, tenemos margen. De momento hemos contenido la historia, pero en cuanto lo cuenten en la tele las redes sociales van a echar humo y esto va a ser un infierno.

—De acuerdo, inspectora jefa.

Ana resopló. ¿Cómo se había podido enterar la prensa tan pronto? Si la que estaba allí era Inés Grau, ella iba a tener problemas. La madre que la parió. Inés.

Volvió a entrar en la trastienda.

—Lola, ¿tienes alguna fotografía de tu hijo?

—Sí. Sí, claro. Mire —le mostró de nuevo el móvil—, esta se la hice minutos antes de desaparecer.

Lola empezó a temblar. Desaparecer. Pronunciar la palabra había vuelto real el hecho de que su hijo no estaba allí con ella. Que lo había perdido. O que alguien se lo había llevado.

Pero Ana Arén vio algo más. Algo que la dejó helada. La fotografía de Kike. Cuatro años. Moreno. Pelo lacio cortado a lo príncipe. Grandes ojos marrones. Ese niño era idéntico a Nicolás.

No podía ser.

Nicolás otra vez no.

Slenderman otra vez no.

Todo estaba tranquilo. Parecía una tarde más en uno de los aburridos —y sorprendentemente siempre llenos— centros comerciales del extrarradio. Solo unas pocas personas sabíamos lo que acababa de pasar allí.

Y mucha menos gente sabía algo todavía peor. Todo parecía haber sucedido de idéntica manera a dos años atrás.

Slenderman.

Demasiados malos recuerdos. Noté el nudo apretando y subiéndome por el esófago en cuanto Manuel, mi jefe, me dio la noticia.

—¿Estás ya de camino?

—Relájate, jefe, ¿vale? Sí, te llamo desde el coche. Llego allí en diez minutos —le dije, mientras me arrancaba de la cabeza la peluca rubia que había llevado a la terapia e intentaba borrar las ojeras falsas y el maquillaje amarillo con una toallita de bebé que se había quedado reseca tras pasar meses en un paquete medio abierto tirado en la guantera del coche—. ¿Va una unidad móvil para el directo con el informativo?

—No queremos llamar la atención con la unidad móvil. Si la gente comienza a tuitear que ha visto un camión enorme de Canal Once lleno de antenas, la competencia va a empezar a hacer llamadas a sus contactos en la policía y se acabó la exclusiva. Queremos salir solos a las ocho con la historia. Se van a cagar.

—¿Mochila entonces?

—Sí.

—Como salga mal, el que se va a cagar eres tú. A mí no me hagas responsable.

—Deja de lloriquear, Inés, joder —se cabreó—. ¿Cómo no va a haber una maravillosa cobertura 4G en uno de los centros comerciales más importantes de Madrid? ¿Te imaginas a las operadoras de telefonía perdiendo el volumen de negocio que representan esas miles de personas aburridas vagabundeando por un centro comercial? ¿Qué iban a hacer para distraerse sino mirar el móvil? Además, no creo que la poli esté usando inhibidores, no en la desaparición de un niño.

—¿Te tengo que recordar la de directos que se han caído por culpa de la mochilita de las narices? ¿Te lo tengo que recordar?

Las unidades móviles para los directos de televisión envían la señal vía satélite. Una vez estabilizada, es prácticamente imposible que tenga interferencias o se corte —a menos que haya una llamarada solar extraordinaria o alguien le dé al botón que no toca—. Sin embargo, últimamente se habían puesto de moda los directos con mochila, llamados así porque un pequeño transmisor metido en una mochila a hombros del cámara envía la señal a la redacción a través de la línea de teléfono móvil. Un fallo de cobertura y adiós directo. A veces, ante los ojos de

millones de espectadores.

Iba conduciendo a más de ciento cuarenta. Me estaba jugando varias multas de tráfico para intentar llegar a tiempo al centro comercial y poder hablar con algún policía que me diera más datos sobre la desaparición del niño antes de entrar en directo. Como por una maldita mochila se cayera mi conexión, iba a liar una buena cuando volviera a la tele.

—No quiero hacer el ridículo ante los espectadores. No quiero recordarte nuestros grandes momentos para la historia con las mochilas. Solo tienes que buscar en YouTube, por si no te acuerdas. —Era ironía, pero no tenía claro que mi jefe la captara—. Ya te dije que no quería hacer más directos con esos trastos, que la que pongo el careto soy yo, chatín. No tú. Que luego la gente no discierne y se cree que yo tengo la culpa incluso de los problemas técnicos. Luego voy por la calle y me dicen: «¿Qué te pasó ayer? ¿Qué hiciste que se te veía a trocitos?». Aguanta tú eso, jefe. ¡Ah, no! A ti no te paran, que no sales por la tele.

—Este es un caso excepcional, Inés, te lo he dicho. No quiero que nos pisen la exclusiva. Quedan dos días para acabar el mes. Necesitamos asegurar el liderazgo.

—Paso de discutir contigo, que estoy conduciendo a ciento cuarenta por la M40 y voy a tener un accidente. Por cierto, si me cae multa la paga la tele. A ver, cuéntame qué se sabe del caso —le corté.

—Ha desaparecido un niño. Cuatro años. Estaba con su madre. Los padres se separaron hace unos meses. Al padre no lo localizan. Iban al parque de bolas cuando la madre se despistó un momento mirando el móvil y el niño se soltó de la mano y se perdió.

—¿En serio? Menudo notición. Venga, hombre, que solo es un niño perdido. Se habrá despistado. O se lo habrá llevado el padre. ¿No dices que se acaban de separar?

—Inés, escucha, la poli cree que se lo puede haber llevado el mismo que se llevó a Nicolás hace dos años. Slenderman. ¿Te imaginas que Slenderman haya vuelto a actuar?

Slenderman. El miedo tomó al asalto todo mi cuerpo desde algún lugar escondido en lo más primitivo de mi cerebro de reptil, la parte más antigua de nuestra conciencia. El shock fue tan grande que a punto estuve de perder el control del coche. Agarré el volante con fuerza. En tensión. Era imposible. No podía ser Slenderman.

—¿Cómo pueden saberlo tan pronto? ¿Quién te lo ha dicho? —intenté no balbucear, aunque las preguntas me desbordaban la lengua como si estuviéramos en época de deshielo—. ¿Uno de esos polis con los que te vas a ver espectáculos para «intelectuales»? —Mierda. ¿Por qué había soltado eso?

—No me hables así, cuidado, que te estás pasando de la raya, Inés, cuidado.

—Perdona, jefe, pero sabes que me cabrean esos polis que solo filtran historias a los periodistas que se van de copas y quién sabe qué con ellos. Que no digo que tú seas uno de los que los invitas, que no digo eso.

—Tú ves fantasmas, Inés, se te va la olla cada vez más. Ya no vivimos en los ochenta. Eso ya no se hace.

—Dirás tú que eso ya no se hace.

—Déjalo, ¿vale? Que no tenemos tiempo. ¿Cuánto te queda para llegar?

—Estoy entrando en el *parking*. ¿Quién viene con la mochila?

—Espera, que pregunto a producción. ¡¡¡Carmennnn!!! —le oí chillar, llamando a la productora del informativo de las ocho, sentada cinco mesas más allá—. ¿A quién has mandado con la mochila para el directo del centro comercial? A Adrián —me contestó, volviendo a dirigirse a mí—. Tienes a Adri allí en diez minutos. Te llama cuando llegue. Entrás en sumario y abriendo el

primer bloque.

Todo parecía normal allí dentro. No había nada raro. De momento la policía había logrado contener la noticia de la desaparición, así que en esos pasillos era una tarde más, como otra cualquiera. Pero la tranquilidad no iba a durar mucho.

Recorrí la planta baja y ya empezaba a pensar que a mi jefe le habían dado un mal soplo cuando vi a dos policías dentro de una pequeña tienda de artesanía, hablando con la propietaria. Uno de ellos anotaba algo en una libreta. La estaban interrogando. No los oía, pero podía imaginar el diálogo. ¿Ha notado algo sospechoso? ¿Reconoce a este niño? ¿Lo ha visto por aquí? ¿Ha visto a alguien merodeando? ¿Nos puede dar una lista de sus empleados?

Pero a mí me preocupaba otra cosa. ¿Nicolás? Slenderman significaba Nicolás. ¿Cómo podía la policía tener pistas de la relación de los dos casos? ¿Qué les hacía pensar que a los dos niños se los había llevado la misma persona? El niño acababa de desaparecer. Era imposible.

Pero tenía que concentrarme en conseguir más información. ¿Dónde estaría el puesto de mando? A algún sitio habían tenido que llevar a la madre, en algún sitio la estarían interrogando. Y en algún sitio estarían los de la científica buscando huellas. Solo me hacía falta encontrarlos para conseguir la información que necesitaba.

—¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? —Mierda, no, ahora no—. ¡Ay, qué ilusión! Pero ¿qué haces aquí? ¡Ay, soy tan fan!

¿Por qué la gente daba grititos agudos cuando reconocía a alguien de la tele? ¿No podían mantener su tono normal? Parecían excitados cantantes de opereta de tercera. La emoción agudiza la voz. El sexo la agrava. Aunque a esa mujer prefería no imaginármela con voz ronca.

—Sí, señora, soy yo —le contesté intentando no perder la calma—. Pero perdóneme, estoy trabajando y tengo algo de prisa.

—¿Cómo te llamabas?

Bien. Normal. Como siempre. La gente se abalanza sobre ti porque le suena que sales por la tele, pero no se acuerdan ni de tu nombre. A veces ni siquiera del programa en el que sales.

—Ayy, que me encantó tu libro. —Bueno, íbamos mejorando, al menos sabía quién era y no me confundía con alguna actriz—. Oye, pero me dio pesadillas. ¡Qué miedo! No escribas más cosas así. Con lo mona que eres, ¿cómo se te ocurren esas historias tan dramáticas?

«Pues porque la gente las lee, señora, porque la gente las lee, a la gente le da morbo el dolor ajeno», estuve a punto de decirle. Pero no tenía tiempo de darle explicaciones.

—¿Me puedo hacer una foto contigo? Puedo, ¿verdad? Si no, mi amiga Conchita, la que va a clase de pintura conmigo, ¿sabes?, no se lo va a creer. —Mientras hablaba abrió el bolso y empezó a rebuscar—. Mira, que no lo encuentro. Me lo habré dejado en casa. Como nunca me llaman, ¿sabes?, pues para qué voy a coger el móvil. Luego mis hijos me riñen porque no me localizan. —Cómo me recordaba a mi madre—. Eres más bonita que en la tele. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Sí. Cientos de veces. Más guapa, más joven y más delgada. La tele estropea mucho. A casi todo el mundo.

—Señora, tengo mucha prisa, va a empezar el informativo, tengo que entrar en directo.

—¡Ah! Claro. Has venido a contar lo de la policía, ¿no?

—¿Los ha visto? —Quizá al final sacara algo de esa conversación.

—En la segunda planta. En la juguetería, enfrente de la cafetería esa de la marca moderna. No recuerdo el nombre ahora, perdóneme. Esa es la que te cobran tres euros por un café sólo porque lo llaman de maneras raras y lo ponen en vasos modernos. ¿Sabes? Quizá hayan robado, porque

llevan un rato entrando y saliendo varios policías de esa tienda. Aunque también he visto pasar a médicos con una camilla. Quizá sea un asesinato. ¿Te imaginas?

—Usted ponga las noticias de Canal Once a las ocho y se lo cuento.

—¿Un asesinato? ¿Por eso estás tú aquí? Ay, por Dios, qué nervios. ¿Quién será el muerto? —oí cómo seguía diciendo la señora mientras yo subía a toda prisa por la rampa mecánica que llevaba a la segunda planta.

Aún no había llegado al final cuando sonó el móvil.

—¿Estás ya aquí? Estoy aparcando. Justo al lado del acceso del supermercado. —Era Adri.

—Estoy dentro, buscando a la policía, a ver si me entero de algo.

—¿Eres consciente de que quedan diez minutos para el directo? Emisiones ha adelantado la hora de entrada del informativo, vamos a las siete cincuenta y cuatro. Y realización nos quiere prevenidos ya. Están un poco nerviosos. Abrimos el informativo.

—Siempre se ponen nerviosos —suspiré—. Suerte que nosotros no. Busca un punto de directo fuera, tendremos que alejarnos un poco para que se vea bien el centro comercial en pantalla. Creo que lo iluminan por las noches, así no parecerá que estamos en la boca del lobo. Hay un chino enfrente, cruzando la calle. Seguro que desde esa acera tienes un buen plano. Nos vemos en cinco —miré el reloj—, cuatro minutos.

Ya podía empezar a correr si quería llegar a tiempo. Los móviles volvieron a vibrar. Uno en mi mano y el otro en mi bolso. Seguro que era mi jefe preguntando que dónde coño estaba. Lo siento. Si cogía el móvil, no llegaba a tiempo al directo. Me lo imaginaba pegando gritos desde su mesa de la redacción. Tendrás que esperar, Manuel. O te contesto o salgo por la tele.

«Tres, dos, uno, sintonía, sube canal A, hablando». Oía las instrucciones de Bea, la realizadora, por el pinganillo, esos disimulados casquitos que los presentadores se ponen en los oídos y que se convertían en nuestro cordón umbilical con la sala de máquinas donde se cocía todo: el control de realización.

«Inés, entras ya, enseguida te dan paso. Suerte», me dijo Cris, la ayudante de Bea.

«Tiene cuatro años y hace más de tres horas que lo buscan. Enrique Ortiz ha desaparecido esta tarde en un centro comercial en Madrid». La poderosa y profunda voz en directo del presentador resonó en mis oídos, mezclada con la sintonía del sumario. Estábamos en el aire. Ya no había marcha atrás.

«Cámara 2, plató», ordenó Bea en control.

«Buenas noches. Les podemos contar, en exclusiva, que fuentes de la investigación aseguran a los informativos de Canal Once que el caso podría estar relacionado con la desaparición, hace dos años, de Nicolás Acosta. Nos vamos en directo hasta el centro comercial Shopping Oeste, en Majadahonda. Inés Grau, buenas noches. ¿Podríamos estar ante otro secuestro de Slenderman?».

«Arriba dúplex», ordenó Bea.

Inspira. Aguanta el tipo. Cara de póquer. Piloto automático. Mira a la cámara como si fuera lo más importante del mundo para ti en ese momento. Tú puedes. Este tema no te afecta.

Este tema no te afecta.

«Buenas noches. Les vamos a contar, en exclusiva, lo que sabemos hasta ahora sobre la desaparición de este niño de cuatro años. Según fuentes policiales a las que ha tenido acceso Canal Once, algunas de las pistas apuntan a que Slenderman podría haber actuado de nuevo».

¿Slenderman? ¿De verdad Inés Grau había dicho que el caso de la desaparición de Kike podría tener relación con Slenderman? Menuda ducha de mierda les iba a caer encima, pensó Ana. Esperaba haber podido aguantar la investigación en secreto un poco más, tener más margen de maniobra, porque a esas horas ya estaba claro que aquel no era el caso de un niño perdido. Se enfrentaban a un secuestro.

O quizá a algo peor.

El pequeño llevaba cinco horas desaparecido. ¿Iban a pasar otra vez por lo mismo? A pesar de toda su preparación, y a pesar también de todos sus años de experiencia, Ana no sabía si podría enfrentarse a ello otra vez.

No a Slenderman.

Pero este caso se parecía demasiado al de Nicolás. El mismo tipo de niño, de la misma edad, físicamente idéntico y desaparecido en el mismo lugar. Lo único que no cuadraba era que Slenderman llevaba casi veinticuatro meses sin actuar. ¿Habría mantenido a Nicolás con vida todo este tiempo? Ana no quería aferrarse a esa esperanza. ¿O habría conseguido dominar sus impulsos hasta que fueron más fuertes que su voluntad?

De Slenderman no se sabía nada desde hacía dos años y en la brigada estaban convencidos de que algo le había pasado. O estaba en la cárcel por otro delito que no se había relacionado con Nicolás, o había muerto, o vivía en otro país. La pulsión sexual de este tipo de psicópatas es tan fuerte que no son capaces de parar hasta que los para alguien.

O algo.

—¿No te vas a casa, Ana?

—¡Nori! No te había visto. No sabía que el comisario te había mandado también a ti.

—No, no me había mandado —respondió el subinspector, con gesto de circunstancias—. No me había mandado hasta que en las noticias de Canal Once a Inés se le ha ocurrido decir que esto podía tener relación con Slenderman. ¿No oíste los gritos del comisario desde aquí?

—¿Mucha mierda desde arriba?

—Mucha es quedarse corto. Un tsunami de mierda. —Javier Nori suspiró—. Un tsunami de mierda a velocidad supersónica cayendo directo hacia nosotros desde las mismísimas puertas del Ministerio del Interior.

—¿El ministro en persona?

—El ministro. En persona.

—Bueno —intentó rebajar la tensión Ana—, piensa en positivo. Ya sabes que tenemos a la providencia divina de nuestra parte, porque en ese ministerio son mucho de ponerles medallitas a las Vírgenes. Quizá el ministro haya llamado a su antecesor para pedirle que interceda ante la

Virgen de las Angustias y que nos ayude a encontrar al niño. Puede que así resolvamos el caso. Por mediación divina.

—Un día, Ana, un día, te van a pillar. Un día te va a oír alguien que no tenía que escucharte y se te va a caer el pelo —le riñó su compañero—. Y entonces no habrá éxitos policiales que salven esa cabecita rubia teñida de morena, querida. Entonces se acabó la meteórica carrera policial de Ana Arén. Adiós. Ciao. Finito.

—Desgraciadamente para ti —bromeó con tristeza Ana—, aún falta mucho para que llegue ese día. Y, por otra parte, ¿cómo soportaríamos todo esto sin un poquito de humor negro? ¿Cómo? Nos habríamos vuelto locos, si no lo estamos ya, querido. ¿Qué cabeza soporta ver tanta depravación, tanta perversidad, tanta maldad? No estamos hechos de otra pasta, solo un poco más acostumbrados a la mierda que el resto del mundo. Por cierto, ¿te ha llamado una tal Sonia de mi parte?

—Sí. Justo cuando venía de camino.

—Oye, se me está ocurriendo una cosa, Nori.

—Miedo me das, jefa. —Malo cuando un poli amigo te llama jefa con ese tono. Malo.

—El programa informático ese, el detector del Parkinson que Joan y tú adaptasteis hace unos meses para encontrar a terroristas suicidas, ¿crees que serviría para localizar a pederastas?

—Joder, pues no sé. —Nori se quedó unos segundos en blanco—. No empieces con tus ideas absurdas.

—¿Por qué no llamas a Joan? Algo se podrá hacer, ¿no? Llámalo y a ver qué se le ocurre. —Mientras hablaban habían llegado ya al aparcamiento—. Tengo el coche aquí. Llámame con cualquier cosa. Dime algo en cuanto sepas, Javi.

—Claro. ¿Habéis descartado ya al padre?

—Para nada. Ha estado ilocalizable, con el móvil apagado hasta las diez de la noche. Imposible rastrear dónde ha estado. Se lo han llevado a la brigada. Ahora voy para allá, a ver qué le está sacando el comisario.

—Ya me cuentas, Ana. Yo me voy para casa a ver si se me ocurre algo que pueda transformar un programa que localiza a terroristas a punto de cometer un atentado suicida en un programa que localice a pederastas que acaban de raptar a un niño. Muy fácil, como ves.

En pocos sitios podía Ana pensar con tanta libertad como mientras conducía de noche. De alguna manera su cabeza desconectaba de su cuerpo y conseguía enlazar ideas que podrían parecer absurdas, pero que al final formaban otra lógica perfectamente válida. Se abstraía tanto que muchas veces no se daba ni cuenta de cómo había llegado al final de su destino. A veces el viaje parecía no haber existido. Solo había un punto de partida y un punto de llegada. Nada entre medias más que su cerebro reconectando neuronas.

Aunque esa noche no. Esa noche su cabeza estaba agarrotada por la posibilidad de que se volviera a repetir todo lo que había ocurrido dos años atrás.

—Lo tienen en la sala tres, Ana —le soltó Mara, la policía de guardia en la entrada de la Jefatura Provincial, antes incluso de darle las buenas noches.

—¿Ha dicho algo?

—Ni idea. Encerrada aquí estoy desde las diez de la noche. Tantos exámenes en la academia para terminar detrás de una barra de la garita.

—Todos hemos pasado por ahí, ya sabes, o por peores sitios. Luego te cuento qué tal ha ido con el padre, ¿vale?

—Luego me cuentas, sí.



—Voy para allá. Ahora te veo.

Las salas de interrogatorios estaban en el sótano, justo entre los calabozos y la sala de reuniones. Eran tan antiguas que algunas no tenían ni los espejos semiplateados que permiten ver sin ser visto desde uno de los lados. Al padre de Kike lo trasladaron a la más moderna. Lo de moderna es un decir, claro: una habitación con otra anexa (que en origen había sido otra sala de interrogatorios) desde la que observar lo que sucedía. Además, tenía un sistema de grabación de vídeo que podía ver desde su ordenador cualquier policía con el nivel de autorización adecuado.

—¿Cómo va, comisario? —preguntó Ana.

—Nada. No le sacamos nada.

—¿Dónde os ha dicho que estaba?

—Paseando por ahí. Que se agobió, que lo de la separación es muy duro, que se le fue la cabeza y se tuvo que marchar del trabajo. Dice que aparcó el coche en la entrada norte del monte del Pilar, como a unos diez kilómetros del centro comercial en el que desapareció su hijo, y que estuvo andando por el bosque, sin rumbo.

—Con el móvil apagado, ¿no? —ironizó Ana.

—Dice que no paraban de sonarle los mensajes y que lo desconectó del todo. La señal se pierde en la M503, ahí lo apaga.

—Esa carretera lleva al centro comercial.

—Sí, pero también al bosque. Puede haber ido a los dos sitios perfectamente.

—¿Sabía que su hijo y su exmujer iban a estar en el Shopping Oeste?

—Asegura que no, pero igual los siguió. Igual esperó al niño a la salida del colegio, para ver adónde iban. Vete tú a saber.

—¿Qué te dice el instinto, Luis?

—Yo ya no me atrevo a aventurar nada, Ana. Si es él, no es algo que se le haya ocurrido de repente. Si lo tenemos aquí ahora, es que ya sabía qué hacer con el niño, lo tenía todo planeado.

—¿Vas a mantenerlo detenido?

—Todo el tiempo que sea posible. Las setenta y dos horas.

—¿Y si no es el padre? ¿Y si es Slenderman?

—Ya me han dicho que esa periodista lo ha contado en las noticias. Por cierto, alguien la habrá avisado de todo esto. Asuntos Internos está ya investigando. Estoy hasta los cojones de las filtraciones.

—Ya me ha dicho Nori la que te ha caído desde Interior.

—El ministro en persona ha llamado al director general. ¡El ministro! Un caso que requería de discreción salta por los aires porque una periodista no solo cuenta la noticia, sino que la relaciona con la historia de un niño que traumatizó a España. ¿Tú no tendrás nada que ver con eso, no?

—Joder, ¿qué te crees, que yo la llamé?

—Mira, no te pongas así, pero sois amigas. De hecho, los de Asuntos Internos ya me han preguntado por ti.

—Lo sabía. ¡Lo sabía! Como si no tuviera yo lo suficiente con volver a revivirlo todo —gritó Ana, golpeando la pared con la palma de la mano—. Me cago en la puta, Luis. Me cago en la puta.

## ANA

Intentaba coger al niño de la mano. Apretaba muy fuerte, pero sentía que se le escurría entre los dedos. Le miró para que él también hiciera fuerza, para que la ayudara a mantenerse agarrado a ella, para que no cayera. Pero, de repente, en lugar de cara, el niño tenía un agujero negro y en medio del agujero sobresalía una enorme boca granate con una mueca de asco que se iba transformando en burla. Impactada, Ana abrió la mano y lo soltaba. El monstruo caía al vacío. Lejos. Muy lejos.

Había vuelto la pesadilla. Otra vez el mismo sueño que la atormentó durante meses tras la desaparición de Nicolás. El mismo sueño que la martirizó también cuando con tan solo veintidós años descubrió el cadáver de su padre, descomponiéndose y lleno de gusanos, en su humilde piso de Barcelona. Aunque entonces no era un niño cayendo al vacío. Era papá.

Ana no había sido rubia siempre. Nació rubia, sí, para asombro de su madre y sospecha de su padre. ¡Los dos eran tan morenos! ¿Cómo podían haber tenido a esa pequeña bolita de pelo, piel y ojos casi transparentes?

Afortunadamente, las dos tías solteronas y cotillas de la familia, la tía Antonia y la tía Úrsula, no habían querido perderse el momento del parto. ¿Quién mejor que dos sesentonas vírgenes para decirle a una parturienta cómo dar a luz? Antonia y Úrsula pensaban que solo ellas estaban cualificadas para acompañar y guiar a su sobrina durante el proceso de expulsión del feto, con lo que se plantaron con toda la parafernalia en la maternidad nada más les llegó el recado, vía la intrincada red de amigos, conocidos y saludados del barrio, de que Carmen había roto aguas.

Para su asombro, el médico no las dejó entrar en la sala de partos, así que se quedaron montando guardia casi en la puerta, mientras el nerviosísimo padre primerizo se comía las uñas en la sala de espera. Por eso fueron ellas las primeras en recibir la noticia de boca de una enfermera que supuraba supremacía moral. Verán, ha ocurrido algo muy extraño, señoras, ya me dirán ustedes si esto no es obra del demonio. Ese matrimonio tan moreno ha tenido un angelito rubio. Dios se apiade de la pequeña, remató la enfermera, convencida de que el padre iba a repudiar a esa hija bastarda.

La tía Antonia y la tía Úrsula soportaron el soponcio que les estaba dando con dignidad, no era el momento de avergonzar a la familia. ¡Pobre hermano suyo, con una hija que no era su hija! ¡Y encima tan rubia, imposible de disimular, todo el mundo iba a darse cuenta! Un policía que no podía poner orden ni en su propia casa. Iba a ser el hazmerreír del barrio y la brigada.

Mientras Antonia y Úrsula pensaban qué hacer para salvar la situación, la enfermera, como si no hubiera tenido suficiente con las ancianas, buscó al padre en la sala de espera. Porque mire qué moreno es usted, caballero, le soltó nada más verle. Él levantó la cabeza para mirarla, sin entender nada. ¿Qué decía esa mujer vestida de blanco? Mírese. Pero si tiene el pelo más negro

que el carbón. Y su mujer lo mismo. La piel oscura como de gitano. Y lo digo sin ofender, que quede claro, ¿vale? Que ya se ve a la legua que ustedes no son gitanos. En cambio, su hija, porque ha sido una niña, ¿se lo había dicho?, su hija es casi transparente. Lo digo para que no piensen que les hemos cambiado el bebé. Esa niña ya era rubia en la tripa de su madre. Algo pasó ahí dentro. O antes. Porque ya sabe lo que son esas cosas. Ya sabe cómo son algunas — remarcó ese algunas para situar a ella y a su dignidad impostada en el lado contrario— mujeres. Y con una sonrisa de satisfacción, la enfermera giró sobre sí misma y se fue con la cabeza bien alta, taconeando su desprecio por todo el pasillo.

Cuando por fin les dejaron ver a madre e hija, ninguno supo cómo actuar o qué decir. Rodolfo sostenía al bebé como si fuera un regalo prestado que le había hecho la vida, aprovechando cada segundo antes de que le dijeran que la tenía que devolver, que no era suya. Pero la tía Úrsula pegó un grito. Lo sé, lo sé, lo sé. Es Paulina. ¿No lo veis? ¡Es Paulina! Carmen, la madre, no entendía nada. ¿De qué Paulina estaban hablando? Pero Rodolfo sonrió, apretando a su hija fuertemente contra su pecho. Ahora sí, esa niña era suya. Porque allí estaba la hija bastarda del marinero holandés reencarnada en ese bebé que todavía no tenía nombre. La bisabuela Paulina, la mujer del bisabuelo Tomás, había regresado más de un siglo después para derrotar, por fin, a los genes de los Arén.

Paulina la rubia llegó a la familia Arén cien años atrás por obstinación, porque en realidad ella no había querido nunca a su marido, al bisabuelo Tomás. No, al menos, como se supone que debería ser el amor, como ese amor que le habían contado el resto de criadas de la casa donde servía, como ese amor que ella creía que tenía que llevarla a una pasión arrebatadora que te ponía el estómago del revés. A Paulina no se le paraba el mundo cuando veía a Tomás, no le ardía el esófago por la necesidad de verlo, no vomitaba de los nervios esperando la próxima mirada del hombre. De su hombre.

No. Paulina sabía que no amaba a Tomás. Pero era su mejor carta. La única jugada buena que le había dado la vida. ¿Apuestas o pasas? Y ella apostó. Cansada de ver a su madre esperar inútilmente el regreso del marinero holandés que la dejó embarazada, Paulina buscó esa figura paterna ausente casándose con un hombre que le diera estabilidad y una coraza contra las críticas de una sociedad hipócrita. Cuando se decidió a hacerlo, el único hombre disponible que tenía a mano y no de mal ver era el mozo que llevaba a la puerta de servicio las cajas de sardinas recién pescadas, un alimento barato y nutritivo del que se alimentaban los criados de la casa.

Se llamaba Tomás. Tenía veinticinco años más que ella. Viudo. Sin hijos. Su única mano disponible. La única mano decente que le puso delante la vida. Y ella lo apostó todo.

Era marinero, como el padre que Paulina nunca conoció, pero con su pequeña barca de remos apenas podía alejarse unas pocas millas del puerto de Barcelona, lo justo para mal ganarse la vida vendiendo sardinas a los pobres de la ciudad. Así Paulina se aseguraba de que su esposo siempre volvería a casa. Un marinero casi de agua dulce. Un hombre que no tenía la tentación de más puertos.

Paulina resultó no ser demasiado fértil, o quizá es que su marinero se aburrió de pescar siempre la misma sardina en el mismo mar. El caso es que solo tuvieron dos hijos. Eso sí, sus hijos les dieron nueve nietos y los nietos les dieron veintitrés bisnietos. Pero a pesar de toda esa descendencia, los genes que Paulina había heredado del marinero holandés se esfumaron ante la potencia avasalladora de los ojos negros, la piel canela y el pelo casi azul de tan oscuro de los Arén.

Ni un rastro de porcelana rubia en la herencia biológica de la familia. Ni unos ojos un poco

más claros. Ni un pelo algo más castaño. Ni una piel algo más blanca.

Los genes de Paulina desaparecieron, olvidados como se olvida el mal pecado de un antepasado, el de ese bisabuelo que se casó con una bastarda.

Desaparecieron hasta que nació Ana. Y resultó que Paulina no se había ido, que Paulina nunca se había rendido, sino que estaba agazapada esperando al momento adecuado y a la mujer adecuada. Cuatro generaciones después, la hija bastarda del marinero holandés se replicó en una hermosa niña rubia. Paulina se tomó la venganza reencarnándose en esa mujer que, en los albores del siglo XXI, podría aspirar a un mundo lleno de las oportunidades que ella no tuvo.

Resurgiendo en Ana, Paulina también vengó todas las humillaciones que había sufrido Elisa, su madre, por quedarse embarazada fuera del matrimonio. Elisa siempre había soñado con encontrar al hombre de su vida en uno de esos barcos extranjeros que llegaban al puerto de L'Escala para llevarse a los países ricos del norte de Europa el vino, las sardinas, las anchoas y el coral que constituían la única fuente de riqueza de la población. A ella nunca le habían gustado los *nois* del pueblo, tan poco cultos, tan poco viajados y tan poco leídos. Eran hombres prácticos, chicos cuyo único sueño era sobrevivir. Y Elisa quería algo más. Soñaba con algo más.

Sus padres estaban empezando a hartarse. Cada domingo tenían la misma pelea con ella. Nunca quiso ir a la gran cita semanal para solteros y solteras de l'Escala, el carrusel por la rambla del pueblo tras la misa de doce. Hombres y mujeres, en grupos separados, daban vueltas arriba y abajo del paseo exhibiéndose como caballos y yeguas en una subasta, intentando atraer a alguien del otro sexo. Elisa no. Elisa se escapaba siempre para bajar al puerto y soñar con Julio Verne y con viajar en submarino y subir a la luna y llegar al centro de la tierra.

Maldita la hora en la que esta niña aprendió a leer —le gritaba su padre siempre a su madre—. Maldita la hora en la que me convenciste para llevarla al colegio. Tiene la cabeza llena de tonterías. O se las sacas tú o se las voy a tener que sacar a golpes.

Elisa era virgen cuando cayó en los brazos de Hendrikk Wersteeg, tan rubio y tan fuerte, tan oliendo a mar, que esa mezcla de salitre y sudor de su piel se quedó para siempre atravesada en la garganta de la chica como la espina de un pescado, dejando una cicatriz perenne. La única vez que hizo el amor en su vida fue en un rincón de la playa de su pueblo, entre las rocas, con los trocitos de conchas de la arena clavándosele en la piel. Elisa no supo describir qué había sentido esa noche en la que cambió su destino. No hubiera sabido decir si le gustó o si le hizo daño. Si fue largo o corto. O si sintió que eso era amor. Años después, cuando intentaba evocar ese momento, solo era capaz de recordar el olor de la piel del marinero holandés que nunca más volvió. Sudor y salitre. Deseo.

El futuro previsto para ella —un marido pescador o pequeño contrabandista, una casa en el pueblo y muchos hijos— se evaporó mientras Paulina iba creciendo en su tripa. A pesar de los llantos y las protestas de su madre —como la echas me suicido, te lo juro que me quito la vida—, su padre la repudió y la desterró de casa sin contemplaciones. Has manchado el nombre de la familia, somos pobres pero dignos, no quiero verte nunca más, maldita seas tú y tu descendencia.

A Elisa solo le dio tiempo a guardar un poco de ropa en una bolsa vieja y meter en ella un par de libros de Julio Verne que aún no había devuelto a la biblioteca del pueblo.

Tragándose las lágrimas, se fue caminando hacia un nuevo destino. Si sobrevivió los primeros meses hasta el nacimiento de su hija fue gracias a su hermano pequeño. Xavier sacó de debajo de la baldosa de su cuarto —esa baldosa de la esquina bajo la que había escarbado con paciencia un rincón secreto— todo el dinero que había ahorrado contrabandeando por ahí. Un poco de coral arrancado del fondo de la playa. Unos sacos de sal que no pagaban impuestos. Anchoas en

salazón para paladares exquisitos de los pudientes de Can Fanga, como llamaban entonces en los pueblos a los habitantes de Barcelona. Mientras un par de personas de l'Escala se hacían ricas con el contrabando, a los que se arriesgaban de verdad solo les caían las migajas, pero aun así esas migajas eran mucho más pan que el que recibirían nunca por un trabajo honrado. Toma, Elisa, toma, hermana. Son unas pocas pesetas, pero es todo lo que tengo. Cuando gane más dinero, cuando sea rico, iré a buscarte y os cuidaré, a ti y al niño. Te quiero, hermana —le dijo Xavier abrazándola—, mándame a llamar si te pasa algo.

El dinero de su Xavier le dio para pagarse un asqueroso cuarto compartido en una pensión de la Barceloneta, el barrio mariner de Barcelona. Allí conoció a Amparo, otra chica de pueblo que trabajaba limpiando la casa de una familia burguesa que se estaba haciendo rica con la construcción del ensanche de la ciudad. Los señores de Durà —le dijo un día Amparo— buscan a un ama de cría para su hijo, que nacerá dentro de tres meses. ¿Te interesa? Vivirás en la casa que se están acabando de construir, en el paseo de Gracia. Con establos y todo para los caballos. ¿Te imaginas? Vivirías en un palacio. Les he dicho que eres viuda y que sabes leer, que eres lista e instruida. Vete, vete a que te conozcan. Mientras le estés dando el pecho a su hijo, te darán bien de comer y te tendrán en una habitación calentita y soleada. Mucho más de a lo que podemos aspirar en la vida mujeres como nosotras.

Y así Elisa crio a dos niños. A su hija Paulina y a un pequeño burgués consentido que, en cuanto cumplió seis años, se avergonzó de esa tata de pueblo que no estaba a la altura de su divina y rica madre ni de su divino y rico círculo social, esa madre postiza que tan diferente era de las señoras que visitaban el palacete de sus padres. Eres vieja y fea, estás estropeada, gritó un día ese niño a la mujer que lo había alimentado, cuidado, educado y mimado durante sus seis años de vida.

Hasta ese momento Pau siempre buscaba consuelo y afecto en la tata Elisa, que para él había sido su verdadera madre, la que le curaba los golpes cuando se hacía sangre, la que jugaba con él a esconderse y encontrarse, la que le contaba cuentos para que se durmiera tranquilo, o la que acudía por las noches a su cama cuando se despertaba porque tenía miedo. El universo de Pau eran la tata Elisa y su hija Paulina. Para el niño, el mundo de sus padres era algo postizo y molesto por lo que tenía que pasar de vez en cuando. Limpio, tieso y almidonado, a duras penas podía estar callado y quieto como le ordenaban siempre papá y mamá. Era el *hereu*. Tenía que saber comportarse. Pau aguantaba esos momentos pensando en lo bien que se lo pasaría cuando volviera con Paulina, en cómo le contaría lo gorda que se había puesto esa amiga de su madre que siempre llevaba esos volantes ridículos sobre las tetas o en lo que se reirían recordando lo mal que le olía la boca a la marquesa del Puig.

Pero un día, mientras Elisa acariciaba la cabeza de Pau porque estaba llorando de rabia por no haber podido trepar al árbol del jardín mientras Paulina le sacaba la lengua desde una de las ramas, el niño miró a su tata y le vomitó encima: Eres vieja, estás estropeada, eres fea. Unas palabras que le hicieron a Elisa más daño que el abandono del mariner holandés, porque ella creyó con ese niño lo que nunca pensó de Hendrikk Wersteeg, que era suyo. Pero no lo era. Nunca lo había sido. Pau tan solo fue una ilusión, un préstamo temporal de la vida, un amor postizo que, en cuanto creció, le pagó con el desprecio más absoluto. Eres vieja y fea, tu ropa es fea, tu pelo es feo, tus manos son feas, no eres como mi mamá.

Y aunque Elisa calló, y se tragó las lágrimas y la pena y el alma en carne viva, Pau no lo hizo. Espoleados por el pequeño dictador de seis años que acababa de aparecer en esa casa, los señores de Durà buscaron entonces a una *nanny* francesa para criar a Pau, una niña bien que quería

aprender español y de la que obtuvieron buenas referencias gracias al primo de la señora, embajador español en París, al que escribieron con urgencia para que les mandara a una señorita de bien que pudiera cuidar a su hijo y enseñarle francés.

Cuando llegó Charlotte, a Elisa le dieron dos opciones, o te vas a la calle o te mudas de criada a otra casa. Tragándose la rabia y pensando en su hija Paulina, Elisa escogió la segunda opción. Y así fue como los señores de Durà la regalaron como si fuera un mueble viejo, a cambio de nuevos permisos de construcción en el ensanche de la ciudad que los harían todavía más ricos, al corrupto ayudante del responsable de urbanismo de Barcelona, que no hubiera tenido nunca ni dinero ni prestigio ni posición social para construir un palacete y llenarlo de criados, pero que así, con alguien de servicio, conseguía ascender un pequeño peldaño en el escalafón social. Elisa se mudó y se pasó el resto de su vida despellejándose las rodillas de tanto limpiar suelos, sufriendo a cambio de un poco de comida —la justa para no morir de hambre— para ella y para su hija, y de una cama en una habitación del sótano sin ventanas y llena de moho. Allí se crio Paulina la rubia.

Un siglo después de su vida en un sótano y de su boda con el hombre que les vendía las sardinas, Paulina se reencarnó en esa niña rubia a la que sus padres llamaron Ana. No había ninguna Ana en la familia y las tías Antonia y Úrsula pusieron el grito en el cielo. Pero su padre no cedió. La llamaremos Ana porque mi mujer quiere que se llame Ana. ¡No hay ninguna virgen así! —protestaron en vano las tías—. Santas sí, pero vírgenes no. Tenemos que ponerle un nombre de virgen para que no se repita la maldición de la hija bastarda. ¿Qué maldición ni qué hostias?, les soltó su hermano Rodolfo, en un golpe de autoridad masculina que las calló al segundo.

Ana nació rubia, como Paulina, pero luego no siempre lo fue. Empezó a ser morena el día que entró en la Academia de Policía de Ávila. España, en 1990, no había dejado atrás aún el poso del «landismo», esas películas que perseguían elevar la moral del macho ibérico —bajito, moreno y peludo—, convirtiéndolo en icono de alta potencia sexual a cuyos pies caían rendidas las turistas suecas que empezaban a llegar al país a finales de los años sesenta. Las rubias estaban bien para ser nórdicas y pasearse en pequeños bikinis por la playa, pero no para entrar como una apisonadora en la Academia de Policía Nacional. Porque para Ana la vida era eso. Todo al límite en cada cosa que hacía. Sus compañeros de promoción la llamaban la Nancy por el peinado que llevaba entonces. Daba igual las pruebas físicas que ganara, o los exámenes en los que obtenía la mejor nota. Ana fue siempre la Nancy. Una muñeca rubia.

Se tiñó de morena el día que murió su padre. Para ser exactos, no justo ese día, sino el día en que encontró su cadáver. Maldita la casualidad de que al hombre le diera un ictus precisamente en la semana de una ola de calor histórica en Barcelona. Rodolfo estaba en el baño, acababa de salir de la ducha cuando sufrió el infarto cerebral, dijo la forense, y se arrastró hasta el salón para intentar llamar por teléfono y pedir auxilio. Allí lo encontró Ana, una semana después. Desnudo. Muerto. En descomposición. Papá, papá, gritó ella mientras giraba la llave de la puerta del piso familiar, intuyendo lo que había ocurrido incluso antes de pasar a través del quicio.

Lunes, miércoles y viernes eran los días en los que su pequeña Ana le llamaba desde la academia para contarle cómo iba todo. Voy a ser policía, como tú, papá, lo voy a conseguir. Pero un viernes él no contestó. Ana intentó no darle más importancia. Era raro, pero no quiso preocuparse. Preocuparse era de chicas. De Nancys. Se obligó a no pensar en ello. Puso toda su fuerza de voluntad en no pensar en ello.

Hasta que lo consiguió. Maldita sea su estampa.

Al lunes siguiente tampoco hubo respuesta al otro lado de la línea. La angustia se le anudó en el corazón, pero tampoco se atrevió a comentarlo con sus superiores, ni siquiera con sus compañeros de promoción. La Nancy no podía decir nada. La Nancy no podía quejarse de nada. La Nancy no podía pedir nada. Si lo hacía, no sería lo suficientemente hombre como para ser agente de policía.

Pero el miércoles, al octavo timbrazo sin respuesta, Ana supo sin duda alguna que su padre estaba muerto. Tan muerto que el olor a cadáver le llegó desde el otro lado del hilo de cobre telefónico y se iba haciendo más intenso con cada ring sin respuesta. Ana llamó por teléfono a Laura y a Genaro, los vecinos del piso de enfrente. Espera, que voy a tocar el timbre —le dijo Laura—, igual es que el teléfono está estropeado y no le suena, voy a ver si está en casa, no cuelgues.

Pero nadie respondió tampoco al timbre de la puerta. Y Ana dijo basta. Basta de Nancys, basta de chicas, basta de complejos. Se fue a hablar con su superior, le contó lo que pasaba y se marchó a Barcelona arriesgándose a ser expulsada de la academia. Ya lo arreglaría a la vuelta. O no. En ese momento le daba igual.

Llegó al pequeño piso de Ciutat Vella sin haber dormido, tras una noche terrible en un autobús que paraba en todos los pueblos del camino. La madrugada más larga de su vida.

La escena fue durísima para una joven de veintidós años, aunque se estuviera preparando para ser policía y fuera de chica dura. El olor fue lo primero que la golpeó en plena cara, como un manotazo con la mano abierta. Ana, esa niña tan sensible a los olores, olfateó la muerte antes incluso de abrir la puerta. Después vio los gusanos. Ana los descubrió por el suelo del pasillo, arrastrándose sobre algo que luego supo que eran fluidos que emanaban del cuerpo de su padre, un pequeño río que empezaba en el cadáver y terminaba casi en el recibidor.

De puntillas para no pisar nada, con la espalda pegada a la pared y agarrándose con las uñas al gotelé, Ana llegó al salón. Y ahí estaba lo que quedaba de papá. Cinco días muerto bajo una ola de calor asfixiante habían convertido el cuerpo de Rodolfo en un trozo de carne que casi se desintegraba al tocarlo. Cuando Ana acarició su cara —Papá, te quiero, papá—, la piel de la mejilla se le descompuso entre los dedos. Del polvo vienes y en polvo te convertirás.

Ana nunca llegó a perdonar, ni a perdonarse, que su padre hubiera muerto en soledad por la culpa que ella sentía al ser mujer en un mundo de hombres y no atreverse a pedir permiso para viajar a Barcelona y comprobar qué tal estaba. Rodolfo debió de permanecer tendido en el suelo, agonizando junto al teléfono, durante un par de días, le contó la forense. Tardó cuarenta y ocho horas en morir, desnudo, sobre las baldosas del salón. Si el viernes, cuando él no contestó a la llamada, Ana hubiera hecho caso a su intuición y hubiera cogido un autobús, quizá habría llegado a tiempo de salvarlo. Aunque se hubiera quedado lisiado, aunque la Nancy hubiera tenido que empujar una silla de ruedas el resto de su vida. Pero no, la Nancy no pidió permiso y tendría que vivir con eso para siempre.

La venganza de Ana fue con su propio cuerpo. Se cortó el pelo, se lo tiñó de oscuro y se olvidó definitivamente de la mujer que había sido hasta entonces. Se había esforzado siempre demasiado. Pero ser mujer no le servía, como no le había servido a su bisabuela Paulina, así que se propuso hacer las cosas de manera diferente, y empezó a dotar a su cuerpo y a su actitud de las capacidades masculinas que ella asociaba a la supervivencia y al éxito. Sin darse cuenta, la voz se le hizo un poco más grave, los andares, menos gráciles y la sonrisa, más agria. Su cabeza también cambió.

Cuando llegó su primer destino, con solo veintiséis años, le tocó coordinar un turno de seis

policías en la oficina de denuncias de la comisaría de uno de los barrios más duros de Madrid. Cada turno recibían unas cien denuncias y una decena de detenidos, que les llevaban hasta allí los zetas y los *municipales* del barrio. Y ella tenía que imponerse a todos ellos.

Recién estrenados sus comeccocos —las antiguas divisas de inspector—, el primer día de su nuevo cargo Ana se cruzó con uno de sus subordinados.

—Hola, cariño, tú eres la nueva, ¿no? Pues menos mal que eres guapa —le soltó el policía guiñándole el ojo.

—Oiga, ¿nos conocemos de algo? —le contestó, tragando saliva para que no se le notaran los nervios—. O me falla la memoria o usted y yo no nos hemos tomado un café juntos, ¿verdad? Pues bueno, así están las cosas, se lo voy a contar para que le quede claro: desde hoy yo soy su jefa y usted se dirige a mí como tal. ¿Entendido?

Meses después, uno de los policías de su turno, uno de los hombres que estaban bajo su mando, le confesó a Ana que ese gesto marcó el camino desde el principio. Les dijo a todos que la novata tenía carácter y que mejor respetar bien las distancias con ella.

Adiós, Nancy. Hola, inspectora jefa Arén.

Así había sido hasta que desapareció Nicolás y ella no fue capaz de encontrarlo. Tras unas semanas de conmoción nacional, el país parecía haber olvidado al niño, pero la ya inspectora jefa Arén no. Su fracaso le hizo replantearse su trabajo como policía. Y ahora de nuevo volvía a ocurrir.

Otro niño. Otra vez Slenderman.

La mañana del día siguiente a la desaparición de Kike, mientras tomaba su primera dosis de cafeína diaria, siempre bien fría y con burbujas —era lo único que conseguía despertarla—, Ana puso la televisión. Los informativos matinales no solían ofrecer demasiadas novedades respecto de los de la noche anterior, pero ese día sí. Subió el volumen. Era Lola, la madre del niño desaparecido hacía unas horas.

«Por favor —decía la mujer intentando contener las lágrimas ante los micrófonos de los periodistas que habían hecho guardia durante horas en la puerta de su casa—, yo sé que usted es buena persona y Kike es muy pequeño. Mire, aquí está en su fiesta de cumpleaños, ¿ve? ¡Qué guapo! ¡Qué feliz! No pasa nada, usted está a tiempo, devuélvanoslo, déjelo donde sea, pero que vuelva con su madre, por favor. Yo le perdono. Usted es bueno».

El plano cambiaba de la zozobra de la madre a una serie de fotografías. En la voz en *off*, el periodista explicaba que la mujer se las había hecho a Kike minutos antes de la desaparición. Ana ya las había visto. Eran las fotos con las que habían trabajado las primeras horas de búsqueda. El niño llevaba un pantalón negro estrecho y zapatillas blancas, pero lo que más destacaba era una llamativa camiseta de Superman en la que alguien había estampado SuperKike. Todo el mundo podía ver que era muy parecido a Nicolás.

Ana quitó el volumen. Más presión sobre el caso. Tener a la madre llorando en todas las televisiones, todas las radios y todas las páginas web no solía ser demasiado bueno para la investigación, aunque en un caso así, mostrar una imagen tan clara de cómo iba vestido el niño cuando desapareció podía ayudar a recordar a los posibles testigos. Pero también colapsaría los teléfonos policiales de falsos testimonios.

El recuerdo de Nicolás bloqueaba a Ana. ¿Y si ella fracasaba como entonces? ¿Y si el niño se volatilizaba y no se volvía a saber nada más de él?

Llamó al comisario Bermúdez. Eran las siete de la mañana, pero seguro que estaba ya en marcha. Si es que esa noche se había ido a dormir.



—¿Luis, algo nuevo? —Ana puso el manos libres mientras removía el armario buscando algo que ponerse.

—No. Desgraciadamente, no. No tenemos ni idea. Ninguna pista —contestó el comisario al otro lado de la línea.

—¿El padre sigue detenido?

—Aquí lo tengo, en la brigada. Continúa insistiendo en que se fue a pasear por el bosque, agobiado y desorientado. Dice que quería incluso quitarse la vida. Pero nada corrobora eso. Y su móvil, ya sabes, estaba apagado. Así que, de momento, es nuestra mejor pista. Cuando vengas, te cuento más.

—¿El ministro? ¿Has visto a la madre por televisión? Nos van a dar por todos lados.

—Son las siete de la mañana, Ana. El ministro estará durmiendo o echando la primera meada del día. La ducha de mierda aún no ha comenzado. Pero no soy demasiado optimista. Ya sabes que los políticos tienen razones que la razón no entiende. Ponte un buen chubasquero por si acaso.

—Juegos de palabras a esta hora no, por favor. Me ducho y voy para allá.

Y Ana, la Ana morena, se dio una larga y cálida ducha. Una ducha de esas que en otras situaciones sacan todos los fantasmas que llevas dentro, pero que en este caso ni siquiera sirvió para limpiar la tristeza y el miedo que había acumulado su piel en las últimas horas.

Lo que no sabía Ana entonces es que esa rabia que estaba sintiendo —y lo que sucedería en los próximos días— la iba a cambiar. Otra vez. Para siempre.

Cuando uno se dedica al periodismo, asume que sus horarios serán imposibles. Y si no lo asumes, lo aprendes mediante hostias. Si cubres la información de sucesos, es aún peor. Los malos no descansan ni respetan las fiestas de guardar. Tienen muy poca consideración por nosotros, la verdad. Bueno, en realidad, tienen muy poca consideración por la humanidad, así en general.

Un caso como el que acababa de estallar nos mantenía de guardia las veinticuatro horas del día. Ese jueves me tocó levantarme a las cinco de la mañana para entrar en directo en el informativo matinal. Una paliza. Por mucho que aprecies a tus compañeros del turno de noche y por mucho que te compadezcas de su horario y de lo poquitos que son para hacer un informativo tan largo, levantarte tan pronto para entrar en el carrusel y hacer un directo cada media hora, desde las siete hasta las nueve, te deja destrozado para el resto del día.

Pero nuestra teoría de Slenderman había levantado tanto revuelo —los rumores decían que al director de Informativos de mi canal lo había llamado el ministro del Interior en persona, y no precisamente para felicitarle— que no me quedó otra que pegarme el madrugón. Cuatro horas de sueño y arréglatelas para parecer fresca y lozana. La televisión es imagen. No importa las horas que hayas trabajado antes o lo poco que hayas dormido. Para el espectador solo importan los cuarenta segundos en los que apareces en pantalla. Si tienes ojeras, o un mechón de pelo mal puesto, o se te ha torcido la chaqueta, o te patina una letra, es eso en lo que se fijarán. Lo que puede arruinar todo tu trabajo.

El problema para muchos de los compañeros de la redacción cuando nos tocaba entrar en el matinal, aparte del sueño y la mala cara, era qué hacer con los niños. Mi hijo Pablo ya iba a la guardería, tenía cuatro años, pero no entraba en clase hasta las nueve de la mañana. Afortunadamente, ese año vivía con nosotros un chico inglés, un *au pair* que cubría mis ausencias. Así Pablo practicaba el idioma de su padre y de paso tenía una especie de hermano mayor.

Pero el matinal planteaba otro problema. ¿Qué nueva información podía contar? A las seis y media de la mañana pocas cosas nuevas se saben. No me quedaba más remedio que hacer una llamada que llevaba evitando doce horas. Cogí aire. Respondió al tercer timbrado.

—¿Ana? Hola, linda. ¿Cómo estás? —le pregunté, rezando para no haberla despertado.

—Pues esquivando mierda por tu culpa, la verdad —me sorprendió su tono, pero no le di más importancia. O no me interesaba darle más importancia.

—¿Mierda por mi culpa? —No se me ocurría nada que pudiera haber provocado eso.

—A veces estás en Babia, Inés. Creen que he sido yo la que te filtré lo de Slenderman y todos los datos de la desaparición del niño.

—¡No me jodas! —Eso sí que no me lo esperaba—. Ana, si llevamos semanas sin hablar, con esta vida perra que tenemos las dos ya ni nos vemos.

—Eso explícaselo al ministro, que ha puesto en marcha la fábrica de mierda. ¿Quién te pasó la exclusiva?

—No es mía, te lo juro, no es mía. Por una vez no ha sido una de mis fuentes. Alguien se lo contó a mi jefe, a Manuel. Te lo juro. No tenía ni idea del tema hasta que él me llamó y me mandó corriendo para el centro comercial. Yo estaba en otro negociado. Casi no llego ni al directo, Ana. Todo lo que conté me lo pasó él. No pude ni hacer una llamada.

—¿Manuel tiene una fuente en la policía? Pero si ese no levanta el culo de su silla calentita en la redacción desde hace años —se extrañó Ana al otro lado del teléfono—. Imposible que tenga una fuente que le cuente algo así. A esa hora muy pocos sospechábamos lo que podía estar pasando.

—Pues ya ves, alguien se lo pasó. Y ahora que lo dices, sí, es raro. Y es raro también que justo media hora antes me llamara para pedirme que le pusiera en contacto con Joan.

—¡¿Qué narices sabe tu jefe de Joan?! —chilló Ana.

—No, tranquila, joder. Tranquila —intenté calmarla—, no te alteres. No. Sabe que tengo un amigo que se maneja mejor que bien por las redes y que a veces me consigue cosas que no se pueden conseguir de otra manera. —Tener estas conversaciones movidas mientras estoy a punto de entrar en directo me pone de los nervios. Y me desconcentra—. No sabe nada más. ¿Crees que soy imbécil?

—Cuidado, Inés, cuidado. Cuidado con ponerle en peligro.

—Sí, joder. De verdad. Venga, relájate —intenté rebajar la tensión. No me convenía el camino por el que estaba yendo esta conversación.

Para Ana no debía de estar siendo fácil volver a coger las riendas de una investigación tan parecida a la de Nicolás. Para mí tampoco, aunque lo notarí más cuando me bajara la adrenalina. Cuando descansara. Cuando parara motores. En ese momento estaba como una moto.

—Oye, pero yo te llamo por otra cosa. Ya sabes que no me gusta pedirte información, que no quiero mezclarte en temas de la tele y menos con Slenderman, pero necesito algo nuevo, algún pequeño detalle para el informativo de hoy. Algo para seguir con la exclusiva.

—¡¡Inés!!

—No te lo pediría si no fuera realmente necesario. Y no quiero que me des nada secreto ni eso. Solo algo que no te comprometa y que podamos contar.

—Con amigas como tú para qué necesito enemigos —resopló Ana.

—Venga, va —le supliqué yo, mientras aparcaba en el centro comercial. Estaba tan cerca de mi casa que hubiera llegado antes andando, la verdad. Menudo atasco ya a esas horas, cada vez era peor—. Algo que se vaya a saber hoy pero que aún no sea público.

Esperé una respuesta. Silencio.

—Algo que no te comprometa. Que sepa mucha gente en la base —le rogué—. Que nos haya podido filtrar cualquiera.

—Bueno, el padre —accedió Ana.

—¿El padre? ¿De quién? ¿Del niño? ¿De Kike?

—El padre del niño, sí. Está retenido. Lo tenemos en un calabozo en la brigada.

—¿Ha sido él? —chillé, tan emocionada que casi tropecé con los tacones.

—No tenemos ninguna prueba en su contra, pero no puede demostrar dónde estuvo entre las tres y media de la tarde y casi las doce de la noche.

—¡Hostia puta! —Soy mucho de decir tacos, qué le vamos a hacer—. Menudo notición. Eso desmonta la hipótesis de Slenderman —suspiré, aliviada.

—Quieta parada ahí, Grau, quieta parada ahí. Están abiertas todas las líneas de la investigación. Incluida la de Slenderman. Trabajamos con varias hipótesis, entre ellas la del padre. A esta hora aún no podemos descartar nada. —Ana fue tajante—. Pero yo no te he dicho nada. ¿De acuerdo? Ni me has llamado ni me has visto durante días. Yo no soy tu fuente, que me buscas la ruina.

—*Of course*, querida, *of course*. Déjalo en mis manos. Que te vaya bien el día.

—Es un decir, ¿no? —me contestó, colgando.

Una hipótesis abierta, alternativa a la de Slenderman, me había dicho Ana. Quizá al final fuera el padre. Quizá.

Ojalá.

Hice mi directo como una reina —ironía, claro; como una reina no se hace un directo a las siete de la mañana junto a la sierra de Madrid, con una sensación térmica de cinco grados y sin un mal bareto donde tomarte un café caliente—, solté la exclusiva del padre detenido, la volví a soltar a las ocho y la repetí a las ocho y media. Después me fui a la redacción.

—Muy bien lo del padre —me dijeron algunos compañeros cuando llegué a la cafetería de la tele para intentar entrar en calor con un café hirviendo directo a mi estómago—. ¿Cree la poli que ha sido él? ¿Qué te han dicho? ¿Descartamos a Slenderman? ¿Se desinfla todo? Quizás haya que bajar el pistón. —Los periodistas somos igual de cotillas que el vecino con el que te cruzas en el ascensor, aunque en este caso tenemos una ventaja: siempre hay una buena fuente a la que preguntar. Y preguntamos, claro que preguntamos. Aunque solo sea por hacernos más tarde los listillos con nuestros amigos o por presumir con las madres del colegio de nuestros hijos.

—No lo saben ni ellos, están perdidos. Además, mi fuente no lleva directamente el caso —mentí para proteger a Ana, mientras daba pequeños sorbos al café. Estaba realmente caliente—. Solo habla de oídas, no está metido en el ajo, así que todo le llega un poco tarde.

—En fin, que nos espera un día duro. Varios equipos están ya con el tema.

—¿Han salido ya de la reunión de contenidos? —La reunión con los jefes de área y los responsables de cada informativo era el momento en el que se decidían los temas que se iban a cubrir ese día. En cuanto salían de ella, empezaban las llamadas y las prisas.

—Todavía no. No te preocupes, que empezarán a sonar los teléfonos como locos en cuanto los de la edición de las tres terminen de pedir los temas que quieren para el mediodía. Y luego entonces, ya sabéis, a correr todos. Que si luego no llegamos con el vídeo es por nuestra culpa, no porque nos lo hayan encargado muy tarde.

El día fue un caos. Pero, como siempre, las prisas, los nervios y el estrés quedaron de puertas adentro. De teles adentro, en realidad. Por las pantallas todo pareció ordenadito y pulcro, como un pañuelo blanco terminado de almidonar. Sin una mala arruga. Sin un solo fallo. La exclusiva de la detención del padre nos dio cierta ventaja respecto al resto de informativos.

Cuando llegué a casa, mi hijo Pablo ya estaba durmiendo. Para un niño de cuatro años las once de la noche es muy tarde. Caía frito pasadas las nueve. Sam lo había acostado ya. El chico era encantador. Estudiaba arte dramático en una universidad del sur del Reino Unido, pero había decidido tomarse un año sabático. Una amiga le habló de su experiencia un verano en Francia y él pensó que por qué no. Yo tenía en la cabeza a una chica —las *au pairs* siempre son chicas—, pero Pablo, con muchos menos prejuicios que yo, pidió a un chico —Mamá, es que así puedo jugar al fútbol con él, porque como a ti no te gusta...—. En su ficha, Sam contaba que sabía

cocinar, aunque su concepto de cocina, como descubrimos después, era meter platos precocinados en el microondas y añadirles algún toque personal basado casi siempre en alguna extraña salsa de bote. En estos meses con nosotros se había vuelto un fanático del gazpacho y el salmorejo, incluso había grabado un par de tutoriales en vídeo para su familia y amigos. A ver si así comen más verdura, decía. Ahora le estaba enseñando a preparar potajes en la olla exprés. Si su progresión seguía así, ya me veía yo mandándole chorizos y morcillas por correo a su casa de Plymouth.

También le encantaban los deportes al aire libre y todo lo relacionado con la creatividad. Pensé que podría ser una buena influencia para Pablo. No solo como alguien que estuviera en casa cuidando de él y le enseñara inglés para que pudiera entender a la familia de su padre, sino también como un hermano mayor con el que hacer cosas de chicos. Y con mis horarios impredecibles necesitaba tener a alguien en casa que pudiera cubrirme si mis jefes me llamaban a las cinco de la mañana, o si una noticia me tenía trabajando hasta la una de la madrugada. Sam iba a clases de español de diez de la mañana a una de la tarde. El resto del día lo tenía libre. Yo no me metía en lo que hacía ni en dónde iba ni con quién, pero sí teníamos un pacto: debía estar disponible si yo le pedía que cuidara de Pablo fuera de las horas establecidas.

Llamé con los nudillos a la puerta de su habitación para darle las buenas noches. Como siempre a esas horas, lo encontré con los cascos puestos, tumbado en la cama, viendo en el ordenador cualquier serie de Netflix a la que se hubiera enganchado.

—Buenas noches.

—*Good night, Inés. See you tomorrow.*

## LAURA / JOAN

Laura vivía sola desde hacía cuatro años, desde que el pobre de Genaro murió, tan discretamente como había pasado por la vida. Sin molestar. Sin hacer ruido. Sin destacar. A Laura su marido le había dado una existencia aburrida. Lo que se dice ni frío ni calor. Ella nunca se lo había pasado bien con el Genaro. Tampoco mal del todo, para ser honestos. Y con eso Laura se conformaba. O la señora Laura, como la llamaban ahora los vecinos. Cosas de la edad. O de la viudez. O de ambas. De repente era una señora respetable. Una pobre anciana respetable que vivía en un tercero sin ascensor y a la que los vecinos ayudaban con la compra si se la cruzaban por las escaleras.

Laura podría haberse obsesionado con la muerte. ¿Qué tenía que esperar, así, sola en la vida, si no era a la muerte? Todo en su día a día parecía conducirla al mismo sitio: a la tumba familiar en el cementerio de Montjuïc, un rectángulo de doscientos diez por cincuenta por cincuenta centímetros en la tercera altura de la calle Santa Eulàlia sector tres. Al menos los gusanos que se me coman tendrán vistas al mar —pensaba—. Como los que se están comiendo al Genaro. Pobre, siempre tan modosito, siempre tan correcto, siempre tan por el buen camino. Y todo para acabar en el tracto digestivo de unos gusanos con vistas al Mediterráneo.

Los primeros meses tras la muerte de Genaro, a fuerza de dejar de estar en contacto con los demás seres humanos del mundo, creció en Laura la sensación de que no era una persona interesante. Igual de plana y gris que había sido su vida de casada. Así que dejó de hacer esfuerzos para socializarse. La primera señal de alarma la dio Conchi, la peluquera del barrio. Laura no se había perdido su cita de los jueves ni siquiera tras su operación de hombro. Cuatro días después de la intervención, con el brazo en cabestrillo, allí estaba ella. Lavar y marcar. Sí, como siempre, por favor, Conchi.

Así que cuando Laura se ausentó dos jueves seguidos, Conchi la llamó por teléfono —Querida, te echamos de menos, ¿qué te pasa, bonita?—, y mientras escuchaba las respuestas lánguidas al otro lado de la línea —Bien, total, bien, ¿cómo voy a estar?, pues aquí, sola—, la peluquera decidió formar una patrulla vecinal para intentar animarla. Operación Rescate Viuda, la llamaron las señoras del barrio, excitadas como si se fueran a patrullar por la superficie de Marte y no por las calles de Ciutat Vella.

En el calendario de pared que la marca de tintes había regalado a la Conchi, colocaron los días de visita que le tocaban a cada una. Los lunes la Maruja. Los martes la Roser. Los miércoles la Carmen. Los jueves la Amparo. Los viernes la Conchi. Y los fines de semana quien pudiera. Al principio acudían todas emocionadas a la cita, como colegialas el día de excursión. Pero no había manera. Ni visitas, ni cafés, ni siquiera las *neules* de chocolate que un día le llevó la Roser. Nada funcionó. Laura continuó encerrada en sí misma. Languideciendo. Si sigue así, se muere —

decían todas—, se nos muere. Una más. Pena de vida.

El desánimo de Laura empezó a cundir poco a poco en la patrulla de rescate. La primera en faltar a las reuniones de levantamiento de moral fue la Amparo. Tengo que encargarme de mis nietos, se excusó, no tengo tiempo. Dos semanas después, sin avisar, faltó la Maruja. Y así, poco a poco, se fueron descolgando todas las integrantes del equipo. Y así, poco a poco, fueron dejando caer a Laura todavía más en su sopor.

La viuda de Genaro seguía con esa sensación de ser una persona anodina, sin nada que aportar a la vida.

Y habría continuado así, hasta terminar en su tumba de gusanos con vistas al mar, si un día no se hubiera cruzado con Joan en las escaleras. Llevaban mucho tiempo viviendo puerta con puerta. Eran los dos únicos vecinos en el rellano de la planta tercera de ese edificio levantado sobre las ruinas del antiguo foro que los soldados del Imperio romano construyeron veintidós siglos atrás en Barcelona, pero casi no se conocían, apenas se cruzaban en el portal un par de veces al año. Él tenía unos horarios muy raros y ella pocas veces salía de casa.

Esa tarde milagrosa sus caminos convergieron. Laura volvía de comprar las pastillas para la tensión y Joan salía a por algo de comer.

—Señora, lo siento. Me han dicho que su esposo ha fallecido.

—Hace seis meses ya, cielo, seis meses ya.

—Perdone, señora, perdone. Pero es que nos vemos tan poco.

—¿Te has dejado barba? —se fijó ella.

—Siempre he llevado barba. Antes incluso de que los *hipsters* la pusieran de moda.

—¿Los qué? Es igual, hijo. Y llámame Laura, que no soy tan mayor —dijo riéndose como una adolescente avergonzada ante aquel hombre de espaldas anchas que la miraba desde su metro noventa—. Pues sí que nos vemos poco, o nos fijamos poco unos en los otros, joven. Cosas de esta sociedad moderna que solo está pendiente de las redes esas de las que hablan por la tele. Por cierto, tienes muy mala cara.

—Será el sueño. Llevo varios días sin dormir. He tenido mucho trabajo y ahora no consigo volver al ritmo normal.

Como si los acontecimientos les hubieran destinado a ese momento concreto de la existencia del universo —consiguiendo curvar el espacio-tiempo hasta unir dos puntos separados por millones de años luz vitales—, esa frase cambió la vida de Laura. Y la de Joan.

Primero fue medio *blister* de pastillas de Orfidal. Llévatelas, querido, llévate las. Que no, que no las necesito, que tengo de sobra, contestó él. Que sí, que te las lleves —insistió ella—, siempre le digo al médico de cabecera que no puedo dormir y siempre me receta un par de cajitas de estas. Yo me quejo en todas las consultas, duerma o no, por si acaso. Ya sabes que a las señoras de mi edad nos gusta almacenar. Será por todo lo que nos faltó en la posguerra. ¿Quieres ver el armario donde guardo todas las pastillas? Hay un montón. Ven, mira, mira, están aquí. Hay de todo. ¿Quieres algo más?

Y así, casi sin darse cuenta, Laura Aguilar se convirtió en la suministradora oficiosa de fármacos. Primero para Joan. Más tarde, y muy tímidamente al principio, para algunos de los amigos de más confianza de su vecino. Jóvenes también —bueno, para ella tener cuarenta años era ser joven— con horarios extraños o con demasiado ruido en la cabeza como para silenciarlo. Eran solo unas pastillitas, antidepresivos y somníferos sobre todo, pero ella se entusiasmó como nunca antes en su vida. Por fin le encontró una emoción a vivir. Preparaba a conciencia los argumentos que le iba a dar al doctor en su siguiente visita. Veía a dos médicos de la mutua

privada que aún conservaba del trabajo de su marido, y también al de la Seguridad Social. En total tres facultativos a los que sacarles las recetas y que, por suerte, no tenían ningún tipo de conexión entre ellos ni posibilidad de cruzar el expediente médico de la anciana. No se lo hubieran creído.

En el viejo ordenador de su difunto marido, y gracias al acceso wifi que Joan le regaló —soyunaiaiaenrollada, le puso de contraseña—, Laura encontraba los síntomas precisos para engañar a cada uno de los doctores con síntomas diferentes —uno creía que era insomne, el otro, que estaba deprimida y el tercero, que tenía ansiedad—, y así tener siempre suministro suficiente para los chicos. Ellos, a cambio, le daban algo más importante. Le daban ganas de seguir viviendo.

Al principio, cuando los chicos acudían a su casa para llevarse las cuatro o cinco pastillas que necesitaran, solo intercambiaban frases corteses bajo el quicio de la puerta. Pero poco a poco Laura los fue invitando a entrar. Del solo tengo té pasó a guardar una balda de la nevera para dispensar cervezas bien frías a cualquier hora del día o de la noche. También compró embutido del bueno para acompañar y un queso que resucitaba a los muertos. Tanto se entusiasmó la anciana que a punto estuvo de raparse la cabeza al cero tras verse del tirón las cinco temporadas de *Breaking Bad* que le habían pasado en un *pendrive* sus nuevos amigos. Laura pensó que solo le faltaban los estudios de química para sentirse una Walter White catalana. Llegó incluso a comprarse por internet —su primera compra *online*— una camiseta muy molona con un «I Love Heisenberg» estampado en el pecho. A raparse el pelo ya no se atrevía. Se había vuelto moderna, pero no tanto. Si la hubiera visto el Genaro, pensaba. Si la hubiera visto ahora no se lo creería. Se moriría del susto.

—Joan, Joan —dijo ese jueves, mientras golpeaba con los nudillos la puerta de su vecino. Siempre mejor con los nudillos, por si dormía. El timbre era demasiado estridente—. Joan, cariño, voy al médico, ¿necesitas algo?

—No, Laura, gracias. Ya sabes que solo tomo somníferos cuando es realmente necesario —contestó él, abriéndole la puerta en pantalón y camiseta—. Solo cuando tengo esos picos de trabajo con horarios extravagantes y luego mi cabeza se resiste a volver a la normalidad.

—Ay, cariño, a la vejez viruelas. Mira qué guapo estás. —Laura le echó una sonrisa pícar—. Si hubiera pillado yo a un joven con tu tipo y no al Genaro, lo feliz que habría sido.

—Ja, ja, ja, Laura, voy a empezar a pensar que le has pedido al médico pastillas para la libido. Y no soy tan joven, tengo ya cuarenta años. —Ella rio, haciendo lo que pretendía ser un contoneo saleroso al entrar en la casa de su vecino.

—Ojalá pudiera yo pillar los cuarenta y pillarte a ti. —Laura le guiñó el ojo, dejando el bolso en el suelo para estar más cómoda, señal inequívoca de que iba a quedarse un rato—. Oye, por cierto, ¿has oído eso del niño secuestrado en Madrid? Dicen que podría ser otra vez el Sedeman ese.

—Slenderman.

—¿Eslén qué?

—Slenderman. Se lo puso la prensa días después del secuestro de Nicolás, ¿te acuerdas? Hace dos años. Dos años ya.

Joan se apoyó en la pared y pasó las manos distraídamente por su pelo moreno y rizado. Estaba realmente cansado, llevaba toda la noche trabajando, intentando ayudar a Ana y Javier, que le habían pedido una locura: transformar su programa informático capaz de detectar a terroristas suicidas en uno capaz de detectar a pederastas que iban a cometer un delito.



Y no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Slenderman significa «hombre delgado» en alemán y hace referencia a una leyenda creada en internet, en un foro de fotografías manipuladas para que parecieran sobrenaturales.

—¡Ay, ay, fotografías de fantasmas!

Laura se llevó teatralmente la mano a la frente, como si fuera a desmayarse. Con ella nunca sabías si era un cuento para tomarte el pelo o lo estaba diciendo de verdad.

—Bueno, algo así, Laura. Algo creado para divertirse, pero que se les fue de las manos.

Se les fue de las manos hasta convertirse en una leyenda. Un usuario de un foro de fotografías sobrenaturales colgó una imagen de catorce niños jugando en un parque y colocó detrás de ellos una figura alta y fantasmal, un hombre delgado, con traje negro y largos brazos-tentáculos. Slenderman. El autor de la imagen trucada, alias Victor Surge, se inventó la historia de que la fotografía había sobrevivido a un incendio en una biblioteca y que rastreando su origen había descubierto que tanto los niños que salían en ella como la fotógrafa que captó la imagen habían desaparecido décadas atrás sin dejar rastro.

Lo que hubiera sido una broma más en un pequeño y especializado foro de internet se convirtió en viral. Decenas de miles de personas en todo el mundo creyeron que el caso era real, que Slenderman existía y que era un hombre alto y deforme, medio fantasmal, que hacía desaparecer a los niños.

Por eso la prensa española le puso ese mote al secuestrador de Nicolás. Porque no se tenía ninguna pista del niño. Porque desapareció sin dejar rastro.

—Ay, ¡qué miedo me estás dando! ¿Te imaginas que es él? ¿Te imaginas que ha vuelto a actuar?

—Bueno, aún no se sabe nada. Tú tranquila. Y, además, tú no tienes nietos a los que puedan secuestrar —intentó calmarla.

—Pues mucho peor. Mucho peor. Para una señora de mi edad que no ha tenido hijos ni nietos, todos los niños del mundo son sus nietos. ¡No te imaginas lo que sufrimos nosotras! Por todos ellos. Una abuela solo se preocupa de sus nietos. Nosotras, las no-abuelas, nos agobiamos por el niño que se tira muy rápido del tobogán o por el que come muchas chucherías. Es un no parar de padecer. Por cierto, ¡qué mala cara tienes hoy, hijo, siento decírtelo!

—Es que le estoy dando vueltas a un problema y no veo por dónde salir.

—Si puedo ayudarte...

Si puedo ayudarte, dijo la anciana, pero en verdad —había que saber interpretarla— no se estaba ofreciendo, ni sugiriendo una ayuda. Aquello no era una propuesta, sino una súplica. Por favor, por favor, por favor, déjame ayudarte. Necesito acción.

—Pues no sé, sinceramente no sé qué se te podría ocurrir. Anda, pasa a tomar un café y te cuento.

A Joan no le gustaba mucho hablar en el rellano. Los vecinos eran muy cotillas. Además, necesitaba un café. No había dormido en toda la noche. Y lo que le quedaba.

—A ver, ¿qué pasa?

Laura fue directa a la cocina, a preparar la cafetera italiana con la que Joan insistía en seguir haciendo café. ¡Si hasta ella se había pasado ya a las de cápsula! Qué tozudo era ese hombre. Dios.

—¿Te apetece un trozo de bizcocho? Tengo en casa.

—No. Y tampoco me gusta que vengas aquí y que cocines. Ya soy mayorcito, ¿sabes?

—Ay, cariño, déjame, dame ese capricho. —Puso cara de súplica fingida. Mala cara de súplica

fingida, casi rozando la burla. Menuda cachonda, la vecina, pensó él—. Son cosas de abuela. Por mucho que trafique con pastillas y sepa usar un ordenador, sigo siendo una abuelita.

Laura llevó al salón el café, las tazas y el azúcar en una pequeña bandeja de colores de esas fabricadas por decenas de miles para clientes de todo el mundo.

—¿En qué puedo ayudarte? Tengo quince minutos —dijo, mientras miraba su pequeño reloj bañado en oro, regalo de Genaro cuando se prometieron. Cincuenta y tres años en su muñeca—. El médico me espera.

—A ver, ¿cómo te lo explico? Tú sabes qué es el Parkinson, ¿no?

—Pues sí, claro, la Angelita, la viuda del Roberto, sí, hombre, la que vive dos portales más arriba, en el número nueve, esa que va con el pelo más cardado que las tertulianas de los programas del corazón. ¿No la conoces? Pues tiene Parkinson. Ya se le nota, ¿sabes? Ya le tiemblan tanto las manos que no puede coger las cosas.

Laura bebía el café muy despacio, con sorbos muy pequeños, del tamaño justo para notar la intensidad del sabor del café. Quería alargar el placer al máximo. Ya no podía tomar mucho, se lo habían prohibido dos de sus tres médicos. Cosas de la tensión. O algo así. Los datos habían salido en los análisis y no tenían nada que ver con sus síntomas inventados, así que mejor hacer caso a los especialistas. Ella luchaba cada día contra su enganche a la cafeína. Se permitía una tacita diaria, y disfrutaba y paladeaba cada trago como si fuera a ser el último de su vida.

—Un grupo de investigadores españoles —continuó explicándole Joan— ha desarrollado un programa informático capaz de detectar cuándo alguien tiene Parkinson.

—¿Eso lo dice un ordenador?

—Bueno, sí. Lo dice una fórmula informática.

Más que una fórmula era un algoritmo con el que el programa NeuroQWERTY podía detectar cuándo una persona desarrollaba Parkinson antes incluso de que hubiera manifestado los primeros síntomas físicos. Con los avances médicos pronto iba a ser posible frenar el desarrollo de la enfermedad. Cuando antes se detectara, mejor pronóstico para el enfermo. Y el Parkinson era solo el principio.

El secreto está en la manera en la que tecleamos, que es diferente para cada uno de nosotros, como nuestra huella dactilar. La fuerza, la forma en la que apoyamos los dedos, el tiempo que tardamos en levantarlos de la tecla o el ritmo y los errores que cometemos nos hacen únicos. De hecho, saber cuál es nuestra huella de teclado hará imposible que alguien suplante nuestra identidad digital, que compre con nuestra tarjeta de crédito o que escriba un WhatsApp en nuestro nombre, por ejemplo. Porque nadie teclea como nosotros.

Si un cerebro se estropea o sufre o está sometido a cambios estresantes, la huella de teclado de esa persona va a cambiar. Solo hace falta saber qué es lo que indica cada variación: si estamos ante una enfermedad neurodegenerativa, un estado depresivo o incluso si esa persona está a punto de convertirse en terrorista suicida.

Dos años antes, cuando el subinspector Javier Nori trabajaba en el rastreo y seguimiento de radicales islámicos a través de internet, Joan le propuso adaptar NeuroQWERTY para intentar detectar cuándo esas personas —esos alias a los que perseguían por el mundo virtual— iban a cometer un atentado suicida.

Al contrario que los asesinos profesionales —que no tienen demasiadas reacciones biométricas antes de matar: no les sube la tensión, ni tienen taquicardia, ni se les seca la boca—, los asesinos novatos —como las células durmientes europeas del Estado Islámico— no controlan su propio cuerpo porque no han matado nunca. Y eso les influye, sin duda, en su huella de

teclado. Lo único —¡cómo si fuera tan fácil!— que tenían que hacer Nori y Joan era encontrar cómo cambiaba el patrón de teclado de esas personas en el momento en el que se estaban preparando para la matanza.

Sabían, por ejemplo, que los terroristas suicidas tienden a sudar por la descarga adregénica que produce la vasoconstricción periférica. Se quedan pálidos, están taquicárdicos e hiperventilan. Pero ¿cómo influiría eso en su manera de teclear? Porque lo único que tenían para pararlos a tiempo era la manera en la que sus dedos se posaban por el teclado y poder detectar así cuándo un cambio significaba que se iban a inmolar.

Aprovecharon los contactos de Nori —que durante años se había creado multitud de perfiles falsos en internet, haciéndose pasar por jóvenes simpatizantes del islamismo radical— para colarle a más de un millar de personas el virus que contenía su versión especial modificada del NeuroQWERTY. La primera parte estaba hecha.

Luego llegó lo peor. Esperar. Tuvieron que aguardar a que alguno de ellos cometiera algún atentado suicida para ver qué había cambiado en su manera de teclear. Tras varios ataques en Siria e Irak, Nori y Joan tuvieron suficientes elementos para crear un algoritmo que detectara en qué momento alguien estaba empezando a sufrir los síntomas físicos que precedían a la ejecución de un atentado suicida. Esperaban poder parar a tiempo el siguiente gran atentado yihadista en Europa. Si el próximo terrorista se encontraba en su programa, ellos estaban convencidos de descubrirlo. Ojalá que a tiempo.

El problema era que no podían hacerlo público. Ninguna policía del mundo sabía que ese programa existía. Se limitaban a dar chivatazos anónimos.

—Vale, más o menos lo entiendo. No del todo, pero sí la idea —aseguró la anciana—. ¿Qué tiene eso que ver con el hombre que secuestra a los niños?

—Pues que ahora a Ana se le ha ocurrido que podríamos intentar buscar una fórmula para localizar también a pederastas a través de su huella de teclado. Bueno, más que para localizarlos, para saber cuándo están excitados porque tienen a un niño o a una niña en sus manos. ¿Pero cómo medir una excitación perversa y culpable?

—Pues, hijo, se me ocurre que con lo de las bragas.

—¿Las bragas, qué bragas, Laura? ¿De qué bragas me estás hablando?

—Sí, la web de las bragas. Me la enseñaron el otro día David y Pep cuando vinieron a por sus pastillas. —Joan la miró extrañado—. ¿No la conoces? ¿En serio? Mira, mira. —Laura se había levantado y caminaba hacia la mesa de trabajo de Joan, en la que tres ordenadores estaban encendidos y trabajando las veinticuatro horas del día—. No quiero tocar yo, porque son tus cosas. Teclea tú, venga: las tres uves dobles esas, bragasolorosas (todo junto) punto com.

—¿Bragasolorosas punto com? ¿Estás de cachondeo?

—A ver, dices que tienes que detectar cómo cambia el patrón ese de las teclas en las personas que se excitan solo imaginando lo que van a hacer. Pues eso es lo que les pasa a los hombres que compran aquí. Mira. Es una web en la que las mujeres venden bragas usadas.

—«Me la pondré tres días para ti, para que se impregne bien de mi olor. Cada noche me masturbaré para que los efluvios de mi orgasmo se queden bien empapados en ellas, y después las meteré en una bolsa al vacío y te las enviaré para que juegues con ellas todo lo que quieras» —leyó ojiplático Joan, bajo la fotografía del cuerpo de una chica con unas bragas rosas de algodón—. No-me-jodas. ¡No-me-jodas!

—Ya te digo. David y Pep me contaron que la moda empezó en Japón, pero que ha llegado a España y que los de la web se están forrando. Tienen miles de clientes. Las chicas que venden no

dan abasto a manchar bragas y mandarlas. Algunos clientes las piden incluso con un poco de... ya sabes. —Joan puso cara de no entender, para obligarla a seguir explicándose—. Sí, ya sabes, hombre. Sí —se vio obligada al fin a decir ella—: de caquita.

Y Joan sonrió. No tanto por el uso del diminutivo —como si decir caquita hiciera oler mejor los excrementos humanos—, sino porque la idea de Laura tenía sentido. Quizá le sirviera. Quizá si pirateaba los ordenadores de los clientes de esa web —conseguir la lista infiltrándose en sus servidores iba a ser bastante fácil— y supiera cuándo encargan unas bragas y cuándo les llegan, podrían establecer coincidencias con las que crear un algoritmo para detectar una excitación sexual similar a la de los pederastas.

—Oye, Laura, me has dado una idea genial. —Joan le dio un gran abrazo, apretando a la anciana contra su cuerpo.

—Venga, querido, venga, que tu vecina será una abuela, pero no es de piedra. Y a mis años hay cosas que no puedo permitirme, que no son buenas para el corazón. —Otra vez esa mirada pícara—. No me líes, déjame, que voy al médico —Laura cogió el bolso que había dejado en el suelo, junto al sofá, signo inequívoco de que aquella charla estaba a punto de terminar—, que se me está acabando la reserva de orfidales y tu amigo Adolfo me ha dicho que necesita unos cuantos.

—Sí, el pobre ha estado trabajando una semana casi sin dormir, intentando parar un ataque muy complicado. Así que venga, que no llegues tarde. Yo también tengo lío aquí, a ver qué saco de todo esto que me acabas de contar. Dame un beso, anda. Y vete ya al médico.

¡Podía servir! Claro que podía servir. Cuando volvió a sentarse frente a sus ordenadores, a Joan se le olvidó el cansancio. Lo primero que tenía que hacer era piratear el servidor de bragasolorosas.com y monitorizar a todos los clientes y sus pedidos. Si eran varios miles, como había dicho Laura, iba a tener pronto un algoritmo que detectara la correlación entre los patrones de excitación y los cambios en la manera de teclear. Luego solo tenía que pedirle al subinspector Nori que le pasara la lista policial de personas fichadas por pederastia —y si fuera posible, también de las sospechosas—, para así infectar sus ordenadores y poderles aplicar el filtro.

Solo esperaba no llegar tarde y poder salvar a Kike. Si sus habilidades con los ordenadores no servían para eso, ¿para qué narices usarlas? ¿Para proteger a unas cuantas empresas ricas de las incursiones informáticas ilegales? Bueno, sí, también para eso, que era lo que le daba de comer, pero no lo que hacía de él una buena persona, alguien que se sintiera útil. Llamó a Nori.

—Es una gran idea. ¿Y dices que te la ha dado una anciana de más de ochenta años?

—Vamos, ya te digo. Ha sido enviudar y ponerse el mundo por montera. A ver si la conoces un día.

—¿Era también vecina de Ana?

—Sí, Laura lleva aquí viviendo más de cincuenta años. Supongo que Ana te habrá hablado de ella.

—Tu vecina pastillera, ¿no?

—Bueno, algo así. Oye, cuando puedas pásame la lista de pederastas.

—Coño, Joan, que me empujan, que me buscas la ruina.

—¿Y a mí? ¿Yo no me estoy buscando la ruina? Estamos bordeando la legalidad, Nori, bordeando la legalidad. Y mi pasado no me va a dar más oportunidades. Ya he metido la pata demasiadas veces. Pero si no me pasas esa lista, ya puedo yo encontrar la fórmula mágica, que si no tengo en quién aplicarla, no servirá de nada.

—Imagínate que me pillan —le contestó el subinspector— sacando de la brigada un *pendrive*

con esos datos. O que alguien mire el registro de mi ordenador y vea que me los he bajado a una memoria externa.

—Tú sabes cómo limpiar sin dejar rastro. No me vengas ahora con tonterías. El tiempo corre, corre en contra de ese niño, Nori. Cada segundo es vital.

—¿Y si es el padre? —respondió Nori—. Estuvo desaparecido durante varias horas tras el secuestro. Su móvil no dio ninguna señal. Lo tenemos detenido. Ana le interrogó ayer, pero no le sacó nada.

—¿Qué tal lo lleva? —preguntó Joan, preocupado—. ¿Qué tal lo lleva Ana? Se repite la historia de Nicolás.

—No quiero ni recordárselo. La he visto llorar de impotencia con el caso de ese niño. Aún no lo ha superado. Y ahora lo mismo. Un niño calcado a Nicolás que se desvanece en el aire en el mismo sitio.

—Como un bucle. Y ella dirigiendo la investigación otra vez. No va a dormir hasta que encuentre a Kike. Estoy preocupado por ella, Javi. Esto la puede llevar al límite. La otra vez casi la llevó al límite.

—Esperemos que ese niño aparezca pronto. Y vivo. Sabes que si alguien puede encontrarlo es Ana.

—Y nuestro trabajo es ayudarla, Nori. Por eso necesito esa lista. Aunque consiga el algoritmo, tenemos luego que colárselo en el ordenador a las personas que podrían haber hecho eso. Las personas que podrían ser Slenderman.

—Por cierto, ¿viste que fue Inés Grau la que salió el miércoles por la noche con la exclusiva en su informativo de televisión?

—Sí. Más mierda para Ana. Aunque vuestros jefes estarán más preocupados por el caso, lo de la exclusiva de Inés no es buena noticia para ella.

—Imagínate que a los pocos minutos de que estallara la noticia llamó el ministro en persona. La tormenta de mierda fue descomunal.

—Todo el mundo en la policía sabe que son amigas. Y creerán que es Ana la que le está pasando información. Voy a llamar a Inés, a ver qué me cuenta. ¿Has hablado con ella?

—¡Qué va! Si no he tenido tiempo ni para correr mi hora diaria. Llevo veinticuatro horas sin darle a la zapa y estoy que me subo por las paredes. Necesito correr para pensar. Y para purgar el mal humor. Que la mala hostia me está embotando el juicio. Necesito sudar la mala leche, es la única forma que conozco de quitármela de encima.

A las diez de la noche Joan había conseguido ya la lista de los clientes de la web de bragas usadas y les estaba mandando correos falsos para instalar en sus ordenadores el virus que permitiría analizar sus patrones de teclado. Solo le faltaba cuadrar esos datos con el momento en que encargaban y recibían las bragas para intentar sacar la fórmula. Sonó el teléfono. Su jefe.

—Joan. ¿Qué haces? ¿No estás monitorizando a High Farma?

—Sí, sí, lo tengo en uno de los ordenadores —mintió—, pero ahora estaba limpiando el sistema de Credit Caja. Parece que hay unos gusanillos por ahí.

—¿Y esas alarmas que tienes, eh? ¿De qué te sirven? Ponte con la farmacéutica, anda, que es uno de nuestros mejores clientes. Tenemos un problema. Alguien está intentando entrar al sistema central en Kalamazoo, a los datos de la investigación de las nuevas moléculas. Y eso son cientos de miles de millones de dólares. Sus ingenieros allí no saben ni de dónde viene ni cómo pararlo. Es serio. Arderiu. Serio.

Lo que le faltaba. Un niño desaparecido y él tenía que dejar de buscarlo para frenar un caso de

piratería empresarial: una farmacéutica —o algún pirata a sueldo de algún mafioso que quería copiar la fórmula— intentando acceder a medicamentos en estudio de otra farmacéutica entrando en sus ordenadores. Estuvo tentado de mandar a su jefe a la mierda, o de decirle que sí a todo para luego no hacer nada. Pero se contuvo. Había cambiado. Ya no era el de antes. Y tenía que demostrárselo cada día. Como un alcohólico en rehabilitación.

—No te preocupes. Ahora mismo me pongo. En unas horas el ataque ese será historia.

Y empezó a perder un tiempo precioso para encontrar al niño de cuatro años desaparecido de un centro comercial hacía ya veinticuatro horas.

Todo era hermoso y daba miedo entonces.

Todo era hermoso cuando Ana se mudó a su pequeño piso de la calle Amanuel, esa casa con techos atravesados por vigas de madera clara en una vía muy tranquila del centro de Madrid, a pesar de estar solo a unos pasos de la Gran Vía.

Cada día se acordaba de su padre, claro. Pero por aquella época hacía ya cuatro años que Rodolfo había muerto y empezaban a remitir las pesadillas del cadáver descomponiéndose entre sus dedos. Al principio eran sueños tan reales que al despertar aún podía notar el polvo entre los surcos de sus huellas dactilares. Miraba sus manos y le parecía ver en ellas los restos de lo que una vez fueron las uñas, las venas o los músculos de papá. Entonces soplaba, suavemente, para terminarlos de despegar de su piel. Marchaos a ser otras cosas —les decía—, mezclaos con los otros átomos del universo y sed una esperanza, o césped, o una estrella, o el nuevo Shakespeare. Ya no sois más mi padre. Ya podéis iros.

En esa casa de la calle Amanuel las pesadillas empezaron a desvanecerse, y cuando Ana cerraba los ojos sentada en su sofá, tan blanco rodeado de paredes también tan blancas, sentía por fin que había encontrado un hogar.

Todo era hermoso entonces, pero también daba miedo.

Miedo a la soledad, por ejemplo. Hasta ese momento Ana había vivido siempre en casas con más gente: su familia, la Academia de Policía o los pisos compartidos en los primeros destinos como agente en prácticas.

Miedo a no encajar, también. Ana se había sentido excluida demasiadas veces en su vida. Primero fue la rellenita empollona en el colegio, la niña que ganaba todos los concursos de redacción y matemáticas, la mejor de la clase aunque no se lo propusiera. Después se convirtió en la rarita de la universidad, la que no iba al bar a saltarse las clases, la que no jugaba al mus ni dejaba los apuntes, o la que tenía que trabajar por las tardes y nunca podía quedar. Y en la Academia de Policía fue la Nancy, esa rubia a la que el cuerpo se le había afinado de repente y que tuvo que aprender a comportarse como un hombre. La muñeca que era capaz de morder si era necesario.

No podía evitarlo. A Ana le gustaba ganar, aunque también le gustaba caer bien. Ana necesitaba caer bien. Tenía una urgencia vital por caerle bien a la gente. Una urgencia casi enfermiza.

Y las dos cosas eran incompatibles. Lo aprendió a base de hostias. O ganabas o caías bien.

Pero las dos a la vez no.

Esa mañana la inspectora jefa Arén quería ganar. A toda costa. Ganarle al cabrón que se había llevado a ese niño. Ganarle, aplastarlo, machacarlo, destruirlo.

El padre de Kike aún estaba retenido en comisaría. Quizá una larga y fría noche en el calabozo le había hecho reflexionar.

—Hola a todos —saludó a sus compañeros de la brigada—. ¿Alguna novedad?

—Los equipos de rastreo han peinado la zona alrededor del centro comercial por segunda vez —Luis Arcos era de los que peor cara tenía, la edad ya no perdonaba noches de poco sueño— y no han encontrado nada. Ni un rastro del niño. Como si se hubiera volatilizado.

—Ni se os ocurra utilizar esa expresión en público —les advirtió Ana—. Ni se os ocurra decir «ni rastro», ni se os ocurra decir «volatilizado». Borrada esas palabras de vuestro vocabulario, como si nunca las hubierais aprendido. Ya tenemos suficiente presión con los periodistas especulando sobre si Slenderman está actuando de nuevo.

—Pero, inspectora jefa, ¿y si es él de nuevo?

Su equipo estaba preocupado. Ya fracasaron una vez hace dos años y no querían volver a pasar por aquello. La herida seguía abierta y supurando. Si era el mismo psicópata, muchos compañeros se iban a resentir. La investigación se iba a resentir. Ana no podía permitirle eso, pero, sobre todo, Kike no podía permitirle eso.

—Por ahora todas las hipótesis están abiertas, no descartemos nada. ¿Quién está con los empleados del centro comercial?

—Yo —dijo una voz.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Ana.

—José Barriga. Me incorporé ayer a la brigada, trasladado desde la comisaría de Fuencarral.

—Bien, José Barriga. ¿Me miraste bien el culo ayer? ¿Tuviste suficiente? ¿O me giro un poco más para que no tengas dudas? —le retó Ana, acordándose de lo que le había comentado Charo el día anterior—. ¿No? Bien. Entonces podemos seguir. Así ya nada nos distrae —sonrió, cómplice, al resto de su equipo—. ¿Barriga, no? Buen momento para incorporarte —era ironía, claro—, espero que no seas tú el gafe del equipo. ¿Qué has descubierto?

—Estoy con la lista de los empleados del centro comercial. Ninguno, de momento, con antecedentes por algún tipo de delito sexual. Un par por hurtos. Aunque aún nos faltan algunos comercios, no todos nos han pasado la lista de sus trabajadores.

—Pues date prisa. Vete para allá y salta detrás de los mostradores si es necesario. —¿A qué esperaba el nuevo, joder? Kike había desaparecido hacía veinticuatro horas, tenía que haber rastreado ya a todos los empleados—. Y pide también la de los antiguos trabajadores. Interroga a los que estén, ve a sus casas, pregunta si alguien notó algún comportamiento sospechoso. Que te acompañe Arcos.

—Sí, inspectora jefa.

—¡Ah! Una cosa más. Hace dos años el *parking* del centro comercial no tenía cámaras. Preguntad si las han instalado y traedme la lista de todas las matrículas de los vehículos que hayan entrado o salido de allí durante las últimas veinticuatro horas.

Bajando por las escaleras hacia la zona de interrogatorios, Ana se encontró a Nori.

—¿Has dormido algo? —le preguntó el subinspector.

—Tres horas, lo suficiente para que la adrenalina tire de mí todo el día de hoy. —Se frotó los ojos, agotada, apoyándose en la barandilla a la que desde hacía décadas le hacía falta una buena capa de pintura—. En cualquier caso, he dormido más que tú, seguro. Me apuesto lo que quieras a que has salido a correr antes de venir aquí. Estás loco dejando de dormir por correr.

—El *running* es como la fe, querida, te lo he dicho muchas veces, o la tienes o no la tienes. Como te pique, te conviertes en el mayor converso del reino de las zapas. —Javi hizo un gesto de



oración con las manos—. Y te equivocas, no he salido a correr esta mañana, salí ayer de madrugada cuando llegué a casa. Necesitaba sudar toda la mierda del día. —Nori miró por el hueco de la escalera, arriba y abajo, para asegurarse de que no había oídos indiscretos por allí—. ¿Has hablado con el comisario?

—Sí. —Ana hizo un gesto de extrañeza—. Hablamos hace un rato, le llamé para preguntarle si había alguna novedad. ¿Pasa algo?

—Al parecer, va a haber cambios. ¿Te acuerdas de cuando recibimos el aviso de la desaparición del niño? —Hacía solo unas horas, pero parecía una eternidad—. Luis estaba a punto de contarnos que se va.

—¿Que se va?!

—Shhh, no chilles. Igual ahora con todo esto el director general paraliza el traslado.

—Esperemos. Que se vaya Luis solo puede traer malas noticias a esta jefatura. Bueno —se despidió—, me voy para la dos. Allí está el padre de Kike, ¿no?

—Ahí sigue. Suerte.

La sala dos era la más moderna de la comisaría. Aunque decir eso sería faltar a toda la verdad. Más que moderna, era la menos obsoleta. La menos desvencijada. La que menos vergüenza daba. De todas maneras, ¿para qué se necesitaba un sitio acogedor si lo que se pretendía allí era arrancar verdades? ¿Para qué pintar las paredes, o arreglar las cojeras y el óxido de las mesas, o sustituir unas sillas por las que habían pasado tantas personas que hasta habían modificado su forma en el hueco del culo? ¿Para qué cuidar el aspecto y la comodidad teniendo en cuenta los huéspedes de ese lugar?

Las salas de interrogatorios se convertían así en parte de la maquinaria del miedo. Los detenidos, sobre todo los primerizos, imaginaban todo lo que había pasado allí durante décadas y se les aparecían los fantasmas de los miles de interrogados —torturados quizá también en épocas pasadas— que se habían sentado en esa misma silla rodeados de las mismas paredes.

Pero en la sala dos, lo que la hacía diferente al resto era un moderno —para los estándares de la policía— equipo de grabación de audio y de vídeo. Cualquier policía de esa brigada que contara con el permiso de acceso suficiente podía ver desde su ordenador lo que estaba ocurriendo ahí dentro. Obviamente, el interrogador tenía la potestad de cortar la señal en cualquier momento, porque a veces no convenía que algunas cosas salieran de esa sala. Al menos, no en ese momento. Y, a veces, nunca.

Antes de entrar, Ana observó al padre de Kike tras el falso espejo. No importaba la cantidad de veces que hubiera repetido ese gesto, la inspectora jefa no acababa de acostumbrarse. Tenía la sensación de que las personas al otro lado eran capaces de notar su presencia; porque es lo que le pasaba a ella cuando ocupaba la silla de los interrogadores. Ana podía percibir las miradas clavadas en su boca, en sus manos, en sus gestos. Imaginaba a varios pares de ojos recorriendo el perfil de su cuerpo, buscando adivinar cuál iba a ser su próximo movimiento y hacia dónde iba a bascular su siguiente pregunta. Como una jugadora de ajedrez, Ana tenía que pensar a largo plazo y cada jugada era solo el preludio del final que estaba buscando. El jaque al rey. El desmoronamiento del culpable. La confesión.

Ricardo no parecía diferente a cualquier detenido que hubiera pasado una noche durmiendo en el duro cemento del calabozo de una comisaría. El hombre era una mezcla de agotamiento, frío, miedo, desesperanza y soledad. Una persona que necesitaba urgentemente que alguien entrara allí, a esa sala, quien fuese pero que entrara alguien por favor, aunque fuera para interrogarlo, pero que alguien le hablara, por Dios, que alguien le dirigiera la palabra de una maldita vez.

Doce horas en una celda le hacían a uno un poco más receptivo. Hay que dejarlos madurar, Ana, tienes que dejarlos madurar antes de ir a sacarles el jugo —le decía siempre el comisario Bermúdez—. Que se cuezan en su propia conciencia. Y los que no tengan conciencia, que se cuezan en su propio miedo. Y a los que no tengan conciencia ni miedo los cueces tú.

Y el padre de Kike parecía estar lo suficientemente maduro. Una noche sin dormir es jodido. Después de estar veinticuatro horas sin desconectar, el cerebro no ve las cosas de la misma manera. Empieza a no poder controlarse. Las barreras de nuestro ser humano consciente se caen. La prudencia, la vergüenza y el control se desarman. Y para un policía es más fácil así derrotar al acusado.

—Buenos días, señor, eh—Ana fingió que consultaba en una carpeta que llevaba en las manos—, señor Jiménez. Buenos días. ¿Está cómodo? ¿Necesita algo?

—Kike, Kike. ¿Dónde está Kike?

Era muy buen actor, eso estaba claro, pensó Ana mientras se sentaba despacio en la silla colocada frente al detenido, al otro lado de la mesa metálica. ¿Dónde está Kike? Casi se lo creyó.

—Pues eso queremos saber, señor Jiménez. ¿O le puedo llamar Ricardo? Eso queremos saber. ¿Dónde está Kike? Dígamelo usted y terminamos ya con esto. Usted está cansado, yo estoy cansada, todos estamos cansados. —Ana le hablaba y lo miraba como cuando una profesora le está explicando a un niño que se tiene que poner el abrigo antes de ir al patio porque hace frío y se puede constipar.

—¡Yo no he hecho nada! ¡No he hecho nada!

Empezaba a chillar. Buena señal. Si era culpable, claro. Oficialmente, lo que estaba sucediendo en esa sala dos del sótano de la brigada no era un interrogatorio, porque en un interrogatorio tenía que estar presente el abogado defensor. Así que, oficialmente, eso era una conversación, una charla, un intercambio de ideas. Cuando luego en los juzgados algún abogado defensor se ponía chulito e intentaba invalidar lo que habían contado los acusados en esos momentos, Ana les recordaba que en ningún artículo de la Ley de Enjuiciamiento Criminal estaba escrito que no se pudiera hablar con un detenido. ¿A que no? Pues eso.

—Empecemos por el principio. ¿Dónde estaba usted a las cinco y diecisiete minutos de la tarde de ayer miércoles?

Ana fingió otra vez mirar los papeles, como si ese interrogatorio fuera un puro trámite para ella, una cosa pesada con la que quería acabar cuanto antes. Algo que le molestaba en la vida y que en cualquier momento podía sacudirse de encima con el simple gesto de una mano. Caspa.

—Ya lo he dicho mil veces. Me agobié. El divorcio está siendo muy duro, ¿sabe? Es muy duro que tu mujer te diga que ya no te quiere. Que terminó. Que adiós. Pero, sabe...

—Inspectora jefa. Inspectora jefa Arén.

—¿Sabe, inspectora jefa Arén, qué fue lo más duro de todo? Que mi mujer me dijera que mi cuerpo le daba asco. Que ya no era capaz de tocarme. Que mi piel la repelía. ¿Le han dicho a usted eso alguna vez? ¿Se lo han dicho? —El padre de Kike ocultó la cabeza entre las manos, avergonzado de su propia debilidad—. Que le doy asco. ¿Se imagina? A mi propia mujer.

—A todos nos han rechazado alguna vez. Imagino lo duro que debió de ser. —Ana le iba soltando cebo, poco a poco—. Debiste de enfadarte mucho.

—¿Y usted qué cree? ¿Eh? ¿Usted qué cree? ¿Que hice una fiesta? —Empezaba a enfadarse. Bien—. Claro que me enfadé. E intenté convencerla. Ella me quiere, me tiene que querer. Todo esto es una cosa que se le ha metido en la cabeza —dijo, golpeando con fuerza varias veces su cráneo con el dedo índice—. Ahí, ahí dentro se le ha metido a Lola esa tontería.

—Yo creo que te enfadaste, y mucho. Que perdiste los papeles. Y que hiciste algo que no querías.

Paciencia. Paciencia, se recordó Ana a sí misma. La clave del buen interrogador era la paciencia. Para aparentar como si no te importara, para que los silencios del detenido no te sacaran de quicio y para que sus mentiras no te desearasen.

—Le escribiste a tu mujer este WhatsApp —Ana le pasó una fotografía de la captura de la pantalla del móvil—, cinco y trece minutos de la tarde del miércoles. ¿Me lo puedes leer, por favor?

—Sí, lo escribí yo. «Lola, me llevo a Kike mañana para pasar el fin de semana juntos. Que el viernes no vaya al colegio. Prepárale la maleta y déjasela en la secretaría del cole. Yo lo recojo a la salida». —Ricardo levantó la mirada hacia los ojos de la inspectora jefa, como recordando justo en ese momento que había escrito ese mensaje—. Sí, lo escribí yo. Es verdad.

—¿A las cinco y trece?

—Es lo que pone ahí, ¿no? Cinco y trece horas. No recuerdo exactamente los minutos, inspectora jefa, como comprenderá. ¿Se acuerda usted del minuto exacto en el que hoy se ha lavado las manos? ¿Del minuto exacto en el que ha hecho pis por última vez? Déjese de imbecilidades. Llevo desde ayer encerrado en una celda de mierda y mi hijo ha desaparecido. Son los únicos detalles que le puedo dar. Lo único que importa a esta hora, ¿no? Y si ahí pone cinco y trece, pues serán las cinco y trece cuando mandé el mensaje. La tecnología no falla, ¿no? Se lo escribí mientras conducía, no le puedo decir más.

—Pues ahora tengo un problema. Verás... —Ana espació conscientemente los silencios entre las palabras, para que se quedaran suspendidas en el aire y rebotaran en el cerebro del detenido— ... verás, tengo un problema. Y es que a esa hora, a las cinco y trece, tu teléfono estaba desconectado y sin cobertura. Apagaste tu móvil a las cuatro cuarenta y cinco y no lo volviste a conectar hasta que te localizamos, pasadas las once de la noche. ¿Habías programado el mensaje para que se enviara a esa hora? ¿Usaste algún programa remoto? ¿Cómo lo hiciste?

El trabajo de Ana era llevar a los interrogados hasta el límite, hasta el punto de no retorno. Ese lugar en el que los culpables se rompían. No era fácil, y no sucedía siempre. Muchas veces la policía conducía al detenido ante el juez sin haberle sacado una confesión. En esos casos todo el peso de la acusación recaía en las pruebas que se pudieran recopilar en su contra. Y contra Ricardo eran tan débiles que no se sostenían.

Por eso Ana tenía que derrotarlo y sacarle una confesión.

Muchas veces, para romper a un acusado, Ana se veía obligada a mentir. Fingir que tenía más información de la que realmente poseía. Fingir que había encontrado pruebas que en verdad no tenía. Fingir que un cómplice o un testigo habían confesado lo que no habían confesado.

—Porque, claro, no estabas donde realmente dijiste estar. No estabas vagando por el monte del Pilar, llorando tus penas. Pobrecito. El hombre abandonado. —Ana lo miró con una mezcla de pena y asco—. Te voy a decir dónde estabas. Estabas siguiendo a tu mujer. Fuiste hasta el centro comercial. Querías cabrearla, que dudara y que se distrajera. Y aprovechaste para llevarte a Kike. Porque, claro, llevártelo del colegio no servía. Todo el mundo te habría visto. Y tú no querías que te vieran. ¿A que no?

Creérselo. Un policía tenía que entrar siempre en una sala de interrogatorios convencido de que iba a sacar una confesión. Y unos minutos atrás Ana estaba más que convencida. Estaba casi convencida de que le iba a arrancar la verdad a ese hombre. «Sí, he sido yo, yo me he llevado a mi hijo». Pero no fue así. El padre de Kike volvió a la casilla de salida.

—Estás loca. Estás loca, inspectora jefa, si crees que le haría daño a mi hijo. Dime dónde está, sácame de aquí para que pueda buscarlo. ¡¡Sácame de aquí!! —Se había puesto de pie, todo lo de pie que le permitían los grilletes que le sujetaban las muñecas a la mesa—. Quiero ver a mi mujer, que venga mi mujer.

¿Qué diferenciaba a un culpable de un inocente? Allí, en una sala de interrogatorios, a veces era muy difícil de saber. Pero en eso consistía el trabajo de Ana.

Y en ese momento ya no lo tenía tan claro como cuando entró por la puerta de esa sala.

El viernes tampoco fue diferente al jueves. Más niño. Más desaparición. Más Slenderman. Todos los medios informativos del país estaban pendientes de la búsqueda de Kike. Los periodistas de sucesos hicimos jornadas de dieciséis horas de trabajo a piñón, llamando a nuestras fuentes para sacarles algo, poniendo sobre la mesa todos los favores debidos y espiándonos de reojo unos a otros por si alguien se adelantaba con alguna exclusiva. Era la guerra. Una guerra entre compañeros y amigos, pero guerra al fin y al cabo. Nos felicitábamos educadamente en las redes sociales aunque por dentro ardiéramos pensando quién coño le habría filtrado ese dato y por qué mis fuentes no me lo habían contando a mí.

Para adelantarme a todos solo tenía una opción.

Tenía que volver a llamar a Ana.

Aunque también sabía que no podía llamar a Ana.

Era la inspectora jefa que estaba al mando de la investigación y si alguien podía filtrarme algo potente era ella. Pero, lamentablemente para mí, Ana no era una fuente más. Ana había traspasado la barrera entre el periodismo y la amistad. Era mi amiga, y precisamente por eso no quería ponerla en un compromiso. Ni que sintiera que por culpa de nuestra amistad estaba obligada a contarme cosas del caso. Bastantes problemas estaba teniendo ya porque había sido yo la que levantó la exclusiva de la implicación de Slenderman en la desaparición. No quería apretarla más.

Ana era mi amiga, y eso ya es mucho decir para alguien como yo. No suele gustarme demasiado relacionarme en un plano personal con la mayoría de las personas que conozco. Es algo que se agrava con la edad, de hecho, y que al parecer he heredado de mi abuela paterna. «Eres como la madre de tu padre —me dice siempre mamá—, como la madre de tu padre, ¡qué desgracia, hija! Qué desgracia irte a parecer precisamente a ella, que estaba enfadada con el mundo todo el tiempo, como si el universo le debiera siempre algo». La mujer terminó tan desquiciada que, ya anciana, pensaba que los vecinos del edificio le robaban el agua haciendo agujeros en las tuberías antes de que le saliera a ella por el grifo, o que de alguna manera esos mismos vecinos conseguían también —con inventos imposibles que en su cabeza eran absolutamente reales— sisarle parte de la potencia eléctrica del piso. «¿Ves, ves —iba diciendo a todo el que entraba en casa—, ves como las lámparas alumbran menos? Me están robando la luz». Al final, no se hablaba con ninguno de los habitantes de su bloque.

Cuando la llevamos a la residencia porque se había roto un tobillo y no podía vivir sola, consiguió que terminaran cambiándola a una habitación individual. Nadie la aguantaba. Acusó a su primera compañera de cuarto de robarle las medias, a pesar de que la pobre anciana no podía levantarse sin ayuda y tenía los tobillos tan hinchados que usaba calcetines especiales para que

no le cortaran la circulación. La segunda compañera que le asignaron se ponía su perfume. Y la tercera preparaba un complot contra ella para quedarse su cama, que tenía más luz y mejores vistas porque estaba situada al lado de la ventana. Y así, a pesar de que pagábamos por un cuarto doble, mi abuela consiguió una habitación individual. En eso fue lista, también tengo que decirlo.

Yo espero no llegar a esos extremos, pero confieso que cada vez soporto menos tener que fingir que me interesan determinadas personas o determinadas situaciones. Será que me estoy haciendo mayor. Con la edad crecen sólo cuatro cosas: las orejas, la nariz, las dioptrías y las malas hierbas mentales. Y yo empezaba a notar los primeros síntomas de envejecimiento. Llegados a este punto de mi vida, cada vez me preocupo menos por quedar bien y cumplir una etiqueta social, solo me esfuerzo con mis fuentes. A esas sí que las cuido y más me vale, es mi trabajo. Y a mis amigos, claro. A ellos también intento cuidarlos. Pero esos se cuentan con los dedos de las manos. Y si me apuras, de una mano solo.

Ana, Nori y Joan podrían entrar en esa mano. Eran lo más parecido a una pandilla que yo tenía, aunque a Joan lo veíamos poco. Se pasaba la vida en Barcelona y cada vez venía menos a Madrid, donde aún guardaba un pequeño estudio para cuando su trabajo le obligaba a pasar algo de tiempo en la capital. No le gustaban los hoteles. No se fiaba de nadie. Nadie tenía que saber dónde andaba o por dónde paraba. Sobre todo teniendo en cuenta ese trabajo ultrasecreto del que no nos contaba casi nada. De repente me acordé de que tenía que llamarle.

—Estás triunfando estos días —fue su saludo nada más descolgar.

—Lo que estoy es agotada. Y solo llevamos cuarenta y ocho horas con el caso.

—Si no lo encuentran pronto, la atención se diluirá rápido. Ya sabes cómo funciona eso, amiga.

—¿Qué me vas a contar? Oye, pero yo te llamo por otra cosa.

Y le expliqué lo de mi jefe, esa extraña llamada que Manuel me había hecho cuarenta y ocho horas antes y que mi cabeza había olvidado por completo.

—¿Y qué quiere?

—¿Cómo voy a saber yo qué quiere?

—No lo sabes, pero te interesa saberlo, ¿no?

—Evidentemente. Tiene algún trapo sucio que quiere que le limpies. Y a mí me encantaría saberlo. —Se me escapó una sonrisa.

Joan se comprometió a mandarme por WhatsApp una dirección de correo electrónico — alguna de sus muchas cuentas anónimas e irrastreables— a la que mi jefe podría escribirle contándole el problema. Ponle un poco de misterio y morbo, le pedí, que él cree que eres como un Gollum que no sale de su cueva, y a mí me interesa que siga creyéndolo. Cuanto más inaccesibles piense que son mis fuentes, mejor valorará mi trabajo.

Ironías de la vida, algunos de mis mejores amigos eran dos policías y un *hacker*, aunque la verdad es que en los últimos meses habíamos perdido bastante el contacto. Tras la desaparición de Nicolás, Ana desconectó del mundo. Solo existía para encontrar a ese niño y a quien se lo hubiera llevado. Por aquella época yo tampoco estaba pasando por un buen momento, así que nos distanciamos un poco y terminamos reduciendo nuestra comunicación a emoticonos de WhatsApp. De repente nos encontramos con un abismo temporal entre las dos. Primero fueron días. Después semanas. Y más tarde meses. Cada segundo que pasaba se hacía más difícil coger el teléfono, y no tuvimos el valor, o el tiempo, o la fuerza, o las ganas de cambiar el sentido de los vectores que nos alejaban a la una de la otra.

Quizá era resquemor. O era vergüenza. O pudor. O miedo. Pero algo se había instalado ahí

entre nosotras. Al principio el abismo no era más alto que el bordillo de una acera. Pero a base de dejar pasar el tiempo, a base de pensar que otro día daríamos el paso —ese paso que en los primeros tiempos nos hubiera acercado sin ninguna dificultad—, los días se hicieron semanas, y las semanas se convirtieron en meses que transformaron esa pequeña acera que nos separaba en un muro sólido y contundente.

Pasamos casi un año sin vernos. Y tuvo que ser Joan el que nos juntara, en una de sus visitas a Madrid, como si estuviéramos esperando a que alguien de fuera diera el primer paso. Nos reunió en su estudio. Cenamos una comida china a domicilio tan cutre y grasienta que nos dio para muchos chistes. Eso relajó el ambiente. Y salimos de allí como si aquel hueco oscuro no hubiera existido en nuestras vidas. Aunque ahí estaba. O estuvo. Porque esas cosas nunca se terminan de marchar del todo.

Por eso era absurdo llamar a Ana para pedirle información sobre el caso, porque en realidad lo que yo hubiera querido decirle era venga, amiga, vamos a tomar unas cañas, vamos a reírnos, vamos a llorar, vamos a despellejar a un par de conocidos, vamos a querernos y a aliviarnos y a reconstruirnos un poco la una a la otra. Que lo necesitamos. Y si no me lo das tú, no sé quién coño me lo va a dar. Amiga.

Pero no lo hice. Marqué otros números y dije otras cosas. Números más fáciles y cosas más fáciles también. Opté por contactar con otras fuentes en la policía, aunque no tuvieran tan buenos datos y tan de primera mano como Ana. Todo fue más aséptico. Y, a cambio, dolía menos.

El directo del viernes a mediodía fue tranquilo. Dos días desaparecido. Todas las pistas abiertas. El padre declarando ante el juez. Y el país que empezaba a entrar en shock. Otra vez Slenderman. Las tertulias arrinconaron a los políticos y empezaron a llenarse de periodistas de sucesos, investigadores, psicólogos, psiquiatras y, en general, de cualquiera que pudiera aportar material de relleno sobre el caso. Aunque fuera de derribo. Se trataba de rellenar horas de programación y páginas de prensa. Carne para los carnívoros.

Incluido, no podía faltar, mi editor. Maldita sea mi estampa.

—Inés, que te acabo de ver en las noticias.

—Hombre, Paco, ya me extrañaba que no llamaras. Pensé que habías perdido mi teléfono.

Imagino que no captó la ironía, claro. O quizá sí, quizá era más listo de lo que yo pensaba, quizá era el más listo de todos. Y en ese momento no le interesaba enfrentarse conmigo.

—¿Cómo no voy a llamar a mi estrella? —siguió él, inasequible al desaliento—. ¿Cómo no voy a llamar a la autora que ha pulverizado las listas de ventas? Inés, que estás triunfando con el tema del secuestrador, que estás otra vez en la cresta de la ola. Rompes los audímetros. Estás en la casa de millones de españoles varias veces al día.

—¿Y?

Le contesté desafiante mientras arrancaba el coche. Si me daba prisa, podría llegar a la tele antes de que cerraran el comedor. Me moría de hambre. La pringue me daba hambre. Ansiedad por comer, de hecho, como si con el estómago lleno toda la sangre se ocupara de hacer la digestión y el cerebro, falto de oxígeno, se quedara un rato en pausa y pudiera al fin descansar un poco. La verdad es que estaba ya harta del tipo. Maldita la hora en la que firmé por dos libros con él. Me arrepentiría toda la vida. Aún no era consciente de hasta qué punto.

—¿Y? ¿Y? ¿Cómo me preguntas eso, Inés? Pues que tienes que aprovechar. Tienes que aprovechar el tirón. Podríamos anunciar que estás ya trabajando en otro libro. ¿Qué te parece? No ahora mismo, claro, no hoy mismo, hay que tener un poco de sensibilidad.

¿Sensibilidad? Me dio un ataque de risa. ¿De qué narices de sensibilidad me estaba hablando

precisamente él?

—Pero en unos días, sí —continuó—. En unos días podríamos filtrar que estás trabajando en algo nuevo. Sería la bomba. Tendríamos titulares garantizados. Y si escribieras sobre Slenderman... —calló, midiendo el impacto que ese nombre tenía en mí—... imagínate.

—Te he dicho mil veces —le corté— que Slenderman es un tema tabú para mí. Punto.

—Por cierto, ¿cómo fue el otro día en el centro de terapia? —cambió de tema.

—¿Ese centro de terapia deprimente al que me obligaste a ir?

Era verdad y él lo sabía. Me estaba forzando a hacer cosas para que encontrara un tema para mi próximo libro. Parecía que su única meta en la vida era que yo publicara de nuevo otro éxito de ventas.

—Pero no te reconocieron, ¿no?

—Hombre, ¿tú qué crees? ¿Crees que hubieran permitido que estuviera allí escuchando sus miserias una periodista de televisión especializada en sucesos? Me disfracé bien, no te preocupes. Y no abrí la boca.

—Pero ¿cómo te fue? ¿Has sacado alguna historia? —Y dale, inasequible al desaliento.

—Pues, la verdad...

Y, por una fracción de segundo, ese tipo bajito, calvo y con gafas redondas, ese hombre que parecía haber nacido para darse toda su vida contra un muro que solo conseguía romper a base de tesón y pesadez, me dio pena. Por una fracción de segundo estuve a punto de decirle que sí, que tenía una historia, que me había fascinado hasta el horror el relato de una joven madre que se había visto obligada a elegir a cuál de sus tres hijos sacrificaba cuando una riada inmensa se los llevó por delante y solo podía sujetar a dos de ellos. Pero afortunadamente fue solo eso, un pequeñísimo momento de debilidad. Si le dejaba alguna herida abierta, Paco iba a entrar a matar. Despejé el balón como pude. Todos muy sosos. Sus historias no dan ni para un cuento corto. No sé cómo quieres que me inspire en un sitio así, le respondí.

—Venga, Inés, por Dios, que todo el mundo está esperando tu próximo libro. Ya te he dicho que si quieres te pongo a un negro que te lo escriba y tú solo lo firmas.

—¿Y por qué no me pones a un negro que haga mi trabajo en la tele y me pagas unas vacaciones en el Caribe? —le escupí—. Eso sí que te lo agradecería, Paco. Sinceramente. Estoy harta y cansada. También de tus presiones.

—Yo te pongo un negro y te invito al Caribe cuando quieras, querida. Pero me tienes que dar algo a cambio. Unos capítulos, un esbozo, unas paginitas. Te las mendigo por caridad. Ten piedad de este pobre editor.

Me lo imaginaba suplicándole al auricular del teléfono, rezando con las manos, elevando los ojos al cielo en una plegaria, como si fuera una anciana de pueblo en misa de domingo. Casi me dio un ataque de risa.

—Mira, Paco, he tenido un par de días terribles. Como te imaginarás, estamos a tope con la reaparición de Slenderman. Mi jefe me ha pedido que trabaje mañana sábado para ayudar a la redacción del fin de semana. Y el domingo voy a dedicárselo entero a mi hijo, que se lo merece y que lleva dos días sin verme. Si quieres, el lunes hablamos. Ahora no tengo tiempo para ti.

—El lunes sin falta, Inés, el lunes. Piensa en lo de Slenderman. O en una ficción basada en Slenderman. No tiene por qué ser el caso real. —La verdad es que incluso me daba algo de pena, tan suplicante, Paco—. Eres buena, escribes muy bien, solo te falta lanzarte. Y estar tranquila para escribir.

—Si yo estar, lo que se dice estar, estoy tranquila. Estoy tranquila hasta que me llamas tú.



Tanta noticia dolorosa que contar, tanta sangre y tanto drama, y al final lo que me sacaba de quicio no era la depravación humana, sino un editor bajito y gordo. Hay que joderse.

—Lo siento, tengo que colgar, que estoy entrando al *parking* de la tele. Menudo viajecito me has dado, Paco.

—Pero lo pensarás, ¿no? —Maldita gota malaya que me había tocado en suerte.

Y yo, para que me dejara en paz, le dije que sí, que me lo pensaría.

—¿Con quién hablabas? Tenías mala cara. —Xavi, el coordinador del informativo de fin de semana, acababa de aparcar a mi lado.

—Con mi editor —le contesté.

—¿Nuevo libro?

—No empieces tú también, ¿vale?

—Es que tenías cara de querer estrangular a alguien.

—¿Te he contado alguna vez que en uno de los reportajes que hice el año pasado sobre la mafia rumana conocí a un tipo que parte piernas por dinero? —No. No se lo había contado, por la cara que puso—. Pues mira, el tipo ese me dijo que partía piernas por dinero. Piernas, o lo que sea. Menos matar —me aseguró—, hago de todo. Aunque yo sospecho que también mata y que todo depende de lo que uno esté dispuesto a pagarle. Me he quedado con su número por si algún día lo necesito. —Xavi me miró sopesando si lo estaba diciendo en serio o iba de farol—. Por cierto, si alguna vez lo necesitas, le digo que te haga buen precio. A veces es necesario saber partir una pierna a tiempo.

—Tú eres una psicópata y no lo sabes. —Se alejó, riendo—. Una cosa, Inés —se giró para decirme—, si alguna vez entras a cuchillo en la redacción, o con una metralleta, acuérdate de perdonarme la vida, que soy el que te llevo el bocatín del bar a la hora del desayuno. —Me guiñó el ojo—. Subo a la redacción. ¿Vienes?

—No. Voy a comer —le contesté.

Viernes. Por fin viernes. Aunque el sábado me tocara trabajar, ya quedaba menos para el domingo. Tenía ganas de pasar un día entero con Pablo. La desaparición de Kike me había vuelto hipersensible a la necesidad de mi hijo. Además, Sam, el chico *au pair* que vivía con nosotros desde hacía unos meses y que me salvaba la vida cuando yo desaparecía de casa cada vez que un suceso importante estallaba en la prensa, me había pedido el domingo libre, así que estaríamos solos mi hijo y yo.

No pensaba escribir sobre Slenderman. Nunca. No pensaba volver al grupo de terapia por mucho que me lo suplicara mi editor. La historia de Lucía me había hecho sentir por primera vez todo el dolor que podía soportar una madre cuando moría un hijo. Entendí entonces muchas cosas.

Y no estaba dispuesta a enfrentarme a eso de nuevo.

Javier Nori se sacó las oposiciones a subinspector corriendo diez kilómetros al día por los alrededores de Madrid. Leyó en voz alta todo el temario —los cincuenta temas, las ochocientas noventa y ocho páginas— palabra por palabra. Tardó dos semanas de lenta y soporífera lectura ante una grabadora, pero valió la pena. Consiguió un archivo MP3 de mil ochocientos minutos de sonido. Treinta horas. Así se aficionó a correr, porque tuvo que darle a la zapa muchos kilómetros para poder escuchar una y otra vez todo el temario que tenía que aprenderse de memoria si quería ascender a subinspector.

Nori se dio cuenta de que corriendo podía poner la mente en blanco. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Su cuerpo iba mecánicamente zancada tras zancada recorriendo el camino, permitiendo a su cerebro un estado de semiinconsciencia en el que podía concentrarse en su propia voz y en lo que estaba escuchando. El comportamiento de las masas. El conflicto social y el conflicto de clases. Inspección ocular técnico-policial. Funciones policiales ante grupos y multitudes. Y así hasta cincuenta temas. Uno tras otro en cascada directa hacia sus neuronas.

Le costó acostumbrarse. No tanto a correr —las agujetas desaparecieron con la práctica—, sino a su propia voz. A nadie le gusta cómo suenan sus palabras cuando las escucha de verdad por primera vez. Nuestra voz real, la que oyen las personas con las que hablamos, es menos grave y más de pito que la que escuchamos nosotros. Sin resonar en nuestro cráneo, nuestra voz real es, en el mejor de los casos, decepcionante.

Sobreponiéndose a que le hablara ese extraño que era él mismo, Nori escuchó una y otra vez el temario de subinspector. Derecha, izquierda. Derecha, izquierda. Un kilómetro tras otro. Un tema tras otro. Lo metió en su cabeza al ritmo de las zancadas y la respiración. Lo asimiló como asimilaba y aprovechaba el oxígeno con cada inhalación, directo a sus músculos para dar una zancada más.

Y pasó las oposiciones.

Aún hoy, esa técnica de escuchar una voz mientras corría le permitía poner su mente en blanco para concentrarse solo en lo esencial e intentar descubrir así aspectos de un caso que se le habían pasado por alto, o conectar hechos aparentemente distantes pero que terminaban siendo la solución para resolver un crimen. Por eso, cuando esa mañana el subinspector Nori salió a correr con los cascos puestos, en vez de ponerse una lista de éxitos musicales le dio al *play* a la pista de sonido donde había almacenado todas las notas sobre el caso. Ahora ya no le hacía falta leerlas y grabarlas, porque varias aplicaciones eran capaces de convertir en el relato leído el texto que él había escrito en una libreta. Nori ya no se veía obligado a escuchar esa voz rara suya con la que aprobó las oposiciones a subinspector. Ahora podía elegir. El sexo, el tono o la cadencia. Según el ánimo que tuviera, Nori hacía que Manuela, Agustín, Carlos o Blanca leyeran ese día para él.

«Los casos de Nicolás y Kike se parecen demasiado. Pero quizá eso tiene que extrañarnos», empezó a leer Blanca. Su voz era la más suave y relajada de las disponibles en la aplicación. Y esa noche Nori necesitaba precisamente eso, alguien que le susurrara al oído.

\*\*\*

A seiscientos kilómetros de allí, en su piso de Barcelona, Joan seguía sin dormir. Apenas había pegado ojo en las últimas cuarenta y ocho horas. Trabajaba a la vez en el ataque informático a la gran farmacéutica que le había contratado para protegerla y en el programa para identificar a pederastas. Ya había conseguido infectar los ordenadores de los más de mil clientes de la página web en la que chicas jóvenes vendían bragas usadas. Había sido fácil. Ese viernes por la mañana un par de decenas de ellos habían recibido su pedido —nunca hubiera imaginado a tantos hombres comprando bragas que habían llevado chicas adolescentes—. Joan sabía el momento exacto en el que el mensajero había llamado a la puerta con el paquete porque se había infiltrado también en la red informática de la empresa de mensajería que trabajaba con bragasolorosas punto com. Intentaba imaginarse qué tipo de hombres compraban esas cosas. «La llevaré puesta tres días, follaré con ella, se empapará de mis jugos, y te la mandaré en una bolsita hermética para que llegue hasta ti con todo mi olor. La vas a disfrutar mucho». ¿Quiénes eran los clientes? Joan se imaginaba a hombres normales. Hombres que abren las puertas a las mujeres. Hombres que saludan en el metro. Hombres que dan amorosamente el biberón a sus hijos. ¿Quién compraba esas bragas que por cuarenta euros vendían chicas que podrían ser sus hijas? O sus hermanas.

Joan tenía ya unos cuantos patrones de excitación, había conseguido ver los cambios en la manera de teclear de varios de los clientes justo cuando hacían el encargo, pero también cuando dejaban su opinión sobre el producto —«El coñito de Pink Lady es de lo mejor que he oído en mucho tiempo, me está poniendo a mil, probadlo»— en el foro de la web.

Pero su jefe no dejaba de llamarle. El caso de la farmacéutica se complicaba. Era un ataque más extenso y programado de lo que pensaron en un principio. Llegaba desde varias partes del mundo e iba subiendo de intensidad a lo largo de las horas. De momento, lo estaban conteniendo, pero a cambio de un esfuerzo físico y mental bárbaro. Algunos de los mejores *hackers* del mundo trabajaban en red para desactivar la incursión que pretendía hacerse con las fórmulas de algunos de los medicamentos más novedosos para luego copiarlas y revenderlas en el mercado negro sin ninguna garantía.

Trabajar en las dos cosas a la vez le estaba destrozando. Pero tenía que aguantar.

\*\*\*

La melosa voz de Blanca seguía hablándole al oído cuando Nori llegó al monte del Pilar. Había hecho más kilómetros de los que pensaba. Y aún tenía que volver a casa. Se había desconcertado por completo. En algún momento incluso había olvidado que estaba corriendo. Le pasaba cuando se concentraba mucho en lo que estaba escuchando. Justo cuando daba la vuelta para regresar a casa, el sonido de una llamada entrante cortó la lectura robótica de la chica.

—¿Qué pasa? —La llamada era de la centralita de la base de la brigada.

—¿Subinspector? Soy Rosalía. Me piden que le llame para convocarle a una reunión mañana a las nueve de la mañana en la brigada.

Nueve de la mañana de un sábado. Tenía que ser algo importante.

—¿Alguna novedad en el caso Slenderman? —Nori dejó de correr en seco.

—No lo sé, subinspector. No lo sé. Solo me han dicho que los llame y los convoque para mañana por la mañana. A las nueve.

—¿Te lo ha encargado Ana o el comisario?

—En realidad, ninguno de los dos. No sé de dónde viene la orden.

—¿Cómo que ninguno de los dos? ¿Viene de más arriba? ¿De la Jefatura Provincial? —Nori seguía quieto, de pie, estaba empezando a enfriarse. No entendía nada.

—Usted venga mañana, subinspector. Yo no sé nada más.

—Ana, Ana. —Era Luis, el comisario, llamándola desde la puerta de su despacho—. Ana, ¿puedes venir un momento?

—Claro, comisario —contestó la inspectora jefa, esperando que le contaran de una vez por todas quién había convocado aquella reunión misteriosa.

—Pasa —Luis Bermúdez cerró la puerta—, quiero contarte una cosa.

—Luis, ¿qué está pasando?

—Para empezar, hay un nuevo detenido. Aparte del padre.

—¿Qué es eso de un nuevo detenido? Yo llevo la investigación. ¿Quién narices lo ha ordenado?

—Yo tampoco sé nada más. Me lo ha contado un buen amigo de la central. Déjame que te explique una cosa para que sepas el porqué de todo esto.

El comisario no se sentó al otro lado de la mesa, más pensada para separar que para unir, y acomodó una silla junto al asiento en el que estaba Ana.

—Me hubiera gustado contártelo con más tiempo, pero con todo lo que está pasando no he encontrado el momento. Además, tampoco sabía si la desaparición de Kike iba a paralizarlo todo.

—¿Y?

—Me voy.

—¡¿Te vas??!! —Ana tuvo que controlarse para no gritar. Lo que le había contado Nori era verdad.

—Bueno, para ser exactos, me obligan a irme.

—Pero ¿por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ya sabes que hay gente que cree que las cosas se tienen que dirigir con mano dura.

—Sí, con el látigo de siete puntas también, azotándonos en la espalda mientras nosotros decimos señor, sí, señor, oh, señor, hágase su voluntad, gracias por ser mi jefe, mi adorado amo.

—O algo más. —Bermúdez movió un poco la silla hacia delante, acercándose a Ana—. El nuevo jefe superior cree que las cosas tienen que hacerse de otra manera. Así que me manda a Canillas.

—¿A la central? ¿A hacer qué?

—A pensar. Creo. De cara a la pared como los niños malos. —El comisario hizo una mueca—. Me prometen meterme en el cupo de ascenso a principal, eso sí.

—Eso es una patada para arriba, Luis, y lo sabes. Así te apartan de esta jefatura.

—Escucha, Ana, esto es importante. Escucha porque vas a tener que tomarte las cosas con calma, ¿vale? Viene a sustituirme David Ruipérez.

—¡¡La hostia puta de los cojones!! —Ana se levantó de un salto, indignada—. ¡¡No me lo puedo creer!!

—Ana, tranquila. Olvídate de lo que pasó entre vosotros.

—Luis, coño. Sabes que es de los de la vieja guardia. Por desgracia para nosotras, las mujeres policía, todavía queda parte de una generación de mandos clasistas y machistas asquerosos en esta santa casa. A ver si se jubilan de una vez y se van todos a tomar por culo.

—¿Ves, Ana, a qué me refiero? Vas a tener que cerrar esa boquita que tienes. Te va a buscar la ruina. Y yo no podré ayudarte. Ya no.

Interrumpieron la conversación dos golpes en la puerta. La persona que llamaba no esperó a la autorización del comisario para pasar. Simplemente giró el pomo y entró. Como si estuviera en su casa. Porque lo estaba.

—¡Vaya! Buena compañía para un sábado a las nueve de la mañana. No me digan que han ido a desayunar juntos.

Luis Bermúdez echó una rápida mirada a Ana. Por favor —le decía con los ojos—, por favor, contrólate, no montes el numerito. No ahora.

—¡Comisario Ruipérez! Bienvenido. —Los dos hombres se dieron la mano como solo dos hombres saben hacerlo; como si no pasara nada.

—¿Viene a tomar medidas de su nuevo despacho? ¿Con el cadáver todavía presente? —le escupió Ana.

A decir verdad, eso para ella era controlarse —un poco de ironía tampoco era algo tan agresivo, ¿no?—, porque lo que le pedía el cuerpo era escupirle a la cara. No palabras, sino saliva de verdad. Y con una buena dosis de bilis. Bien amarga.

—Inspectora jefa Arén, veo que su lengua sigue tan afilada como siempre, nos vamos a divertir. Qué destino tan distraído voy a tener. —Ruipeérez pasó de largo, rodeó la mesa y se sentó en la silla del comisario Bermúdez—. No se ve mal la vida desde aquí —dijo.

—Vas a tener a un grupo de agentes estupendos ahí fuera, comisario. Se dejan la piel en su trabajo. Tienes mucha suerte con esta jefatura.

—Un grupo de agentes estupendos que perdieron a un niño hace tres días y que aún no lo han encontrado. —Ruipeérez fulminó con la mirada a Ana Arén.

—Tenemos al padre detenido, hoy lo llevamos ante el juez —insistió Bermúdez.

—Un padre que no ha confesado nada y contra el que no hay pruebas, solo evidencias circunstanciales. Que desconectara el móvil no prueba nada y lo sabes, Luis.

—Estamos trabajando en... —empezó a decir Ana.

—Por eso —la interrumpió Ruipeérez—, por eso he tomado ya cartas en el asunto. Anoche detuvimos a un nuevo sospechoso.

—¿A un nuevo qué? —Ana se levantó de la silla, con tanta brusquedad que casi la tiró al suelo. Bermúdez acababa de contárselo, pero ella se hizo la ofendida, como si escuchara la noticia por primera vez.

—Ah, Ana, perdona. Enseguida os informo. —El nuevo comisario miró ostensiblemente su reloj—. Bueno, pero ya es la hora. Está toda la gente convocada en la sala de *briefings*. Os lo cuento ya allí. Vamos bajando y así se lo decimos a los chicos todo a la vez. ¿Os parece? Que eso de repetir las cosas me cansa mucho.

Y con la altivez con la que entró, Ruipeérez salió del despacho sin mirar atrás, tan convencido de que Luis y Ana irían tras su estela como el Sol de que la Tierra seguirá girando un día más a su alrededor.

Ya en la sala de *briefings* ni siquiera dejó que el comisario Bermúdez pudiera explicar la situación. Aprovechó la ventaja táctica de caminar por delante para plantarse frente a todos sus nuevos subordinados, que aún no sabían qué estaba pasando. Torso hacia delante, piernas abiertas, mentón alto y hombros hacia atrás. Posición de macho alfa dominando el territorio. Posición de alto poder. De control. La testosterona le salía por las orejas.

—Buenos días a todos. Muchos ya me conocéis. Soy el comisario David Ruipérez. Desde este momento, el comisario jefe de la Brigada Provincial de Policía Judicial. Vuestro amo y señor, para que nos entendamos. —Los murmullos y las miradas de incredulidad llenaron la sala—. Os he convocado a esta reunión para deciros que las cosas van a cambiar a partir de ahora. Lo iréis viendo en vuestro día a día, pero os recomiendo algo, poneos las pilas. Muchas pilas.

Ana y Luis le miraban, atónitos, junto a la puerta de entrada, apoyados en una pared con los brazos cruzados. Algunos de los policías de la brigada se giraron hacia ellos pidiendo una explicación con los ojos.

—De momento vamos a solucionar lo más urgente, la desaparición de ese niño. Algunos ya lo sabéis, los del turno de noche. Tenemos un nuevo detenido. —Esta vez los murmullos se convirtieron en palabras de incredulidad—. Está en los calabozos. Es un empleado del centro comercial. El agente José Barriga ha descubierto una información clave. Fíjense qué curioso —Ruipérez repartió una mirada de soberbia por toda la sala, casi despreciando a las personas sobre las que posaba sus ojos—, qué curioso que tenga que ser un agente nuevo que lleva solo tres días en esta brigada el que les saque los colores a todos. —Barriga, sentado en una de las sillas del centro de la sala, no sabía cómo hacerse invisible. Menuda manera tan imbécil de ponerle a sus nuevos compañeros en contra—. ¿Inspectora jefa Arén? —El comisario la buscó con la mirada por la sala. Ana estuvo a punto de no contestar, pero al final irguió el cuerpo desde la pared de la entrada donde se había apoyado—. Inspectora jefa, hágase cargo del interrogatorio del sospechoso. Ahora mismo.

Ana lo miró desafiante, pero sopesó sus posibilidades. Podía plantarle cara ahí mismo, delante de toda la brigada. O podía controlarse y salir a hacer lo que le había ordenado Ruipérez. Todos acababan de comprobar que el tipo era un capullo, él mismo se había retratado en esa sala, así que no hacía falta que ella lo dejara aún más en evidencia.

Asintió con la cabeza y salió de la sala de *briefings* camino a la zona de interrogatorios. Como un cachorrillo obediente. Al menos eso era lo que parecía.

## NICOLÁS

Nicolás desapareció un 16 de junio. Se esfumó. Estaba en un sitio y ya nunca más estuvo. Ni en ese sitio ni en ningún otro conocido. Al principio fue un niño, solo un niño más, que se había perdido. Como tantos otros cada día. Pero pasaron los minutos y el sobresalto se volvió angustia. Pasaron las horas y la angustia se volvió drama. Nico seguía sin aparecer. Su madre lo llevaba de la mano por un centro comercial del extrarradio de Madrid. Para cuando se dio cuenta, su mano no sujetaba a la de su hijo. La miró extrañada, con la palma bien abierta, como si eso fuera imposible. La mano de Nicolás estaba allí. Ella habría jurado que estaba allí una milésima de segundo antes. Y tenía que seguir estando allí en ese momento.

Pero no. No estaba.

Tres días después de la desaparición, a un tertuliano de esos que se multiplican por los platós y los estudios de radio se le ocurrió el último gran ingrediente para la expansión vírica del caso. Lo último que faltaba. Bautizar al supuesto secuestrador. Lo llamó Slenderman.

Y ya lo teníamos. El culebrón informativo de las vacaciones.

El caso Nicolás se convirtió en tema de portada de la prensa, la perfecta serpiente de verano para alimentar titulares en época de pocas noticias. Un día tras otro. Una audiencia millonaria tras otra.

Con lo que no contaron los medios fue con la ola de pánico que se apoderó del país. De repente, los padres tuvieron miedo de perder a sus hijos. Y a los hijos los aterrorizaron con el miedo a perderse de sus padres. En plena ola de calor, la actividad en la calle pareció paralizarse. Los centros comerciales, los más perjudicados, perdieron más del cincuenta por cien de los visitantes. Pero también los parques, las playas o las piscinas. Cualquier sitio en el que antes había niños ahora estaba extrañamente vacío y silencioso.

El país temía a un secuestrador en serie.

El bulo se hizo magistralmente gigante en las redes sociales. Y a pesar de que nadie —ni siquiera la policía— sabía nada sobre su aspecto, se multiplicaron los avistamientos de Slenderman por toda la geografía española. Se crearon *hashtags* con supuestos intentos de secuestro que sucedían, a la vez, en varios puntos del país. Se colgaron fotografías manipuladas que pasaban por verdaderas.

Slenderman existía, tenía a Nicolás y España entera estaba muerta de miedo.

Pero pasó junio. Julio y agosto. Llegó septiembre y los colegios abrieron de nuevo. Nicolás ya no vendía, los medios eran incapaces de sacar informaciones nuevas con las que volver a poner el tema de actualidad, y la desaparición del niño de cuatro años quedó relegada a una pequeña nota a pie de página de vez en cuando.

Nicolás nunca apareció. Y la vida, en todos los aspectos más desalentadores de su día a día,



siguió un segundo tras otro. Un minuto tras otro. Un día tras otro. Tiempo sumado al tiempo. Como si fuera posible enterrar algo así.

Y de esa manera habían pasado ya dos años.

Dos años sin Nicolás. Dos años sin Slenderman. Ana y su equipo no se habían rendido nunca, pero el país olvidó pronto a ese niño de cuatro años. Solo de vez en cuando, si la madre concedía alguna entrevista emotiva o la policía aseguraba tener alguna pista nueva, los medios recuperaban la historia.

Muy de vez en cuando.

Y así Slenderman y Nicolás fueron pasando al olvido.

Hasta que Kike se volatilizó.

Y regresaron los titulares. Y el miedo. Y el vacío.

El nuevo sospechoso era un expleado de la tienda de juguetes frente a la que se le perdió la pista a Kike. Lo habían despedido dos meses antes por faltar al trabajo. Y además tenía antecedentes por acoso. Año y medio atrás había sido detenido tras la denuncia de las profesoras de una guardería, que llamaron asustadas a la policía porque un hombre joven llevaba varios días mirando desde la calle a los pequeños en el recreo. Se quedaba de pie, sin mover un músculo, solo siguiendo a los niños con la vista, le contaron a los agentes. Daba miedo. El juez, sin embargo, no consideró que fuera algo suficientemente grave como para condenarlo a una pena de prisión, aunque dictó una orden de alejamiento de quinientos metros alrededor del centro educativo.

—Ismael Gallardo. Veintinueve años. Antecedentes por acoso. Bonita ficha policial —recitó con una mueca la inspectora jefa Arén nada más abrir la puerta de la sala de interrogatorios, sin ni siquiera mirar al detenido—. Un pieza. Un auténtico hijo de puta al que le gustan los niños pequeños. Te lo voy a poner fácil —le retó, sosteniéndole la mirada desde el otro lado de la mesa—. ¿Dónde está Kike?

El tipo miró a Ana como quien mira un calamar a la plancha. Sin emoción ninguna.

—¿Te ha comido la lengua el gato o es que tu cociente intelectual no te da para articular varias sílabas seguidas?

Ana lo miró con soberbia. Le escupió las palabras con soberbia. Estaba tan enfadada por lo de Ruipérez que no podía fingir que jugaba a la poli buena que llevaba un café y un bocadillo para ganarse la confianza del detenido. Hoy tenía que ir soltando toda la mala leche que había acumulado, de la misma manera que una olla a presión necesita abrir el pitorro para no estallar.

Normalmente sabía hacerlo poco a poco, ir dejando escapar el vapor con lentitud en la cara al detenido hasta terminar quemándolo en un estallido final. Se había entrenado durante años: canaliza tu ira, dirígela hacia un objetivo, despacio pero con precisión. Si estallas de golpe, solo conseguirás hacerte daño a ti misma. Pero en ese momento era incapaz. Necesitaba soltarlo todo. Y soltarlo ya. De golpe. Estallar. Afortunadamente, tenía con quién pagar su enfado. Una persona que se lo merecía, un acosador de niños, y quizá el secuestrador de Kike.

El tipo seguía callado. Ahí, mirándola, como si estuviera ante un televisor apagado.

—Pues lo siento, amiguito, se te acabó el chollo. Esto que tengo aquí —Ana levantó una carpeta gris que llevaba en la mano— te va a llevar unos años a la cárcel. Muchos años. Te dejo un ratito solo para que te pienses un poquito las cosas. Si colaboras, todo irá mejor.

La inspectora jefa tuvo que controlarse para no salir de la sala de interrogatorios dando un portazo. Dejó al detenido solo y se fue como si se hubiera acordado de repente de que le apetecía una chocolatina. Se trataba de aparentar calma, de simular que tenía la situación bajo control. Si

el hueso es duro de roer —le había enseñado la experiencia—, siempre hay que insinuar al detenido que tienes más información de la que realmente manejas.

Porque muchas veces de una mentira se saca más que de una verdad.

El secreto para desestabilizar a una persona es la paciencia. La suavidad. El poco a poco. Ir abriendo uno a uno todos los poros de su piel sin que se dé cuenta hasta que le has dejado en carne viva y ya es demasiado tarde. A un caracol no puedes echarlo en el agua hirviendo. Se meterá en su caparazón y ya no lo sacarás de ahí. A un caracol tienes que dejarlo nadar en agua fría, darle comodidad y que se relaje. Entonces, muy despacito, vas subiendo la temperatura para escaldarlo sin que sea capaz de reaccionar hasta que sea demasiado tarde, solo unos segundos antes de que le estalle la piel.

Cuando subió a la sala de la brigada, Ana se encontró con un ambiente explosivo. Su equipo estaba digiriendo la noticia del cambio de comisario y parecía que se les había atragantado. Cuando cruzó el umbral de la gran habitación gris que compartían —Ana tenía un despacho pero apenas lo utilizaba, sus paredes le picaban como una ortiga tóxica—, todas las miradas se dirigieron a ella. «¿Qué queréis que os diga, chicos? —les contestó sin decir una palabra—. ¿Qué queréis que os diga?». Porque ¿qué les podía decir? Nada. Que tocaba resistir, claro. Pero eso ellos ya lo sabían.

Ana se sentó en la mesa del fondo que usaba en el día a día. Le gustaba estar allí, junto a sus agentes. Tenía que atravesar toda la sala para llegar y eso le daba la oportunidad de ver y hablar con los hombres y mujeres a su cargo. Además, desde ese rincón tenía una vista privilegiada de todo lo que se movía en la zona de operaciones de la brigada. Le gustaba observar cómo se comportaba el grupo, sus movimientos internos. Era como ver crecer a un ser vivo, con sus luchas y contradicciones.

—¿Duro de roer? —le preguntó Luis Arcos.

—¿Lo has visto?

—No. El nuevo comisario nos ha tenido un rato más en la sala de *briefings* —le contó, sentándose en el borde de su mesa—, y cuando hemos subido ya habías terminado con él. Ha sido corto, ¿no?

—Ahí lo he dejado, pensando un rato.

—¿Tú qué crees?

—No, ¿qué crees tú? Os encargué al nuevo y a ti que peinarais la lista de sospechosos. ¿Por qué se tiene que enterar de una pista tan importante alguien que ayer ni siquiera trabajaba en esta jefatura, antes que yo, que soy vuestra superior jerárquica y os di la orden? —Ana lo miró fijamente, casi sin pestañear.

—Mira, Ana, no lo sé. Aún no he podido preguntárselo a Barriga. Lo descubrimos anoche y pensábamos decírtelo a primera hora de esta mañana. No sé cómo se ha podido filtrar, la verdad.

—¿Lo descubristeis anoche?

—Sí, a eso de las once y media. Barriga estaba en la brigada y yo en casa, trabajando en remoto. Fue él el que se dio cuenta.

—Y pensasteis que no era tan urgente como para llamarme.

—Jefa, nos íbamos a ver en unas horas. El tipo seguía haciendo su vida normal.

—Ya lo hablaremos. Ahora lo importante es romperlo. Buscad cualquier mierda que tengáis de él, multas de aparcamiento o por tirar chicles al suelo. Lo que sea. Meteos en su ordenador y en su móvil y rastread hasta la última pista del último rincón del disco duro. Coge a un par de personas para que os ayuden.

—Jefa —la voz de Charo sonó a su espalda—. Jefa, el comisario pide que vaya a su despacho.

—¿Qué comisario? —ironizó Ana.

—¡Jefaaa! —le contestó Charo con un tono que en realidad significaba no me vengas jodiendo, Ana, no me vengas jodiendo que bastantes problemas tenemos ya.

—Si ni siquiera podemos usar la ironía o el humor negro, ¿qué vamos a hacer en esta profesión? ¿Pegarnos un tiro? —se justificó la inspectora jefa, mientras se levantaba de su silla, camino al despacho de Ruipérez—. Deséame suerte.

El despacho del comisario estaba al fondo del pasillo de la última planta de jefatura. En el lugar más inaccesible de todos. Al que más costaba llegar. Lo habían situado estratégicamente para que todo el que fuera a ir allí tuviera tiempo suficiente durante el camino para atormentarse imaginando lo que le iba a suceder. Años atrás Luis había intentado cambiarlo, buscar un lugar más cerca de sus agentes, pero no hubo manera de encontrarle un hueco libre. El personal destinado a la comisaría había crecido en paralelo a los *booms* urbanísticos que habían convertido el barrio en un asentamiento humano con más habitantes que muchas de las capitales de provincia del país.

Ana imaginó que Ruipérez habría tomado ya posesión del despacho de Luis Bermúdez. Conociendo al personaje —uno de esos históricos de la policía que había ascendido sin estudiar oposición alguna, solo por su capacidad para calentar el asiento año tras año—, seguro que incluso habría encargado ya nuevos muebles para adecentar sus dominios. ¿Cómo se sentiría Luis? ¿Quién le habría pegado la patada para arriba? ¿Qué habría pasado? ¿Una traición? Quizá mejor no enterarse aún. Como tantas cosas en la vida, solo deberíamos saber quién nos ha traicionado en el momento emocional justo; en ese punto más allá de la rabia y el dolor que nos permita una respuesta contundente pero equilibrada, fría pero vengativa.

Y ese no era el momento, así que Ana tendría que esperar antes de intentar averiguar qué había pasado. Ahora mismo le parecía inútil malgastar energías luchando contra unos cambios sobre los que ella no podía hacer nada. Tenía que centrarse en poner en orden la confusa mezcla de cabreo e indignación que sentía.

—¿Comisario?

—Ana. Pasa, pasa.

Ana no supo cómo interpretar esa mirada. O sí. Quizá sí que supo cómo interpretarla, pero prefirió dejarla sin descodificar en algún oscuro lugar de su cerebro. Para no estropear aún más las cosas.

—¿Cómo te ha ido con el detenido?

Ana estuvo tentada de responderle algo así como: «¿Ese detenido del que yo, que dirijo la brigada y por tanto el caso, no tenía conocimiento hasta hace media hora? ¿Ese cuyo arresto no he ordenado yo? ¿O a qué detenido se refiere? Oriénteme, por favor, señor comisario».

Pero Ana aguantó el tipo. Y respondió:

—Impávido. Gélido. Lo he dejado un rato solo, pensando que tenemos contra él mucho más de lo que realmente tenemos. A ver si se agrieta un poco. Ahora le mando a Nori un ratito para que me lo caliente y luego vuelvo yo.

—Espero que entiendas que las cosas van a cambiar a partir de ahora. Sé que te llevabas muy bien con Luis, pero yo soy diferente y se acabaron ciertas cosas. Tanto en tu sección del SAF como en la brigada judicial. A partir de ahora todo tiene que pasar por mí.

—Es el procedimiento, David.

—Comisario.

—Es el procedimiento, comisario —rectificó Ana.

—Por cierto, ¿qué piensas del padre?

—Ayer estaba convencida de que tenía muchas papeletas para ser el autor del secuestro. Después del último interrogatorio no lo tengo tan claro. —¿Era una pregunta trampa?

—Pero tú ordenaste su detención.

Era una pregunta trampa. Ana aún no sabía dónde estaba el cepo que se cerraría sobre su cuello, pero ya olía a metal oxidado. Los dientes estaban muy cerca de su piel. Notaba como se iba acercando.

—Sí. Yo la ordené. Es el padre del niño. Está pasando por un divorcio traumático con la madre. Y estuvo ilocalizable varias horas antes, durante y después del secuestro. Dime si esos no son motivos para detenerle.

—El caso es que he ordenado su puesta en libertad.

Parecía estar disfrutando. Ruipérez parecía estar disfrutando del momento. Ana incluso habría jurado que se acababa de relamer los labios con la lengua. El cepo se cerraba sobre el cuello de la inspectora.

—¿Por qué motivo? No me vayas a decir que porque tienes a otro sospechoso.

—Por esto. —El comisario le tiró despectivamente sobre la mesa unos folios grapados—. La declaración de un testigo.

Ruipérez cruzó los brazos y se echó hacia atrás en su asiento, disfrutando de la situación.

La araña ya ha atrapado a la mosca en su red, pero antes de comérsela alarga el placer al máximo. Antes de comérsela, saliva imaginando cómo sabe su presa, porque el momento previo al placer —ese en el que avanzamos lo que está por venir— es incluso más excitante que el placer mismo. Antes de comérsela, cuando la mosca ya sabe el final que le espera, la araña se recrea en su miedo. Paralizada, no tanto por el veneno sino por lo que sabe que va a ocurrir, la mosca se va deshaciendo, los jugos digestivos que le inyecta la araña van ablandándola hasta dejarla a punto de caramelo. A punto para el mordisco definitivo. Ese que Ana estaba esperando con el cuerpo en tensión.

—Lee bien, Ana. ¿Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que cuenta ese nuevo testigo?

—Es un ciclista. El día de la desaparición de Kike. Asegura que vio al detenido justo a la hora en la que el niño fue secuestrado.

—¿Qué más? Detalles. —Ruipérez empezaba a masticar a su presa.

—Que el testigo acaba de ver en las noticias la cara de un hombre, sospechoso de haber secuestrado a su hijo. Que el testigo cree que ha visto esa cara antes. Que el testigo hace memoria y se acuerda. Que el testigo asegura haber visto, sin lugar a dudas, a Ricardo Jiménez el miércoles en un intervalo de tiempo entre las cinco y diez y las cinco y veinte horas. Que el testigo vio por primera vez al detenido apoyado en un árbol, sentado, llorando, a las cinco y diez minutos. Que en un primer momento no paró, pero que se lo pensó mejor y regresó. Que bajó de la bicicleta y le preguntó si le pasaba algo y si podía ayudarle en algo. Que el detenido se mostró sorprendido por su presencia. Que el detenido parecía no saber dónde se encontraba. Que el testigo le volvió a insistir si quería que llamara a alguien. Que el detenido le dijo, balbuceando, que no, que lo dejara llorar tranquilo. Que el testigo se fue pero se quedó preocupado y que por eso volvió a pasar media hora después, y el sospechoso seguía allí.

—Bueno, Ana —la interrumpió Ruipérez—, ¿qué nos dice eso?

—¿Cómo sabemos que es verdad? —contraatacó ella.

—Obviamente, Ana, lo hemos comprobado. Resulta que hay unas aplicaciones fantásticas

para el móvil, ¿sabes?, con las que haces seguimiento de tu actividad deportiva. Y tanto la aplicación como la geolocalización del teléfono del ciclista lo situán a la hora que dice en el lugar que asegura. Y eso nos lleva a...

—Nos lleva a que el padre de Kike estaba a varios kilómetros de distancia en el momento de la desaparición del niño.

—Buena conclusión, inspectora jefa. Yo no podría haberlo hecho mejor —se burló el comisario.

—Ya le he dicho que tenía mis dudas después de interrogarlo.

—Las dudas no sirven, inspectora. Sirven los datos, los hechos, las pruebas. Esto es la policía. No un centro de terapias experimentales. El mundo piruleta está bien si eres un niño de dos años, pero aquí ya somos mayorcitos y jugamos a cosas de personas mayores. ¿De acuerdo? —Ruipérez paró en seco su perorata. Y cogió aire para la estocada definitiva—. Por cierto, inspectora jefa, se va a tener que ir hoy a Barcelona.

—¿A Barcelona? —Ana no entendía nada. No pudo disimular su cara de sorpresa.

—A Barcelona —replicó el comisario—. ¿No eres tú de allí? Pues mejor que mejor. Veamos para qué te sirve ese catalán que aprendiste de pequeña.

—Pero ¿a Barcelona? ¿Ahora?

—Sí, me comprometí con el grupo de coordinación de los Mossos a que mandaría a dos agentes del SAF para la reunión de planes operativos conjuntos en el ámbito del acoso a menores. Y quién mejor que tú.

—Pero, David, no me jodas, no puedes mandarme ahora —replicó, elevando el tono de voz—. Tenemos a un niño desaparecido, el tiempo corre en nuestra contra. Además, hay que interrogar al empleado de la juguetería.

—Mira, ya te he dicho que aquí se van a hacer las cosas de otra manera a partir de ahora. Te vas a Barcelona sin rechistar y te llevas a Nori. Os reunís esta tarde con los mossos y mañana por la mañana ya estáis aquí de nuevo.

El comisario se levantó de su asiento, dando por terminada la conversación.

—Serán solo unas horas. ¿No dices que tienes un equipo tan fantástico? Pues deja por un rato la investigación en sus manos. Y encima tienes un estupendo teléfono móvil que te pagan todos los españoles con sus impuestos y que te permite estar siempre en contacto. ¿No? —no había discusión posible—. Hasta luego, Ana.

Ana se levantó lentamente, como si a su alrededor el aire se estuviera congelando y fuera muy difícil moverse a través de él. Tuvo que ordenar conscientemente y con firmeza a sus rodillas que hicieran el trabajo de alzarla y a sus pies que la sostuvieran. Su cabeza giraba a mil revoluciones por minuto, valorando hasta qué punto quería escupir las palabras que se amontonaban en su lengua y hasta qué punto quería ganar la guerra, no solo esta batalla.

Consiguió levantarse, pero antes de irse miró a su nuevo comisario y pensó que algo tenía que hacer. No podía marcharse con esa derrota por K.O. Sentaría un precedente lamentable. Así que utilizó la única arma que se le ocurrió, la única de la que disponía en ese momento: el factor sorpresa. Metió muy despacio la mano en el bolso —tenía que seguir allí, pensó mientras tanteaba a ciegas, tenía que seguir allí— y sacó un objeto pequeño que apretaba fuerte entre los dedos de la mano. Sin dejar de mirar fijamente a Ruipérez a los ojos —con una concentración en la mirada que daba miedo—, la inspectora jefa Ana Arén abrió un pintalabios rojo intenso. Y muy despacio, como en un ritual, se fue pintando los labios. Primero el superior. Después el inferior. Lenta y dolorosamente. Resiguiendo el perfil carnoso. Marcando territorio. No vas a

poder conmigo. Esto aún no ha acabado.

Ruipérez se quedó descolocado. Pero solo durante unos segundos. Contraatacó con más rabia aún.

—¡Ah!, y cuando llegues mañana, aunque sea domingo, me mandas el informe de la reunión con los mossos. Detallado. ¿Ok? Es algo prioritario ahora mismo.

¿Algo prioritario? ¿Más prioritario que encontrar a un niño secuestrado? Ana sabía que Ruipérez iba a hacerle pagar lo que pasó años atrás entre los dos. No pararía hasta conseguirlo. Y ahora podía, porque ella estaba bajo su mando. Lo que no hubiera imaginado nunca era que lo hiciera a costa de una investigación en la que estaban en juego las vidas de dos niños. Estaba claro que Ruipérez quería quitarla de en medio. Pero ¿por qué?

La inspectora levantó la cabeza y salió del despacho caminando muy lentamente, rompiendo con esfuerzo el hielo que se había formado a su alrededor. Para no girarse, para no soltar un grito, llevó al centro de su cerebro una reflexión que le hacía siempre su padre: Hija, tienes que ser inteligente. Para eso somos seres humanos. Por eso somos seres humanos. Porque nuestras garras pasaron de las manos al cerebro. Es lo que nos distingue de los animales. Ellos usan la fuerza bruta. Nosotros la inteligencia. Nuestros colmillos están en el cerebro, Ana. Son nuestras neuronas. Utilízalas. No te pelees con las manos. Afila tu cabeza. Es lo que te permitirá ganar las guerras en las que te metas. O en las que te metan.

Cuando nació mi hijo Pablo, mi madre temió que yo fuera una mala madre. Inés, Inés, ¿qué vas a hacer con ese niño? Inés —me repetía—, ¿qué vas a hacer, si eres un desastre? Dicho así suena muy duro, pero dados los antecedentes de mi carácter y teniendo en cuenta que el embarazo no fue planeado y que el padre vivía en otro país, mi madre temió que me desentendiera del crío. No que lo dejara morir de hambre, claro, pero sí que no sintiera por él el amor inmenso e incondicional que se supone que cada madre tiene que experimentar desde el momento exacto en el que el espermatozoide fecunda al óvulo.

El brillante milagro de la maternidad y esas cosas.

No andaba muy equivocada mi madre. No sentí durante el embarazo ninguna emoción especial de esas que tiñen de corazones rosas y azules los anuncios de la tele; solo náuseas y cansancio que no pararon en nueve meses. Todos los días, a todas horas, notaba el vómito en el esófago y una insoportable losa de agotamiento sobre mi cerebro. Tuve la sensación continua de ser una incubadora, un recipiente en el que estaba creciendo otra vida a pesar de que mi cuerpo se rebelaba en su contra.

¿Me convertía eso en una mala madre?

Cuando tuve a Pablo entre mis brazos, tras despertar de una cesárea de urgencia, tampoco me iluminó esa conexión cósmica que describen en estado de éxtasis casi todas las madres, aunque yo empecé a sospechar en ese momento que no todas la habían notado —¿cómo confesar en público que no sentiste nada más que dolor y cansancio?—. Quería a ese bebé, estaba claro. Pero sentí que tenía que cuidarlo como hubiera cuidado de algo delicadísimo que hubieran dejado a mi cargo, con rigor y rutina diarios. Hice todo lo que estuvo en mis manos por criarlo sano y fuerte. Para que no tuviera frío en invierno. Para que se sintiera querido. Para que no pasara hambre. Claro que hubiera dado la vida por él, al fin y al cabo la naturaleza nos programa para seguir replicándonos como especie y uno de los instintos más fuertes es el de proteger a la siguiente generación. Y eso hacía yo.

El amor desgarrado y único, el amor que te mete para siempre el miedo en el cuerpo, tardó meses en crecer en mí. Llegó, pero quizá demasiado tarde.

Por aquella época el padre de Pablo estaba viviendo en España. Willy era también periodista, trabajaba para uno de los periódicos más poderosos de los Estados Unidos y le habían enviado durante unos meses a nuestro país para intentar explicarles a sus lectores cómo estábamos viviendo lo más duro de la crisis económica. Nos conocimos en una tertulia de radio un sábado por la mañana. Yo había ido a hablar de cómo utilizamos los periodistas las redes sociales, y él, que acababa de salir de una charla de corresponsales extranjeros, se quedó a escucharme. Luego me confesó que se había apostado con el periodista de una televisión británica que se iba a llevar



a tomar churros con chocolate a esa española tan guapa. Y, efectivamente, tomamos churros con chocolate al salir de la radio. Afortunadamente, de hecho, tomamos churros con chocolate ese mediodía, porque hasta el lunes amaneciendo no nos levantamos de la cama de su piso en la calle Pez. Y, en su nevera, Willy solo tenía una botella de vodka, unos trozos de jamón y unos pepinillos en vinagre. Típico de guiri solterón.

Durante un tiempo creí que me había enamorado de él. A mí, que nunca me habían gustado los morenos, me estaba dando por aquel tiarrón con cuerpo de granjero y mente de filósofo. Una combinación explosiva, la verdad, a la que era difícil resistirse.

No le dije que estaba embarazada hasta que volvió a Washington. Dar una noticia así es más fácil con seis mil ochenta y ocho coma sesenta y siete kilómetros de por medio. De inmediato le entraron las culpas y los arrepentimientos. Podía notar cómo temblaba al otro lado de la pantalla del ordenador. Mira, si te lo cuento —le dije vía Skype—, no es para que te responsabilices ni nada de eso. Ni para que me ayudes, ni para que te sientas culpable. Es para que lo sepas, y punto, nada más.

Mi discurso le confundió, pero estoy convencida de que sentó las bases de nuestra buena relación posterior.

Willy estuvo en el parto, dijo que no se lo iba a perder por nada del mundo. Su madre también amenazó con venir, pero le convencí de que nuestra historia iba a ser demasiado shock para una fervorosa cristiana del sur de Texas. ¿Qué les iba a contar a las amigas de la iglesia? ¿Que su hijo había tenido un bebé con una atea española con la que no estaba casado? Willy consiguió que *mummy* no se moviera de su casa con jardín en un barrio de los suburbios de Austin.

Tras pasar una temporada yendo y viniendo para ver a su hijo recién nacido, Willy consiguió que su periódico le mandara de nuevo a España varios meses más, para cubrir los inicios del movimiento de los indignados del 15-M, una revolución popular que terminaría conquistando incluso las calles de las principales ciudades de Estados Unidos, aunque allí solo por un breve lapso de tiempo. Se instaló en un pequeño estudio del Madrid de los Austrias, pero venía a casa todos los días, a disfrutar un rato de su hijo. Pablo lo tenía fascinado.

Pero cuando el niño cumplió dos años, a Willy le mandaron definitivamente de vuelta a su país. España ya no interesaba, ni siquiera a uno de los periódicos con más información internacional del mundo. No hubo manera de que se quedara cerca de su hijo. Me propuso entonces llevarse un tiempo al niño. Aún no va al colegio, es muy pequeñito —me soltó una mañana durante el desayuno—. Le irá bien aprender otros idiomas y conocer otras culturas. Mi madre está como loca por pasar un tiempo con su nieto. Serán solo unos meses, el verano si quieres, y tú puedes venir cuando te apetezca. En septiembre te lo traes de vuelta a España.

Al principio me indigné. Me enfadé. ¿Qué te has creído? ¿Que no quiero a mi hijo? ¿Que soy una mala madre? Pero luego reflexioné. Tanto derecho tenía Willy a estar con el niño como yo.

Así que se lo llevó. Un verano entero. Los primeros días tras la marcha de Pablo aproveché cada segundo. Llevaba cuarenta y ocho meses atada a un bebé. No sabía lo que era ir al baño con la puerta cerrada, o ducharme sin prisas, o meterme en la cama sabiendo las horas que iba a dormir. Exceptuando al trabajo, iba con Pablo colgando a todos los sitios. Me había abierto de piernas ante el ginecólogo —esas terribles revisiones posparto— con el niño berreando en el carrito. Me había ido a depilar con el niño berreando en el carrito. Me había hecho una endodoncia con el niño berreando en el carrito. Mi vida esos dos últimos años había girado alrededor de Pablo; y el trabajo —por muy duro que suene— era el lugar al que iba a descansar de mi hijo.

Los primeros días después de su marcha a Estados Unidos yo seguía llegando a casa asfixiada cuando salía de la tele, solo para encontrármela extrañamente vacía y silenciosa. Tardé más de una semana en acostumbrarme a disponer de nuevo de mi tiempo, a recordar que era una persona y que podía hacer muchas cosas, aunque fuera tumbarme en el sofá y quedarme plácidamente dormida con la película que echaban en la tele los sábados después de comer. Bendita siesta.

Volví a ir al cine. A salir con los amigos. A beber. A bailar. A leer. A hacer el vago. A pintarme las uñas de los pies. Volví a recuperar el ritmo de no-madre y a hacer todas esas cosas a las que no les das importancia y que echas tanto de menos cuando se te cruza la maternidad por el camino.

Me sentía feliz. Liberada. Libre.

No habían pasado ni tres semanas cuando empecé a echarlo terriblemente de menos. Un día me puse a llorar en el cine, sin venir a cuento —la película era melodramática, también hay que decirlo—. Otro día saqué el móvil en un garito de moda, a las tres de la madrugada, y me puse a mirar sus fotografías —Pablo chutando un balón, Pablo riendo como loco, Pablo lleno de puré de los pies a la cabeza.

Para cuando Willy lo trajo de regreso, a finales de septiembre, yo estaba desquiciada. Había sido un verano terrible, el más duro de mi vida. Perder a un niño es lo peor que te puede pasar. Cuando por fin abracé a mi hijo en el aeropuerto, me juré que nunca más lo dejaría marchar.

Si alguien la hubiera visto, habría pensado que estaba loca. Con los ojos cerrados, Ana recorría la plaza de Sant Felip Neri acariciando las paredes con las yemas de los dedos. Caminaba muy despacio, absorbiendo centímetro a centímetro el horror de las heridas que supuraban sus piedras. Era de noche, había refrescado y Barcelona estaba extrañamente solitaria. Olía a humedad acumulada durante siglos. De fondo apenas se escuchaba el lento goteo de la fuente neogótica situada en el centro de la plaza. Un visitante ocasional solo veía belleza en aquel pequeño rincón medieval al que únicamente se podía acceder por un par de estrechos callejones serpenteantes. Pero a Ana sus manos le contaban otra historia.

La historia del asesinato de decenas de niños.

Con suavidad extrema, como las madres primerizas cuando acarician por primera vez a sus hijos recién nacidos, Ana fue metiendo las yemas de los dedos en algunos de los cientos de boquetes abiertos en las paredes de la fachada de la iglesia, que perforaban la piedra como los surcos en la piel de un enfermo de rubéola. Lo que estaba tocando eran las cicatrices del bombardeo de la aviación de la Legión italiana, aliada de Franco, la mañana del 30 de enero de 1938, durante la Guerra Civil española. Al empezar el ataque, los niños de la guardería que había en la plaza fueron puestos a salvo en un sótano. Sobrevivieron a la primera oleada de bombas, pero un segundo bombardeo los mató a todos. En la plaza de Sant Felip Neri solo quedó en pie la iglesia, llena ya para siempre de cicatrices. Murieron cuarenta y dos personas.

Sentir esas piedras con las yemas de los dedos, con la parte más sensible de su cuerpo, era una manera que Ana tenía de recordar lo que realmente era importante en la vida. Vivir. Vivirla.

Siempre que regresaba a Barcelona repetía el mismo ritual. Tras pasar por Sant Felip Neri, Ana recorría la parte trasera de la catedral de la ciudad hasta llegar a la calle Paradís. Allí se almacenaba su infancia. Y allí terminó también su juventud el día que encontró el cadáver de su padre descomponiéndose en el salón de casa.

Dos mil doscientos años antes, justo en ese lugar, había un pequeño montículo en el terreno. Dieciséis coma nueve metros exactos sobre el nivel del mar, el punto más alto de la zona. Allí se instaló el primer asentamiento romano de Barcino, lo que luego sería Barcelona. Y en ese lugar de honor los ingenieros del imperio levantaron el templo dedicado a su primer emperador, Cayo Julio César Augusto, heredero de Julio César y artífice del reinado más largo y más pacífico de la historia romana.

Mientras los herederos de Rómulo y Remo iban conquistando, siglo tras siglo, todo el Mediterráneo, Barcino vivía una relativa paz. Los alrededores del templo de Augusto, el cuadrante noroeste de Barcino, se convirtieron en la parte administrativa de la ciudad, el lugar donde se decidía sobre el poder y el dinero, si es que alguna vez habían podido vivir separados el

uno del otro.

Y allí se instaló muchos siglos después, en el año 1400, a pocos metros de lo que quedaba del templo, la Generalitat de Cataluña, en un edificio comprado a precio de saldo a los judíos que huyeron precipitadamente de la ciudad tras las revueltas del «*poble menut*» provocadas por un brote de peste. Se alzaron las clases bajas apoyadas por marineros y pescadores, con el beneplácito del rey Joan el Caçador, pero de su victoria sacaron partido, como siempre, solo las clases más pudientes, que adquirieron casi regaladas las propiedades de los cientos de familias judías que prefirieron el exilio a la muerte. El exilio a la conversión.

Mientras cruzaba la plaza de Sant Jaume, Ana miró la fachada neogótica de la Generalitat, una de las muchas ampliaciones del edificio, que había ido fagocitando viviendas y terrenos a su alrededor. Al otro lado de la plaza, midiendo fuerzas frente a frente, se alzaba el ayuntamiento, en cuyo interior se encuentra uno de los salones más hermosos de la arquitectura gótica europea, el Saló de Cent, donde se reunían los cien consejeros —a modo de parlamento popular— de la ciudad de Barcelona desde tiempos de Jaume I el Conqueridor, en el siglo XIII.

Había quedado a las nueve y media. Llegaba tarde. Ana aceleró el paso. Estaba solo a unos pocos metros. En un bajo alargado y en penumbra del centro de la antigua judería, en la calle Sant Domènec, se encontraba su restaurante favorito, La Vinateria del Call, un lugar que no había perdido su magia a pesar de aparecer en las más prestigiosas guías para turistas de todo el mundo.

Ana sintió una descarga eléctrica cuando lo vio sentado, de espaldas, mordisqueando distraídamente el maravilloso *pa amb tomàquet* que servían allí. Pero no tuvo tiempo ni de empezar a ser consciente de ello. Alguien la agarró, abrazándola con fuerza por detrás.

—¡Nena! —Era Miguel, el dueño de La Vinateria—. Cuánto tiempo. Ya te has exiliado del todo en los Madriles.

—Es mi cuerpo, solo es mi cuerpo el que está allí. Mi corazón estará siempre en Barcelona.

—Eso se lo dirás a todos.

—Sigo echando de menos el barrio, ¿sabes? Aunque ahora haya más turistas que vecinos, sigue siendo mi barrio.

—Por cierto, han venido ya tus amigos. Me siento con vosotros en cuanto sirva un par de pedidos.

Y allí estaban. En su mesa preferida. Nori y Joan. Reían. Buena señal. A Ana le hacía falta reír un poco.

—Pero bueno, inspectora jefa, de paisano está usted mucho más guapa —bromeó Javier.

—Y usted también, subinspector. Tengo que decirle que el uniforme no le favorece —le siguió ella la corriente, un poco de humor para aliviar la tensión del día—. El uniforme no le permite destacar ese cuerpo atlético que tiene. Ni siquiera el nuevo polo elástico del Cuerpo Nacional de Policía le hace justicia. Mírese ahora, camiseta marcando pecho.

—Por eso nunca me he hecho policía, porque no podría marcar pecho —rio con ellos Joan—. ¿Cómo estás? —le preguntó a Ana, mientras le daba dos besos.

—Le estaba contando —intervino Nori— lo de nuestro nuevo amigo Ruipérez.

—¿Cómo se les ocurre mandaros a Barcelona a una reunión de coordinación con los Mossos cuando tenéis un caso así en Madrid?

—A una reunión a la que podría haber asistido cualquier persona de mi brigada, Joan. Más de lo mismo, hemos venido a Barcelona a hablar más de lo mismo otra vez. mossos y polis no nos vamos a poner nunca de acuerdo.

—¿Cómo lleváis el caso?

—Es muy duro. Muy duro. No tenemos nada. Ni un hilo del que tirar. Ni un indicio. Tenemos a un nuevo detenido, pero no lo tengo nada claro.

—¿Vuelves a tener pesadillas?

Incluso despierta. Ana sufría pesadillas incluso despierta. A veces tenía la sensación de poder alargar la mano y tocar a Nicolás y a Kike. Estaban allí, delante de ella a plena luz del día, pidiéndole ayuda. Pero cuando intentaba alcanzarlos, se le deshacían como polvo entre los dedos. Como el cadáver de su padre.

—Ha perdido incluso su humor negro, y eso es muy mala señal —apostilló Nori, con una copa de L'Ermita en la mano—. Toma, prueba este vino tinto. Te va a saber a gloria.

—Por los viejos tiempos. — Ana alzó la copa.

—¡Por los viejos tiempos! —repitieron sus amigos.

—Oye, vamos a dejar el caso un rato, necesito desconectar. —Ana dio otro sorbo a la copa de vino—. Hablando de perder, ¿cómo va mi memoria? Hace meses que no te pregunto. ¿Tengo algún síntoma de Alzheimer? ¿Sigues monitorizándonos?

—Sí, ahí os tengo, metidos en una carpeta del ordenador —contestó Joan—. ¿Cuánto hace ya? ¿Tres años? De momento no ha saltado ninguna alarma, eso quiere decir que seguís tecleando como siempre. Mal, claro. Y que vuestra cabeza está como siempre. Mal, también. —Les guiñó el ojo.

Todo lo que tecleaban en sus ordenadores y sus teléfonos móviles Ana, Nori, Inés y unos cuantos amigos más se subía cada veinticuatro horas a uno de los servidores de Joan en Barcelona. Allí NeuroQWERTY analizaba el patrón de teclado de cada uno de ellos para detectar cambios que fueran indicativos de una posible enfermedad neurodegenerativa, como el Alzheimer o el Parkinson, o esquelética, como la osteoporosis. Cada pulsación activa el cerebelo, los ganglios nasales, la corteza motora primaria y el área motora suplementaria. Si algo empieza a fallar, se refleja en la huella de teclado mucho antes que en cualquier otro sitio de nuestro cuerpo. Con el avance de la medicina genética, detectar estas enfermedades antes de que se manifesten significará poder atajarlas a tiempo.

Pero Joan y Nori habían ido más allá. Habían modificado el programa y le habían introducido un algoritmo para detectar a personas que iban a cometer un atentado suicida.

—Imagínate lo que puede cambiar ese patrón en una persona que sabe que va a atarse un cinturón de explosivos y reventarse en un aeropuerto —le explicó Joan a Nori cuando se le ocurrió la idea—. Hemos modificado el algoritmo matemático de NeuroQWERTY para que nos avise si alguno de los individuos que tenemos controlados va a cometer un atentado suicida.

Después vino la petición de Ana, desesperada tras la desaparición de Kike. Tres días antes les había sugerido si podían adaptar NeuroQWERTY para detectar cambios en la excitación de los pederastas. Quizás allí encontraran a la persona que se había llevado a Kike. O a Nicolás, hacía ya dos años.

—Pues mirad, ya que aquí no vamos a solucionar el caso ni podemos arreglar el mundo —propuso Nori—, hablemos de otras cosas. Que la noche ya no es tan larga ni los cuerpos aguantan tanto como cuando teníamos veinte años.

—Será a ti, vejestorio —replicó Ana.

—No seas capullo, Nori, que me paso el día pegado a cuatro pantallas de ordenador, no como tú, que eres un vicioso de la zapatilla. Por cierto, ¿alguna mujer rondándote? ¿O alguna a la que le estés rondando tú?

Ana habría jurado que a Nori se le subían los colores. Era difícil de asegurar, con la tenue luz del restaurante. Pero lo que sí que vio era que bajaba la vista. Algo había ahí.

—Vaya, vaya, subinspector, ¿quién lo hubiera dicho? ¿Tienes novia? —le picó Joan.

—¿Sabéis una cosa? —continuó Ana—. Durante un tiempo pensé que este —dijo, señalando a Nori— e Inés estaban liados. Joan, ¿no te fijaste nunca cómo evitaban cruzarse las miradas? Ese veranito que Inés estuvo sola, ¿eh, Nori?

—Estás enferma —intentó bromear él, venciendo la timidez cuando hablaban de asuntos personales—. Ya te he dicho muchas veces que cuando tenga algo que contar, lo contaré.

—Sí, tú como los famosos —rio ella—. Lo contarás a golpe de exclusiva en la portada del *Hola*.

—Hablando de cotilleos, adivinad quién me ha pedido ayuda.

—Ni idea —contestó Nori, aliviado por el cambio de rumbo de la conversación.

—El jefe de Inés —le respondió Joan.

Nori puso cara de no entender a su amigo.

—¿Qué jefe de Inés?

—Manuel, ¿verdad? El jefe de la sección de sociedad de los informativos de Canal Once —intervino Ana—. Algo me contó Inés el jueves cuando me llamó para pedirme información sobre la desaparición de Kike. Que su jefe le había pedido tu contacto. —Miró a Joan—. Pero que no sabía para qué.

—Pues agarraos. —Los tres juntaron sus cabezas, en un gesto instintivo para compartir un secreto que no querían que nadie más escuchara—. ¿Vosotros lo conocéis personalmente? Al jefe de Inés, digo.

Ana y Javier asintieron con la cabeza.

—Bueno, pues ya sabéis la cara de panoli que tiene. De no haber roto nunca un plato. Pues, ¡tachán! Ha roto varios. O, al menos, lo intenta. Aunque sea pagando. Resulta que el tipo está acojonado. —Joan hizo en este punto una pausa para aumentar el dramatismo de la intriga—. Al parecer, es usuario de una de las webs de servicios sexuales pirateada hace unos días.

—¡La hostia!

—Y ahora, claro, está cagado —Ana prosiguió con el razonamiento— por si alguien se da cuenta de que su nombre y sus datos personales aparecen en ese listado de usuarios.

—Gais —matizó Joan—. Al parecer al jefe de Inés le molan los hombres. Jovencitos. No sé qué opinará su mujer. O sus amigos de la congregación ultrarreligiosa a la que pertenece.

—Y te ha pedido que intentes borrar todo rastro suyo en las filtraciones —dedujo Nori.

—Bingo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le harás el favor?

—Me lo estoy pensando. No sé si se lo merece. Voy a trastear un poco en su disco duro. Me he hecho una copia, por si acaso. A ver qué encuentro escondido por ahí. He visto varias carpetas encriptadas, veremos qué esconde. No me miréis así, joder. Parece mentira. Tengo que guardarme las espaldas. Y las de Inés. Que nunca se sabe qué monstruo se esconde tras un ser triste. Igual nos llevamos otra sorpresa.

La conversación se alargó hasta bien entrada la noche. Ana y Javi llegaron al hotel pasadas las tres de la madrugada. Una copa había llevado a otra, recordando los viejos tiempos, hasta que se dieron cuenta de que se habían ido todos los clientes y estaban solos en La Vinatería. La habitación de Ana estaba en la primera planta, y si abría las alargadas y estrechas cristaleras del balcón, podía tocar las hojas de uno de los cincuenta mil árboles plataneros que daban sombra a

las calles de la ciudad.

Dos golpecitos suaves sonaron a través de la puerta. Ana se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Sacó todo el aire de sus pulmones e intentó que no se le saliera el corazón por la boca. Abrió la puerta.

—¿Inspectora jefa?

—Creí que no venías.

—¿Cómo no voy a venir, Ana? ¿Cómo no voy a venir?

Y la abrazó como hacía tiempo que no abrazaba a nadie. Y la besó y la devoró, para darse cuenta solo al final, cuando volvió a respirar otra vez con normalidad tumbado en la cama junto a ella, que se acababa de arrodillar no solo ante el cuerpo de una mujer, sino también ante su alma.

—¿Quieres venir a casa?

Joan la miró a los ojos mientras se desperezaban los dos en esa estrecha cama del hotel donde habían pasado la noche. El platanero de la calle tamizaba la luz del sol que entraba por las cristaleras del balcón, dibujando sombras en sus pieles desnudas. Joan había estado a punto de preguntarle a Ana si se atrevía a ir a casa con él, pero atreverse le pareció un verbo demasiado duro.

—¿A casa? —preguntó Ana como si por un momento no supiera a qué casa se refería.

La casa era la de Joan, claro. Aunque no solo era la casa de Joan. También había sido, y de alguna manera siempre seguiría siendo, la casa de la niñez de Ana, el pequeño piso del que salía cada mañana para ir al colegio de las monjas en el que estudió EGB, el hogar del que se fue un día para ingresar en la Academia de Policía de Ávila y las paredes a las que regresó para encontrar el cadáver de su padre descomponiéndose en el salón.

—¿A casa? —volvió a decir ella.

A casa, repitió Joan, recordando el día en el que abrió la puerta y se encontró con aquella pequeña mujer morena que le miraba con cara de tristeza desde el rellano; tan distante en cuerpo y alma que se mantenía tiesa como un palo al otro lado de la alfombrilla de entrada, con los pies simétricamente perpendiculares al ratán y los brazos caídos en paralelo a las costillas. Casi siempre era así con Ana. Tenías que respetar su distancia hasta que ella decidía acercarse a ti.

Hola, perdona, no me conoces, soy Ana. —Cuando esa mujer empezó a hablar fue como un torrente incontrolable, imposible de detener, como agitar y descorchar después una botella de cava—. Yo viví aquí, ¿sabes? Yo vivía aquí desde que nací, todos los recuerdos buenos y malos de mi vida están aquí. Un día abrí esta puerta en la que te apoyas ahora y me encontré a mi padre en el salón, comido por los gusanos. Y perdona, siento hablarte así, no sé quién eres, siento decirte todo esto porque ahora esta es tu casa y yo no tengo derecho, pero estoy aquí contándote todas estas cosas. Me llamo Ana, ¿te lo había dicho? Déjame que te lo cuente todo porque si no, no voy a ser capaz. No me interrumpas, por favor.

Y le vomitó todo lo que llevaba dentro, lo que había llevado dentro desde esa tarde de agosto de hacía tanto tiempo. Le contó que había tardado diez años en poder volver a pisar el rellano de esa casa en la que había muerto su padre. Que durante mucho tiempo no pudo ni siquiera acercarse al barrio. Y que solo hacía un par de años que se había atrevido a caminar por la calle Paradís y pasar por delante del número tres.

Cuando salió del tanatorio de Sancho de Ávila tras enterrar a su padre, ya nunca más volvió a ese piso. No fue capaz. Encargó a una empresa que vaciara la vivienda y se llevara todo lo que contenía. Adonde quieran —les dijo—, al Cottolengo o al vertedero, me da igual, no puedo ver



nada suyo, es demasiado doloroso. Solo se quedó la medalla de oro. Era el único recuerdo que quería de su padre, esa fina cadena de oro con su medallita circular de la Virgen de Montserrat en relieve que siempre le había visto colgada del cuello y que apareció en la estantería del baño, donde la había dejado Rodolfo antes de meterse en la ducha. El resto de sus pertenencias desapareció. No quedó nada de la vida que había llevado Ana con su padre en esa casa. Ni siquiera la propia casa tal y como había existido. Una inmobiliaria compró la vieja vivienda y la reformó entera para adaptarla a los gustos de los nuevos clientes del barrio.

Y en aquel momento, diez años después, no sabía por qué, Ana se encontraba ahí, llamando a la puerta de la casa de su infancia, sin saber quién iba a estar al otro lado, solo deseando poder echar un último vistazo que terminara de cerrar por fin la herida.

Mientras iba contándole todo con palabras atropelladas, Ana intentó marcharse, avergonzada, un par de veces. Qué ridículo, qué pensarás de mí, le decía. Pero Joan no la dejó marchar. La sujetó por la muñeca. No te vayas, pasa, ven. ¿Quieres entrar? Soy Joan. Llevo tres meses viviendo aquí. Más tarde le confesó que lo hizo para que no la oyeran los vecinos porque le daba vergüenza tener a una chica gimoteando frente a su puerta.

Lo que Joan no podía saber a esas alturas era hasta qué punto esa mujer iba a ser una anomalía en el proyecto de vida que se había trazado hasta entonces.

—A casa. Sí —insistió Joan, todavía tumbado en la cama del hotel—. ¿Quieres pasar por casa un rato? Está aquí al lado y tu tren no sale hasta media mañana. ¿Desayunamos tranquilamente allí?

—Pero ¿tú tienes algo de desayunar en tu casa? Algo, digo, que se pueda comer —rio Ana, bostezando en la cama, qué gozada desperezarse sin prisa, ronroneando, con el sol entrando por los cristales.

—No, pero el paki de la esquina tiene un montón de cosas ricas, ricas, ricas.

Ricas quizá no fuera una palabra adecuada para describir lo que se amontonaba en el pequeño comercio regentado por un inmigrante pakistaní en la esquina de las calles Daguería y Hércules. Ana intentó descifrar el extraño esquema cerebral que había concebido el orden y la posición de cada uno de los productos del colmado. ¿Qué hacían los champús junto al tomate en lata? ¿Por qué las magdalenas estaban en el extremo opuesto a los cruasanes? ¿Qué raro fenómeno físico permitiría elevarse hasta alcanzar las latas de fabada de la última estantería, encajadas contra el techo, sin que se te cayeran en la cabeza cada vez que cogías una?

Eso sí, los preservativos, bien situados, al lado de la caja. Debía de ser el artículo más demandado del local, sobre todo por los turistas, que en los últimos años le habían fagocitado el barrio a los vecinos. Cuando fueron a pagar las magdalenas que habían cogido, un matrimonio discutía con dos envases de condones en la mano.

—Pero no cojas de los *sensitive*, Carlos. Mejor los normales.

—¿Y por qué no, Yolanda? —protestó él, ante los ojos atónitos del joven empleado del comercio, que los miraba como si fueran dos pulpos comprando una olla exprés.

—Hombre, de verdad, piénsalo un poco. *Sensitive*. Sensible. Sensibilidad.

—Bueno, pues mejor, ¿no? Son más caros pero no vamos a racanear en esto —argumentaba el marido, mientras su mujer daba toquecitos a la caja de preservativos como si fuera una maestra de escuela señalando con la regla la solución correcta en la pizarra.

—¿Y usted qué piensa, joven? —le soltó ella al pakistaní encargado del local.

—Seis euros treinta y cinco —contestó el chaval.

O se hacía el tonto o de verdad no entendía nada de la escena que se estaba desarrollando ante

sus ojos. Un matrimonio entrado en años y discutiendo por el tipo de preservativos que iban a comprar.

—¿Y ustedes qué creen? —La mujer se giró hacia Ana y Joan—. ¿*Sensitive* o normal?

—Yolanda, por Dios —se apresuró a decir, avergonzado, el hombre—. Deja a estos chicos en paz.

Chicos, tanto como chicos, con treinta y muchos ya no era quizá la definición más adecuada. Se les escapó una sonrisa.

—Miren, no le hagan caso a mi marido. Les voy a contar. Es que nuestro hijo se ha echado novia, ¿saben? Así muy guapetona ella. Y nosotros sospechamos que ya lo hacen. Que lo están haciendo. Saben a qué me refiero, ¿no? Y, claro, como al sieso de mi marido —la mujer le dio varios toquitos en el pecho al hombre, con el mismo garbo con que se los estaba dando hasta el momento a la caja de condones— le da corte hablar de sexo con su hijo de catorce años, pues hemos pensado comprarle una caja de condones y dejársela en su mesita de noche. Así, como si hubiera caído del cielo. Mejor prevenir, no vaya a ser. ¿No creen? Pero claro, con catorce años, pobre hijo mío, ¿cómo va a controlar? Se le va a terminar la fiesta antes de empezarla. Y la novia a dos velas. ¿No? Sí, no me mires así, Carlos, que vosotros no os dabais ni cuenta, pero ya te digo yo que un adolescente primerizo es el peor amante del mundo. Así que —la mujer volvió a dirigirse a Ana y a Joan— seguro que están de acuerdo conmigo, nada de *sensitive*. Nada de sensibilidad. Cuantas más capas mejor. ¿Verdad?

Todavía se estaban riendo de la escena de los condones cuando llegaron al rellano de casa de Joan. Tantos años después, Ana aún no había conseguido controlar la ansiedad cada vez que estaba frente a esa puerta. Volvía en bucle al momento en el que, quince años antes, giró la llave en el pomo para encontrarse los fluidos del cadáver de su padre extendiéndose hasta el recibidor. Para no esconderse de nuevo dentro de su cabeza, Ana cogió la mano a Joan y entró en esa casa tan diferente de la que fue suya. La reforma había tirado tabiques y agrandado espacios. La luz natural lo inundaba todo. El recibidor ya no existía, el pasillo había quedado integrado en la cocina y el salón se había convertido en una amplia sala anexa a una gran habitación.

El olor a café se extendió enseguida por la casa. Joan se negaba a tener una de esas Nespresso modernas y seguía conservando, y usando, una antigua cafetera italiana de sus tiempos de estudiante. Ana no tomaba café, así que le daba igual. Estaban dándole los últimos mordiscos a unas magdalenas que parecían porexpán cuando alguien llamó, con los nudillos, a la puerta. Los dos se miraron sabiendo quién estaba al otro lado.

—¡Ay, ay, que ha venido Anita! —oyó Ana cuando Joan abrió la puerta—. ¿Verdad? Os he oído hace un rato. No os quería molestar, pero es que me voy al cementerio a ponerle flores al Genaro. Hoy hace cinco años que murió el pobre, y quiero darle un beso a la princesita antes de irme.

—¿A quién estás llamando tú princesita? ¿Eh? —Ana abrazó a su antigua vecina—. ¿Tú me ves pinta de princesita?

—Te veo pinta de lo que quieras ser.

—¿Cómo estás, Laura? ¿Qué tal va todo?

—Bien. Entretenida. Oye, Joan, muy buena la cuarta temporada de *Jous of cars*. ¡Más malos que la tiña, esos dos!

—Pero ¿cómo le pasas esas series a Laura? —rio Ana mirando a Joan—. Le va a dar un soponcio.

—¿A esta mujer? Esta mujer es más dura que tú y que yo juntos. Mírala, nos va a enterrar a

todos.

—Dios no lo quiera, hijos. Dios no lo quiera. Ya sabéis que yo, por si acaso, voy pagando mi eurito mensual a los de L'Esperança para que me entierren junto al Genaro, con vistas al mar. Oye, Ana —le dijo, cogiéndola del brazo—, ¿te vienes un momento a casa? El otro día, haciendo limpieza, me encontré una vieja foto de tu padre contigo y te la quiero regalar.

Su padre y ella posaban en la calle, junto al portal, y Ana —debía de tener ocho o nueve años — aguantaba como podía la gigantesca rama seca de una palmera. Era el Domingo de Ramos, uno de los pocos días del año en los que padre e hija se acercaban a la iglesia. Se habían puesto sus mejores galas. Ella llevaba un vestido almidonado blanco, con un lazo rosa en la cintura y dos lacitos iguales, más pequeños, en cada una de las coletas que llevaba sobre sus orejas, tan tirantes que le hacían daño. Pero no le importaba. Él se había puesto una camisa blanca y un traje azul oscuro, casi transparente de tanto haberlo lavado, tan frágil que era un milagro que la tela no se fuera deshaciendo por el camino. Ninguno de los dos sonreía. Todavía pasarían años hasta que Ana y Rodolfo salieran sonriendo en alguna fotografía. Pero por aquella época aún no.

—¡Qué guapos estabais los dos!

Laura acarició lentamente la espalda de Ana por encima de la camiseta, con el mismo gesto de cariño que había repetido cientos de veces desde que era una niña. «Laura, por favor, ráscame la espalda un poquito», le pedía Ana, apoyando la cabeza entre sus piernas. Y Laura acariciaba lentamente la espalda de la niña, en pequeños círculos que se comunicaban uno con otro. Era un ritual entre las dos, una especie de conexión física y espiritual entre aquella pequeña huérfana de madre y la mujer sin hijos del piso de enfrente.

—¡Qué guapo era mi padre, Laura! ¡Cómo le echo de menos!

—Guapísimo. Como tú. Estaría orgulloso de ti. Inspectora jefa y ya casi comisaria. La más lista de la policía.

—Bueno, ya sabes que no tener hijos ni pareja ayuda —contestó Ana con cierta resignación—. Puedo dedicarle todo el tiempo que quiera a mi carrera.

—¿Cómo lo llevas, Ana? Me ha contado Joan que estás tú con el caso del niño desaparecido.

—Pues mal, ¿para qué te voy a engañar? Apenas tenemos pistas. Y mi nuevo jefe me ha mandado a Barcelona a una reunión sin sentido justo cuando iba a interrogar a un sospechoso.

—No puedes entrar en un bucle como con el caso de Nicolás.

—Pero es que a veces creo que ya no puedo más, Laura. —Ana suspiró largo, lento y profundo, como queriendo parar el tiempo. O los recuerdos. O el peso de la vida—. A veces creo que me voy a romper en dos. Y me dan ganas de dejar la policía.

—No digas estupideces, niña. —Laura adoptó el tono de mamá que riñe, como en los tiempos en los que fue lo más parecido a una madre que esa niña tuvo—. Tú dejarás la policía cuando te dé la gana dejarla, no cuando te lo digan los demás. Mira, te voy a decir una cosa que no te he dicho nunca. Mírame a los ojos, mira a esta señora mayor a la que casi ya no le quedan años por delante. Tú tienes una fuerza y una valentía que yo no me he atrevido a permitirme nunca en mi vida. Solo ahora, solo ahora he empezado a vivir. Ya viuda y anciana me he dado cuenta de que solamente ahora estoy haciendo lo que quiero, cuando ya (¡qué pena más grande!) ni el cuerpo ni la cabeza aguantan el tirón. Tú lo sabes, tú conociste al Genaro. No me dio nada. Ni hijos. Tampoco me quitó nada, es cierto, ni me pegó, que es algo que no pueden decir todas las mujeres de mi época. Ahora miro hacia atrás y pienso qué pena de tiempo, qué pena de años, qué pena de cabeza y qué pena de cuerpo perdidos. Pero tú eres diferente. Eres fuerte e inteligente. Tú puedes permitirte muchas cosas, querida. Solo tienes que atreverte a hacerlas. No seas tu mayor

enemiga, no te escondas. Tú vales más que todo eso. Y recuerda que, por encima de todo, no tienes que darle explicaciones a nadie. Ya está bien de andar justificándose siempre. ¿Tú ves a tus compañeros justificarse? Que te juzgue quien quiera y como quiera. A ti te tiene que dar igual.

Unas horas más tarde, ya en el AVE, Ana pensaba en esa conversación y en la noche que había pasado con Joan. Los cascos conectados al móvil inyectaban en su córtex cerebral la desgarradora versión que Silvia Pérez Cruz hacía de *L'Hymne à l'amour*. Tenía la cabeza apoyada en el cristal, había cerrado los ojos y sentía el calor del sol, podía notar incluso cada uno de los pares de núcleos de hidrógeno convirtiéndose majestuosamente en átomos de helio y viajando ciento cuarenta y nueve millones de kilómetros a la velocidad de la luz para terminar — ocho minutos y diecinueve segundos después— filtrándose a través de la ventanilla de un tren en marcha hasta su piel. El vagón estaba extrañamente en silencio y su cuerpo se mecía con el arrítmico traqueteo de un convoy que viaja a trescientos kilómetros por hora. Si la vida fuera perfecta, ese sería el momento que escogería para enmarcar.

Pero la vida no era perfecta.

Y una llamada de teléfono estaba a punto de recordárselo.

Le había prometido a Pablo que íbamos a ir al tiiovivo del centro comercial. Le encantaba dar vueltas y vueltas sobre un caballo azul diseñado por alguien que no había visto un caballo en su vida. Únicamente así se entendía la forma del animal. Mi hijo nunca se cansaba, pero yo me estresaba solo de pensarlo y me aburría como un rockero en un concierto pop, aunque lo soportaba con la resignación que te da la maternidad. Era peor bajar al parque. Odiaba el parque por encima de casi todas las cosas que la maternidad trae implícitas.

Pablo estaba de mal humor. Esa mañana habíamos tenido una bronca en casa porque le había dado por tirar los juguetes al suelo. Todos. Con rabia. Con esa rabia y esa fuerza con la que los niños tiran cosas cuando quieren demostrarte que son personas diferentes a ti con su propia capacidad de decisión y actuación. Al final, mi hijo terminó rompiendo un pequeño robot articulado que le había traído Papá Noel. Amenacé entonces con tirarle su peluche de dormir a la basura. La vaca se va a la basura —le dije—, la tiro con las cosas sucias porque te has portado fatal. Mira qué triste está mamá porque te estás portando mal. A la basura.

Cuando salimos de casa, Pablo seguía sorbiéndose lágrimas y mocos, así que intenté distraerlo para que no pensara más en la rabieta ni en la vaca. Como hacía un día estupendo, fuimos andando hasta el centro comercial. Apenas eran diez minutos a pie. De camino, sin embargo, dimos un rodeo para pasar por el castillo abandonado. A Pablo le encantaba imaginar que ese caserón medio derruido en mitad de un bosque de pinos era la guarida de un domador de dragones a los que por la noche ataba con cadenas en el sótano para que no pudieran escapar. Si te callas, mamá —me decía—, si te callas igual oímos cómo rugen. ¿Te imaginas que sale fuego por las ventanas?

Cuando llegamos al centro comercial —el mismo en el que había desaparecido Kike tan solo cuatro días antes— había bastante gente. Me sorprendió que no se estuviera repitiendo el fenómeno Slenderman de dos años atrás, cuando tras el secuestro de Nicolás se produjo una ola de pánico en el país. La gente se encerró, literalmente, en sus casas por miedo a que sus hijos también desaparecieran.

Subí una fotografía a Twitter. Todo tranquilo, la desaparición de Kike no parece haber alterado la vida social de los españoles, escribí. ¿Fue eso lo que atrajo al secuestrador?, me repetí cientos de veces los días posteriores, destrozada por la culpa. ¿Fue ese tuit el que atrajo a Slenderman al centro comercial para secuestrar a otro niño?

Fuimos al tiiovivo. Y a los caballitos. Entramos en la tienda de chucherías a comprar nubes y cocacolas dulces. A Pablo le fascinaban. Aproveché para pasar delante de la tienda de juguetes donde había desaparecido Kike. Entonces aún no sabía que un expleado con antecedentes por acoso estaba detenido. También nos sentamos un rato ante un teatro de marionetas que habían

instalado en medio de uno de los pasillos.

El lugar estaba repleto de familias pasando el domingo y nos encontramos a varios niños de la guardería. Estaban Iziar y su madre, que habían ido a comprar unas zapatillas para el cole —«¡Cómo las destrozan, le duran dos días! ¿A tu hijo no?»—. También Eli y sus dos hijas, con quienes coincidíamos muchas tardes en el parque, y que habían quedado para comer allí con otros amigos. Vimos más tarde a Thiago, otro de los compañeros de clase de Pablo, que daba toques al balón mientras caminaba cogido de la mano de su madre. Pasadas las dos, cuando ya habíamos subido a todos los caballitos, a todos los cohetes y a todas las barandillas, le pregunté si quería comer algo. Una *cangreburger*, me contestó. Y yo, una vez más, tuve que fingir que una hamburguesa normal y corriente de un *fast food* la había preparado Bob Esponja y estaba hecha de carne de cangrejo.

¿Han intentado alguna vez cargar con un bolso, dos abrigo y dos bandejas de comida por un restaurante repleto de gente? No hay manos ni cuerpo suficiente para llevarlos. Lo más normal es que se te caiga alguna de las cosas, y da gracias si consigues llegar a la mesa sin manchar los abrigo de ketchup o rebozarlos de aceite con las patatas fritas.

Cuando por fin conseguí dejar las bandejas en una mesa libre y colocar los abrigo y el bolso a mi lado, miré a Pablo para pedirle que por favor se sentara, que la comida se iba a enfriar, pero el muy tonto se había quedado junto a la caja. Bastante enfadada, me levanté para ir a buscarlo, intentando no montar un número en público. Es difícil ser madre en estos tiempos tecnológicos en los que cualquiera te puede hacer una foto o un vídeo y subirlo a las redes sociales. Mirad qué borde la actriz tal o la presentadora cual. Ya no hay privacidad en ningún sitio. Así era muy difícil educar a un hijo.

Cogí el bolso y dejé los abrigo y la comida en la mesa, esperando que estuvieran allí a mi vuelta. ¿Por favor, me pueden vigilar todo esto? ¿Por favor?, le pedí a una familia que se sentaba en la mesa de atrás. Me abrí paso hasta la caja registradora, aguantando el aire y contando hasta diez, intentando poner buena cara ante tanta gente. Solo pensaba en cómo coger a mi hijo del jersey y llevarlo a la mesa sin montar mucho escándalo, quisiera el niño o no. A veces la maternidad daba asco. Sobre todo en público.

Pero Pablo no estaba. Había mucha gente y me costó mirar bien, me costó asegurarme, pero no estaba ahí. Deshice el camino por si me había seguido y se había entretenido con algo. Pablo siempre se queda mirando las cosas, de repente se fija en cualquier cosa y borra el resto del mundo de su campo visual. Deja de existir para él. Pero tampoco lo encontré. ¿Han visto a un niño moreno de cuatro años, así de alto, con camiseta blanca a rayas azules, pantalones vaqueros y deportivas negras? Estaba aquí hace un par de minutos. Con cada negativa me angustiaba más. Salí del local, empujando a la gente, apartándola de mi camino. La mirada se me desenfocaba del esfuerzo por encontrar a Pablo. Las sienes me estallaban contra los huesos del cráneo.

Pero no estaba. Pablo no estaba.

Creí sentir un temblor en el aire, una leve perturbación en el tiempo y el espacio que rodeaba mi cuerpo, como si estuviera perdida en medio de un lago helado y mis terminaciones nerviosas empezaran a percibir el hielo resquebrajándose en la distancia. Las grietas se acercaban hacia mí. Algo iba a romperse bajo mis pies. El mundo entero iba a romperse bajo mis pies. Y en apenas unos segundos las vibraciones se convirtieron en una ola de pánico que se propagó por todo mi cuerpo. Aniquilándolo. Anulándolo.

No fui consciente de haber empezado a chillar.

Descubrí que no tenía lágrimas, que no temblaba, que no entendía. Nada. Solo podía abrir la

boca y chillar. El resto de mi cuerpo estaba paralizado por el pánico. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, solo hubo sitio dentro de mí para el horror. Ni corazón, ni estómago, ni sangre. Solo el más negro y profundo de los terrores.

El sufrimiento llegaba en oleadas. Y cada una golpeaba más fuerte que la anterior.

En un momento dado tuve la impresión de que iba a perder el conocimiento. Y lo deseé. Apreté fuerte los dientes deseando desmayarme y desaparecer de allí, aunque fuera durante unos segundos.

Desaparecer de la realidad en la que Pablo no estaba a mi lado.

Tirarse de un tren en marcha que vuela sobre los raíles a más de trescientos kilómetros por hora no es una buena idea. Pero Ana se lo planteó. También se le pasó por la cabeza romper alguna de las ventanillas de emergencia. Durante varios minutos canalizó su ira en uno de esos pequeños martillos rojos sobre los que está escrito Romper solo en caso de emergencia, como si con sólo mirarlo pudiera hacer estallar el cristal. Como si fuera factible salir de allí. O como si, aunque pudiera salir, hubiera una manera más rápida de llegar hacia donde se dirigía. Pero el cerebro es así. Ante una situación de estrés necesita sentirse útil. Necesita hacer algo y necesita también que el cuerpo haga algo. O que tenga la ilusión de hacer algo. Aunque sea absurdo. Aunque sea una tontería.

Cualquier cosa menos quedarse quieta. Quería gritar, destrozar algo o reventarse el cráneo contra las paredes. Estaba encerrada en un maldito tren y no podía hacer nada. Nada más que esperar hasta el final del trayecto. Y no podía soportarlo. Creyó que su piel iba a ser incapaz de contener a sus músculos y a sus vísceras y a su sangre, que ella entera iba a estallar en cualquier momento. Notaba cómo en su interior crecía una fuente de energía imposible de controlar. Como una estrella a punto de convertirse en supernova, fagocitando todo lo que se encontraba a años luz de distancia.

Cuando Nori la llamó, Ana estuvo a punto de no cogerle el teléfono. No quería hablar, solo quería disfrutar de ese momento de relax apoyada en el cristal caliente de la ventana del tren un domingo por la mañana. Ya le llamaré luego cuando llegue a Atocha, pensó. Pero al séptimo timbrado se arrepintió. Quizá era algo importante. Ana vivía con el miedo continuo a que las llamadas que no cogía fueran por algo importante. Por eso descolgaba el móvil o devolvía llamadas perdidas de números desconocidos. Luego siempre, irremediablemente, se llevaba una decepción. Nunca valía la pena, nunca era tan importante.

Aunque esa vez sí.

Ana creía que su compañero quería hablar con ella para darle el informe del interrogatorio del joven detenido el viernes, el expleado de la juguetería con antecedentes por acoso a niños. Ella había empezado a interrogarle el sábado por la mañana —solo veinticuatro horas antes, pensó, ¿solo habían pasado veinticuatro horas?—, con la mala suerte de que en ese momento su nuevo jefe decidió marcar territorio. Pero como él no era un perro —los perros son mucho mejores personas que David Ruipérez— y no podía mear por las esquinas —aunque Ana estaba convencida de que si fuera útil y necesario para sus intereses, el comisario Ruipérez iría echando pis de mesa en mesa señalizando sus dominios—, la había mandado a Barcelona a una absurda reunión de coordinación entre cuerpos policiales. Así la mantenía veinticuatro horas apartada del caso. De su caso. Y con el reloj corriendo en contra de ese niño desaparecido.



Nori había cogido un AVE temprano esa mañana de domingo y estaba ya en Madrid desde primera hora. Cuando llegue a casa, me conectaré en remoto al ordenador de la brigada a ver si han vuelto a interrogar al dependiente de la tienda —le había dicho la noche anterior mientras caminaban hacia el hotel después de la cena en La Vinateria—. Me conecto y así te digo si vale la pena que te pases por la brigada o mejor te vas directamente a tu casa a descansar un poco hasta el lunes. Y que le den al informe que te ha encargado el comisario. A tomar por saco.

Pero la voz de Nori al otro lado de una cobertura telefónica que iba y venía le dijo que algo iba mal. La manera en la que pronunció su nombre en cuanto ella descolgó el teléfono le congeló el corazón. Ese «¿Ana?» articulado con una interrogación temblorosa traía malas noticias. Muy malas noticias, estaba segura. Lo que no imaginaba era hasta qué punto iban a ser tan devastadoras.

—¿Ana? —le dijo—. ¿Ana? ¿Sigues en el AVE? Tengo que contarte una cosa.

Le temblaba la voz. No mucho. Era policía, sabía controlarse. Pero Ana notó una pequeña y extraña vibración en las cuerdas vocales de Nori y juraría que había podido escuchar también retazos de aire ahogado que parecían no querer salir de los pulmones para no tener que pronunciar lo que estaba a punto de decirle.

—Javi, ¿qué pasa? Dime ya qué pasa, ahora mismo —le exigió.

Se estaba poniendo muy nerviosa. Él vacilaba. Podía notarlo en su silencio, como si las dudas que llenaban su cabeza pudieran viajar a través de las antenas de telefonía que separaban los dos teléfonos móviles que conectaban a Ana y a Javier.

—No quiero decírtelo por teléfono —le contestó—, pero tampoco quiero que te enteres por las redes sociales o porque alguien te mande un WhatsApp o te llamen.

—¿Qué coño pasa, Javi, qué coño pasa?

Ana se levantó de su asiento en el coche tres para ir a hablar a la plataforma, donde con el estruendo del tren nadie podía oírla. De hecho, no podía casi ni escucharse a ella misma. El ruido fuera y dentro de su cabeza era tan estridente que no era capaz de percibir ni siquiera sus propios pensamientos.

—Ana, prométeme que no harás ninguna locura —insistió Javi al otro lado de la línea telefónica—, prométeme que no harás una locura.

El silencio se hizo insoportable. Él no quería decir. Y Ana sabía que no quería escuchar lo que fuera que su *subi* tuviera que decirle. Por fin, tras un silencio agónico, Nori lo soltó.

—Ana, escucha, Ana. El hijo de Inés ha desaparecido —soltó por fin el subinspector—, ha desaparecido en el mismo centro comercial en el que se esfumó Kike. Inés está en el hospital, ha perdido el conocimiento. —Silencio—. Ana, Ana, ¡¡¡Ana!!! Contéstame, joder, contéstame —chillaba Nori al otro lado del teléfono.

Pero el teléfono solo le devolvió ruido de fondo. Sesenta y cuatro ruedas de acero templado despellejándose contra las vías a trescientos kilómetros por hora. Ocho vagones ladeándose como si fueran a salirse de sus ejes. El quejido aerodinámico de los átomos de hidrógeno y oxígeno del aire ofreciendo resistencia al paso del tren.

Y el sollozo de Ana.

Se había sentado en el suelo de la plataforma, con la cabeza entre las piernas, hecha un ovillo.

No le podía contestar. No tenía aire en los pulmones. No le llegaba oxígeno al cerebro.

Todo el entrenamiento policial, los casos sórdidos que había investigado, la maldad con la que se había encontrado cara a cara, o las decenas de veces que había tenido que informar de una muerte no la habían preparado para eso. Nadie, por muy policía que fuera, estaba preparado para

algo así; de la misma manera que a un oncólogo nada le prepara para que le diagnostiquen un cáncer terminal en su propio cuerpo.

Nori quería decírselo en persona. Hubiera preferido ir a la estación a recogerla y darle la mala noticia a su lado, viendo cómo reaccionaba. Y pudiendo calmarla. Pero nunca llamarla mientras estaba encerrada en un tren. Ha desaparecido el hijo de nuestra amiga y puede que lo haya secuestrado el mismo hombre que hace dos años se llevó a Nicolás y que hace cuatro días se llevó a Kike. ¿Cómo cuentas eso por teléfono? ¿Cómo das esa noticia a alguien que no puede salir del lugar en el que está encerrado como un perro rabioso en una jaula?

Pero ya habían pasado un par de horas desde la desaparición de Pablo y pronto las redes sociales iban a empezar a arder con la noticia. Inés era una periodista bastante conocida en España. Además, era ella la que estaba siguiendo el caso Slenderman para su canal de televisión. Morbo por partida doble.

Periodista víctima de su propia noticia. Un filón de titulares y audiencia.

Y, para rematar, decenas de personas habían presenciado el momento de la desaparición. O más bien el momento en el que Inés había empezado a chillar y chillar y chillar hasta perder el conocimiento. Era un milagro que aún no se hubiera corrido la voz. Era un milagro que el vídeo no estuviera todavía en YouTube. Seguro que a esas horas alguien estaba negociando cuánto dinero le daban por las imágenes del desmayo de Inés grabadas con un móvil.

En cuanto se enterara la prensa, aquello iba a ser el infierno. Y no debía de faltar mucho. Así que Nori pensó que mejor decírselo a Ana ya, aunque fuera por teléfono, aunque ella estuviera encerrada en un tren de vuelta a Madrid. Mejor eso. Mejor susto que muerte.

En la brigada se suspendieron todos los permisos, todas las libranzas, todas las vacaciones. Tres niños de cuatro años, muy parecidos físicamente, secuestrados en el mismo centro comercial era algo que un país no podía soportar y que asustaba mucho a los políticos, porque podía volverse fácilmente en su contra. Así que los que mandaban en el país exigieron a los que mandaban en la policía que dieran prioridad absoluta al tema. No hay límite de recursos —le dijo el ministro al director general de la policía—. Lo que necesitéis. Gente, horas, medios. La prioridad ahora mismo es dar con esos niños.

La mayor parte de la brigada de la policía judicial de Madrid dejó lo que estaba haciendo para centrarse en la desaparición de Nicolás, Kike y Pablo. Desde la central de Canillas estaban convocando a parte del grupo de secuestros y extorsiones para que colaborara en la investigación.

—¿Dónde está la inspectora jefa Arén? —El grito del nuevo comisario atronó por toda la sala—. ¿Dónde coño está la inspectora jefa responsable del caso que ahora mismo es la máxima prioridad para el Cuerpo Nacional de Policía?

Uno. Dos. Tres. Cuatro segundos. Silencio. Las manos dejaron de teclear, las bocas callaron,

algunos pulmones incluso dejaron de respirar. Todo lo susceptible de hacer ruido o llamar la atención se paró en seco. El aire se podía cortar con un cuchillo.

—¿Es que nadie me ha oído? ¿Dón-de-co-ño-es-tá-la-ins-pec-to-ra-je-fa-A-rén?

Ruipérez se estaba poniendo rojo. La adrenalina había hecho subir su ritmo cardíaco y los vasos sanguíneos de la cara se habían llenado de sangre, haciéndole parecer una bola de Navidad rebozada en purpurina. La vena yugular palpitaba bajo la piel de su cuello, que amenazaba con reventar en cualquier momento por la presión.

Charo hizo el gesto de levantarse de la silla, pero el subinspector Nori la paró. Tú no —le dijo con la mirada—, tú no. Déjame a mí. Que se pegue conmigo, que estoy por encima de ti en el escalafón. Charo asintió en silencio.

—Jefe —dijo el subinspector, levantándose de la silla—, la inspectora jefa Arén está llegando en AVE a Madrid. Ayer asistió en Barcelona a una reunión de coordinación con los mossos. ¿Recuerda? Usted la mandó.

Nori omitió conscientemente que él también había estado en esa reunión de la tarde anterior en Barcelona. Se había puesto de pie, estaba a un par de metros del comisario y podía oler su enfado. El sudor de una persona enfadada es ácido y penetrante. Te avisa del peligro por si quieres huir. Pero el subinspector no huyó. Se quedó ahí parado, de pie, esperando. Los dos hombres se miraron sin decirse nada durante cuatro eternos segundos.

—Son las tres y media de la tarde del domingo. La reunión terminó ayer sábado a las ocho. Hace —Ruipérez pausó la frase para contar mentalmente— diecinueve horas y media. ¿Me va a decir usted que no ha tenido tiempo de volver a Madrid? —El comisario hablaba con el tono agrio y despectivo de las personas a las que les da igual tener o no la razón porque saben que tienen algo más contundente: el poder—. ¿Está haciendo el camino de rodillas por la A2?

En ese momento, Ana —desnortada, destrozada, desmembrada— entró a la carrera en la sala. Tardó unos segundos en darse cuenta del silencio. Y de que todos se habían girado para mirarla.

—Inspectora jefa, a mi despacho. Ya. —La orden fue tajante—. Y ustedes, no quiero que se levanten de aquí hasta que no aparezcan esos tres niños. ¡Me cago en la puta! —chilló Ruipérez, perdiendo por una vez el control—. Me cago en la puta. No quiero que folléis. No quiero que durmáis. No quiero que caguéis. No quiero que traguéis saliva hasta que encontréis a esos tres niños. ¿Me oís? Miradme bien. Os voy a exprimir las vísceras hasta que esos tres niños aparezcan. Y más os vale que aparezcan con vida. Si no, voy a hacer que las vuestras sean insoportables.

Y de un golpe seco, en un giro perfecto de ciento ochenta grados, manteniendo completamente la verticalidad —como si estuviera desfilando con las tropas de Corea del Norte y la vida le fuera en ello—, el comisario se dio la vuelta y se marchó. Ni siquiera se dignó mirar a nadie, mucho menos, por supuesto, a Ana Arén. Daba por hecho que ella le seguiría a su despacho. Era lo que había ordenado. Y así tenía que hacerse.

—Contadme todo lo que sepáis, rápido. —Ana intentaba controlar el temblor de su voz—. Datos, pistas, cámaras. Algo. Dadme algo para la esperanza. Algo para encontrar a esos niños.

—Estamos recopilando las imágenes de las cámaras de seguridad, tanto del centro comercial como de los alrededores. Está siendo complicado porque es domingo y no localizamos a todos los propietarios. Hemos pedido también las cámaras de la urbanización de Inés, entre media hora antes y media hora después de la hora a la que salieron de casa, por si alguien los siguió desde allí. La clave del sistema informático donde se guardan las grabaciones la tiene el conserje y tampoco hemos dado con él, tiene el teléfono apagado. Además, estamos peinando toda la zona

buscando cualquier pista y hemos desalojado el centro comercial. Volvemos a investigar de nuevo la lista de empleados y exempleados. Estamos también peinando la lista de los delincuentes sexuales de la zona—. Charo soltó todo de carrerilla, sin respirar.

—Inés sigue en el hospital. No he podido hablar con ella —le contó Nori—. Los médicos no nos dejan interrogarla aún.

Ana caminó hacia el despacho del comisario apoyándose en la pared. Se arrastraba con el brazo derecho contra el gotelé y con los pies sobre las baldosas del suelo. Necesitaba varios puntos de apoyo para sostenerse porque su cabeza se negaba a llevar sus cincuenta y cuatro kilos de peso hacia delante. Su cerebro todavía no había sido capaz de procesar la idea de la desaparición de Pablo y su parte más emocional luchaba por no culpar a su amiga. ¿Qué narices hacía Inés llevando a su hijo al mismo lugar donde se habían producido las desapariciones de dos niños? ¿Quería notoriedad? ¿Por qué había publicado ese tuit contando dónde estaba?

Necesitaba centrarse. Parar. Frenar. Apagar su sistema operativo y volver a iniciarlo. Salir de la espiral emocional en la que se había metido para poder pensar con claridad. Dejó de andar, cerró los ojos y se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta que el dolor le subió por la columna vertebral como un latigazo. Zas. El dolor siempre te pone en tu sitio.

Mientras tanto, Ismael Gallardo seguía en los calabozos. Nadie parecía haber reparado en él. Treinta y ocho horas detenido como sospechoso de la desaparición de Kike. Veintinueve años y antecedentes por acoso en una guardería. Era expleado de la tienda de juguetes frente a la que desapareció el niño. Pero no podía ser el autor material de la desaparición de Pablo, porque en esos momentos estaba en el calabozo. No podía ser él. A no ser que tuviera un cómplice.

O un imitador.

No sé si hablar de estados de ánimo sería lo correcto, porque en realidad era mi cuerpo entero el que subía y bajaba. Cabeza, alma y corazón a la vez. Cuando estaba arriba, creía que todo era posible. Si te levantas de la cama, volverá Pablo. Si abres la puerta con la mano derecha, volverá Pablo. Si te pones tu camiseta amarilla, volverá Pablo. Entraba entonces en un estado de hiperactividad en el que ni el tiempo ni mi cuerpo se expandían lo suficiente como para permitirme hacer todas las cosas que quería hacer. Me sentía incluso con fuerzas de sobra para suplir a todo el departamento de policía que estaba buscando a mi hijo.

Pero entonces, sin que nada concreto lo desencadenase, me derrumbaba. En una fracción de segundo toda esa energía que me bullía por dentro implosionaba, doblándose y comprimiéndose sobre sí misma infinitas veces hasta desaparecer, dejándome hueca y fofa como una marioneta sin hilos de sustentación.

Vete a casa y espera, no puedes hacer nada. Ana me lo dijo con toda la delicadeza posible cuando me presenté en comisaría tras salir del hospital, ese domingo a media tarde. Tan solo hacía cuatro horas que había desaparecido Pablo. Vete a casa y espera, me dijo, como si irse a casa a esperar fuera lo más normal del mundo cuando tu hijo ha desaparecido y está en manos de un loco.

Sé que Ana tenía que echarme de allí, que yo no podía estar en la brigada con los agentes que investigaban el caso, pero en el fondo de mi alma sabía que nunca se lo podría perdonar. Porque lo que yo quería en ese momento, lo que yo necesitaba en ese momento, era que mi amiga me abrazara y me dijera que todo iba a salir bien, que lo iban a encontrar, que Pablo iba a estar bien. Deseaba que Ana me acariciara el pelo y me consolara hasta que apareciera mi hijo. Deseaba desesperadamente que me dijera que todo se iba a arreglar. Ella era policía. Me lo tenía que prometer. Me lo tenía que jurar. Por favor, por favor, por favor. Pero no. Ana no hizo nada de eso, solo me miró a los ojos y me dijo que se iban a dejar todos la piel buscando a Pablo, que tenía a los mejores policías a su disposición y que no iban a dormir hasta que mi hijo apareciera.

—Aparecerá, ¿verdad? —le insistí.

—Inés —me contestó—, vete a casa y descansa. ¿Quieres apoyo psicológico? ¿Aviso a alguien?

¿Qué cojones apoyo psicológico? Lo que quería era que encontraran a mi hijo. ¿Y qué hacía yo en casa, sola? ¿Se puede alguien imaginar una espera peor? La espera de un padre o una madre encerrados en casa contando los segundos, uno tras otro, exasperadamente lentos como si el tiempo se estuviera construyendo a su alrededor, a la espera de una llamada.

Sola. Aguardando sola.

No se lo quería contar a nadie. Todavía. Algún rincón de mi cerebro consciente me avisaba del

revuelo que se iba a armar en cuanto la noticia se filtrara; pero aún faltaban varias horas para eso. Tenía que avisar a mi madre antes de que los medios se enteraran, pero estaba en Lanzarote pasando unos días con un grupo de amigas. Si ya iba a ser terrible darle la noticia por teléfono, aún lo sería más la espera hasta poder estar juntas. El primer vuelo que la podía traer de vuelta a la península no despegaba hasta la mañana siguiente. Como muy pronto aterrizaría en Madrid a las diez. Aún quedaban muchas horas para eso.

Llamarla fue una de las cosas más duras que he hecho en la vida. Contestó al cuarto timbrado, riendo, sin imaginar el drama del que ya estaba siendo protagonista.

—Cariño —me dijo de carrerilla—, ¿qué tal todo? No te imaginas el tiempazo que hace aquí, de escándalo, mira qué hora es, bueno una menos aquí, ya sabes, jajaja, una hora menos en Canarias, siempre he querido decir eso y mira, hoy puedo decirlo, y todavía estamos en la piscina del hotel. Oye, no te creas que estoy piripi, ¿eh? Que solo me he tomado dos cervezas, pero creo que con este calor el alcohol sube más. ¿No has hecho tú nunca una noticia sobre eso? Esto es vida, Inés, esto es vida, tienes que venir con Pablo algún día. Tenías razón. El Princesa Yaiza es fantástico. Dejas al niño en el *kindergarten* y te tumbas a disfrutar. Que últimamente te veo mala cara. Necesitas descansar.

Yo la dejé seguir, que hablara, que siguiera hablando, porque en cuanto la cortara, en cuanto le dijera lo que tenía que decirle, iba a destruirla. ¿Qué más daban unos pocos segundos extras de alegría? ¿Qué más daba un poquito más de inocente ignorancia? Era lo único que podía regalarle a mi madre en esos momentos.

Así que me quedé muda al otro lado de la línea telefónica, hasta que ella se dio cuenta de que le estaba hablando al vacío.

—¿Inés, cariño, estás ahí? ¿Inés? —preguntó. Yo seguí en silencio—. Creo que se ha cortado la línea —les dijo a sus amigas apartando un poco la boca del auricular del móvil—. Es Inés, pero no la oigo, debemos de tener mala cobertura.

Colgué. Decidí regalarle un poquito más de tiempo.

De repente me acordé de Sam, el *au pair* que vivía con nosotros. Tenía que contarle lo que había pasado. Le mandé un WhatsApp, pero vi que llevaba horas sin conectarse. ¿Dónde estaba? Seguro que se había perdido por ahí con su grupito de *au pairs*. O quizá se había quedado sin batería. Solía pasarle los fines de semana, era un desastre. La fiesta de la noche española le absorbía la sesera.

Decidí asegurarme. Por si acaso. Si había vuelto y estaba en su habitación, tenía que contárselo antes de que la prensa empezara a hablar de ello y él lo descubriera en alguna de las muchas redes sociales que consultaba con frecuencia casi obsesiva. Así que bajé a la primera planta del dúplex en el que vivíamos. Llamé con los nudillos a la puerta de su habitación. No contestó. Golpeé otra vez, más fuerte, llamándole por su nombre. Pero tampoco recibí respuesta. Abrí despacio la puerta, por si se había quedado dormido. No sería la primera vez tras un fin de semana de juerga por Madrid.

Allí no había nadie. ¿Dónde narices se había metido Sam?

Me tumbé en el sofá del salón. Pero era peor estar tumbada. Porque entonces mi cerebro se extendía —llegaba hasta las uñas, hasta los dientes, hasta las gotas de sudor que me resbalaban por la espalda—, colonizando cada rincón de mi cuerpo. Convertido así en una masa llena de neuronas, cada milímetro de mi organismo pensaba en Pablo.

Cuando oyes zumbas a una avispa, te quedas quieto, esperando que se vaya. Poco a poco vas encogiéndote, escondiendo la máxima parte posible de tu piel para limitar la zona en la que

podría clavarte el aguijón. Te enroscas sobre ti mismo intentando acotar la superficie expuesta al dolor. Te haces pequeño para tratar de pasar desapercibido. Solo aguardas, casi sin respirar, al sonido inconfundible que indica que la avispa se marcha.

Pero es un engaño. Porque la avispa, como el dolor, siempre vuelve. Y te acabará picando. Por mucho que te encojas.



—Nada, ni un puto indicio del que empezar a tirar, nada. El cero más absoluto. El vacío. —Charo miraba desesperada a Ana—. Es como si se los hubiera tragado la tierra. Volatilizados. Nadie vio nada, nadie sabe nada.

—Me ha dicho Inés que le habéis pedido una muestra de ADN —preguntó, extrañada, Ana.

—Sí, fue orden de Ruipérez. Imagino que por precaución. Por si aparece. —Charo calló, dándose cuenta de lo que iba a decir y a quién se lo iba a decir—. Por si aparece —continuó— muerto.

Ruipérez había dado la orden para mantener un perfil mediático bajo en el caso. Si llegaban a encontrar algún cadáver y necesitaban identificarlo por su ADN, avisar a los padres para tomarles muestras y cotejarlas con el cuerpo podría alertar a la prensa, y eso significaba más presión. Teniendo almacenadas esas muestras de ADN, la policía se aseguraba el control informativo de la situación. De esa parte del caso, al menos. Podrían retener la información un poco más.

—¿Cómo lleváis el visionado de las cámaras de seguridad?

Ana le dio un largo sorbo al café. En realidad, el café le daba asco y ganas de vomitar, sentía como si se metiera desatascador de tuberías por el esófago en caída libre hacia su estómago y sus intestinos, pero esa noche se estaba obligando a tomarlo. Con mucho azúcar, eso sí, para beberse sin devolver. Necesitaba sustancias que hicieran reaccionar a su cuerpo y a su cabeza. Y el café cargado era la única legal que conocía.

—Aún no hemos recopilado todas las imágenes. Es domingo, hay muchos comercios cerrados —le explicó Charo a la inspectora jefa, mientras seguía volcando imágenes a su ordenador desde las memorias USB que le habían llevado sus compañeros de brigada—. Estamos intentando localizar a los propietarios, pero son ya las diez de la noche. No creo que consigamos mucho más hasta mañana.

—Lo que tengáis quiero que empecéis a visionarlo ya, enseguida. Serán muchas horas y tardaremos varios días en verlo todo. ¿Habéis hablado con el *au pair*?

—¿Qué *au pair*? —Charo levantó la vista del ordenador. ¿De qué narices le estaba hablando su jefa?

—Con Inés y Pablo vive un chico británico, un joven *au pair* que está con ellos desde principio de curso y que cuida al niño por las tardes mientras Inés está en la tele, o cuando tiene que viajar.

—Joder, no lo sabíamos. Me pongo ahora mismo con ello.

—No, Charo, tú sigue con las imágenes. Dile a Arcos que localice al chico y lo traiga al grupo. Luego ya vemos qué hacemos con él. Yo tengo ahora mismo una reunión con los de secuestros

de la central. Estamos montando el mando conjunto.

A la búsqueda de los niños se acababa de unir esa tarde parte del grupo de secuestros y extorsiones de la comisaría general. La élite policial para este tipo de casos. Desde ese momento, Ana ya no dirigía sola la investigación, sino que tendría que coordinar todas las decisiones —y compartir toda la información— con otro inspector jefe.

—Ana —Nori la pilló en el pasillo, dirigiéndose hacia el despacho improvisado que habían montado para acoger al nuevo operativo de búsqueda—, Ana, se van a pasar las setenta y dos horas del empleado de la tienda de juguetes. Lo detuvieron el viernes por la noche. Nos queda poco tiempo ya, y si no tenemos pruebas sólidas, no podemos llevarlo ante el juez y tendremos que soltarlo.

—Estaba detenido cuando secuestraron a Pablo. Él no pudo ser.

—Estamos suponiendo que Slenderman existe, Ana. Y no tenemos ningún indicio que apunte en esa dirección.

—Tres niños, de la misma edad, con idéntico aspecto físico, secuestrados en el mismo centro comercial, dos de ellos con cuatro días de diferencia. —Ana se cruzó de brazos—. ¿Es solo circunstancial?

—Ana, esto no puede afectarte tanto. ¿Has pensado en retirarte del caso? Ahora que vienen los de secuestros deja que otro inspector jefe se haga cargo de la situación. Esto es demasiado emocional para ti.

Ana calló, como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago y fuera incapaz de reaccionar.

—Vete a la mierda. Vete a la mierda, Nori.

«Vete a la mierda porque en el fondo sé que podrías tener razón —pensó Ana—. En el fondo sé que mi cordura está colgando de un hilo y que si quiero resolver este caso me voy a tener que clavar las uñas hasta que me atraviere las palmas de las manos».

Cuando llegó a su despacho, no lo reconoció. Alguien había movido su mesa hasta un rincón del fondo, para hacer más espacio y que cupieran dos tablas sobre un par de caballetes. Los de informática se habían dado prisa y ya estaban operativos seis ordenadores. Si hubiera habido sillas sobre las que sentarse, todo habría sido casi perfecto. Pero eso era demasiado pedir para un domingo por la noche. Ya era un milagro haber localizado tantos ordenadores. ¿Cómo lo habían hecho? La orden tenía que venir de muy, muy arriba. La presión —intuía Ana— estaba a punto de hacerse insoportable.

—¿Inspectora jefa Arén?

Ana se giró.

—Soy el inspector jefe Jesús Silvelo. Ya le habrán informado de nuestra incorporación al dispositivo, ¿verdad? —se presentó él, extendiéndole la mano.

—Sí, ya me han puesto al corriente. —Ana tendió también la mano a modo de saludo—. Gracias por sumarse a la investigación un domingo por la noche.

—Aparte de policía soy padre —contestó él, alzando los brazos con las palmas de las manos hacia arriba y elevando ligeramente las cejas, como si con esa frase lo explicara todo.

Ana conocía al inspector jefe Silvelo solo de oídas. Tenía una carrera fulgurante en el Cuerpo Nacional de Policía. Entró directamente desde la academia a la escala ejecutiva. En cuanto el reglamento se lo permitió, se presentó a las oposiciones de inspector jefe y las aprobó a la primera, convirtiéndose en uno de los más jóvenes de España. Desde hacía un par de años estaba al cargo de una de las brigadas más elitistas del cuerpo, una de las que más presión soportaban y

que más a contra reloj tenía que trabajar, el grupo de secuestros y extorsiones de la Comisaría General de Policía Judicial de Madrid.

Si te cruzabas con él por la calle, si lo veías de paisano comprando el pan o haciendo cola para el cine, lo más probable es que Jesús Silvelo fuera invisible para ti. La gente no presta atención a las cosas aburridas, decía siempre. Si pareces una persona aburrida ni siquiera te ven, y eso es una gran ventaja a mi favor. Observar sin ser visto. Estar sin ser recordado.

Pero en las operaciones Silvelo se transformaba. Sacaba las garras. Era despiadado y arrollaba con todo. No se detenía ante nada ni ante nadie.

—He encargado unas *pizzas*, Ana, si me permites tutearte. —Ana asintió con una sonrisa, la primera en muchas horas—. Vamos a darles caña antes de que se enfríen. Imagino que no tienes platos ni cubiertos, pero ¿algo con lo que limpiarnos la grasa de las manos?

—Solo puedo ofrecerte papel de baño, ya sabes, la servilleta del policía. Pero cuidado con limpiarte la boca con él, tienes que ser delicado, los recortes han llegado incluso hasta el papel higiénico y ahora se parece más a una imitación barata de una lija del tres que a algo para limpiarte el culo. Eso sí, para pulir las hemorroides va muy bien. En unas semanas termina con ellas por fricción.

Los dos se rieron con ganas. Tanta tensión tenía que salir por algún lado. La cabeza necesitaba resetearse de vez en cuando para volver a pensar con claridad, para despejar los caminos y ser capaz de ver la solución. Y la risa conseguía a veces eso, una nueva mirada sobre el caso.

—¿Nos sentamos? —propuso Jesús.

—Solo hay dos sillas, las dos que estaban en mi despacho antes de la marabunta —le contestó ella, acomodándose en la de las visitas para que él se viera obligado a utilizar la suya, más mullida y cómoda—. Han traído los ordenadores para tu equipo, pero no las sillas donde sentarse. A veces lo más sencillo es lo que más cuesta, parece.

Ana no quería empezar marcando territorio en su propio despacho. Se trataba de hacer que fuera el de todo el equipo, porque en ese espacio iban a trabajar todos hasta resolver el caso o hasta que aparecieran los niños.

Vivos, ojalá. Pero quizá... quizá, muertos.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? ¿A los dos tortolitos? ¿Ya os habéis hecho amigos? —Ruipérez y sus apariciones estelares, con el supremo arte de joder todo lo que tocaba. El Rey Midas de la mierda y la destrucción—. Invitar a *pizza* en una primera cita es algo cutre, ¿no te parece, Jesús?

—Voy a confesarle un secreto: encargué la *pizza* para usted. —Silvelo ni siquiera se levantó de la silla para contestar a su superior—. Pero si le voy a decepcionar en esta primera cita, mejor nos comemos la *pizza* la inspectora jefa y yo, que nos esperan unos días muy complicados. Y a usted, si le parece, ya le invito yo otro día a algo en condiciones, algo que usted se merezca. ¿Qué le parece? No me gusta decepcionar a mis citas, no al menos la primera vez.

Ruipérez puso cara de estar pensando alguna respuesta ingeniosa. Pero no se le ocurrió ninguna.

## PATRICIA

—Joder, papá, ¡suéltame!

La chica debía de tener unos quince o dieciséis años, aunque era difícil precisar su edad porque llevaba ropa y maquillaje para parecer mucho mayor. Caminaba a trompicones sobre unos relucientes zapatos fucsia de tacón de diez centímetros que enmarcaban dos tobillos finísimos que quedaban al descubierto porque había volteado el dobladillo de sus vaqueros varias veces sobre sí mismo, como si fuera a andar por la orilla del mar y temiera mojarse los pantalones. Una camiseta blanca de tirantes transparentaba unos pechos pequeños y redondos. Su pelo largo y negro tenía ese aspecto hueco y alborotado de quien se ha pasado veinte minutos frente al espejo utilizando todo tipo de artilugios capilares para darle a su estilismo un aspecto desenfadado. Aunque, en realidad, esa mañana, el desorden capilar era genuino y no fruto de una larga sesión de peinado. La chica se acababa de levantar de la cama.

O la acababan de levantar de la cama. Y, por lo que saltaba a primera vista, no hacía demasiado rato.

Los ojos, marcadísimos con lápiz y sombra negros, parecían un pegote borroso tras pasar varias horas rozándose con la almohada. En otro contexto, si alguien la hubiera visto sola por la calle, no hubiera sabido si ese ser humano femenino era una adolescente intentando pasar por adulta o una adulta intentando disimular la edad. Pero allí, entrando a comisaría, llevada a rastras por un hombre al que llamaba papá —y sobre todo con esa voz aflautada que les sale a las adolescentes cuando las obligan a hacer algo que no quieren—, la opción ganadora, sin duda, era la primera: estábamos ante una niña que tenía demasiada prisa por hacerse mayor.

—Joder, papá, ¡suéltame!

Pero el hombre no la soltaba. Seguía caminando sin dejar de agarrar con fuerza el brazo de su hija, forzando sus frágiles pasos sobre los tacones fucsias hasta que la plantó delante de la ventanilla de la garita de la comisaría.

—Venimos porque mi hija tiene una información importante sobre la desaparición del niño del otro día en el centro comercial de aquí al lado.

Conforme hablaba, el hombre iba apretando más el brazo de la chica, tanto que se formaron marcas blancas por falta de sangre alrededor de la presión de sus dedos, como si temiera que se fuese a escapar. Una vez más. Ella miraba al suelo. Con un golpe perfecto de cuello había colocado la mitad de su melena justo delante de la cara, en un gesto que no se sabía bien si era de pasotismo o de vergüenza. ¿No quería mirar o no quería que la vieran?

El agente de policía recién jurado al que habían puesto esa mañana al frente de la garita de la comisaría abrió los ojos como platos. Tras su cristal blindado, casi se distrajo con las transparencias de la camiseta blanca de la chica, pero la frase del hombre le dejó helado. Una

pista sobre la desaparición de uno de los niños.

—¿Pueden esperar un momento aquí, por favor? —les dijo, señalando unos bancos de plástico junto a la entrada—. Enseguida vuelvo.

Se giró para salir corriendo, pero aún no había terminado de dar el primer paso hacia la puerta que comunicaba la garita con las oficinas cuando pareció pensárselo mejor. Volvió a acercarse al micrófono por el que hablaba a las visitas. No se vayan, por favor, no se vayan, les rogó.

Exactamente treinta y ocho segundos después un subinspector de policía —no había nadie de más alto rango en ese momento en esa pequeña comisaría local— salió acelerado por una puerta disimulada tras la cristallera blindada de la garita.

—Buenos días. Soy el subinspector Antonio Uclés. Acompañenme, por favor.

Pasaron a una sala grande, casi vacía, donde las montañas de papeles apenas dejaban ver las varias decenas de mesas que ocupaban todo el espacio. Patricia no supo por qué, pero sintió que la ansiedad se podía respirar en el ambiente, como si se encontraran en una habitación que nadie hubiera ventilado durante mucho tiempo. Y no solo para refrescar las partículas de polvo en suspensión. La angustia también hay que airearla de vez en cuando.

—Bueno, señorita, ¿qué tienes que decirle a este policía? —increpó el padre a la chica una vez estuvieron los tres sentados alrededor de una vieja mesa redonda de contrachapado, de la que el subinspector intentó limpiar disimuladamente y con vergüenza los restos del desayuno de algunos compañeros—. Dile lo del niño. Díselo.

La chica siguió callada, mirando al suelo con el pelo tapándole la cara, como si no estuviera realmente allí, en una comisaría de policía, a punto de —al menos eso parecía— confesar un crimen.

—Mire, señor policía, le voy a empezar contando yo lo que pasa. Que a mi hija parece que le han cortado la lengua. O la sesera.

El padre intentaba convencer a su hija —tras levantarla de la cama y llevarla a rastras hasta allí, como empezó explicando— de que le contara al subinspector Uclés algo que decía saber sobre el niño secuestrado. El hombre había dejado por fin de apretar el antebrazo de su hija, pero la chica había reaccionado protegiéndose más. Se había encogido sobre sí misma en la silla de plástico en la que se había sentado.

—Esta hija mía es un caso perdido. Mírela, mírela, como si no hubiera roto nunca un plato.

El subinspector Uclés le hizo con disimulo una señal a la compañera que estaba esa mañana de guardia con él. Pon el oído —le indicó por señas—, por si tienes que ayudarme con este par. Sonia Calero, policía de la escala básica de la brigada local de judicial, se acercó discretamente a la mesa. Ya sabía, por el compañero de garita, que aquel padre y su hija aseguraban tener una pista fiable sobre el secuestro de Pablo. ¿O quizá era del de Kike? El hombre había dicho una información importante sobre la desaparición del niño del otro día en el centro comercial de aquí al lado. El otro día podía ser el miércoles o el día anterior. Kike o Pablo.

Sonia había estado el miércoles en el centro comercial. Había sido de los primeros agentes de policía en llegar tras la desaparición de Kike y se había encargado de recoger las primeras pruebas. Además, fue también la encargada de explicarle a la inspectora jefa Arén lo que habían encontrado hasta ese momento.

—Yo no me fío de esta cría, ¿sabe? Pero ¿cómo me voy a fiar de esta descerebrada de quince años? ¿Usted sabe lo que hacen las niñas de quince años?

El padre buscaba la complicidad con su interlocutor —estas adolescentes locas, ¿qué vamos a hacer con ellas?— como si su verdad fuera la única posible. Y el subinspector puso cara de

circunstancias. La experiencia como policía le había enseñado que la mejor forma de empatizar con alguien era imitar con sutileza sus gestos, de la misma manera que los mejores vendedores de coches de segunda mano mueven instintivamente la cabeza o los brazos como si fueran un espejo del posible comprador, repitiendo sus ademanes y logrando así su complicidad sin que la víctima —y muchas veces ni siquiera ellos— fuera ni remotamente consciente.

Pero Antonio Uclés tampoco podía ponerse a la chica en contra, así que optó por una posición neutral: cara de póker y mirada de gatito tierno de Instagram.

—Es que usted ya sabe —prosiguió el padre— lo que hoy en día hacen las niñas de su edad. Así que yo la tengo muy controlada, ¿sabe? —El hombre buscaba constantemente la aprobación de su interlocutor y hablaba como si su hija no estuviera a su lado. Igual que tantos miles de millones de padres del mundo, a los que importaba más la opinión que otros adultos tenían de sus hijos que la de sus propios hijos—. La tengo muy controlada porque más pequeñas que esta ya les mandan a los chicos fotos como si fueran unas putas baratas. Que no se imagina las cosas que yo he visto, el asco que dan algunas de las amigas de mi hija y las guarrerías que se dicen con los chicos. Peor que la peor de las rameras. No crea que a veces no me dan ganas de darle una paliza, mi padre ya habría sacado el cinturón para darle bien fuerte, pero, claro, como les levantemos una mano, estos niñatos nos denuncian.

Sonia Calero no pudo evitar alzar la cabeza de los papeles que presuntamente estaba ojeando y mirar a ese hombre. Con un padre así yo también me hubiera vuelto una adolescente rebelde, pensó. ¿Cómo puede un padre llamar puta a la cara a su propia hija? Por fortuna, él no vio su cara de reproche y siguió con su relato.

—Pues que yo, con una hija así, pues imagínese, o la controlo o me mata a disgustos.

El hombre les explicó que vigilaba todo lo que hacía su hija con el móvil. Era fácil. Cada vez que la chica se conectaba a la red wifi de casa, él podía, desde su ordenador, acceder al teléfono móvil de su hija e inspeccionar todo lo que hacía o ver el contenido del terminal, a través de un programa llamado Teamviewer. Esa mañana, mientras desayunaba —Patricia seguía dormida, entraba más tarde a clase—, entró a cotillear y vio una fotografía que le asustó.

—Cuéntale, cuéntale, Patricia, lo que hicisteis anoche tú y ese delincuente que tienes por novio.

La chica levantó por fin la cabeza y con un gesto lento y cansino se apartó el pelo de la cara y clavó los ojos en su padre.

—Quizá, papá, solo quizá —empezó a hablar ella, despacio, con una sorprendente voz melosa y suave, jugosa y fresca como morder un trozo de melón en verano. Los problemas de ese padre no habían hecho más que empezar, pensó el subinspector—, quizá espiar móviles ajenos sea un delito. El señor policía —se giró para mirar fijamente al subinspector Uclés tras la melena que aún le tapaba buena parte de la cara— podrá decirnos si eso es legal o no. ¿Verdad...? ¿Cómo dijo que se llamaba? Sí, es verdad —se contestó a sí misma en un gesto deliberadamente provocativo—. Subinspector, subinspector Antonio Uclés. ¿Verdad que acceder a un móvil ajeno sin permiso es delito?

Y solo tenía quince años. La madre que la parió.

—Miren, vamos a hacer una cosa —intervino el subinspector—. ¿Le parece, caballero, que usted me cuente tranquilamente lo que ha pasado mientras su hija charla con mi compañera? Así estamos todos más tranquilos y yo puedo escucharle con toda mi atención.

Era mejor separar a padre e hija. Juntos no iban a sacarles nada —o quizá no la verdad—, porque la situación entre los dos se estaba volviendo insostenible. Si realmente sabían algo de

alguno de esos niños, la rapidez era vital. Uclés hizo un pequeño gesto a su compañera.

Un policía no podía interrogar a un menor sin que estuviera presente su padre, su madre o alguna persona autorizada por ellos. Pero en este caso el subinspector había conseguido la aprobación implícita del padre, así que no habría problemas. Sonia se llevó a la niña a uno de los despachos donde se tramitaban las denuncias que diariamente se presentaban en la comisaría. Antonio y el padre se quedaron en la mesa de contrachapado del rincón de la sala principal.

—Menudo sargento tu padre. El mío era igual. Incluso cuando habíamos salido por la noche nos levantaba a las ocho de la mañana. Todos los días. Yo tenía veintidós años y mi padre seguía entrando en la habitación para subir la persiana, abrir la ventana y quitarnos la manta. Era imposible seguir durmiendo con la luz, el ruido y el frío.

Sonia habló de manera distraída, sin mirar demasiado rato a la chica, para que no se sintiera presionada. Patricia se había sentado en el borde de la silla, con las piernas abiertas y el cuerpo colgando hacia delante. Tenía que hacer que levantara la cabeza y escuchara.

—Pero lo de hoy, si es verdad lo que ha dicho tu padre, parece grave. Y ya sé que es una jodienda porque son las ocho de la mañana de un lunes. Pero, Patricia, necesito que me ayudes, por favor. Si sabes algo, necesito que me lo cuentes para ayudar a esos niños.

—Yo no he hecho nada, ¿vale? —Por fin se decidía a hablar—. Ni yo ni mi amigo. Antes de contarle nada, me tiene que asegurar inmunidad para los dos.

¿Qué carajo de películas había visto esa chica? ¿Inmunidad? ¿Para los dos?

—Patricia, estoy segura de que es así, pero tienes que ayudar a esos niños. Quizá lo que me cuentes les pueda salvar la vida.

La chica levantó lentamente la mirada.

—No, lo que le cuente no va a cambiar nada, porque ya están muertos.

## SAM / PATRICIA

Luis Arcos localizó a Sam a las ocho de la mañana del lunes, casi a la misma hora en la que, a solo un par de kilómetros de allí, la chica con los tacones fucsias entraba en la comisaría arrastrada por su padre. El agente de policía encontró al *au pair* de Pablo caminando por la calle, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, muy cerca de la casa en la que Inés vivía con su hijo. Arcos no hubiera sabido decir si la cara pálida del chico tenía que ver con su tono de piel británico, con que hubiera bebido más alcohol de la cuenta, o con el cansancio de una larga juerga de fin de semana.

O con el miedo y el arrepentimiento.

Eso era lo que tendrían que sacarle en la brigada.

Arcos no había vuelto a hablar inglés desde que Margarita Sorolla, su profesora del instituto, le aprobó el inglés de COU por pura pena, porque si le suspendía no podría presentarse a la selectividad. Aunque, al final, de nada sirvió el cinco rascado que le regaló la Sorolla porque en selectividad le tumbaron con un cuatro setenta y cinco y no pudo entrar en ninguna universidad.

Como su inglés era menos que básico, el agente Arcos se acercó a Sam con la placa en la mano. *Police, police*, le dijo. Arcos estuvo a punto de sacar el móvil y conectar el Google Translator, pero le pareció muy cutre para un agente del Cuerpo Nacional de Policía. Intentó explicarle al *au pair* en su rudimentario *spanglish* que querían hacerle algunas preguntas sobre la desaparición de Pablo, pero *desapareixon* no era una palabra que el chico pareciera entender. Tampoco *interroqueixon*. Ni *comissarii*.

Sí comprendió, en cambio, el nombre de Pablo. Y la palabra pareció atterrarle.

—*Let me speak with Inés, please. I need my phone, let me talk to her. Where's Pablo? What's going on?*

Era lo único que repetía Sam. «*Let me speak with Inés, please. I need my phone, let me talk to her. Where's Pablo? What's going on?*». Arcos, que de toda esa parrafada solo comprendía Sam, Inés, *please* y *phone*, le indicó por señas que le acompañara al coche, y el chico fue tras él como una oveja dócil.

\*\*\*

—Ya están muertos.

La frase rebotó en el cerebro de la agente de policía Sonia Calero, sentada frente a una chica de quince años cuyo padre aseguraba tener información sobre los niños desaparecidos. Ya están muertos. ¿Quiénes? ¿Cómo? ¿Dónde?

—¿Quiénes están muertos, Patricia? ¿Quiénes están muertos?



—Los niños, los niños esos desaparecidos de los que todo el mundo habla.

La chica cerró los ojos y los cubrió con las palmas de las manos. Los codos seguían descansando en sus piernas y aguantaban todo el peso de la cabeza, que parecía irse a descolgar del cuello si ella retiraba ese soporte. Se había encogido como un caracol al que le han quitado la cáscara, protegiéndose con su propio cuerpo. Sonia dudó si tocarla suavemente con la mano para establecer algún tipo de contacto con ella. Decidió esperar.

—Ayúdame, Patricia, por favor, ayuda a las familias de esos niños. Imagina a esas pobres madres —dijo por fin la agente de policía, intentando romper el cascarón—. A esos pobres padres.

—¿Qué me puede pasar a mí?

Por fin Patricia había levantado la cabeza, se había apartado el pelo de la cara y miraba a los ojos a la agente de policía. Por fin Sonia podía establecer algún tipo de conexión con ella.

—¿Qué has hecho para que te tenga que pasar algo, Patricia? ¿Has hecho algo malo?

Sonia bajó el cuerpo para poner su cabeza a la altura de la de la chica porque no quería hablarle desde arriba y parecer demasiado autoritaria.

—No lo sé —contestó dudando.

\*\*\*

En otra comisaría, mucho más grande y con muchísimos más medios, tocaba descolgar teléfonos y encontrar a un intérprete jurado de inglés para que el interrogatorio de Sam fuera legal. Pero aunque localizaran pronto a alguien, esa persona tardaría aún un buen rato en conseguir llegar a la brigada. Eran las nueve de la mañana. De un lunes. Primero de mes. En Madrid. Y llovía. El infierno al volante.

Mientras Luis se dirigía a la central con Sam en la parte trasera del coche —decidió no esposarlo, no estaba detenido, solo necesitaban hacerle unas preguntas—, Nori se metía en una de las salas de interrogatorios para intentar sacarle algo a Ismael Gallardo. Tenía pocas horas antes de que se vieran obligados a soltarlo. Según la ley, si al día siguiente no conseguían pruebas suficientes para llevarlo ante el juez con argumentos y datos consistentes, Gallardo quedaría en libertad. Y eso significaba que si era culpable podría destruir las pruebas que lo incriminaran. O hacerle algo a Kike, si es que aún estaba vivo.

El acusado había pedido un abogado y se le asignó un letrado del turno de oficio. Pedro de Francisco, leyó Nori en el libro de visitas, justo en el momento en el que se abrió la puerta de la sala número cinco.

—¿Pedro de Francisco? —preguntó el subinspector.

—Sí. Acabo de hablar con mi cliente. Ya pueden ir soltándolo.

—Bueno, eso lo tendremos que decidir nosotros, ¿no cree?

—Me acaba de aportar una coartada sólida para la tarde de la desaparición de Kike. Y sobre la de Pablo, bueno, ya sabe, estaba aquí encerrado. Supongo que usted es lo suficientemente listo para saber qué significa eso.

Muy mal, pensó Nori. Muy mal, señor letrado. Demasiado joven, demasiado impulsivo y demasiada hambre. No le conviene estar a malas con la policía, abogado. Pero ya iría aprendiendo a base de hostias.

—¿Qué coartada? —le preguntó Nori.

—Esa tarde, sobre las cinco, se coló en un local de intercambio sexual de la calle Desengaño,

en el centro de Madrid, a más de media hora en coche de donde desapareció el niño. El sitio es un piso clandestino donde se celebran todo tipo de prácticas sexuales, digamos, poco extendidas, al menos públicamente. Solo pueden entrar parejas, pero mi cliente contrató a una prostituta barata de la calle (puede preguntarle también a ella, aunque imagino que no se fiará de su testimonio) para que le acompañara y así poder acceder a la fiesta. Los pillaron, les invitaron a marcharse y hubo una pelea. Tuvo incluso que intervenir la policía municipal, alertada por los vecinos. Pídales el acta, tiene que estar todo allí. No lo soltaron hasta las diez de la noche. A esa hora el niño llevaba ya, veamos —hizo una pausa teatral—, casi cinco horas desaparecido. Mi cliente será muchas cosas, pero el don de estar en dos lugares al mismo tiempo aún no lo ha adquirido. Así que ya pueden soltarlo. Enseguida.

Ismael Gallardo era inocente.

Volvían a la casilla de salida.

¡Joder!

\*\*\*

—Patricia, no puedo ayudarte si no me lo cuentas. Si me dices qué pasa, sí que podré echarle una mano. Patricia.

La agente Calero seguía intentando que aquella adolescente morena confesara lo que sabía. Repetir el nombre de la persona con la que estabas hablando era una táctica habitual para buscar contacto y complicidad. Estoy aquí, contigo, sé quién eres y me importas. Patricia. Patricia. Patricia. Pero ella, como respuesta, dijo solo dos palabras.

—Tengo miedo.

Miedo. ¿De qué tenía miedo esa chica? ¿De lo que había hecho o de lo que había visto? ¿O quizá de las represalias por lo que podía contar? ¿Conocía a Slenderman? ¿O sospechaba quién era?

Entonces se abrió la puerta. En el peor momento, cuando Sonia —estaba convencida de ello— iba a lograr que Patricia hablara, se abrió la puerta del despacho. Era el padre. Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Hija, silencio. No digas nada. Cállate. —Pero ¿qué coño?—. Mi hija es menor, y usted no puede interrogarla sin mi consentimiento y sin la presencia de un abogado.

¿Qué había sucedido ahí fuera? Sonia miró sin disimulo a su compañero. ¿Qué le pasaba de repente al padre? El subinspector le hizo un gesto disimulado. Le han llamado por teléfono, pareció decirle con la mano derecha. Abogado, marcó con sus labios. Abogado.

El padre atravesó el despacho de dos zancadas, cogió a su hija por el codo y la levantó de la silla de un solo tirón seco.

—Oiga, mire, usted nos ha autorizado a hablar con su hija —empezó a decir el subinspector Antonio Uclés, que entró al despacho corriendo tras el padre.

—Yo no he autorizado nada. Ustedes se han llevado a mi hija a otro despacho. Es menor, y no la van a culpar de algo que no ha hecho.

El padre empezó a arrastrar a la chica hacia la salida, seguido por Antonio y Sonia, que legalmente no podían hacer nada. Pero el subinspector intentó quemar un último cartucho.

—Si se va, puedo detenerle por obstrucción a la justicia.

El hombre dudó, pero era un buen negociador. O quizá había visto demasiadas películas policiales.

—Yo no estoy poniendo ningún impedimento. De hecho, hemos venido de manera voluntaria. Solo exigimos todos nuestros derechos como ciudadanos. Y que se proteja a mi hija, que es menor de edad.

Sonia intentó establecer contacto visual con la chica. Ella, aturdida, se había vuelto a colocar el pelo tapándole la cara.

—Patricia, escúchame —intentó—, escúchame. Yo puedo ayudarte.

Padre e hija ya estaban atravesando la puerta de salida. Él volvía a arrastrarla, pero esta vez en dirección contraria a cómo lo había hecho tan solo diez minutos antes. Los mismos gestos, las mismas caras y de nuevo los tacones fucsias que se tropezaron entre ellos. En el último momento, antes de que se cerrara la puerta que daba a la calle, Patricia se giró y miró a la agente de policía. Parecía que iba a decirle algo, pero el padre cortó en seco.

—En cuanto nos garanticen todas las condiciones legales para una menor, estaremos encantados de contarles lo que sabemos. Los esperamos en casa. —La última frase se perdió tras la pesada puerta de cristal.

Sonia estaba marcando ya el número de teléfono del SAF. Necesitaba hablar con la inspectora jefa Ana Arén de manera urgente.

## RAMÓN

Otra vez la niebla.

Aún no había amanecido del todo, pero ya se palpaba el muro de niebla que tapizaba la pequeña ciudad. O el gran pueblo. ¿Cómo llamar a una población que en cuarenta años había pasado de tener apenas tres mil habitantes a más de setenta mil? Las mentes especuladoras y las manos avariciosas habían cubierto de asfalto y ladrillo las tierras que doscientos años atrás fueron terreno de caza del rey Felipe II, y que durante la desamortización real de principios del siglo XIX algunos nobles compraron a precio de saldo. Seis generaciones después, los tataranietos de esos cortesanos especuladores habían vuelto a ganar cantidades obscenas de dinero, redondeando el negocio de sus antepasados. Se habían hecho multimillonarios vendiendo esas tierras durante el *boom* del ladrillo que casi revienta a España por sus costuras en el cambio del siglo XX al XXI. De Majadahonda solo se salvó una pequeña parte del monte del Pilar. Mucho más de lo que podían decir otras localidades vecinas.

Esa mañana la niebla caía a plomo, como si al ojo humano le hubieran crecido cataratas y viera todo borroso. Ramón se desvió del carril bici que recorría el centro del pueblo para entrar en el terreno más abrupto del monte, intentando llegar al trabajo antes de que empezara a llover. La niebla no permitía ver el cielo, pero su teléfono móvil predecía que esa mañana iba a jarrear.

El bosque permanecía cerrado durante la noche, pero a esa hora ya deberían haber abierto los accesos. Accedió al pinar por la puerta situada junto al cerro del Espino, una de las últimas zonas en las que el ladrillo había avanzado peligrosamente hacia el bosque, y tomó el sendero que se dirigía a la estación de tren. Desde allí, el camino serpenteaba durante unos pocos kilómetros fáciles en pendiente. Ya podía empaparse bien del aire fresco de la mañana, porque iba a meterse en un zulo subterráneo del que no saldría hasta ocho horas más tarde. Y menos mal que esa semana tenía turno de día y cuando saliera aún quedaría algo de luz.

El trabajo no era difícil, todo lo contrario, tenía que concentrarse para no aburrirse. Unas cuantas máquinas automáticas, tableros, ordenadores y botones que le mantenían pensando en las musarañas la mayor parte del tiempo. ¡Qué manera de perder la vida, pensaba a veces! Si todo funcionaba bien, a Ramón solo le tocaba controlar que la tecnología no se volviera loca. Si todo funcionaba bien, claro. Porque el problema no solía ser la tecnología, sino el factor humano. Siempre había algún vecino que terminaba dando por saco. Malditos pijos consentidos. Ramón había visto de todo durante los ocho años que llevaba trabajando allí, aunque nunca como lo que estaba a punto de aparecer ese día.

Las alarmas sonaron pasadas las doce de la mañana, justo cuando el sistema empezaba a aspirar la basura de la zona del cerro del Espino, uno de los barrios limítrofes con el bosque. El ruido y las luces de alarma llenaron hasta el último rincón del pequeño cuarto subterráneo. Otra

vez el jodido tubo tres atascado, pensó.

—¡Alberto! ¡Alberto! —gritó sin levantarse del asiento—, chequéame el tres, por favor.

—¿El trees? ¿El treees, dices? —gritó su compañero, al otro extremo de la sala, intentando hacerse oír por encima del estruendo.

—¡¡Síííí!! —volvió a gritar Ramón, mientras comprobaba de nuevo los datos en sus ordenadores—. La puta tubería tres.

—¡¡No te oigo bien!! ¿El treees dices?

Seguro que era el mismo vecino de siempre. Si dependiera de él, ya habría mandado a la policía científica para que descubriera al cabrón que tanto trabajo les daba. Porque Ramón estaba convencido de que siempre era la misma persona, el mismo yoísta consentido que solo pensaba en él mismo, sin importarle el resto de seres —humanos, animales o vegetales— que convivían en el mismo entorno.

Normalmente eran restos de podas. En vez de ir a tirar los desechos al punto limpio de la ciudad como todo hijo de vecino, el tipo se dedicaba a arrojar las ramas de árboles y arbustos al sistema urbano de recogida neumática de basuras. Sin bolsa ni nada. A lo loco. Las ramas se iban amontonando en la tubería subterránea que comunicaba el barrio con la central y terminaban formando un tapón que impedía que pasaran las bolsas de basura que el resto de vecinos sí que depositaba de forma correcta en sus correspondientes bocas neumáticas.

—El tres, efectivamente. —Alberto por fin había levantado el culo de su asiento y estaba de pie junto a Ramón—. El tres otra vez.

—Te juro que metía yo al tipo ese por los tubos. Lo encajaba bien prieto ahí en medio, para que viera lo que es bueno —dijo Ramón mientras desconectaba manualmente las alarmas.

Por fin cesó el estruendo.

—Buff, ¡qué alivio! Estas alarmas te revientan los tímpanos.

—¿Le damos al motor de reserva? —preguntó Alberto, ya en su tono agudo habitual, tan agudo que, por teléfono, a veces parecía una mujer con niveles algo altos de testosterona.

—Venga, dale caña al cuatro —autorizó Ramón—. Dale caña que hoy no quiero salir tarde, tengo entradas para el cine.

El noventa por ciento de las veces en las que algo quedaba atrapado en las tuberías, la potencia del cuarto motor extra lograba desatascarlas y hacer fluir la basura hacia uno de los cinco depósitos centrales de residuos con los que contaba la ciudad. En este caso, Ramón y Alberto querían atraer el atasco hacia el depósito situado justo una planta por debajo de donde estaban ellos en ese momento, un lugar conectado por cientos de tuberías con cada una de las urbanizaciones de la zona sureste de la ciudad. Los vecinos solo tenían que introducir las bolsas de basura en los accesos a las tuberías que llegaban hasta las plantas bajas de sus urbanizaciones o hasta las aceras de las calles. Cómodo y limpio. Aunque solo si se respetaban las normas. Algunos pensaban que también podían tirar por allí hasta el árbol de Navidad. Y claro, luego pasaba lo que pasaba. El sistema se atascaba, formaba un tapón en algún punto de la red de tuberías subterráneas y dejaba de funcionar.

—¿Qué pasa con ese tubo tres?

El supervisor del turno, que tenía despacho propio, se había acercado hasta el centro de control de Ramón. Malas noticias. Que el jefe se acerque a tu silla nunca es una buena nueva.

—Atascado. Debe de ser otra vez el jeta de las podas —le explicó Ramón, sin ni siquiera darse la vuelta para mirar a su jefe—. Se ha vuelto a quedar pillado en el sitio de siempre. Le vamos a empezar a dar caña al cuatro, a ver si así conseguimos suficiente fuerza de succión para deshacer

el atasco.

—Hasta que no se pongan serios con las multas no solucionaremos nada. Yo metería cámaras de seguridad en todas las bocas de basura del circuito, para ver qué tira cada persona. Ya verías qué pronto se terminaba todo esto —dijo el supervisor—, porque aquí cada uno tira lo que le da la gana. Y un día tendremos un disgusto.

\*\*\*

Nori y Charo seguían viendo vídeos. Los de la brigada se estaban dejando los ojos buscando al hijo de Inés en todas las cámaras de varios kilómetros a la redonda del centro comercial donde desapareció. Había cientos de horas de vídeo, y visionarlas les iba a llevar varios días. Ni siquiera con la ayuda de los compañeros del grupo de secuestros iban a poder reducirlo a menos de setenta y dos horas. El niño parecía haberse esfumado.

Como Nicolás dos años antes.

Como Kike la semana anterior.

Mientras tanto, el terror a Slenderman recorría como una burbuja de miedo calles y plazas. Un pequeño pinchazo y el pánico iba a ser difícilmente controlable, como las multitudes humanas que se desbocan y terminan arrollándose y engulléndose a ellas mismas.

Ese lunes muchos niños faltaron a clase y las elitistas escuelas privadas de la zona cercana a donde habían desaparecido los tres niños estaban empezando a contratar seguridad privada. Las cámaras de las televisiones repetían constantemente las imágenes de guardias a las puertas de los colegios. Los centros comerciales y de ocio se encontraban extrañamente vacíos y también se habían visto obligados a reforzar la seguridad y a hacerla bien visible para los clientes.

La vida se recogía en casa desde hacía veinticuatro horas. Desde la desaparición de Pablo. ¿Cuánto iba a poder aguantar el país ese miedo? ¿Iría a más? Todo dependía de una investigación que parecía estar dando palos de ciego.

—¿Quieres un café? —le preguntó Arcos a Charo, levantándose mientras contaba monedas para la máquina.

—Como me tome más cafeína —Nori se retiró el pelo de la frente con un gesto de cansancio— voy a empezar a temblar con tanta fuerza que se me va a salir la masa encefálica por los oídos. Ni corriendo veinte kilómetros voy a poder quemarla toda.

—Estamos tan cansados que hace tiempo que ya se nos ha salido el cerebro por todos los orificios del cráneo. Deberías irte a dormir un poco. ¿Cuánto has descansado en los últimos días?

—¿Cómo voy a descansar? Dos niños desaparecidos sin dejar rastro. Uno de ellos es el hijo de una amiga mía. Por no hablar de un tercer niño que lleva dos años esfumado en el aire. ¿Estamos ante un depredador sexual en serie? ¿Un secuestrador de niños que está acortando los tiempos? ¿Un pederasta que cada vez necesita más presas?

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —chilló Charo desde el otro lado de la sala—. Aquí, aquí. Tengo al niño. Aquí. A Pablo. Venid, está aquí.

La imagen era borrosa, pero sin duda ese niño era Pablo. Camiseta blanca con rayas azules, pantalones vaqueros y deportivas negras. No se le veía bien la cara, pero la ropa era la que llevaba en el momento de su desaparición, y su talla y complexión correspondían al hijo de Inés. La hora también cuadraba. Y el lugar. La imagen era de la cámara de seguridad de una farmacia situada a escasos quinientos metros del centro comercial. Pablo aparecía en el ángulo inferior izquierdo. Caminaba aparentemente tranquilo, mirando a algo o a alguien a su izquierda, un algo

o un alguien que quedaba fuera del ángulo de la cámara.

\*\*\*

—Pero bueno, ¿tira ese motor o no? —preguntó el supervisor del turno de mañana en la central de recogida de basuras de Majadahonda.

Ramón sentía su aliento agrio en la oreja. Tuvo que concentrarse para no tener arcadas. ¿Cómo podía salir ese olor de dentro de alguien?

—Lo tengo al sesenta por ciento, pero de momento no se desatasca el tubo tres. El cabrón debe de haber tirado medio ciprés por ahí. Ha tenido que quedarse atravesada una rama bien gorda. —Ramón estaba empezando a ponerse nervioso, por el atasco y por el olor que desprendía la boca de su jefe.

—Súbelo al noventa —le ordenó el supervisor.

—Subido al noventa. Espero que no reviente.

—Espero.

**PATRICIA**

—Pon la sirena, Charo, pon la sirena y acelera.

Lunes por la mañana, primero de mes y lloviendo. Madrid era una ratonera. Ni siquiera con el coche de policía y las sirenas aullando podían avanzar entre aquella maraña de coches atrapados los unos junto a los otros. Por mucho que los conductores intentaran maniobrar para dejarles espacio para pasar, era casi imposible avanzar.

—Si fuéramos polis de una película norteamericana ya nos habríamos subido a la acera —Charo intentó quitar tensión al momento—, aunque no veo ningún puesto de fruta para arrasar con el coche. Siempre queda bien que las manzanas y los melones salgan volando por los aires. Y un pobre frutero asustado, claro.

—Pero la vida no es tan espectacular, Charo, ya lo sabes. La vida es más oscura y dura, no un circo de Hollywood. La vida es el Hollywood real que existe tras las cámaras.

Ana iba dando golpecitos con el puño en la ventanilla del coche. Toc, toc. Toc, toc. Rítmicamente. Era una manera de liberar el estrés y la tensión que sentía en esos momentos: al final tenían un indicio, un hilo del que empezar a tirar. Y se les escapaba de las manos.

Quince minutos antes, cuando la llamó Sonia Calero desde la comisaría de Madrid-Oeste, Ana no podía creerse lo que estaba escuchando. Pero comprendió enseguida. No dejó ni que Sonia le terminara de contar por teléfono la historia de la declaración frustrada de la adolescente, esa chica arrastrada a comisaría por su padre, que aseguraba tener una pista importantísima del secuestro de los niños.

«Están muertos», había llegado a decir.

Pero el padre de la chica se había arrepentido de aquella declaración voluntaria y no la había dejado acabar. Quería garantías legales. Al parecer su abogado se había despertado con el mensaje de su cliente —asustado— en el buzón de voz. Para cuando lo escuchó ya era tarde. El hombre y su hija estaban en comisaría. No habléis más. Llévate a Patricia de allí. Tenéis que declarar con todas las garantías legales, le dijo por teléfono. Y en eso estaba ahora mismo el subinspector Nori. Buscando un letrado del turno de menores para tomarle declaración a la chica. A pesar de que la mayoría de los abogados del grupo para menores eran buenos —todos estaban especialmente formados para tratar con niños—, Ana le había dado tres nombres a Nori, los tres que creía que mejor podían encajar con el caso y con la chica. ¿Si Slenderman era alguien del entorno de la joven, se atrevería a delatarlo?

Mientras tanto, Ana y Charo se dirigían al chalé de la menor para intentar convencer al padre de que aceptara ir con ellos a declarar a la brigada. Pero estaban en una ratonera. A pesar de llevar la sirena y las luces, avanzaban muy poco a poco en el densísimo tráfico de esa mañana lluviosa en Madrid.



Sonó su móvil.

—Jesús, sí, buenos días. Te han contado ya, ¿verdad? —Era el inspector jefe al cargo del grupo de secuestros y extorsiones que les había asignado la comisaría general para ayudarles en la investigación—. Sí, voy a casa de la chica a intentar convencer al padre. Tengo a un *subi* buscando al mejor abogado de menores, para que pueda hablar por teléfono con los padres y convencerlos de que vayan a base ahora mismo. —Ana levantó la cabeza del teléfono y miró a la mujer que conducía el coche—. Por allí, Charo, por allí —dijo, señalando hacia una pequeña calle a la derecha—, vamos a acortar por la zona universitaria, a ver si salimos antes a la carretera de La Coruña, donde será más fácil que podamos avanzar. Perdona, Jesús, estamos en un atasco infernal. —Ana calló un par de segundos—. Sí, claro, ¿no la oyes? Sirena y luces. Pero por mucho que se quieran apartar los conductores, como no se metan unos encima de otros, es imposible que nos abran un carril de paso hasta que no salgamos de la ciudad. Oye, por cierto, ¿informas tú a Ruipérez? Lo último que quiero ahora mismo es hablar con él. —Ana calló, asintiendo a lo que le respondía Silvelo al otro lado de la línea—. Sí, claro, te digo algo en cuanto esté con los padres. Igual te *whatsappeo*, por si los tengo delante y no puedo hablar. Hasta luego.

Tardaron cuarenta y cinco minutos en llegar a la casa de la chica. Un adosado, aunque la definición correcta sería encajado. Estaba incrustado entre un par de decenas de casas idénticas, formando una hilera que recorría toda la parte derecha de la calle. Casas asfixiándose las unas a las otras, creciendo en vertical para ganar un poco de espacio y poder respirar.

—Número veintitrés, aquí está.

Todas tenían un ridículo minijardín delantero en el que nadie había colocado ni siquiera una triste silla. ¿Para qué? Hubiera sido como sentarse en la calle, en medio de la acera, a la vista de todo el mundo.

—Hola, soy la inspectora jefa Ana Arén. Hemos hablado por teléfono hace un rato. Esta es mi compañera Charo. ¿Podemos pasar?

La vivienda era aún más pequeña vista desde dentro porque la escalera se comía buena parte del espacio. Sus habitantes debían de pasarse todo el día subiendo y bajando. Más veces de las que hubieran querido, seguro. Olvidarte el móvil en el salón cuando vas a dormir. Las llaves en la habitación cuando te vas de casa. El rollo de papel higiénico en el garaje cuando vas al baño de la buhardilla y ya no queda. Vuelve a subir. Vuelve a bajar. Y así todo el día.

Justo cuando Ana y Charo se sentaban en el sofá que les indicó el padre de Patricia, a la inspectora jefa le llegó un mensaje. Miró discretamente el móvil. «Eva no estaba de guardia hoy, pero ha accedido a venir a base en cuanto confirmes que te traes a la chica. La puedes llamar para que les explique el procedimiento a los padres». Era una buena noticia. Eva era una de las mejores abogadas de menores en el sistema judicial español.

—¿Quieren tomar algo? ¿Un café?

Debía de ser la madre de la chica. Parecía mayor, como su marido. Seguro que habían tenido a Patricia cuando ya pensaban que no iban a ser padres nunca. Llevaba el pelo corto, de un castaño claro indefinido, y lo había marcado a conciencia con rulos, dándole un volumen excesivo y artificial en los laterales, pero sobre todo en la coronilla, como si llevara un relleno capilar para parecer más alta. Estaba vestida con demasiada formalidad para un lunes temprano por la mañana. Ana imaginó que se había arreglado para recibirlos a ellos. A la policía.

Veinte minutos antes, mientras sorteaban el atasco, la inspectora jefa había pedido los datos familiares y sabía que la mujer no trabajaba desde hacía varias décadas. Debió de dejarlo cuando

se casó. El marido estaba jubilado. Dos ancianos con una hija adolescente. Una combinación que podía ser explosiva.

—No, gracias —le contestó—. Es usted muy amable. Nos gustaría hablar un momento con ustedes dos antes de hacerlo con su hija.

El matrimonio se sentó. El hombre parecía haber perdido el aplomo con el que había entrado en comisaría solo una hora antes.

—Como les he contado por teléfono, soy la persona encargada de investigar la desaparición de Nicolás, Kike y Pablo, los casos que la prensa ha llamado de Slenderman. Tengo entendido que su hija tiene información importante.

La mujer miró al marido como pidiéndole permiso. Lo sabían. Sabían en qué estaba metida su hija.

—Me gustaría que hablaran ustedes con Eva Galán. Es una abogada extraordinaria, especializada en menores. Es la abogada que estaría con ustedes y su hija mientras presta declaración. Si les parece, la llamo por teléfono para que les cuente en qué consistiría todo. Solo queremos hablar con su hija, nada más. Ni está acusada ni detenida. Lo único que necesitamos es su ayuda.

Quince minutos más tarde iban los cuatro en el coche policial, camino a la brigada. La madre se había quedado en casa. A Ana le pareció que no era una decisión suya —a la mujer le hubiera gustado ir con su hija, acompañarla en ese trance—, sino del marido, que quería ser el único en controlar la situación.

La charla en el coche fue intrascendente. Ana no quería forzar nada. Prefería que la chica se acostumbrara a ella.

—Miren, ya llegamos. Patricia —Ana se giró en su asiento hasta mirar cara a cara a la chica—, esta es la brigada donde trabajo, donde estamos coordinando todo el operativo para buscar a los niños. Lo que nos cuentes nos va a ayudar mucho. Ahora dejamos el coche en el garaje y te presento a Eva. Ella te va a ayudar en la declaración. ¿De acuerdo?

El móvil de Ana volvió a sonar. La inspectora jefa empalideció mientras escuchaba lo que le decían al otro lado de la línea telefónica.

## JESÚS / RAMÓN

Los dedos de Charo volaban sobre el teclado del ordenador. El resto de los agentes de la brigada se habían concentrado tras ella, observando la pantalla. También se habían acercado hasta allí, atraídos por los gritos, algunos de los del equipo de secuestros que trabajaban en el despacho de la inspectora jefa Arén.

—Mirad, ¿veis?, las dos y trece minutos de la tarde de ayer, solo diez minutos después de que desapareciera, según la hora en la que han coincidido los testigos.

El niño estaba tranquilo. O aparentemente tranquilo. Pablo caminaba con paso decidido, como si supiera adónde lo llevaban. La calidad de la imagen no era demasiado buena y al ampliarla solo se veía un borrón, pero podría jurarse que había una media sonrisa en su cara.

No era normal. Si al niño se lo habían llevado a la fuerza, no era normal que estuviera incluso casi contento. Debía conocer a su secuestrador. Debía conocerlo muchísimo. Y quererse ir con él.

Justo en ese momento entró en la sala el inspector jefe Jesús Silvelo. Charo le puso al día de las novedades.

—¿Qué otras cámaras tenemos por la zona? —preguntó.

—Estamos esperando a que abran los comercios. Ayer era domingo y muchos estaban cerrados. Tenemos ya a un equipo en la zona para ir local a local y pedirles las imágenes.

—Voy a mandar a dos parejas más de la brigada. Y ni se os ocurra a ninguno de vosotros filtrar esto a la prensa. No quiero ver esta imagen en ningún periódico ni en ninguna televisión. ¿Entendido?

¿Qué estaba pasando? Si Pablo iba tan tranquilo al lado de su secuestrador tenía que conocerlo. Slenderman debía ser alguien de la zona, quizá un profesor, o alguien de algún comercio, o un vecino. Tenía que ser una persona a la que los niños conocieran. Además, ¿secuestrar a un niño un domingo por la mañana caminando tranquilamente? Algo fallaba, pero no sabían qué.

—Comisario. —Jesús Silvelo llamó a la puerta de Ruipérez—. Comisario, tenemos novedades.

Ruipérez estaba leyendo un papel sobre su mesa. O haciendo ver que leía. Era perfectamente consciente de que el inspector jefe estaba de pie en el quicio de la puerta. Esperando. Pero eso era precisamente lo que le daba placer, manejar el escenario y los tiempos. Hacerse rogar.

—Hola, inspector —dijo, sin levantar apenas la cabeza, cuando consideró que ya le había hecho aguardar un tiempo más que prudencial, acercándose al límite de lo peligroso—. ¿Estaba rica la *pizza*?

—Vengo a ponerle al día de una nueva pista —respondió Silvelo, sin entrar en la provocación.

Se acercó a la mesa, pero no se sentó. Esperaba que el comisario le preguntase algo, cualquier cosa, lo que fuera. Pero que demostrara un mínimo interés. Aunque esperó en vano. El único gesto de Ruipérez consistió en levantar una de las cejas y poner cara de aburrimiento. Venga, vamos, habla ya. Que no eres tan importante y mi tiempo es demasiado valioso para malgastarlo.

—Tenemos una imagen del hijo de Inés captada diez minutos después del secuestro —empezó a contarle, aún de pie al otro lado de la enorme mesa de madera del despacho del comisario.

A la mesa la llamaban el muro, porque parecía estar hecha para separar dos mundos. Al jefe de los subordinados, al que manda de los que obedecen. Nadie recordaba desde cuándo estaba en ese lugar, en el despacho principal del edificio, o qué comisario la había encargado. Pero allí seguía. Intimidando.

—¿Se ve a alguien a su lado? ¿Se distingue al secuestrador?

El comisario se removió en su silla, tan exageradamente grande y ostentosamente falsa como la mesa. Del mismo tamaño del ego de quien la estaba usando.

—No. El niño camina justo por el ángulo inferior izquierdo. Lo ha captado la cámara de una farmacia. Parece tranquilo.

—¿Dónde está esa farmacia? —preguntó Ruipérez.

—Cerca del centro comercial, en la salida sur, cruzando de acera. Los tiempos cuadran perfectamente. Ocurre solo unos minutos después de su desaparición.

—¿Cómo es que hemos tardado veinticuatro horas en darnos cuenta de que Pablo estaba en la grabación de la cámara de seguridad de esa farmacia?

Ruipérez crujió los dedos. Uno a uno. Los cinco de cada mano. Con parsimonia y alevosía.

—Lo de siempre, comisario. —El inspector jefe tuvo que luchar para no empezar a balancear el peso de su cuerpo. Pie derecho, pie izquierdo. Eso mostraba siempre sensación de inseguridad y era lo único por lo que no quería pasar en ese momento. Así que hizo un esfuerzo consciente para anclarse al suelo y quedarse quieto. Proyectó todo el peso de su cuerpo hacia los pies—. Lo de siempre, ya sabe. Muchas horas de visionado, unido a que no ha sido fácil encontrar a todos los propietarios de los comercios. Ayer era domingo y muchos estaban cerrados. También tenemos los vídeos de las cámaras de tráfico de varios kilómetros a la redonda. Hay miles de horas de grabaciones.

—¿Y el niño no aparece en ninguna otra cámara? —Esta vez sí, Ruipérez le miró a los ojos, casi sin parpadear, intentando intimidarlo.

—Estamos chequeando ahora mismo las cámaras más cercanas a la farmacia, nos estamos centrando en ello.

Si eso iba a ser un duelo de miradas, adelante. Hacía tiempo que Jesús había aprendido su propio truco: mirar al entrecejo. La otra persona creía que le seguías mirando a los ojos fijamente, pero en realidad estabas concentrado en el triángulo que formaban sus cejas y la parte superior de la nariz. Eso liberaba a tu cerebro de la presión de sostener una mirada y te permitía centrarte en la conversación sin despistarte.

—Está toda la gente quemándose las pupilas —prosiguió—. En un par de horas tendremos más imágenes de Pablo. Estamos intentando reconstruir el trayecto que pudo hacer.

—Daos prisa. No podemos perder ni un segundo. —La voz del comisario sonó por primera vez extrañamente angustiada. Quizá la presión social del caso estaba pudiendo con él, o quizá fuera la presión de la cúpula policial y del Gobierno, o, quién sabe, quizá Ruipérez tenía también su parte humana—. En casos así —siguió hablando—, puede ser cuestión de horas encontrar al niño vivo o muerto.

—No hace falta que me lo recuerde, comisario. La gente lleva cinco días sin dormir, desde la desaparición de Kike. Se están dejando la piel. Y ahora, si me permite, voy a seguir buscando a los niños, que aquí, con todo el respeto, no estoy ayudando en nada a la investigación.

El inspector jefe Silvelo tuvo que contenerse para no sonar desagradable ni para salir dando un portazo, que era lo que realmente le apetecía en ese momento.

\*\*\*

El cuarto motor rugía a máxima potencia, al cien por cien de su poder. La fuerza de succión ya no podía aumentar más.

—Ramón, esto no tira.

El supervisor del centro de recogida neumática de basuras tenía ya el móvil en la mano para llamar a la central. Mejor eso que cargarse la instalación, pensó. Que decidan los de más arriba. Yo me lavo las manos.

—Espera, espera un momento. A saber lo que habrán tirado los vecinos por ahí. Vamos a darle unos segundos más, el atasco debería estar empezándose a mover un poco —insistió Ramón.

Y, de repente, ¡¡boom!! La fuerza de la succión había funcionado, arrastrando lo que fuera que taponaba la tubería tres. El desatranco había hecho un ruido ensordecedor. Nunca habían oído nada igual.

—¿Qué coño habrán tirado? Ramón, Alberto, bajad al depósito a ver lo que ha caído. Os juro que de esta llamo a la policía para que identifique al irresponsable que ha hecho esto —rugió el supervisor, sin imaginarse lo certeras que iban a resultar sus palabras.

El cuarto de los depósitos de basura era una enorme habitación subterránea a la que iban a parar los desechos de los hogares de diez mil vecinos del pueblo, en dos grandes depósitos: plásticos y orgánicos. El vidrio, el papel y el resto de los materiales se recogían a la manera tradicional, en los contenedores colocados en las calles.

Ramón y Alberto encendieron las luces de la sala. La tubería problemática era la de la basura plástica, así que lo que fuera que la había atascado tenía que haber caído en el contenedor número dos.

—¿Tienes mascarilla, Ramón? ¿Y guantes? Cuidado con lo que sale de ahí dentro.

No era la primera vez que aparecían ratas, aunque a las ratas les gustaba más el contenedor de orgánicos, ahí había más comida.

—¿Cuántos días hace que no vaciamos esto? ¿Tres? Eso de ahí —dijo Ramón señalando al depósito número dos— tiene que ser un caldo de bacterias en pleno festival de Benicàssim. Con los recortes estamos vaciando esto cada vez menos veces. Deberíamos llamar a los de Sanidad.

Pero sabía que no lo iba a hacer. Demasiado papeleo. Y la bronca de sus jefes. Así que a Ramón le tocó abrir la pequeña trampilla de seguridad para echar un vistazo a lo que fuera que hubiera ahí dentro.

—Anda, toma, coge al menos mi pañuelo antes de subirte encima del depósito, que el olor te puede tirar para atrás desde lo alto de la escalera.

Pero lo que casi hizo caer de las escaleras a Ramón no fue el olor putrefacto que salió en tromba del depósito número dos en cuanto abrió la trampilla. Lo que casi hizo caer de espaldas a Ramón desde tres metros de altura fue lo que vio ahí dentro.

Ahí dentro había un niño.

Y Ramón no sabía si estaba vivo o muerto.

—¡¡Espérame, Jesús!! ¡¡Espérame!! —chillaba Ana Arén al otro lado de la línea telefónica—. Espérame, estoy entrando ya a base, estoy contigo en tres minutos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó una voz casi infantil en el asiento trasero del coche.

Ana se había olvidado por completo de que tenía compañía en el coche policial. Mierda. La adolescente y su padre. Pero tras lo que acababan de decirle, interrogar a Patricia ya no era su prioridad ahora. Sabían dónde estaba uno de los niños, en un depósito de basura muy cerca de la casa de la chica y del centro comercial donde habían desaparecido los tres niños.

—Patricia, me acaban de contar algo gravísimo, algo muy importante.

La inspectora jefa se giró hacia el asiento trasero. Buscó cómo decirle a la chica y a su padre que tenía que dejarlos allí. Con todo lo que había costado llegar a ese punto, Ana no quería echar ese esfuerzo por la borda. Además, quizá Patricia supiera algo que pudiera servirles para atrapar a Slenderman.

Pero ahora tenía que irse. Tenía que irse corriendo para centrarse en el niño que había aparecido en el sistema hidráulico de recogida de basura de Majadahonda. ¿Sería uno de los tres niños secuestrados por Slenderman?

—Patricia, ¿te puedo pedir un favor?

La gente tendía a aceptar mejor algo impuesto si se lo pedían como un favor. No solo porque así tenían la oportunidad de sentirse buenas personas, sino porque también sentían que la otra parte quedaba en deuda con ellos.

—Necesito que vayas con Charo. Ella te llevará con Eva, la mejor abogada de menores de Madrid, la que ha hablado antes por teléfono con tus padres. Yo vuelvo enseguida. Te lo prometo.

—Usted es la jefa, ¿verdad? ¿La jefa de todo esto? —intervino el padre.

—Bueno, yo dirijo la investigación, sí.

—Pues solo hablaremos con usted. —Vaya, pensó Ana. Más problemas. Lo que faltaba.

—Perfecto. Pero, si les parece, la abogada les puede ir contando cómo irá todo, ¿de acuerdo? Yo vuelvo enseguida. Se lo juro. No les puedo contar qué está pasando. Pero es muy urgente. Por favor, fíense de mi palabra. Patricia, fíate de mí. Es un asunto de vida o muerte.

Treinta minutos más tarde —el atasco se había deshinchado un poco—, Ana volvía a estar de nuevo a diecisiete kilómetros de Madrid, en Majadahonda. El depósito sur del centro de recogida de basuras estaba a medio camino entre el centro comercial en el que habían desaparecido los tres niños y el chalé adosado en el que vivía Patricia con sus padres. ¿Tendría algo que ver la niña en la desaparición? ¿Qué sabía? Por el camino, el inspector jefe Silvelo le fue informando. Cuando llegaron, salió corriendo del coche.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Lo hemos identificado? —preguntó a los agentes que montaban guardia en el acceso al depósito.

—¿El cuerpo, inspectora jefa? —contestó el más bajito, un pelirrojo con barba.

Ana miró sus insignias. La corona y una rama de trigo. Agente en prácticas. ¿No les enseñaban en la academia lo que era un cadáver?

—El cuerpo del niño que ha aparecido aquí hace un rato —respondió ella, entrando al depósito con paso acelerado, sin mirar a los agentes que custodiaban la puerta.

No tenía tiempo para tonterías. ¿Cómo que qué cuerpo? Siguió el rastro del olor. Bajó de dos en dos las estrechas escaleras metálicas que había a la derecha de la sala de entrada. No había ni mostrador de recepción. ¿Para qué? ¿Quién iba a querer visitar un almacén gigante de basura?

Dos pisos más abajo vio por fin una puerta. Estaba abierta. De ahí salía el olor. Dentro, varios compañeros de la científica buscaban indicios físicos del crimen.

—Inspectora jefa —dijo uno de ellos—, de momento, nada. Aunque el depósito tiene una capacidad de varias toneladas, así que vamos a tardar un buen rato en clasificarlo todo. Estamos esperando que nos manden fibra óptica para meter una cámara dentro de las tuberías y ver qué hay dentro del tubo en el que se quedó encajado el niño.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Ana de nuevo.

Era imposible que hubiera llegado ya el forense y hubiera levantado el cadáver. Físicamente imposible. Ellos habían tardado menos de treinta minutos en llegar hasta allí.

De fondo Ana escuchó unos pasos apresurados bajando la escalera por la que ella acababa de pasar hacía medio minuto.

—¿Qué cuerpo? —repitió el policía de la científica.

—No hay cuerpo —dijo a la vez el inspector jefe Jesús Silvelo a su espalda.

Con las dos voces mezcladas, entrándole en estéreo una por cada oído, Ana escuchó algo así como «¿Que no hay cuerpoooo?». Su cabeza recompuso los dos mensajes. No había cuerpo. ¿No había cuerpo, le acababan de decir? ¿Qué es lo que estaba pasando? ¿Qué narices era todo eso? Y si no había cuerpo, si era una broma o una falsa alarma, ¿qué hacía la científica allí?

—Ana, Ana, mírame —Silvelo se plantó delante de ella—. Está vivo. El niño está vivo. Muy grave, pero vivo. Se lo acaban de llevar al Puerta de Hierro.

Milagrosamente, fuera quien fuera, ese niño había salido con vida tras estar atrapado durante horas o días en una estrecha tubería, sobreviviendo incluso a la poderosa fuerza de succión de los cuatro motores del depósito de basura puestos al cien por cien de su capacidad.

Era un milagro.

Pero ¿para quién era ese milagro? ¿Para qué padres? ¿Para qué abuelos?

¿Quién era el niño?

Nadie sabía decirlo aún. Los tres niños desaparecidos se parecían muchísimo y los dos trabajadores que encontraron el cuerpo no pudieron darle una descripción demasiado exacta. Además, la cara estaba hinchada —le dijeron— repleta de sangre y hematomas.

Ana no quería llamar a los padres para darles falsas esperanzas. Prefería ir ella misma al hospital y tratar de identificar al pequeño. A Pablo lo conocía desde antes de nacer. Y había visto tantas fotografías y vídeos de Kike y Nicolás que era como si los conociera.

El hospital estaba a menos de dos kilómetros del depósito de basuras. Iba a salir de dudas enseguida. Fuera quien fuera ese niño.

Si era una de las tres víctimas de Slenderman, claro.

—Inspectora jefa Ana Arén. —Ana mostró su placa en el mostrador de urgencias del hospital—. Vengo por el niño al que acaban de traer en ambulancia desde el depósito de basura.

Ana pegó su placa al cristal que la separaba de las tres mujeres que en ese momento tramitaban los ingresos en urgencias. Estaban sentadas en una posición extraña, muy por debajo del nivel de las personas que acudían hasta allí, lo que las obligaba a estar constantemente levantando mucho la cabeza para mirar a la cara a sus interlocutores, un gesto que las incomodaba tanto a ellas como a las personas del otro lado del cristal, que tenían que acercarse mucho —algunas incluso se veían obligadas a ponerse de puntillas— y girar la cabeza en una posición extraña para ver con quién estaban hablando.

—Déjeme mirar —respondió la mujer—. Pues no, no tengo nada. Pero si lo acaban de traer en ambulancia, ya le digo que no ha pasado por aquí. Lo habrán metido directamente a los boxes de urgencias o incluso a quirófano. ¿Sabe el nombre del niño?

Ya me gustaría, pensó Ana. De eso se trata, de saber el nombre del niño.

—Aún no lo hemos identificado. Por eso estoy aquí, para saber quién es —contestó Ana, mientras la mujer seguía tecleando en su ordenador, mirando hacia abajo. Imposible saber si la había escuchado.

—No tengo nada registrado, pero no es extraño —dijo, por fin, al cabo de un minuto que se hizo eterno—. Si ha llegado en ambulancia y estaba sin identificar, los médicos aún no habrán podido hacer el papeleo de ingreso. Espere un momento en la sala, por favor, ahora pido que vayan a por usted.

Ana aprovechó para llamar a Joan. No había pasado ni un día desde que se despidieron en su casa de Barcelona en aquella mañana de domingo tan luminosa y feliz en la que todo parecía posible. Veinte horas antes estuvo tentada incluso de sentirse culpable por sentirse afortunada. Desde entonces apenas había dormido un par de horas y el mundo ya no era ese lugar en el que se podía permitir apoyar la cabeza en la ventana caliente de un tren mientras escuchaba música. El mundo volvía a ser un pozo de mierda en el que todo se hundía cada vez más.

—¡Ana!

—Hola.

De repente se sintió infinitamente cansada, como si las fuerzas la hubieran abandonado, como si su cuerpo y su cabeza hubieran dicho basta, hasta aquí hemos llegado. Quizá tenía que ver también que con Joan no le hacía falta fingir. Él era de las pocas personas en el mundo ante las que Ana se permitía mostrarse vulnerable. Echó un rápido vistazo a la luminosa sala de espera. Llena. Apenas un par de asientos libres. ¿Tanta gente tenía una urgencia médica un lunes por la mañana? El pensamiento cruzó veloz —tan veloz que casi ni lo vio— por su mente. Caminó



despacio hasta un rincón desierto y se sentó en el suelo justo en la esquina que formaban una de las paredes con la enorme cristalera que daba al aparcamiento. La lluvia resonaba en el cristal y Ana lo acarició como si pudiera acunar las gotas de agua.

—Estoy en el hospital —le contó.

—¿Cómo estás? ¿Qué pasa? ¿Cómo está Inés? ¿Qué se sabe?

Joan vomitó todas las preguntas que se le atragantaban en la garganta desde hacía veinte horas, pero Ana no podía contarle demasiado. Ella era, sobre todo y por encima de todo, una buena policía, y los buenos policías no comparten lo que no se puede compartir. Ni siquiera con la familia. Aunque últimamente algunos agentes contaban demasiadas cosas en grupos de WhatsApp con otros compañeros. Y la información —y las fotografías— saltaban demasiado alegremente de un chat a otro. Hasta que un día tuvieran un susto. Hasta que un día una de esas fotografías de la escena de un crimen, de un agente herido o de un agente haciendo lo que no tenía que hacer se filtraran a la prensa y una investigación interna buscara a todos los que la habían hecho saltar de chat en chat. Entonces sí que se podían empezar todos a agarrar bien los machos.

—No es por mí, Joan, estoy en el hospital por un asunto de la investigación. —Se moría de ganas de contarle cosas, contarle todo, necesitaba la opinión de alguien que no estuviera metido en el asunto, pero no podía. Ana tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para cambiar de tema—. Aquí está diluviando. Hace un día de perros. ¿Llueve en Barcelona?

—No, hace sol, el mismo día que ayer.

Y Ana estuvo a punto de echarse a llorar. Fíjate tú por qué tontería. No por el niño, ni por Slenderman, ni por el caso, sino por la añoranza del sol filtrándose por la ventana de un tren. Por un momento de paz. La vida sin mierda.

Joan ya estaba acostumbrado a que ella le dejara al margen de todos los asuntos policiales. O de casi todos.

—Imagino —continuó ella— que no te ha saltado ninguna alerta en el programa de seguimiento de los pederastas.

—No, aunque tengo por ahí controlados a un par de los habituales que creo que pueden estar empezando a pensar en producir su propio material con niños. Tengo que pasárselo a Nori para que lo envíe a la UIT.

Cuando encontraba algo sospechoso en la red de pederastas que Joan vigilaba, siempre seguían el mismo cauce. Joan se lo pasaba al subinspector y Nori llevaba el material a la unidad policial que rastreaba internet. Había acabado convencéndolos de que dedicaba sus horas libres a buscar a perversos en la red. El problema era que un solo hombre en su tiempo de ocio tenía a veces más éxito que un grupo policial entero. Tenían que ir pensando en cambiar de táctica.

—Ana, tienes que pensar en ti.

—No. No. Tengo que pensar en esos niños.

Siempre la misma discusión. ¿Cuántos policías la habían tenido con sus parejas? Ana imaginó que casi todos. Al menos, casi todos los policías que valían la pena. Algunos casos se apoderaban de ti y no cabía en tu cabeza nada más que eso. El caso. Las víctimas. Los culpables. Pero, sobre todo, la solución. Encajar las piezas. Resolver el acertijo. Era también, aunque se hacía difícil reconocerlo, una lucha de tu propio ego por ganar la partida.

—¿Es usted la policía? —preguntó una joven con bata blanca que se había acercado hasta Ana sin que ella se diera cuenta.

Eso sí que era un signo de que el caso le estaba pasando factura: por un momento había dejado

de prestar atención a su entorno y no había visto llegar a la chica. Podría haber sido cualquier persona.

—Joan, tengo que dejarte, me vienen a buscar. Luego te llamo.

La joven llevó a Ana a través de una puerta doble cuya apertura accionó presionando un gran botón rojo con el codo. Es la costumbre —se justificó ante la extraña mirada de la inspectora jefa—, este es el portón por el que entran las urgencias más graves, los tráficos y eso, y como no podemos utilizar las manos para no contaminarlas, usamos los codos para pulsar el botón y abrir así las compuertas.

—El niño está muy grave, en la UCI. Perdóneme, no me he presentado, soy la doctora Mariña Tribiño. Sí, demasiadas eñes, siempre me lo dicen. —De repente le cambió la cara—. Perdone. Perdone. Siempre hago la misma broma, pero ahora no es el momento. Lo sé. Perdone. Usted viene por el niño del circuito de basuras. Ha ingresado hace menos de una hora. He atendido al crío aquí en urgencias.

Fueron caminando hasta uno de los despachos médicos de urgencias, una sala blanca y acristalada con un gigantesco ventanal que dejaba entrar raudales de luz, aunque ese día lo que se colaba fuera el gris de la lluvia. Una mesa y una camilla eran los elementos que más espacio ocupaban. En las paredes colgaban dibujos infantiles de niños y niñas que habían querido agradecer el mimo y los cuidados que habían recibido allí.

—El niño ha sufrido mucho. —La doctora cerró la puerta y le indicó a Ana que se sentara en una de las sillas—. No quiero ni imaginarlo. Está inconsciente. Su cuerpo ha soportado presión durante muchas horas. Tiene un par de costillas rotas y creemos que le ha llegado poco oxígeno al cerebro. Además, la fuerza de succión que se aplicó para sacarlo de allí le podría haber dañado algún órgano interno.

—¿Tiene heridas no producidas por el sistema neumático de basuras?

—No le puedo decir. Y será difícil de valorar, porque durante el arrastre hacia el depósito ha podido herirse con muchas cosas. Eso tendrá que verlo con más calma el forense. Ahora nos hemos limitado a estabilizarlo y a salvarle la vida.

—¿Se recuperará?

—Es difícil de decir, tenemos que ver cómo evoluciona las próximas cuarenta y ocho horas.

—Necesito identificarlo. ¿Podría verlo? Tengo que saber quién es para contárselo a sus padres. Entiéndame, doctora.

La doctora Tribiño dudó. En cualquier otro caso hubiera dicho que no. A la UCI pediátrica no podía entrar nadie que no fuera familiar directo. Y solo una persona a la vez y solo un par de horas al día. Pero ese era un crimen excepcional y los padres del niño que se debatía entre la vida y la muerte tenían que saber que lo habían encontrado. Y estar a su lado por si esas fueran las últimas horas de vida de su hijo.

—¿Podría usted identificarlo a través de los cristales de la UCI? —preguntó.

—Creo que sí. Lo intentaré. Permítame intentarlo.

La UCI pediátrica estaba una planta por encima de las urgencias. Para atajar y no salir a la zona pública del hospital, la doctora llevó a Ana a través de una escalera por la zona restringida al personal sanitario. A Ana se le aceleró el corazón conforme se acercaban a la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Habitación tres. La tercera cristalera a la izquierda. Allí, frente al mostrador de enfermería. ¿Quiere que la acompañe?

—Prefiero ir sola. Muchas gracias.

Primero vio los pies. Estaban llenos de moratones y arañazos. Los brazos descansaban a lo largo del cuerpo, también dolorosamente repletos de magulladuras, aunque alguien había lavado la sangre y las heridas estaban limpias. Si no fuera por todas las lesiones que le recosían la piel, hubiera parecido un niño tranquilamente dormido tras un agotador día de colegio y juegos.

Ana se obligó a seguir subiendo la vista, aunque inconscientemente estaba dilatando el momento de saber quién era ese niño. Tenía miedo. Una arcada le subió ácida desde el estómago y le quemó parte del esófago. Se obligó a seguir alzando la mirada. Por fin sus ojos llegaron al lugar que ocupaba la cara del pequeño.

Sus pulmones soltaron de repente todo el aire que habían retenido.

Era Pablo.

Aunque alteres las proporciones, siempre huele igual.

La sangre —oxidada por su contacto con el aire— es lo primero que percibe el sistema de alerta del cuerpo. Un olor a hierro viejo que se mastica en la boca. Espeso y repugnante.

Olor a peligro.

En una reacción biológica animal que ha permitido sobrevivir a la raza humana, las partes más antiguas de nuestro cerebro, el limbo y el hipotálamo, asocian el olor a sangre con una emergencia. Estamos heridos o hemos herido a la presa a la que queríamos cazar. Escóndete o ataca. Cúrate o mata.

Por eso un hospital nos pone en alerta.

Porque nos huele a sangre. O eso creemos. En realidad, a lo que huele un hospital es a una mezcla de sangre, alcohol, desinfectante y cloro, junto a las cetonas que desprenden algunos cuerpos enfermos —muy volátiles y por tanto muy expansivas—, gases como oxígeno y nitrógeno, y, por supuesto, los medicamentos utilizados para tratar a los pacientes.

Y, aunque alteres las proporciones de la mezcla, extrañamente todos los hospitales huelen igual.

A sangre. A miedo. A ansiedad. A desesperación.

Muy pocas veces un hospital huele a milagro. No es que no esté ahí el milagro. O los milagros. Están. Pero no los olemos, porque el dolor siempre es más intenso que la alegría. El lamento que la risa. La pena que la esperanza. Los milagros pasan desapercibidos para los que no forman parte de las buenas noticias.

Ese día, mientras entraba a la carrera por el amplio *hall* del nuevo hospital Puerta de Hierro, yo sí que olí esa esperanza, que atravesaba cada poro de mi piel. Pablo está vivo. ¡Está vivo! Ni siquiera corté la llamada. Corrí hacia la puerta de casa. Corrí por las escaleras —no pude esperar al ascensor— del edificio. Corrí por la calle en busca de un taxi. Corrí por los pasillos del hospital. Pablo estaba vivo y eso era lo único que importaba.

Ese día, para mí, la sangre olía a esperanza.

Mi criatura se había salvado.

Mis genes seguirían replicándose una generación más.

## INÉS Y ANA

Poco podía hacer ya Ana en el hospital.

Fue ella, eso sí, la que me llamó para contarme que mi hijo estaba en la UCI. Y fue ella también la que, antes de irse, me esperó frente a la habitación del niño, cumpliendo un extraño y casi absurdo tiempo de guardia para que Pablo no estuviera sin nadie querido a su lado, como si mi pequeño pudiera ser consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Poco podía hacer ya Ana en el hospital.

Pablo había aparecido, pero aún tenía que salvarse. Yo tenía que redimirme. Y Ana tenía que encontrar al hijo de puta que le había hecho eso a mi hijo.

Y resolver el puzzle. ¿Dónde estaban los otros dos niños? ¿Dónde estaban Kike y Nicolás?

—Tengo dos niños más que devolverles a sus padres —me dijo, pidiéndome perdón, antes de marcharse a la carrera por los pasillos del hospital.

Ana había dejado el coche tirado en la puerta de urgencias, en la parte trasera del hospital. Eso le evitó tener que salir por la puerta principal, tomada por decenas de periodistas. Alguien les había dado el chivatazo de que allí estaba ingresado uno de los niños de Slenderman. La víctima que había conseguido sobrevivir al monstruo. No había noticia más importante ese día. ¿Sabrían ya que el superviviente era mi hijo, el hijo de la periodista estrella, de la escritora superventas? La tormenta informativa casi perfecta.

Mientras yo —envuelta de cabeza a los pies, patucos, gorro y bata, en varias prendas estériles — recorría con las yemas de los dedos las heridas del cuerpo de mi hijo como si el amor de una madre pudiera obrar el milagro de la sanación, Ana recordó de repente a Patricia y a su padre. Ojalá Eva, la abogada de menores —pensó—, haya podido retenerlos en la brigada. ¿Qué le iba a contar la chica sobre Pablo? ¿Habría visto quién lo arrojaba a los conductos hidráulicos de recogida de basuras?

En el despacho de la inspectora jefa solo estaba Jesús Silvelo.

—¿Y tu equipo? —le preguntó Ana, extrañada de tanta tranquilidad.

Solo hacía quince horas que parte del grupo de secuestros se había trasladado hasta allí, pero parecía que hubieran transcurrido siglos. Ana tenía que esforzarse para recordar cómo era su despacho tan solo veinticuatro horas antes. El día anterior.

—Están en Majadahonda, buscando posibles testigos de lo que le ha podido pasar a Pablo. También estamos intentando recoger más grabaciones de las cámaras de seguridad, las de las tiendas que ayer estaban cerradas. ¿Cómo está el niño?

—Mal. Muy mal. Los médicos no saben si saldrá de esta.

Se desplomó en la silla. A veces sentía como si todo el peso del mundo cayera sobre ella, sin darse cuenta de que era ella misma la que se lo cargaba a la espalda. Queriendo hacer todo.

Queriendo llegar a todo. Queriendo ser responsable de todo. Queriendo solucionarlo todo. Y eso no cambiaría hasta que no fuera ella misma la que comenzara a aligerar el peso.

Pero ese día no. Ese día las decisiones que tomara Ana podían salvar una vida. Todo iba a depender de lo que hiciera en las próximas horas.

—¿Habéis interrogado al dependiente de la tienda? Estamos casi fuera de tiempo.

—Sí. Y nada. Hemos comprobado su coartada y lo hemos tenido que soltar. Estaba declarando ante la policía municipal de Madrid por un escándalo en un club de intercambio de parejas. — Silvelo hizo un gesto con las manos de entre desesperación y fastidio.

—Pues otra puerta que se cierra —dijo, levantándose de la silla en un gesto automático y desganado—. Patricia. Tenemos a Patricia aquí —pareció ocurrírsele de repente, como si hubiera olvidado que la chica seguía en base, con su padre, esperando a que la interrogaran—. A ver si hay suerte y nos da alguna pista sobre la persona que arrojó a Pablo al conducto de la basura.

Y con ese gesto, sin saberlo aún, la inspectora jefa Ana Arén empezó a salvar una vida.

\*\*\*

Yo solo quería estar allí, en esa silla, mirando a la cara de mi hijo, cogiéndole la mano y acariciando su brazo. Conocía de memoria el mapa de su piel, sus lunares, sus curvas, sus pliegues. Lo hubiera reconocido en cualquier lugar. Ciega, sorda o muda hubiera sabido solo tocándolo que ese era el cuerpo de mi hijo.

Yo solo quería estar allí, así. Como estaba en ese momento. Acariciando a Pablo. El resto de mi vida.

Pero la gente se empeña en venir a verte.

Casi todos lo hacen con la mejor de las intenciones. ¿Sirve de algo? No sé. ¿Qué le dices a una madre en una situación así? Solo palabras vacías. Todo irá bien. Pablo saldrá de esta. Es un niño fuerte. Ten fe.

Y así. En todas sus variantes.

Todas esas frases a ti te rebotan, se quedan como bolitas de aceite flotando en el agua, como si no tuvieran nada que ver contigo. ¿Sirve de algo? No sé, repito. Aunque, a veces, por puro instinto de supervivencia, te agarras a una de ellas intentando confiar en que tantas personas no pueden estar equivocadas. Si tanta gente insiste en lo mismo, quiere decir que es cierto, y que entonces todo va a salir bien. Todo va a salir bien.

—No te quiero presionar, Inés, pero deberías pensártelo.

Manuel, mi jefe, había sido de los últimos en llegar. Claro. Tenía un informativo del que ocuparse. Y lo digo sin ironía. Casi nada en el mundo podrá hacer que un periodista deje su puesto de trabajo en plena crisis informativa. Aunque en ese caso la crisis informativa fuéramos mi hijo y yo.

La policía, imagino que a petición de Ana, había mandado a varios agentes a custodiar la planta donde estaba la UCI pediátrica para evitar la entrada de curiosos. También, luego me lo contaron, había policías de paisano en varios puntos del hospital, por si Slenderman decidía acercarse a cotillear. Expertos trazadores de perfiles criminales decían que era un hombre, de entre veinticinco y cuarenta y cinco años, sin estudios superiores, de raza blanca y con cuerpo atlético o al menos con afición por hacer ejercicio. Era probable, también según los expertos, que no tuviera trabajo o un trabajo con horario flexible. Millones de hombres encajaban en ese perfil.

Pero los agentes desplegados de paisano por el hospital buscaban algo más. Estaban

entrenados para localizar a personas sospechosas. Trabajaban sobre todo en aeropuertos y fronteras. Sabían detectar los gestos que delataban cuando a alguien se le estaban comiendo los nervios por dentro porque tenía algo que ocultar.

Nadie podía acceder a la zona donde estaba ingresado Pablo sin identificarse antes. Ni siquiera dejaron pasar a mi madre hasta que yo ratifiqué que era ella. Los amigos y compañeros que me venían a ver tenían que esperar el mismo trámite: que un agente me enseñara su DNI para certificar que los conocía y que podían pasar a verme.

Me hubiera gustado decir que no conocía a nadie y que me dejaran en paz todos. Pero a la vez necesitaba algunos brazos que me sostuvieran.

El encuentro con mi madre fue el más duro, aunque también el más reconfortante. Nadie como una madre para dejarte consolar entre sus brazos sin tener que dar más explicaciones. Al final —no me quedó más remedio—, la llamé para contarle que Pablo había desaparecido, pero esperé hasta las cuatro de la mañana del lunes, con el tiempo justo para que hiciera la maleta y saliera al aeropuerto. No tenía sentido contárselo el domingo por la noche y dejarla sufriendo sola toda la madrugada hasta que un avión pudiera traerla de vuelta a Madrid desde sus vacaciones en Lanzarote. Estaba recogiendo la maleta de la cinta transportadora del aeropuerto cuando Pablo apareció en el depósito de basuras.

Con ella no hicieron falta palabras. Solo me preguntó dos cosas: cómo estaba Pablo y cómo estaba yo. No le importaba nada más. Después se sentó al otro lado de la cama de mi hijo y empezó a acariciarle la mano rítmicamente, como si fuera un ritual, con todo el amor del mundo.

—No te quiero presionar, Inés, pero deberías pensártelo —insistió mi jefe—. Tienes que atajar especulaciones. Al fin y al cabo, tú trabajas en esto, sabes la fuerza que tienes en estos momentos. Todo el mundo te va a escuchar.

—¿Escuchar qué? ¿Qué tienen que escuchar de mí? ¿Que mi hijo está al borde de la muerte? —Fui levantando el tono de voz—. ¿Que no sé si sentirme aliviada porque ha aparecido o destrozada porque no sé si va a sobrevivir? ¿Qué? ¿Exactamente qué, Manuel? ¿Qué es lo que tiene que escuchar la gente de mí?

\*\*\*

—Todo el día perdido, todo el día perdido encerrados en esta comisaría. ¿Le parece a usted normal? Tenemos nuestros derechos.

Iba a ser una charla difícil. Eso seguro.

—Patricia.

Ana se dirigió directamente a la chica, sentándose a su lado, muy cerca, y mirándola a los ojos. Solo me importas tú, solo me importa lo que tengas que decirme tú. Estoy aquí por ti, le dijo con su actitud.

—Patricia, siento que hayas tenido que esperar, lo siento mucho. No sé si te habrán informado mis compañeros, pero ha aparecido uno de los niños secuestrados por Slenderman.

Los ojos de la chica se abrieron como platos detrás del muro de su melena.

—Entonces, entonces, yo ya no tengo nada más que decir, ¿no? Si ya los han encontrado, a mí ya no me necesitan —suspiró aliviada.

¿Los? Patricia estaba hablando en plural. ¿Dónde estaba el otro niño? ¿Había otro niño en el conducto de basura? ¿O dos niños más? ¿Estarían todas las víctimas de Slenderman en esos malditos tubos hidráulicos de recogida de basuras?

—Patricia, ¿estás hablando de dos niños? Hemos encontrado a uno. Solo a uno. Te necesito más que nunca. Lo que viste es fundamental para esclarecer el caso.

Ana seguía muy cerca de la adolescente, casi podía oler sus dudas. De reojo vio cómo Eva le hacía un gesto al padre, para que no interviniera en la conversación.

—¿A quién han encontrado? ¿A cuál de los dos?

—¿Qué sabes tú, Patricia? ¿Qué viste? —la inspectora jefa no quería darle ningún detalle que pudiera condicionar la declaración de la chica.

—Inspectora jefa. —La abogada interrumpió la conversación para echarle una mano. Eva era lo menos parecido al estereotipo que la sociedad tiene de los abogados. Vestía con vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas. No llevaba maquillaje y se recogía el pelo en una coleta que ataba con cualquiera de las gomas de colores que llevaba siempre en la muñeca. Tenía cuarenta y cuatro años, pero fácilmente podía parecer una chica de veinticinco, una edad muy cercana a la de los chicos que tenía que proteger del sistema—. Ya les he dicho a Patricia y a su padre que no tienen que preocuparse por nada, que están aquí porque quieren colaborar con la policía y que no se les acusa de nada. Agradecemos muchísimo que nos estén ayudando a salvar a esos niños.

¿Salvar? Lo último que había dicho Patricia era que los niños estaban muertos. Aunque los últimos acontecimientos habían demostrado que uno de ellos seguía vivo. Muy grave, pero vivo.

—Yo no había ido nunca allí, está cerrado de noche, ¿saben?

—¿Qué está cerrado de noche?

—El bosque, lo cierran de noche, pero hay una manera de entrar.

—Hay una manera de entrar —repitió Ana, para ayudarla a continuar hablando.

—Sí, me la enseñó un amigo.

—Diles, diles quién es ese amigo —saltó el padre desde el otro lado del pequeño despacho—. Un pintas, señora policía, un pintas, uno de los peores del instituto. Si es que mi hija tiene un imán para descerebrados.

—Por favor —intervino la abogada—, deje que su hija nos lo cuente. Patricia, escúchame, tú no has hecho nada. Te estamos escuchando.

—La camiseta —continuó por fin la chica—. Fue por la camiseta por lo que lo reconocí. La había visto en la tele.

\*\*\*

—Gracias por respetar nuestra intimidad.

Era extraño estar allí, al otro lado, siendo la noticia. Era extraño estar de pie frente a tus compañeros de trabajo y aguantar el tipo. Visto desde mi perspectiva, daba miedo. Y a la vez era ridículo. Un par de decenas de periodistas arrodillados en el suelo, formando una melé a mis pies, con sus cámaras, micrófonos y grabadoras apuntando a mi cara. Y otra veintena a mi espalda. Parecíamos un único ser multicelular en equilibrio precario, un organismo vivo que se ondulaba y giraba en aparente caos, pero que ocultaba una misteriosa fórmula matemática para desafiar a la anarquía. Yo era el imán que los atraía a todos. El centro de gravedad de su movimiento.

Al final había decidido salir del hospital y hablar con las personas con las que trabajaba todos los días, con los periodistas y los reporteros gráficos con los que coincidía en las coberturas, con la gente con la que había compartido tantas guardias. Llevaban todo el día esperando por mí, y de alguna manera sentía que se lo debía. Aunque solo fueran unas pocas palabras.



Esperé a que todos estuvieran colocados, todas las cámaras grabando y con un buen plano, todos los micrófonos encendidos. Para que ninguno se perdiera nada. Ellos me miraban en silencio, respetando mi tiempo.

—Gracias por vuestro cariño. Gracias por todos los mensajes de ánimo que nos siguen llegando. No puedo contaros muchas cosas, sabéis que la investigación está bajo secreto de sumario. Pablo está grave, en la UCI. Los médicos dicen que las próximas horas son críticas para ver su evolución.

—¿Cómo pudo aparecer en un depósito de basuras?

—¿Con qué hipótesis trabaja la policía?

—¿Ha sido Slenderman?

—¿Han encontrado a otros niños?

Las preguntas llovieron como las piedras en una lapidación. Una vez lanzada la primera, el alud fue imparable. Tras un par de segundos de un silencio educado, pero a la vez también vergonzoso —¿cómo se trata a una compañera, y en algunos casos amiga, que se ha convertido en víctima?—, los periodistas que me rodeaban empezaron a hablar todos casi a la vez. No conseguía entender lo que decían, los escuchaba como si estuvieran al otro lado del cristal de una pecera llena de agua. Glu. Glu. Glu. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué me estaban diciendo? ¿Qué querían?

¿Qué hacía yo allí?

—De verdad, no puedo contaros nada más. Tampoco sé mucho, y todo está bajo secreto de sumario. Gracias, de verdad, por vuestro cariño y por respetar nuestra intimidad. Me voy a estar con mi hijo. Es lo único que me importa ahora. Pablo me necesita. Por favor.

Hice un esfuerzo casi sobrehumano para girarme y caminar hacia la puerta del hospital sin que se me doblaran las piernas.

La camiseta de Kike.

La clave fue la camiseta que Kike llevaba cuando desapareció y que los medios de comunicación y las redes sociales habían reproducido cientos de veces. Una enorme S de Superman estampada sobre fondo rojo con las letras SuperKike bajo el logo. Una prenda que su padre había encargado a medida para él. Una camiseta que media España había visto.

Cuando ese domingo por la noche Patricia y su novio saltaron la valla que cerraba el monte del Pilar, solo buscaban un lugar en el que beber, fumar marihuana y tener un poco de sexo sin que nadie los molestara. Nada fuera de lo normal para dos adolescentes de su edad.

Apenas habían caminado quinientos metros, iluminando con sus teléfonos móviles un pequeño camino de tierra entre los pinos, cuando apareció tras un montículo la casa abandonada del Coto Blanco, un palacete de tres plantas que nunca llegó a utilizarse y del que tras décadas de abandono solo quedaban en pie las paredes y una parte del tejado. El resto había caído sobre las plantas inferiores, formando montañas de cascotes sobre la planta baja, al menos hasta donde se podía ver desde la verja que rodeaba la vivienda e impedía el acceso. En lo que un día se pensó como jardín se había llegado a construir incluso una piscina que solo se llenaba con el agua de la lluvia.

—Esto da un poco de yuyu.

—No seas gallina, vamos a ver lo que hay. Aquí no entra nunca nadie. Debemos de ser los primeros en pisar estas ruinas desde hace veinte años.

Tras saltar la valla, Patricia y Hugo caminaron cogidos de la mano, ella sosteniendo también el móvil para iluminar con la linterna el suelo inestable que pisaban y él llevando en su mano libre una bolsa de plástico con una botella de ginebra y unos vasos que acababan de comprar en la tienda 24 Horas de la avenida de España. Entraron a la casa por el hueco que se había concebido como acceso principal, una amplia puerta que quizá nunca llegó a instalarse y a la que se accedía tras subir cuatro enormes escalones que daban forma a un porche delantero.

El salón y las zonas de entrada a la vivienda estaban impracticables. Los chicos tuvieron que andar con mucho cuidado para no dar un traspié en los escombros entre los que hacía tiempo que habían comenzado a crecer los arbustos. Intentando no tropezar, Patricia y Hugo llegaron a lo que debió de ser la cocina, sorprendentemente bien conservada. Tras el quicio de una puerta encontraron un cuarto sin ventanas que debía de estar diseñado como despensa o almacén.

Allí se sentaron. Allí bebieron. Allí fumaron un poco de marihuana. Allí se metieron mano.

Y allí hubiera quedado su aventura de esa noche si no hubieran oído un ruido extraño, algo que parecía arrastrarse lentamente en algún lugar bajo sus pies.

—¡Ratas! ¡Qué asco! ¡Ratas! —gritó Patricia.

Pero no eran ratas lo que se movía en el sótano de la casa. Era algo que se había asustado con el chillido de Patricia. Algo que salió de lo que parecía una montonera de arbustos secos. Algo con dos piernas y dos brazos que echó a correr como alma que lleva el diablo.

Como si se hubiera congelado el tiempo, Patricia y Hugo se quedaron petrificados sin atreverse casi ni a respirar. Durante unos segundos lo único que se movió de su cuerpo fueron sus corazones acelerados bombeando sangre burbujeante. Un par de minutos después, y aún en completo silencio, la mano del chico avanzó a tientas entre los escombros para buscar la de ella y apretarla bien fuerte, como si con ese gesto formaran un pararrayos que pudiera canalizar el pavor que estaban sintiendo y lanzarlo fuera de sus cuerpos.

Patricia fue la primera en hablar.

—¿De dónde ha salido ese hombre? —Y la primera en levantarse—. Tiene que haber una trampilla por aquí.

Encendió la linterna del móvil y fue trazando una línea de luz por el suelo. El hombre había salido de algún hueco en un rincón de la cocina.

—Mira, ahí está.

Había una trampilla abierta. Por el hueco se veía una estrecha escalera de cemento pegada a una pared que bajaba hacia un habitáculo subterráneo, una zona que debió de diseñarse como bodega, o para guardar frescos los alimentos.

—Patricia, coño, ven aquí, Patricia. No bajes por ahí. Vámonos.

Pero ya era tarde. Patricia ya había puesto el pie en el primer escalón. Y luego en el segundo. Y después en el tercero. Más tarde no supo decir por qué lo hizo. Estaba muerta de miedo. ¿Por qué bajó? Con la mano derecha se apoyaba en la pared. Las escaleras no tenían barandilla y a la izquierda se iba abriendo un hueco por el que no quería caer. En el quinto escalón se paró y se puso de cuclillas para poder ver bien qué había ahí abajo. Fue barriendo el sótano con la luz de su teléfono.

—¿Qué se ve? ¿Qué hay? —Hugo se había acercado hasta el borde de la trampilla.

—Nada, estanterías de obra en la pared. Pero la escalera y el suelo están limpios, como si alguien los hubiera barrido hace poco.

Patricia bajó un escalón más, aún de cuclillas, para iluminar con la linterna del móvil un rincón que quedaba justo pegado a las escaleras.

—¡Hostia puta! ¡Hostia puta!

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—¡La hostia! Dos niños.

—¿Quieres subir ya? ¿Quieres subir de una puta vez? —le chillaba Hugo, en cuclillas desde el hueco superior de la escalera.

—Ya voy, joder, ya voy. Estoy haciendo una foto.

—Mira que eres rara, tía. —La cogió de la mano para que subiera más rápido los últimos dos escalones—. Vámonos ya de aquí. Joder.

Cuando salieron del bosque y pensaron que ya estaban a salvo, Patricia se sentó en el borde de una acera, junto a una zona de restaurantes. Aún tenía la respiración entrecortada.

—Mira.

Y allí, tumbados en un rincón, tapados en parte con una manta, había dos niños. Los cadáveres de dos niños. Y a uno de ellos lo conocían. Había estado saliendo constantemente en televisión esos días y su madre no se había cansado de enseñar las fotografías que le había hecho el día que desapareció, solo unos minutos antes de perderlo de vista. «Mi hijo, es Kike, devuélvame a Kike,

por favor, usted es una buena persona, y Kike es tan pequeño y tiene tanto miedo que necesita a su madre, por favor». Ese niño muerto del sótano llevaba su camiseta. SuperKike.

Por tercera vez ese día Ana puso las luces y la sirena del coche y recorrió a velocidad suicida los diecisiete kilómetros que separaban Majadahonda de Madrid. Se había puesto al volante y conducía como una desquiciada.

—Ana, nos vamos a matar. O, peor, vas a matar a alguien más. Están muertos, esos niños están muertos, no los vas a salvar por diez minutos.

Silvelo iba sentado en el asiento del copiloto. Los seguían un par de coches más. Por el manos libres iban hablando con Patricia y su padre. Era él el que los iba guiando.

—Dejen el coche pasados los campos de entrenamiento del Atlético de Madrid, ¿los ven? Pues siga un poco más, calle abajo, hasta llegar a una rotonda. Justo ahí, a su derecha, nace un camino de tierra que lleva hasta la verja que rodea el terreno del monte del Pilar. ¿Lo ven? Sí. Sigán hacia la izquierda y en un par de minutos verán una puerta.

Ana y Jesús corrían ya monte adentro, buscando el acceso del que le habían hablado Patricia y su padre. Los seguían, a varios metros de distancia, cinco agentes de su brigada.

—Ya hemos llegado —le faltaba la respiración—. Y ahora, ¿hacia dónde?

Las indicaciones del hombre les llevaron hasta la casa. En cuanto saltaron la verja, Ana le pidió a Patricia que se pusiera al teléfono.

—Ahora, Patricia, dime exactamente dónde tengo que buscar, dónde está esa entrada al sótano.

Allí estaban, los dos niños, tumbados uno junto al otro. Pero la manta que aparecía en la fotografía del móvil de Patricia había desaparecido. Uno de los niños era Kike, sin duda. Daba la impresión de que sonreía. El otro parecía estar momificado. La piel de la cara se había contraído y los ojos ya no estaban en las cuencas. Pero Ana no dudó de su identidad. Miró al inspector jefe Silvelo —Llego tarde, llego tarde y no he sabido salvar a estos niños— y se puso el guante de látex para no contaminar las pruebas. Tocó la cara de Kike. Estaba sorprendentemente caliente.

Caliente y vivo.

Los rumores empezaron a circular pronto entre los periodistas que montaban guardia a la entrada del hospital Puerta de Hierro. Era casi la hora de entrar en directo en los informativos de la noche, pero no podían soltar el bombazo sin confirmarlo antes. ¿Un segundo niño? ¿Habían ingresado a una segunda víctima de Slenderman?

—Lola, ¿te acuerdas de mí? Soy Ana Arén, la inspectora jefa que lleva el caso de la desaparición de tu hijo.

Ana pudo escuchar cómo se detenía la vida al otro lado del teléfono. Casi notó cómo esa mujer se apoyaba en la pared e iba resbalando poco a poco hacia el suelo, hasta quedar encogida como un ovillo. Preparándose para lo que le iban a decir. Intentando protegerse del golpe.

—Tengo buenas noticias, Lola, buenas noticias. Acabamos de encontrar a Kike. Está vivo. Ve corriendo al hospital Puerta de Hierro. Entra por urgencias porque la entrada principal está tomada por los periodistas. Un agente de policía te estará esperando para que te dejen pasar. Yo iré luego. Estoy muy contenta, Lola, muy contenta, muy contenta por Kike y por vosotros.

Pero antes Ana tenía que cumplir con otra obligación dolorosa. Y tenía que hacerlo en persona. Hay cosas que no pueden decirse por teléfono, que no deberían decirse ni cara a cara porque no deberían pasar. Pero pasan. Y alguien tiene que contárselo a las familias.

Aparcó frente a la casa. Desde la calle los vio en la cocina, quizá preparando la cena. Sus siluetas se recortaban tras las cortinas de lino blanco. Ana acudía a ellos ese día con una hipótesis, no con una certeza. Aunque sabía que las pruebas forenses confirmarían la identidad. Ella no tenía ninguna duda.

—¡Ana! —se sorprendió la mujer cuando abrió la puerta.

—Inspectora jefa —saludó tras ella el marido, saliendo al pasillo desde la cocina—. Cuánto tiempo. Imaginamos que nos llamarías, pero no que vendrías a vernos. Hemos visto lo del niño que ha aparecido, el hijo de esa periodista. ¿Tiene algo que ver con Nicolás?

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, estamos preparando la cena. Pasa, pasa. ¿Quieres cenar con nosotros?

—Muchas gracias, pero me espera una larga noche por delante. Solo he venido a contaros algo.

Apoyada tras la puerta de acceso a la vivienda, seguía la bicicleta. La vieja bicicleta BH azul que había sido del padre de Nico y que el niño había heredado al cumplir tres años. Todavía tenía los ruedines —Estábamos intentando quitárselos, pero le daba miedo, le contaron los padres durante los primeros días de la investigación— y algunas marcas de óxido que había acumulado por el paso de las décadas y la humedad.

—No somos capaces de quitarla de ahí —le explicó la mujer, cuando se dio cuenta de lo que

miraba la inspectora jefa—. No somos capaces de bajar la bicicleta al trastero. Ahí la dejó Nico esa mañana. —Tanto tiempo después la madre aún no se atrevía a verbalizar la palabra desaparición, para ella era siempre ese día—. Y ahí queremos que la encuentre cuando vuelva.

El tiempo se había detenido en esa casa para Nicolás. Su cepillo de dientes seguía tumbado junto al grifo del baño, tal y como lo dejó la noche anterior a desaparecer. Spiderman seguía peleándose con un dinosaurio en la mesilla de noche. El pijama seguía doblado bajo la almohada.

Ana había estado allí decenas de veces tras la desaparición de Nicolás. Conocía los rincones de esa casa casi mejor que sus habitantes. Había intentado meterse en sus cabezas —en la mayoría de casos de desaparición de menores está implicado un familiar o alguien muy cercano al niño— para encontrar vivo a Nico, pero había acabado perdida en un laberinto que casi le cuesta su propia salud mental. Los recuerdos de esas semanas durísimas irrumpieron como un torrente en su cabeza y tuvo que agarrarse al respaldo de una de las sillas del salón.

Ahora venía lo peor.

—Como sabéis, hemos encontrado a uno de los niños desaparecidos. El hijo de Inés Grau, la periodista de los informativos de Canal Once. No puedo daros muchos detalles, pero aún estamos investigando la conexión de su caso con el de vuestro hijo.

La pareja, que se había sentado frente a Ana, se miró con inmensa tristeza. Otro callejón sin salida, pensaron. Otro más.

—Pero hay algo que aún no sabéis porque no se ha hecho público, y por eso os pido total discreción. Hemos encontrado el lugar donde el secuestrador puede haber estado escondiendo a los niños todo este tiempo, una casa abandonada en el monte del Pilar, en Majadahonda. Lo encontraron por casualidad dos adolescentes ayer por la noche.

Ana sabía que estaba dando un rodeo, sabía que estaba prolongando el momento de decirle a esa pareja que creía haber encontrado un cadáver que encajaba con la descripción de su hijo Nicolás.

—Siento muchísimo deciros esto. En el escondite encontramos un cuerpo —Ana nunca usaba la palabra cadáver cuando hablaba con las familias de los fallecidos— y estamos analizando su ADN para comprobar si es el de vuestro hijo.

Ese es el momento en el que el mundo te arrolla con toda su fuerza. Y así se sintieron los padres de Nicolás. Aplastados por un alud, braceando entre la nieve sin saber si iban hacia arriba —hacia la salida, hacia el oxígeno, hacia la vida— o estaban cavando aún más su propia tumba.

Nada te prepara para algo así. Es algo que no entra en los esquemas de lo previsto. Ni siquiera remotamente. El cerebro humano ha evolucionado tanto, se ha alejado tanto de los animales, que ha olvidado cómo resistir un golpe similar y, por eso, ante un impacto de tal magnitud se repliega sobre sí mismo hasta casi desaparecer, dejando en modo automático la parte mínima de las conexiones neuronales que permiten la supervivencia. Corazón late. Pulmón respira. Sangre circula. Y poco más. Los ojos no se abren. Las piernas no sostienen al cuerpo. El estómago no tolera alimentos.

El cerebro se apaga porque no es capaz de soportar tanta angustia. Hecho un ovillo en un rincón del cráneo, deja de pensar y cede todas sus tareas a la parte no consciente del cuerpo, la parte mecánica, para así poder empezar a suturar las heridas sin que duela tanto, como si las plaquetas y la fibrina tuvieran la capacidad de formar una barrera protectora en forma de costra que nos separe un poco del abismo emocional en el que nos hemos despeñado. Meses o años después, cuando el cerebro empieza a despertar, la masa encefálica se va reconstruyendo alrededor de ese coágulo de dolor que se quedará para siempre ahí, cruzándose en cada pensamiento y en cada sueño. Toda tu vida.

Hasta que mueras. Incluso después de muerto.

Desperté en una cama de hospital. Ese es el primer recuerdo que tengo, el primero, al menos, que ha quedado grabado al otro lado del abismo de la costra de mi memoria. En el tiempo después de. En mi cuerpo después de. En mi cerebro después de.

Después de Pablo.

El personal sanitario asegura que antes de volver del todo a la conciencia había abierto los ojos dos o tres veces, pero por alguna razón mi cabeza no guardó esos recuerdos. Mi cerebro debía de estar completamente a oscuras. Desactivado. También debieron de ayudar los tranquilizantes que me inyectaban en vena.

Desperté en una cama de hospital. El mismo hospital en el que Pablo acababa de morir.

Recuerdo la paz. Quizá fuera ese el momento de mi vida en que estuve más en paz. Solo éramos el vacío y yo, suspendidos en un tiempo indeterminado, flotando sin fricciones.

Después vino el primer dolor. Fue físico. Lo primero que recuerdo es una luz arañando mis ojos. Abrirlos dolía. Mucho. Fue un proceso lento, conscientemente lento. Poco a poco mis pupilas se fueron contrayendo, tamizando la luz de los fluorescentes de la habitación y dejándome, por fin, abrir un poco los ojos y mirar.

Después vino el segundo dolor. Fue físico también. Noté el catéter en la vena cefálica de mi brazo derecho. Fui tan consciente de la aguja que en ese momento mi cuerpo se reducía a la pared redonda y elástica de una vena agujereada palpitando alrededor de un cuerpo extraño. El



gusto plástico de la aguja de calibre veintidós y bisel largo me inundó la boca, llenó mi paladar y se distribuyó a través de la sangre por todo mi cuerpo. Éramos solo una vena y un catéter en una lucha cuerpo a cuerpo.

Pero el tercer dolor fue el que me destrozó. Se clavó directamente en mi médula espinal, repartiéndolo por cada átomo de mi cuerpo.

El tercer dolor era Pablo.

Mi cerebro estableció las conexiones necesarias para recordar qué había pasado. Quise chillar, pero las cuerdas vocales no respondían a mis órdenes. Y ni la lengua, ni el paladar, ni los labios, ni los dientes se querían colocar en la posición correcta para pronunciar su nombre. Los dos labios juntos y un poco fruncidos, con los dientes incisivos algo separados, para la P. La lengua plana en la base de la boca, y los labios extendidos abiertos y relajados para la A. Los labios juntos de nuevo para la B, haciendo vibrar un poco más las cuerdas vocales. La lengua formando un tobogán invertido, desde la parte posterior de los dientes incisivos superiores hasta las amígdalas, dejando pasar el aire por los laterales de la boca y haciendo vibrar las mejillas para pronunciar la L. Y ya al final de su nombre el aparato fonador por fin se relaja. Solo hay que dejar viajar al aire desde los pulmones hacia la boca, dejando que se deslice cuesta abajo por la lengua y salga entre los incisivos y los labios que forman la última letra. La O.

Pero ni los labios, ni la lengua, ni el paladar, ni las cuerdas vocales, ni los pulmones respondieron a mis órdenes.

Mi boca lanzó entonces un grito sordo que en vez de formar ondas sonoras y esparcirse por la habitación se quedó dentro de mi cráneo, estallando en mi cerebro como millones de trozos de cristal.

Pablo.

Pablo apenas sobrevivió unas horas en el hospital. Ni siquiera llegó con vida al día siguiente. Las heridas eran demasiado graves y su cerebro había estado demasiado tiempo recibiendo muy poco oxígeno. Mejor así, casi mejor así, dijeron los médicos, que toda una vida en estado vegetativo.

Solemos pensar que lo peor de un cadáver es su olor. Pero para Ana lo peor de un cadáver era su color, esa sensación de no ser nada más que algo pálido y ojeroso que está ya empezando a desaparecer y que comienza a estorbar a los vivos.

Cuando entras en una sala de autopsias, el olor a cadáver es algo que te esperas. Vas preparado para que te arrolle. Pero eso no es lo que te perseguirá cada vez que cierres los ojos. Durante dos o tres días será como si el olor a muerto saliera de dentro de tu garganta y subiera ácido y emético por tu nariz, directo al cerebro. Para Ana, era como la mezcla de vómito de un bebé con la comida putrefacta que te encuentras cuando regresas de vacaciones de verano y descubres que la nevera se ha estropeado.

Así huele un cadáver.

Pero el olor terminarás olvidándolo. Terminará marchándose de tu cabeza, que es donde se quedan algunos olores para arrastrarte de nuevo a un buen o mal momento. Sin embargo, lo que nunca podrás quitarte de encima —y se quedará para siempre en ti, como el zumbido molesto de un mosquito una noche de verano— es lo que vas a ver en dos mesas metálicas. En una reposa el cuerpo. En la otra el forense va colocando todo lo que acompañaba al cuerpo cuando pasó de ser humano a cadáver. Los zapatos cómodos porque ese día tenía que andar mucho. La ropa interior vieja rebuscada en el fondo del cajón porque la presentable aún estaba por lavar. El jersey que compró como una ganga en las rebajas y que quedaría para siempre manchado con su sangre. La pulsera que había escogido esa mañana porque le daba suerte. El *post-it* arrugado en el bolsillo donde había escrito medio kilo de tomates, leche, chocolate y mantequilla.

Las elecciones triviales de una mañana cualquiera que se convierten en tu mortaja. ¿Nos hubiéramos vestido de otra manera para el día de nuestra muerte? Seguro que sí.

Mirando los objetos de esa mesa, Ana imaginaba la vida que había llevado la víctima y el momento en que se le escurrió entre los dedos, con la misma angustia con la que veía una zapatilla manchada de sangre en medio de la carretera junto a los restos de un brutal accidente de tráfico. La zapatilla te lleva a un pie, el pie te lleva a una persona y la persona te lleva a una familia rota para siempre.

Por eso a Ana le impresionaba siempre la mesa de los objetos personales, y era esa mesa y no la del cadáver —más alto, más gordo, más joven, más peludo o más moreno— la que siempre volvía en sus pesadillas. A veces por la mañana, cuando escogía unos pantalones, no podía evitar pensar si esos eran los pantalones con los que iba a morir y cómo iban a verse sobre esa mesa

metálica de la sala de autopsias. Y por eso también algunas mañanas antes de salir de casa a Ana le entraba una angustia inconsolable, una necesidad urgente por dejarlo todo limpio y ordenado. Si me muero —pensaba—, si me muero hoy, que quien venga a casa vea que lo dejé todo bien, que soy una persona ordenada.

La inspectora jefa Arén se obligó a entrar en la sala donde iban a abrir en canal a Pablo, ese niño al que ella quería antes incluso de haber nacido. En ese momento el forense y su ayudante estaban acabando de examinar el cuerpo del pequeño que habían encontrado en la casa abandonada del monte del Pilar, ese niño que casi con toda seguridad era Nicolás, el niño desaparecido hacía dos años. Ya habían mandado muestras de ADN al laboratorio para identificarlo.

—Está bastante bien conservado. El frío del sótano, la temperatura constante y la sequedad del ambiente han ayudado a momificar el cuerpo —le contó el forense sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Algo en la ropa?

—Varias muestras de cabello. Al menos de dos personas diferentes. Puede que tres. Estaban enredados entre las hebras del jersey de lana. Y nos ha costado lo suyo encontrarlos. Hemos examinado el jersey al microscopio, buscando el más mínimo indicio. Paula —Paula era una de las ayudantes del forense— ha estado toda la tarde con él. La lana es un material extraordinario para que se le adhieran cosas, nos facilita mucho la vida a los forenses.

Ana conocía a Yon, el forense, desde hacía años, y nunca había acabado de entender cómo un hombre que tenía su muro de Facebook lleno de fotografías de gatitos podía ser tan frío mientras diseccionaba cadáveres. Los años de profesión, imaginó. Un día tendría que preguntárselo.

—Si las muestras de pelo son de varias personas, ¿podríamos establecer si llegaron allí a la vez?

—¿Estás pensando en que varias personas participaran en el crimen?

—A estas alturas ya no descarto nada —respondió Ana.

—Es difícil, pero podríamos intentarlo. Además, si encontráramos a las personas a las que pertenecen esos cabellos, podríamos saber, por comparación con una muestra actual, cuándo los perdieron sobre el cadáver.

—¿Cómo dices? —Ana no lo entendía.

—Imagínate el pelo como un árbol, pero que en vez de crecer en círculos alrededor de un centro, crece a lo largo. En un árbol cada anillo es un año y nos dice muchísimas cosas de cómo le fue al árbol en ese periodo de tiempo. En el pelo es igual. Cada capa nos dice muchas cosas, es única. Si sabemos de quién es el pelo y lo comparamos con una muestra actual, podría decirte cuándo se le cayó o se lo arrancaron de la cabeza.

Eso sería fantástico. Pero para eso tendría que haber una coincidencia entre el ADN de los cabellos y la base de datos de la policía. No tendrían tanta suerte.

—¿Señales de agresión sexual?

—Muy difícil de decir dado el estado del cuerpo. Hemos mandado al laboratorio varios restos, por si fueran trazas de esperma. Pero si hubo agresión, no fue traumática físicamente.

—¿Causa de la muerte?

—Aparentemente ninguna.

Era la broma preferida de Yon cuando un cuerpo no tenía signos externos de violencia. Pero ese día a Ana le sentó como un puñetazo en la boca del estómago. Y Yon se lo notó en la cara.

—Perdona, inspectora jefa, la costumbre. Nada en este primer examen nos indica de qué ha

podido morir este niño. A ver si tóxicos nos da alguna pista. Debía de tener cuatro o cinco años en el momento de su fallecimiento. Eso sí, estaba muy delgado. ¿Era Nicolás un niño delgado? ¿Estaba por debajo del percentil de su edad?

—No que yo recuerde. Tengo que repasar los archivos. Les preguntaré también a sus padres. ¿Algo más que destacarías?

—Parece haber estado bien cuidado.

—¿Cómo que bien cuidado? —se sorprendió Ana.

—Bien cuidado es bien cuidado, Ana. Estaba peinado, no sé si te fijaste cuando encontraste el cuerpo. Tenía las manos limpias y la ropa sin polvo, por eso no encontramos restos ni bajo las uñas, ni en su pelo ni en los pantalones. Solo el jersey de lana conservaba algo externo al cuerpo.

—¿Como si hubieran intentado borrar las pistas?

—Puede ser. Pero también podría ser que alguien hubiera estado velándolo. La posición del cuerpo cuando lo encontrasteis sugiere algo así. Ese niño era importante para alguien. Ha sido importante para alguien durante estos dos años.

Mientras Ana seguía en la sala de autopsias, el inspector Jesús Silvelo dirigía el procesamiento de las pruebas que se habían encontrado en el lugar en el que aparecieron los dos niños. Aún quedaban agentes en la zona, peinando cada centímetro de esa casa y sus alrededores. La chica había contado que vieron a un hombre salir corriendo de ese sótano. Un hombre —así, al menos, les pareció— al que no distinguieron la cara, pero que forzosamente tuvo que saltar dos vallas, la que rodeaba la casa y la que rodeaba el bosque. En algún lugar tenía que haber algún resto de su ropa o, si tenían mucha suerte, incluso de su piel. Para delimitar la búsqueda y no tener que peinar decenas de kilómetros de alambrada, estaban empleando perros que siguieran el rastro del sospechoso.

Además, habían tenido que habilitar uno de los sótanos de jefatura como zona de recepción de pruebas. Silvelo había pedido que llevaran hasta allí todos los escombros de la casa para analizarlos a conciencia. Un pequeño resto podría dar con la pista clave para localizar a Slenderman. Eso eran varias toneladas de material que tendrían que examinar con lupa. Necesitaría más agentes. Llamó a Ruipérez.

—No puedo autorizarlo —le contestó el comisario.

—¿Cómo que no puede autorizarlo? Vamos a tardar un par de semanas en procesar todo esto si no nos ayuda nadie.

—Mira, Jesús, ya tienes a los tres chicos, ¿no? Ya han aparecido los tres. Dos de ellos muertos, eso sí. No habéis llegado a tiempo. El caso ya no tiene prioridad extrema.

—¿Ah, no? —gruñó Silvelo—. ¿No? Pues si el secuestrador vuelve a actuar, si ahora que ha perdido a los tres niños vuelve a raptar a otro, entonces caerá sobre su conciencia. Y no solo sobre su conciencia, yo mismo en persona me encargaré de que todo el mundo lo sepa.

—¿Me está amenazando, Silvelo? ¿Usted me está amenazando? ¿A mí?

Jesús Silvelo, uno de los policías más serenos y calmados del grupo de secuestros —ya de por sí la brigada con agentes más serenos y calmados de la policía—, colgó el teléfono antes de decir una barbaridad.

\*\*\*

En la sala de autopsias Yon pulsó el botón que activaba el sistema de grabación de vídeo y de audio. Desde hacía unos años todas las autopsias se grababan en vídeo por si el juez las exigía como pruebas periciales.

—Pablo Grau Schmidt. Nacido el 20 de abril del año 2012. Dieciocho kilos de peso, un metro diecisiete centímetros de altura. Múltiples heridas externas en forma de golpes y cortes.

Ana creía que iba a poder soportarlo, pero la angustia fue más fuerte que todos sus años de profesión, así que miró a ese niño por última vez y salió de la sala. Parecía una tontería, pero quería recordarlo así, no abierto en canal. Ya en el pasillo se apoyó en la pared, cerró los ojos y se concentró en su respiración. No podía permitir que el dolor y la rabia la cegaran.

\*\*\*

Mientras descargaban un segundo camión con los escombros de la casa en la que habían aparecido los dos niños, los agentes trabajaban ya colocando cada uno de los trozos en unas largas hileras en el suelo que habían plastificado previamente. Habían intentado reproducir el plano de la casa con cinta americana, y colocaban los restos de cada habitación en el hueco correspondiente. Parecían un equipo de arqueólogos con un largo verano por delante.

El inspector jefe Jesús Silvelo dejó trabajar a sus agentes y fue a meter prisa al equipo del laboratorio. Las pruebas que iban a mandar tenían prioridad absoluta sobre el resto de los casos, pero a veces hacía falta recordárselo a los técnicos. Darles un pequeño empujoncito.

—Hola. —Hacía frío. ¿Por qué siempre hacía frío en los laboratorios? ¿Es que los de la científica eran unos seres con temperatura corporal diferente al resto de la humanidad?—. Un equipo está procesando ya los restos de la casa. Todo lo que encuentren de relevancia os va a empezar a llegar en breve.

Parecía que el inspector le hablara al vacío, como si ese aire del laboratorio no tuviera la capacidad de transmitir sonido. Solo una persona levantó la cabeza. La que Silvelo se esperaba. El director del laboratorio. Pedro Sanz era una institución en el cuerpo de policía.

—¿Habéis encontrado algo en los restos del depósito de basura? —le preguntó.

Esa era otra. No solo tenían que procesar toneladas de escombros de la casa, sino también las toneladas de basura entre las que había aparecido Pablo. ¿Es que no iba a haber nada fácil en aquel caso?

—Tus chicos todavía no nos han subido nada del depósito de basuras. Están perdiendo facultades.

A Sanz no era fácil verlo en la escena de un crimen. La sangre le daba náuseas. Él prefería no salir de los reinos de su laboratorio. Allí todo estaba bajo control. Aunque trabajaran con la pringue que les llevaban desde cada una de las escenas del crimen, todo lo veían tras las mamparas, las gafas, los trajes o los guantes de protección. Todo era aséptico.

—El forense ha pedido prioridad para varias muestras que ha encontrado en el cadáver de la casa, básicamente pelos en un jersey de lana.

Silvelo no sabía nada de eso. Aún no había recibido el informe preliminar de la autopsia. El forense no lo redactaría hasta que no acabara con los dos pequeños.

—Exactamente cuatro pelos, más de los que tengo yo en la cabeza —continuó Sanz—. Pero tenemos suerte. Dos tienen bulbo y eso quiere decir que tienen ADN. Los estamos procesando ahora mismo. En cuanto terminemos, los pasamos por la base de datos, a ver si tenemos suerte y nos dan alguna coincidencia.

Eso sería un milagro, pensó el inspector. En cualquier caso, saldrían pronto de dudas. ¿Era un solo asesino o dos? ¿Estaría fichado?

Cuando la chica del bolso llamó al timbre, yo estaba tirada en el suelo. No recordaba haber llegado allí, a ese punto concreto de la esquina derecha de la cocina, justo en el rincón opuesto a la ventana, en la zona más fría y más oscura de la estancia. Tampoco recordaba por qué la casa estaba vacía. Tenía que haber echado a todo el mundo, claro, y tenía que haberlo hecho yo misma. Echarlos. Porque la gente no se va así como así de la casa de una madre cuyo hijo de cuatro años acaba de morir, ¿verdad?

Desde que salí del hospital no había estado ni un minuto sola. Me costaba convencer a la gente, que zumbaba a mi alrededor, incluso para que me dejaran cerrar la puerta del baño. Supongo que tenían miedo de que fuera a cometer una locura. En mi casa se arremolinó un extraño enjambre de personas. Compañeros de la tele, amigos, gente del pueblo o vecinos del edificio. Estaba casi convencida de que con algunos de ellos no había cruzado una palabra en mi vida y que se habían presentado en mi casa por puro morbo, porque pocas cosas nos alivian más que el dolor ajeno. Que alguien sufra más, mucho más que nosotros, nos hace sentir vergonzosamente vivos y afortunados.

Debió de llamar al timbre varias veces —Te escuchaba pronunciar el nombre de tu hijo desde el rellano, te oía sollozar, me contó después. Por eso he insistido, perdón por insistir, se disculpó—, hasta que la oí. Y debió esperar un largo rato hasta que tuve fuerzas suficientes para levantarme y abrir la puerta.

Su mirada fue larga y suave, llena de una calma difícil de describir. Por primera vez sentí que alguien me entendía de verdad. Más incluso que mi madre, que en esos momentos debía de estar arreglando el papeleo del funeral. No cruzamos palabra. Cogió mis manos entre las suyas sin dejar de mirarme, con una mezcla de ternura y pena. No recuerdo cuánto rato estuvimos allí, yo dentro de casa y ella fuera, separadas por el quicio de la puerta, mirándonos a los ojos sin hablar. Quizá fueron solamente unos pocos segundos, pero el tiempo se había ralentizado ya entonces a nuestro alrededor.

—Lo primero que tienes que hacer es quitarte de encima toda la culpa. —Estábamos sentadas en el sofá, ella completamente girada hacia un lado, apenas apoyándose en el lateral de un muslo, con todo su cuerpo doblado hacia delante, acercándose lo más posible a mí—. Hasta que no te quites ese sentimiento de culpa no vas a poder avanzar —volvió a repetir Lucía.

Sí, se llamaba Lucía, el nombre me había venido de repente a la cabeza. Lucía. La madre a la que una riada sorprendió en el coche con sus tres hijos pequeños en plena noche. La madre que intentó sacarlos de allí, luchando contra la fuerza del agua y en la oscuridad. La madre que tuvo que decidir a quién sacrificaba para salvar al resto. La madre que abrió los brazos y soltó al hijo más pequeño, a su bebé, para poder sacar a los otros dos de un cauce de agua crecido por el

diluvio que los arrastraba sin remedio hacia la muerte. Adiós, bebé, adiós.

—He buscado tu dirección en Google. Hoy en día todo se encuentra en Google, ¿verdad? Menos lo que realmente importa, todo se encuentra en Google. Un grupo de fans tuyos se había geolocalizado en una fotografía delante de tu casa. Espero que no te importe que haya venido. Cuando murió mi hijo, todo fueron abrazos y palabras de consuelo —siguió contando Lucía—, pero yo sentía que nadie me entendía, que nadie podía siquiera imaginar por lo que estaba pasando.

—¿Se van alguna vez? Este vacío y este frío, ¿se van alguna vez?

\*\*\*

—Es casi lo peor, ¿verdad? —Ana entró a su despacho dando sorbos a un chocolate caliente asqueroso que había sacado de la máquina del fondo del pasillo—. La espera. Esperar a que en el laboratorio se enciendan las luces y las maquinillas empiecen a vomitar resultados.

—Y esperar a que los de la científica encuentren algo sobre el terreno entre las toneladas de escombros de la casa —le contestó su compañero al mando de la investigación—. Y esperar a que el visionado de las cámaras de seguridad arroje algo de luz. Ayer no teníamos nada. Y hoy tenemos, literalmente, toneladas de posibles pruebas que necesitamos cribar. ¿Has estado en las autopsias?

—De allí vengo. He parado un momento a verte antes de acercarme a hablar con Charo. Tengo tres llamadas perdidas tuyas. ¿Sabes algo?

—Ni idea. Acabo de bajar del laboratorio.

—¿Algo?

—Nada. ¿Sabías que Yon ha mandado varios pelos humanos encontrados en el jersey del niño? Por la longitud, uno parece de mujer.

—Sí, me lo acaba de decir. El cadáver estaba bien cuidado, como si alguien hubiera estado vigilándolo y velándolo todos estos meses. Ha sido casi un milagro encontrar algún resto biológico. Tampoco hemos confirmado aún que sea Nicolás, aunque la ropa era la que llevaba el día que desapareció. ¿Algo en los restos de la casa?

—Bufff. Son varias toneladas. Va para largo. El cabrón de Ruipérez no nos quiere ceder más agentes. Dice que el caso ya no es prioritario.

—¡Le voy a partir la cara!

—Ana, Ana, siéntate.

Jesús tuvo que coger a su compañera del brazo para evitar que saliera disparada hacia el despacho del comisario. Él sentía lo mismo, tenía ganas de darle una paliza a ese hombre, pero así no iban a arreglar nada. Si los apartaban de la investigación, todo iría peor. Ahora tenían que intentar pillar a Slenderman para que no volviera a actuar.

—Tengo que salir un momento.

Ana tenía que llamar a Joan. Quizá hubiera encontrado algo en el programa informático que había creado para monitorizar los comportamientos de los pederastas y poder predecir así sus acciones.

—Ana, por Dios, ya no sé cómo contactar contigo. He estado a punto de coger un AVE y plantarme en Madrid.

—No serviría de nada. Casi no paso por casa.

—Sí, sé que la cabeza la tienes solo en el caso y que tu vida personal ha desaparecido hasta



que no lo cierres.

—Dicho así parece desagradable y todo —contestó ella.

—A veces puede parecerlo. A veces tú puedes parecerlo, Ana. Si no te conociera tanto, sería fácil odiarte. Y a veces tengo ganas, te lo digo de verdad.

—¿De odiarme?

—Todo sería menos complicado, te lo aseguro. —La voz de Joan parecía resignada—. Supongo que no llamas para ver cómo estoy, sino para saber si ha saltado alguna alarma.

El silencio al otro lado de la línea telefónica le indicó que no se equivocaba. Ana era incapaz de tener vida privada cuando se encontraba ante un caso así. Respiraba porque no tenía que pensar en ello, pero el resto de los aspectos de la vida cotidiana quedaban borrados por completo, incluidos los que implicaban a otras personas.

—Ya sabes cómo soy —fue su tímido intento de disculpa.

—En momentos así me desesperas. Sobre todo por no saber nada de ti. Pero vamos al grano, que no tendrás tiempo para charlar. Nada. No hay nada. Te habría dejado doscientos mensajes si hubiera encontrado algo. Pero nada indica que la gente que tenemos controlada haya cometido algo fuera de lo normal.

—Algo fuera de su asquerosa rutina, dirás.

—Bueno, sí, algo fuera de lo que les pone cachondos, que es ver porno con niños. O hacer porno con niños.

Parecía que Slenderman no estaba fichado. Ni siquiera era alguien que alguna vez hubiera hecho algo de ruido en el radar. Entonces, ¿quién era?

\*\*\*

—¿Se van alguna vez? Este vacío y este frío, ¿se van alguna vez?

En esos momentos era lo único que me preocupaba. Si alguna vez el dolor iba a remitir un poco. Si alguna vez podría vivir sin Pablo.

La chica del bolso me cogió de las manos y habló muy despacio. Había tenido que aprender a vivir sin su hijo pequeño, y encima cargar con el sentimiento de culpa por haberlo dejado morir. Para ella había sido la única manera de salvar a sus otros dos niños.

—El vacío y el frío nunca se van del todo. Incluso cuando piensas que ya ha pasado lo peor. Cuando por fin se te escapa una risa, el agujero negro sigue allí intentando arrastrarte hacia él. Pero llegará un momento en el que podrás soportar tu vida sin la necesidad constante de pensar que te quieres morir.

Cuando conocí a Lucía, el miércoles anterior —no había pasado ni siquiera una semana, pero parecía haber transcurrido una eternidad—, mi vida era casi perfecta. Un buen trabajo, éxito con mi primera novela pero sobre todo un hijo que me había enseñado a ser una persona diferente, a depender completamente y sin límites del amor de alguien que ahora me habían arrancado de cuajo.

No empecé a necesitar así a Pablo, de esa manera desesperada en la que solo se quiere a un hijo, hasta que su padre se lo llevó tres meses a Estados Unidos, cuando tenía dos años. Y nunca lo había querido y necesitado tanto como en ese momento en el que lo había perdido para siempre.

—¿Por qué has venido? Os engañé a todos cuando fui a la terapia y te engañé especialmente a ti, porque fuiste tú quien contaste tu historia ese día.

—Hubo un momento en el que saliste de la sala y volviste a entrar. Y entonces, no sé por qué, te reconocí. Estabas diferente, pero te reconocí. Y algo me hizo pensar que lo que estaba contando, la muerte de mi hijo, te llenó de una pena que solo sienten muy pocas personas, como si hubieras tenido una experiencia violenta en tu vida. Quise preguntarte, pero te fuiste antes de tiempo.

Me asusté. ¿Hasta qué punto una madre que ha pasado por la pérdida traumática de un hijo tiene esa sensibilidad y es capaz de ver lo que otros no ven?

El dolor. La culpa. El miedo. Esa mujer había sabido leer en mi interior mejor que cualquiera de las personas con las que compartía mi vida.

Aunque en ese momento eso ya no importaba.

\*\*\*

A Ana se le quedó la hora grabada en cada poro de su piel y en cada neurona de su cerebro, como si fuera un reloj que se hubiera parado en el momento de una tragedia. Era la una y treinta y ocho minutos de la noche cuando sonó su teléfono. Había decidido irse a casa a dormir un poco porque la búsqueda y el procesamiento de las pruebas aún tardarían bastante. Tenía que estar despejada para seguir buscando al asesino de los niños y para evitar que ese cabrón volviera a actuar de nuevo.

En el hospital, Kike seguía inconsciente. Era el único niño que había sobrevivido a Slenderman y su testimonio, si lograba salir del coma, iba a ser fundamental. ¿Quién se lo había llevado? ¿Cómo? ¿Qué había pasado en los seis días en los que había estado desaparecido? También para eso tenía que esperar.

Y a Ana no se le daba bien esperar.

Por eso, cuando la despertó el sonido de su móvil, supo que había pasado algo importante. Quizá Kike se había despertado y recordaba alguna cosa. O quizá las pruebas habían dado algún hilo del que tirar.

El teléfono seguía sonando sobre el colchón. Ana ya no lo dejaba sobre la mesita de noche sino a su lado, en la gran cama en la que dormía, para poder alcanzarlo con solo estirar la mano sin riesgo de que cayera al suelo. Años atrás, en otro de esos casos de vida o muerte, Ana recibió una llamada crucial a las dos y media de la madrugada. El asesino había conseguido su número personal y quería jugar con ella. Pero cuando la inspectora jefa alargó la mano hacia la mesilla de noche y medio dormida tanteó la superficie para coger el teléfono, no calculó bien y el móvil acabó estrellándose en el suelo. Destrozado. La llamada fue a parar al buzón de voz. Para cuando Ana la escuchó, era ya demasiado tarde. Perdieron así una oportunidad de oro.

Antes de descolgar, Ana intentó ver quién llamaba, pero estaba perdiendo vista. No mucho, solo un poco, aunque lo suficiente para que la pantalla estuviera desenfocada durante unos segundos hasta que el ojo conseguía acostumbrarse a la luz y forzarse a sí mismo a leer lo que había allí escrito. Por eso le sorprendió escuchar la voz de su compañero en la dirección de la investigación. Jesús Silvelo sonaba nervioso. Muy nervioso.

—Ana, tienes que venir. Enseguida.

—Jesús, ¿qué pasa?

—Ana, hazme caso. No te mates por el camino, pero ven.

—¿Ha desaparecido otro niño?

—No, Ana, no. Estate tranquila. La máquina ya ha analizado el ADN de los cabellos

encontrados en el jersey de lana de Nicolás. Son de tres personas.

Ana no fue capaz de preguntar. Sabía lo que venía a continuación. No sabía quién, pero sí el qué.

—Y hay una coincidencia —añadió Silvelo antes de colgar—. Ven antes de que tenga que llamar a Ruipérez para contárselo.

Lo que en ese momento no le quiso decir el inspector era a quién pertenecía ese pelo. Porque si se lo decía, Ana iba a cometer una locura.

Nadie llama así a la puerta si no es algo grave. Y mucho menos de madrugada. Solo la policía — pensó— aporrea la puerta de una casa como si fuera a tirarla. Y no dudaba de que lo iban a hacer si no abría pronto.

No le dio tiempo a ponerse un pantalón encima de los calzoncillos con los que dormía. Ni siquiera a coger la camiseta que había tirado a los pies de la cama antes de caer rendido sobre el colchón. Como no abra rápido —pensó—, me destrozan la casa.

En los doce segundos que pasaron desde que le despertaron los golpes hasta que abrió la puerta, el chute de adrenalina ya había alcanzado cada rincón de su cuerpo. Para cuando empezó a girar la llave en la cerradura estaba espídico. Y entre las muchísimas cosas que le dio tiempo a pensar en ese instante destacaba una: ¿quién coño vendrá a por mí? Porque estaba claro que aquello iba a ser una detención.

Giró las cuatro vueltas que tenía su llave y bajó la manecilla que recogía el resbalón.

Frente a su puerta, siete geos listos para cualquier tontería que se le ocurriera hacer. Mirándolo sin parpadear. Adelantándose incluso a sus pensamientos.

Entonces la vio. Allí, detrás del equipo de intervención, haciendo esfuerzos para no derrumbarse, estaba Charo. No fue ella quien habló, sino el oficial de policía que la acompañaba.

—Lo siento. Tengo una orden de detención.

—¿Qué es esta tontería? ¿Qué es lo que pasa? —preguntó él, mirando directamente a Charo. Intentando obligarla a contestarle.

Pero Charo se quedó callada. No le salía la voz. Solo lo observaba. Y ni siquiera eso. Parecía que tenía la vista fija en los ojos de su compañero, aunque su mirada estaba perdida más allá, atravesando el cráneo del hombre al que iba a detener. Miraba sin ver. Aún tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, con un pequeño movimiento de la mano señaló las esposas que llevaba colgadas del cinturón.

—¿Esto es una detención? —él empezaba a levantar la voz—. Charo, mírame. A los ojos. ¿Esto es una detención?

Charo sabía que tenía que hablar, pero no podía. No le salían las palabras. ¿Que de qué se le acusaba? Era tan grave que no quería decirlo, porque si lo decía iba a ser verdad. Y no podía ser verdad.

—¿Me vas a esposar?

—¿Hace falta? —acertó a decir ella, bajando la mirada al suelo. Los geos que la acompañaban seguían escrutando cada uno de sus gestos.

—Sabes que no. Vamos —claudicó él.

Salió detenido de su casa un martes —en realidad, ya era miércoles— a las dos y veinte

minutos de la madrugada. Era el único sospechoso al que acusaban las pruebas.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó en el coche que lo trasladaba a comisaría.  
Nadie contestó.

\*\*\*

El inspector Jesús Silvelo tenía razón. Le hubiera hecho falta una camisa de fuerza para contener la ira de Ana. Ella llegó al despacho en un tiempo récord, apenas veinte minutos después de que la despertara. Debió de conducir a velocidad suicida por las calles de Madrid. Ni siquiera con las luces y la sirena se podía llegar en tan poco tiempo desde su casa en la calle Amanuel hasta el otro extremo de la ciudad.

Cuando entró por la puerta del despacho que compartían durante esa investigación, tenía la respiración entrecortada. Tuvo que inspirar y expirar un par de veces para poder empezar a hablar.

—¿Qué coño pasa? ¿Qué coño está pasando? ¿Qué es lo que ha saltado en las muestras de ADN del cadáver de ese niño?

—Siéntate, por favor.

—No me voy a sentar. Dime ya qué coño está pasando.

—A ver, Ana. Tranquila.

El inspector fue moviéndose despacio, para interponerse entre ella y la puerta. Lo último que quería era que saliera corriendo antes de poder calmarla un poco.

—El niño es Nicolás, el ADN acaba de confirmarlo. ¿Quieres que llamemos a los padres ahora o esperamos a mañana?

Pareció confundida. Se descentró por unos instantes. Miró a su compañero como si no entendiera nada. Pero enseguida reaccionó. La identificación de Nicolás no podía ser lo único que había pasado esa madrugada. Por algo así Silvelo no la hubiera hecho ir a jefatura en plena noche.

—¿Para decirme eso me haces venir aquí? ¿En plena madrugada? ¿Y a toda prisa? No soy imbécil. Dime qué está pasando. ¡Y ya!

—Los del laboratorio han podido sacar el ADN de varias de las muestras del cabello que estaba adherido a la lana del jersey.

—Eso ya lo sabía. Al grano.

Era buena señal. Empezaba a salir la policía que había en Ana. Silvelo la llevó un poco más por la senda analítica y racional antes de soltarle el bombazo.

—El ADN de los cabellos pertenece a tres personas. Dos hombres y una mujer.

—Identidades —exigió Ana.

—Hemos podido procesar el de uno de los hombres. Y hay una coincidencia. —El inspector seguía retrasando el momento de la verdad.

—Dímelo ya.

—El CODIS ha dado una coincidencia. Uno de los dos hombres está fichado. Pero no por ningún delito. Su perfil genético está en la base de datos de manera preventiva.

Ana empezaba a entender lo que implicaban esas palabras. Y no le estaba gustando nada. Alguien no fichado por ningún delito pero cuyo perfil genético estuviera en la base de datos solo podía significar una cosa: esa persona era un policía al que le habían tomado muestras de ADN para descartar contaminación en la escena de un crimen. O el familiar de alguna víctima.

—¿Quién es? ¿Quién de los nuestros es?

—Ana, por favor, lo que te voy a decir te va a afectar mucho. —Ella lo miró con los ojos perdidos, sin entender, o quizá porque estaba empezando a entender lo que pasaba—. Necesito que te calmes, aunque sea un poco, antes de levantar el teléfono o salir de este despacho. ¿De acuerdo? Necesito que escuches esto con tu cabeza de policía, no con tu corazón.

El inspector fue acercándose a su compañera, hasta prácticamente invadir su espacio personal.

—En estos momentos una patrulla está deteniendo en su casa al subinspector Javier Nori García.

Fue lo último que Ana podía esperarse. Un puñetazo brutal en la boca del estómago que literalmente dobló todo su cuerpo hacia delante, como si el golpe hubiera sido físico. Hay dolores del alma que hieren mucho más al cuerpo que un impacto real. Durante unos segundos fue incapaz de respirar o pensar. Era imposible, sencillamente imposible. Su cabeza se negaba a aceptarlo.

—Las pruebas están ahí. El ADN del subinspector estaba en el jersey de Nicolás. Y él no apareció por la escena del crimen, no ha podido haber contaminación.

—Pues la ha habido, Jesús, la ha habido. Nori es inocente. Pongo mi mano en el fuego por él. Me meto entera en un horno crematorio por él. Nori no lo ha hecho.

—Sé que no solo es tu *subi*, sino que también es tu amigo y que llevas mucho tiempo trabajando con él. Pero no solo tenemos el pelo. Hay más cosas.

No era solo el ADN en el cabello encontrado en el jersey del cadáver lo que incriminaba a Javier Nori. También estaban las coartadas. O las no coartadas, en este caso. En los momentos en los que se produjeron las tres desapariciones el subinspector no estaba de servicio. Jesús Silvelo lo acababa de comprobar en el sistema. Cuando desapareció Nicolás, en pleno verano, Nori estaba de vacaciones. Las pasó solo, en Madrid, Ana se acordaba perfectamente porque habían quedado varias veces para tomar una cerveza y porque, además, le pidió que volviera al trabajo cuando vio que la desaparición del niño se alargaba y no tenían ninguna pista. En el segundo de los casos, el subinspector tampoco tenía coartada. De hecho, el día y a la hora de la desaparición de Kike, Nori aún no había empezado su turno y, para rematar —Ana lo recordó mientras se lo iba contando Silvelo—, ese día había llegado tarde a trabajar. Y cuando desapareció Pablo, Javier Nori estaba en algún lugar de Madrid tras pasar la noche en Barcelona. Había cambiado su tren para volver a primera hora, solo, mientras Ana se quedaba hasta mediodía en su ciudad natal.

Tres secuestros, tres ventanas de oportunidad. ¿Demasiadas coincidencias? Jesús Silvelo no creía en el azar.

—Tendrá que justificar dónde estaba en cada uno de esos momentos. A ver por dónde sale. Y, aunque aporte coartadas sólidas, aún puede estar implicado como cómplice. El ADN no miente.

—Tiene que estar contaminada. La prueba tiene que estar contaminada. No puede ser otra cosa. —Ana se desesperaba por encontrarle una lógica a todo aquello.

—Sí, todo es posible, incluso una prueba contaminada. No sería el primer caso. La ciencia es ciencia, pero son los humanos los que procesan las pruebas. Aunque hay algo que pinta mal para tu *subi*: no ha tenido relación alguna con el cuerpo ni con la ropa que llevaba el niño. Es casi imposible que se trate de una contaminación en la escena del crimen.

—Casi imposible, pero no imposible. Y voy a demostrártelo.

Ana salió a toda prisa de su despacho, mientras a Jesús Silvelo le caía, por descarte, el deber de llamar al comisario Ruipérez, despertarlo y contarle a quién acababan de detener. Hubiera

preferido tirarse por una ventana, pero era lo que había. No podía esperar a mañana.

\*\*\*

Llevaba diez años trabajando allí, pero cuando entró detenido en jefatura todo le pareció nuevo, como si fuera la primera vez que visitaba el grupo de edificios donde trabajaba su brigada. Le dio tiempo a fijarse en cosas que nunca veía. La luz, los olores e incluso el peso del aire parecían distintos, pero eran los mismos de siempre, lo distinto era la mirada, el olfato o la piel que los sentían, como si él ya no fuera la misma persona que había sido hasta entonces y su cuerpo interpretara lo que le rodeaba de manera diferente.

Charo no habló con él en todo el trayecto. Ni Nori con su compañera. Sabían que el silencio era lo mejor. Para no decirse cosas que no querían articular. Para no sellar pactos que no podían cumplir. Para no jurar compromisos que no podían mantener.

Además, no iban solos. El coche lo conducía un compañero del grupo de secuestros. Mejor callar a que alguna palabra pudiera ser malinterpretada.

\*\*\*

La inspectora jefa Ana Arén parecía un lobo enjaulado. Caminaba a grandes zancadas por la sala principal de su brigada. Se levantaba. Se sentaba. Se levantaba. Se sentaba. Estaba tan nerviosa que no sabía ni qué hacer con sus manos. Las estrujaba como quien retuerce un estropajo, hasta que tenía que parar por culpa del dolor. ¿Por qué —pensó—, por qué cuando estamos nerviosos las manos se convierten en un problema?

Sin saber qué hacer, cruzó al edificio anexo, hacia la sede de la policía científica, para ver si encontraba a alguien en el laboratorio de ADN. Las luces estaban encendidas —las máquinas seguían procesando información las veinticuatro horas del día—, pero allí no había nadie. Ana empujó la puerta de acceso y no se abrió. Miró por un pequeño ojo de buey y no fue capaz de ver a ningún técnico. Era extraño. Justo cuando regresaba al edificio de su brigada, recibió una llamada de teléfono. Imaginaba quién sería antes de descolgar.

—¿Y tú eres policía? ¿Tú eres policía y fuiste incapaz de verlo teniéndolo ante tus propias narices todo este tiempo?

A Ruipérez no le hacía falta estar totalmente despierto para que su mala hostia se pusiera en modo propulsión. La de Ana también estaba en niveles máximos, pero desde algún lugar en el fondo de su desesperación se encendió una luz de alarma; la misma luz que ha salvado al ser humano de la extinción y que ahora parecemos tener averiada, como una luz de freno rota. Necesitaba estar a buenas con el comisario si quería seguir en el caso. No podía dejar tirado a Nori. No así. No ahora. Aguanta. Nori te necesita.

—Comisario, no sabemos si ha habido contaminación, ahora mismo es la hipótesis más probable.

—Será tu hipótesis más probable, inspectora jefa.

—Pero... —empezó a decir ella.

—Pero nada. Escúchame. Y no te lo voy a volver a repetir —la interrumpió el comisario—. Piensa como una policía, cojones. Olvídate de que es Nori. Imagina que el detenido esta noche es una persona desconocida. ¿Qué pensarías? ¿Qué pensaría de él tu mente analítica? ¿Qué pensarían de él tus años de experiencia?

Ana no pudo contestar. Porque la respuesta era obvia. Si el detenido fuera un desconocido, pensaría que era culpable. Prácticamente al cien por cien.



No hay nada peor que contemplar a tu hijo tras un cristal.

No hay nada peor que verlo allí, metido en un ataúd tras el cristal de la sala de un tanatorio, y no poder alargar el brazo para tocarlo. Cuando abres la puerta y tus ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad —su familiar estará preparado en la sala seis en unos minutos, te habían informado en recepción—, lo primero que ves es tu silueta enmarcada en la luz que se cuela por el marco de la puerta. Pero está oscuro —aún no te atreves a darle al interruptor de la luz, como si la oscuridad hiciera todo menos real— y no alcanzas a ver lo que hay detrás de la enorme cristalera al fondo de la sala en la que te ves reflejado. Lo intuyes. En realidad, lo sabes. Detrás de ese cristal hay una cortina. Y detrás de esa cortina están colocando el ataúd de tu hijo.

Al cabo de unos segundos alguien descorre la tela.

Y entonces lo ves.

Al otro lado del cristal. Solo. Solo ya para siempre.

Y sola tú también, en el lado contrario.

En el lado equivocado del cristal.

Mi madre y yo nos cogimos de la mano y empezamos a dar pasos pequeños, pasos titubeantes, pasos que nos abrían las tripas en canal. Aún no había llegado nadie. Acababan de abrir el tanatorio. Willy, el padre de Pablo, estaba saltando de avión en avión intentando llegar a Madrid desde algún remoto pueblo de Estados Unidos al que lo había mandado su periódico para cubrir un sórdido escándalo de un importante congresista, algo sobre prostitución de menores, no sé, no le entendí bien cuando me lo contó. Tampoco me importaba. Cuatro años antes, frente al mismo número de teléfono, yo había tenido el mismo miedo. Aquella vez lo llamé para decirle que estaba embarazada. Ahora lo llamaba para contarle que su hijo había muerto.

Cuando llegamos a la mampara que nos separaba de mi niño, mi madre y yo seguíamos cogidas de la mano. No podría decir quién apretaba más fuerte. O quién necesitaba más de la otra mano para sostenerse en este mundo. Cinco o diez minutos más tarde, o quizá una hora, no lo sé, porque el tiempo no era ya para mí una medida capaz de contar el transcurrir de la vida, levanté los ojos, miré a mi madre y me entendió sin que tuviera que decírselo. Me dijo que sí, adelante, hazlo si sirve para aliviar un poco tu dolor.

Así que lo hice.

Me levanté y abrí la puerta disimulada en un rincón de la sala. Daba a un pasillo anodino, con el suelo cubierto con algún tipo de cemento pulido de manera burda y las paredes cuajadas de baldosas blancas —se limpian más fácilmente, me vino a la cabeza entonces. ¿Cómo pude pensar eso en medio de tanto dolor?—. Hacía frío. Aunque quizá no hacía frío, sino que el frío estaba dentro de mí. Uno de esos fríos que se te meten en el alma y no la sueltan nunca más. Miré a la

derecha. Tenía que ser esa. Abrí la puerta siguiente a la que había utilizado para entrar y me encontré al otro lado del cristal.

En el lado de mi hijo.

En el lado en el que debería haber estado yo mucho antes que él.

Alargué la mano muy despacio, con miedo. Vi cómo mis dedos temblaban, y era extraño porque yo no sentía ese temblor, como si no fuera mía esa mano que tanteaba casi a ciegas en busca de una piel, o como si algo la hubiera separado de mi cuerpo. Toqué a Pablo. Me sorprendió lo frío que estaba. La piel no solo había perdido su calor, sino también su elasticidad. Mi hijo estaba helado y pétreo, como si lo hubieran esculpido en mármol y la muerte lo hubiera convertido —para toda la eternidad— en una de esas esculturas que se tallaban sobre las tumbas de reyes y nobles para recordar vivos a los muertos que se pudrían debajo. Deslicé las yemas de los dedos por la curva del puente de su nariz. Le toqué los labios. Le acaricié las mejillas. Lo besé. Adiós, hijo mío, adiós. Siento no haberte podido proteger. Siento no haber sido la mejor madre del mundo para ti. La madre que te merecías y que no supe ser.

Levanté la vista. Mamá me miraba llorando, pegada al otro lado del cristal. Sus lágrimas habían formado un trazo de vaho que crecía como su pena.

\*\*\*

Ana pasó la noche intentando reunir evidencias que probaran la inocencia de Nori, pero Ruipérez había echado el cerrojo sobre el caso: ceguera absoluta. Nadie podía saber que el subinspector estaba detenido. Los pocos agentes que habían participado en la detención o en el papeleo de ingreso en jefatura recibieron la llamada directa de su comisario para exigirles que mantuvieran la boca cerrada. Ruipérez también prohibió que nadie bajara a los calabozos a hablar o a interrogar a Javier Nori hasta nueva orden.

La prohibición incluyó expresamente el nombre de Ana Arén. No podía entrar en contacto con el detenido ni hablar con nadie del caso. El comisario estaba intentando contener la herida antes de que la bomba le estallara entre las manos. Tener a un presunto pederasta, secuestrador y asesino de menores en la policía ya era suficiente escándalo como para hundir su carrera. Pero si encima ese policía pertenecía a la brigada que combatía esos delitos contra los niños, los ceses iban a ascender por el escalafón como un fuego pirotécnico. Y en estos casos nunca se sabía dónde iba a producirse el gran estallido final, hasta dónde iba a llegar la pólvora en su ascenso. Podía quemar incluso al ministro del Interior. Esa vez quizá no lo salvara ni la intercesión divina ni todas las medallas que se habían llevado las Vírgenes del país en su impagable servicio a la protección nacional.

El objetivo primordial era controlar la crisis hasta que tuvieran suficientes argumentos para poder salir con toda la artillería a dar la noticia.

A una hora que consideró prudencial, las ocho de la mañana, la inspectora jefa Arén empezó las llamadas para procurarle una coartada a su amigo. No quiso asustar a su madre, una mujer mayor que sufría del corazón y que vivía en un pequeño pueblo de la sierra de Huelva. De los amigos del subinspector solo conocía a un par de colegas del equipo de fútbol. Al final, los policías terminaban relacionándose con policías. Era una profesión muy endogámica. Le costó un buen rato dar con sus teléfonos.

—¿Alejandro? Perdona que te moleste a estas horas. Soy Ana. Ana Arén, la compañera de trabajo de Javier. Sí, la misma. No, no ha pasado nada grave, no te preocupes. Es que tengo a los

de asuntos internos encima, no te imaginas lo pesados que son, y me había olvidado completamente de un informe que tenía que haber entregado anoche. Bueno, sí, cosas de policías, ya sabes. Al final perdemos más el tiempo en el papeleo que pillando a los malos. Sí, claro, tienes razón. En fin, que perdona la hora y las prisas, pero me han obligado a hacer unos informes de mi brigada y ellos no pueden saber nada. Sí, un rollo. En fin, que necesitaría que me dijeras, si te acuerdas, si el 16 de julio de hace dos años... Sí, hijo, sí, de hace dos años, hace dos veranos. Sí, eso, justo el verano en el que nació tu hija. Bueno, pues necesito saber si ese día, que era domingo, ¿recuerdas si tuvisteis partido o entrenamiento o quedaste con Javier para algo? No te acuerdas. Claro. Es que ha pasado mucho tiempo. ¿Tienes agenda en el móvil? ¿Podrías mirarlo? ¿Me puedes decir en qué liguilla jugáis?

Ana lo intentó con las otras dos fechas, los días en que desaparecieron Kike y Pablo. Alejandro no había estado, ni había llamado ni sabía qué estaba haciendo en ese momento su amigo. Estaba convencida de que en cuanto colgara el teléfono, Alejandro iba a llamar a Nori para explicarle la extraña llamada de su jefa. Pero Nori estaba sin teléfono, incomunicado en un calabozo de esa misma jefatura.

—Joan...

—¡Vaya, la inspectora jefa Arén dándome los buenos días! —bromeó sorprendido, sin darse cuenta de la gravedad con la que había pronunciado su nombre.

—Joan. Ha pasado algo muy grave.

Calló, incapaz de decir lo que tenía que decir. Las palabras se atascaron en su lengua. Si salían de ahí y las pronunciaba en voz alta, iban a ser verdad.

—No me asustes, Ana.

—Han detenido a Nori —soltó, de golpe, como quien vomita algo que le ha sentado mal.

—¿Detenido? ¿Por qué? ¿Por arrearle un guantazo al nuevo comisario? —siguió bromeando él, intentando quitar hierro a un asunto que no imaginaba tan grave.

Y a pesar de la orden de silencio impuesta por su jefe, Ana le contó todo lo que acababa de pasar. Le daban igual las posibles consecuencias. Necesitaba sentirse un poco, aunque fuera un poquito, mejor. Hablar ayudaba. Confiar en otras personas ayudaba. No siempre. No con todo el mundo. Pero con Joan sí. Empezaba a aprenderlo en ese momento. Y le sentaba bien. Ojalá no fuera ya demasiado tarde para su propia cordura.

—¿Quieres ayudar?

—¡Claro! ¿Cómo puedes dudarlo?

—Te voy a pedir una cosa, entonces.

—Lo que sea.

—¿Seguimos todos conectados al experimento del Parkinson?

Y Joan supo qué quería Ana sin que tuviera que pedirselo.

—Sabes que será difícil que acepten los resultados como prueba. El programa no está homologado, solo lo conocemos nosotros, y lo ideamos de manera preventiva, nunca como prueba acusatoria o exculpatoria ante la policía o ante un tribunal —le recordó Joan.

—Lo sé, pero así me darías algo de lo que tirar.

—¿Y si sale mal, Ana? ¿Te has parado a pensar qué pasaría si las fechas coinciden con los síntomas?

—¿Cómo puedes dudar de tu amigo? —Ana levantó la voz. Por primera vez le levantó la voz a Joan.

—No dudo, pero tengo que poner un poco de cordura en todo esto. No me puedo imaginar a

Nori haciendo nada ni remotamente semejante. Pero tienes que ser consciente de que igual el resultado no es el que te esperas. Todos llevamos un monstruo dentro, al que solo le falta un empujón (a veces solo un empujoncito) para salir a devorar el mundo.

¿No se trata de eso el ser policía?, estuvo a punto de rematar él. ¿No se trata precisamente de eso, de descubrir a los monstruos sean quienes sean? Tras colgar el teléfono, Ana recordó que tenía algo aún más duro que hacer. Comunicarles a unos padres el asesinato de su hijo.

\*\*\*

Tras la vorágine de la última semana, daba la sensación de que alguien le había dado al botón de cámara lenta. En realidad, las personas y los objetos habían recuperado el ritmo habitual del día a día, pero por contraste todo parecía más pausado esa mañana en la brigada de Ana Arén. Muy pocos sabían que el presunto culpable estaba a varios metros bajo sus pies, encerrado en uno de los calabozos de jefatura. Y que, además, era compañero de todos ellos. Pero los tres niños habían aparecido —aunque dos de ellos estaban muertos— y eso les daba un poco de aire a todos.

—¿Sabes algo de Nori? —le preguntó en un susurro.

Charo levantó la vista de la pantalla del ordenador. José Barriga se dio cuenta de que tenía los ojos hinchados y la cara congestionada y dedujo que se había pasado la noche llorando. El maquillaje apenas podía disimular los restos del llanto. Se sentía sola y desorientada. Llevaba solo cuatro meses en la brigada, pero se había hecho muy amiga del subinspector. Y este era su primer caso de verdad desde que salió de la academia. En su anterior destino, la protección de las embajadas y su personal, solo realizaba tareas de vigilancia.

—Yo también soy nuevo aquí —le dijo él, intentando calmarla—, apenas llevo una semana, y me pierdo en todo lo que está pasando. Pero no puedes permitir que las cosas te afecten tanto.

¿De verdad hay alguna manera de permitir que las cosas nos afecten menos?, pensó Charo.

—¿Cómo puede un policía hacer algo así?

—¿Cómo puede cualquier persona hacer algo así?

Barriga cogió una de las viejas sillas de oficina con ruedas y la arrastró hasta ponerla junto a su compañera. Se sentó a su lado y alargó la mano.

—Toma.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—¿Aparte de un *pendrive*? —intentó bromear—. Algo para que ocupes esa cabeza. Un *pendrive* lleno de imágenes de las cámaras de seguridad cercanas a los depósitos de basura por los que pudieron tirar a Pablo.

—Asústame.

—Ciento cinco cámaras. Hemos cogido veinticuatro horas de grabación de cada una, desde que desaparece Pablo hasta que encuentran su cuerpo.

Más de dos mil quinientas horas de vídeo. Sin contar las que ya tenían. Sin contar tampoco con varias toneladas de hormigón de la casa. Era desalentador. Pero más les valía seguir hurgando.

\*\*\*

El recuerdo del cadáver de su padre descomponiéndose y esa larga agonía que debió de sufrir ahí

solo, tirado en el suelo, intentando llegar al teléfono durante más de veinticuatro horas, cambiaron a Ana Arén definitivamente cuando tan solo tenía veintidós años. Se volvió una persona dura, huraña y esquiva con los que la rodeaban. Marcaba distancias, era muy difícil llegar a cruzar su espacio personal.

Menos para las víctimas.

Ana se transformaba cuando hablaba con una víctima. En los quince años que llevaba en el cuerpo le había tocado comunicar decenas de muertes inesperadas a familiares que eran incapaces de imaginar la noticia que estaban a punto de recibir. Ana siempre los vigilaba durante unos minutos, intentando alargar esos momentos de cotidianidad que iba a destrozar para siempre. Un minuto más —se repetía—, voy a darles un minuto más; aunque ellos nunca llegaran a saber el regalo que les estaba haciendo esa policía.

La familia que cenaba delante de la tele. Los padres que dormían una madrugada de sábado. El hijo que estaba estudiando en la biblioteca de la universidad. No, no ha muerto, es imposible, si hablé esta mañana con él, le decían todos, como si una conversación fuera la pócima mágica de la inmortalidad. Como si unos segundos no pudieran romper una vida para siempre. Estaba ahí, ¿cómo puede ya no estar? No, no ha muerto, es imposible. Y Ana veía en ellos su propia imagen de años atrás, esa estudiante de policía que caminaba de puntillas agarrada a la pared de su casa, avanzando paso a paso sabiendo que su padre estaba muerto al fondo de ese pasillo, pero intentando retrasar el momento en que, una vez visto el cadáver, esa muerte fuera ya inevitable. Entremos —les decía a los padres de los chicos fallecidos—, entremos. Ven, vamos a sentarnos en un banco al sol, le decía al estudiante. Niños, ¿os pongo dibujos mientras hablo con vuestra madre?, decía en casa de la familia.

Y les cogía del brazo, o les daba la mano, o los abrazaba. Cada persona necesitaba un contacto corporal distinto ante el dolor y Ana tenía la capacidad de detectar en cada momento cuál era. Algunas personas querían que alguien las abrazara y no las dejara caer. Para otras, cualquier contacto físico era como la descarga de un rayo de dolor. Miren, acabo de hablar con el médico forense. Su hijo ha muerto de camino al hospital. Ha tenido un accidente de coche. Lo siento muchísimo, de verdad. ¿A quién quieren que llame? ¿En qué puedo ayudarles?

Con los padres de Nicolás fue más fácil y más duro a la vez. Fácil porque se acababan las dudas, la angustia y el no saber. Duro porque mientras su hijo estuviera desaparecido siempre les quedaría la esperanza de volver a verlo vivo.

Y Ana iba a terminar con ella de golpe.

—Tengo que ir al tanatorio. ¿Alguna novedad?

Ana llamó a Silvelo desde el coche. Aún le temblaban las manos. Tenía que concentrarse para agarrar bien el volante.

—¿Qué tal ha ido la visita a los padres de Nicolás?

—Es de las peores cosas que he tenido que hacer en la vida. A ver si pillamos pronto a ese cabrón.

El inspector jefe tendría que haberle recordado que lo más probable era que ese cabrón estuviera ya en los calabozos, exactamente tres plantas por debajo de su despacho, pero prefirió que ella purgara el dolor a su manera. Debía de ser terrible que tu propio compañero policía, y amigo además, fuera la persona detenida por un crimen que llevabas investigando dos años y que casi te vuelve loca. El culpable estaba allí, todo ese tiempo, y no lo viste.

Ana se debatía entre la negación y la culpa.

—¿Te acompaño?

—Es algo que tengo que hacer sola.

—No te voy a tomar por imbécil recordándote que no le puedes decir nada a Inés, ¿se llama Inés, verdad?, sobre la detención del subinspector.

—Y yo tampoco te voy a tomar por imbécil pensando que yo pensaba decírselo.

El tanatorio de la M30 añadía más depresión aún a la muerte. Era un indigesto mazacote gris construido junto a la vía con más circulación y atascos de la ciudad. Cuando lo encargó, las intenciones del alcalde de la Movida, el hombre que sacó a Madrid de la oscuridad mental y urbana de cuarenta años de dictadura, debieron de ser buenas, pero los gustos de los años ochenta eran igual de terribles en arquitectura que en la moda, dominada por cardados y hombreras imposibles.

Hubiera sido un lugar deprimente aunque su función no fuera albergar a los recién muertos y a las personas que los lloraban.

No le hizo falta mirar en qué sala estaba Pablo. Los funerales de los niños siempre son los más concurridos. En una extraña paradoja de la vida, cuanto más vives y a más gente conoces, menos personas van a tu entierro. Quizá es que cuanto menos pasas por este mundo, menos tiempo tienes para decepcionar y hacer daño a los demás.

Ana no pudo evitar examinar a la multitud en busca de algún sospechoso. Le podían la inercia y la costumbre, de la misma manera que en un restaurante nunca se sentaba de espaldas a la puerta. Y quizá sí que el responsable de la muerte del niño estuviera allí. Su cabeza seguía luchando por eliminar a Nori de la ecuación.

En un rincón del patio central, perdido y descentrado, Sam lloraba en silencio. Se había

sentado en un pequeño alféizar de hormigón y la cabeza, ladeada, se apoyaba en la pared. Parecía la madre doliente de un Cristo pintado por Caravaggio. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas con una cadencia hipnótica. Verlo rompía el alma.

El *au pair* había quedado en libertad nada más declarar ante la brigada. Contó que había estado todo el fin de semana de fiesta por Madrid con un grupo de británicos con los que salía habitualmente. Todos corroboraron su coartada. Aunque no hubiera hecho falta. Se volvió loco al saber que Pablo había sido secuestrado. Tanto dolor no podía fingirse.

Vi a Ana cuando entró a la sala en la que estaba velando a mi hijo. Yo seguía pegada al cristal, mirándolo, sintiéndolo. Era la última vez en la que íbamos a estar juntos, cerca el uno del otro, y no quería apartarme de allí. Necesitaba atesorar cada uno de los últimos segundos junto a mi pequeño. Pero, por mucho que apretara los puños, el tiempo se me escapaba entre las manos. Ya cada vez quedaba menos para que lo metieran bajo tierra.

Ana vino hacia mí caminando poco a poco, sin dejar de mirarme. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Era todo lo que fue capaz de decirme. No he podido salvarlo. Perdóname. Noté cómo temblaba.

Seguíamos abrazadas —a veces es más fácil dar un abrazo que tener que mirar a alguien cara a cara y verse obligado a llenar el silencio con palabras— cuando nos interrumpieron. Más gente, más condolencias, más abrazos, más tienes que ser fuerte.

Demasiadas personas a nuestro alrededor. Y quizá demasiado dolor por no haber podido salvar a mi hijo. Ana bajó la vista y se fue sin despedirse, mientras yo seguía recibiendo abrazos. La vi de espaldas, caminando como si arrastrara un peso atado a sus tobillos.

Cuando volvió a salir al patio central, la perdí de vista, pero allí Ana distinguió entre la multitud a Willy, el padre de Pablo, que acababa de aterrizar tras más de veinte horas de viaje.

—Ana, dime que lo cogeréis.

Fue lo primero que le dijo mientras se fundían en un largo y doloroso abrazo. A pesar de vivir a más de seis mil kilómetros de distancia, Willy había pasado largas temporadas con su hijo, y estaba en permanente contacto con él. Nunca transcurría más de una semana sin que los dos hablaran un rato por Skype.

—¿Cómo estás?

—Aún no me lo creo. —Los ojos, enrojecidos de tanto llorar, apenas podían enfocar la mirada.

—Vete a ver a Inés —le pidió—. Parece que no, pero te necesita. Eres una de las personas que más la conoce en el mundo. Y yo me tengo que ir. Tengo que pillar a ese hijo de puta. Llámame para lo que necesites, ¿vale? Y sobre todo, llámame antes de irte, quiero verte antes de que vuelvas a Estados Unidos.

Fuera del gran patio central, en el exterior del tanatorio, se agolpaban una veintena de cámaras, decenas de fotógrafos y más de cincuenta periodistas. Ana bajó la cabeza para que no la reconocieran —afortunadamente no iba vestida de uniforme— y dio un rodeo evitando la melé.

Su teléfono sonó mientras accionaba el mando para abrir el coche.

—Ana, ¿estás viendo la tele? —le preguntó Silvelo.

—Estoy saliendo del tanatorio, me pillas a punto de subir al coche.

—Pues sube y pon la radio. Cualquier emisora informativa. Menudos hijos de puta.

Tres palabras le bastaron para saber quién estaba hablando. El ministro del Interior. No iba a ser capaz, pensó, no iban a ser capaces esa panda de cabrones de dar una rueda de prensa para hacer público el nombre de Nori.

—En estos momentos aún es pronto para que les podamos contar más cosas —estaba diciendo el ministro—, pero sí que les puedo asegurar que tenemos pruebas suficientes. En concreto, una prueba forense localizada en el cadáver de uno de los niños.

—¿Pueden descartar totalmente la contaminación de la escena del crimen?

—Totalmente. El subinspector Javier Nori no tuvo contacto alguno ni con la escena del crimen ni con el cadáver ni con el laboratorio que examinó las pruebas. Ese extremo queda excluido por completo.

Estaban hundiendo a Nori en un charco de mierda del que nunca podría terminar de salir del todo, ni aunque se demostrara su inocencia. Ana podía imaginar cómo y por qué había surgido la idea de la rueda de prensa. Reunidos los altos cargos policiales y políticos, habían decidido dar ellos el primer paso, adelantándose a una posible filtración. En una crisis siempre era mejor llevar la iniciativa, y además, con esa impactante revelación, escondían bajo la alfombra la muerte de los dos niños. Sí, están muertos, pero nosotros hemos resuelto el crimen, hemos pillado al malo y el resto de las madres y de los padres pueden estar tranquilos. Eso era lo que querían transmitir con la rueda de prensa del ministro del Interior. Un cargo tan importante solo daba explicaciones en momentos estelares. Y ese lo era. Para lucirse. Otra medalla más. Otra muesca en el cinturón.

Cuando terminó la rueda de prensa, Ana se dio cuenta de que estaba sentada en el coche, en el garaje del tanatorio, a oscuras, y que ni siquiera había encendido el motor. Miró si tenía cobertura. Justo le entraba una llamada.

—Joan —contestó.

—Me acaba de saltar la alerta de la rueda de prensa de ese impresentable. Acaban de crucificar a Javi.

—Demostraremos que es inocente, te lo juro. Aunque sea lo único que haga.

—¿Has hablado con él?

—No, no me dejan, lo tienen incomunicado. Pero sigo estando al mando de esta investigación. Al menos que yo sepa. Ahora mismo me voy a hablar con Silvelo a ver si presionamos al comisario para que nos permita interrogarle.

Ana conducía despacio para salir del tanatorio. Seguía llegando gente. ¿Cuántos curiosos habría entre todas esas personas que iban a presentar sus condolencias? ¿Cuánto había de dolor real y cuánto de dolor fingido? ¿Cuánto de morbo?

—Además, ahora ya han soltado toda la presión, han abierto el pitorro de la olla exprés. Estarán más tranquilos —reflexionó Joan.

—Puede ser. Aunque este tipo de gente no razona como los demás. Solo les interesa su partida de ajedrez. Y esa partida es política, no tiene nada que ver con la nuestra. ¿Has podido pasar ya los datos del NeuroQWERTY de Nori por el programa de los pederastas?

—De eso quería hablarte. Ha surgido un problema. Me tengo que ir a París ahora mismo. Alguien ha metido un *bug* en los ordenadores centrales de una institución europea y ha tenido que ser alguien que trabaja dentro. Lo han descubierto por casualidad, pero tienen que pararlo antes de que se ejecute porque no saben qué mierda activará. Hay que hacerlo allí, sobre el terreno. Me voy ya.

—Joder. ¿No puedes decir que no? Esto es más importante.

—Ya lo he pensado. Pero no. No puedo decir que no. Si pudiera, ya lo habría hecho, ¿no crees? —Se abrió entre ellos el incómodo silencio de la verdad—. Mira, ya he pensado cómo podemos hacerlo. Te voy a dar acceso remoto al ordenador de casa donde tengo en marcha el



programa. Yo intentaré conectarme también, pero voy a estar dos horas y media en un avión, y luego metido en un búnker de alta seguridad. Posiblemente sin cobertura. No nos han dado detalles, y eso significa que es algo gordo, así que imagino que nos requisarán los móviles y cualquier otro artilugio que permita comunicarnos con el exterior. Vas a tener que ayudarme e ir adelantando trabajo. Te mandaré las instrucciones de cómo hacerlo, no te preocupes. Las escribo en el taxi de camino al aeropuerto.

Cuando llegó a su despacho, Ana abrió el correo electrónico de Joan. Lo hizo desde su móvil personal porque no quería que quedara ninguna constancia ni en el correo ni en el ordenador de la policía. Leyó las instrucciones, pero aún le haría falta una segunda lectura para comprenderlas bien. Y por lo que parecía, iba a necesitar un ordenador para calibrar los datos. No podía dejar ningún rastro en los de la brigada. Tendría que hacerlo desde su portátil personal. Y lo tenía en casa. Otra vez le tocaba atravesar la ciudad.

—Jefa, jefa. —Charo llegó corriendo desde la sala de la brigada—. Jefa, Kike ha despertado. Está consciente y habla. Tienes que ir al hospital enseguida.

Ana saltó de la silla y salió a la carrera, pero cuando cruzaba la puerta del despacho se paró en seco y dio marcha atrás. Encendió su pesado y antiguo ordenador de mesa y se conectó a la base de datos de la policía. Tenía algo muy importante que imprimir.

Salió del edificio apretando fuertemente un folio entre sus brazos y su pecho. Si se hubiera acordado de alguna plegaria, si hubiera creído en Dios, habría rezado para que sirviera.

—Kike, cariño, qué alegría verte despierto. Eres un niño muy fuerte. Más fuerte que Superman. ¿A que sí?

La suela de las zapatillas deportivas de Ana chirriaba contra el suelo de loseta pulida del hospital. Era un ruido desagradable, como el que haría la zapatilla si tuviera voz propia y pudiera quejarse del tormento de tener que restregarse y romperse contra la superficie por la que la estaban arrastrando. Me duele. Me duele. Me duele. Le chillaban las suelas a Ana. Aunque más que un grito propio, lo que hacían era amplificar el dolor que subía burbujeante por las venas de la inspectora jefa.

Debió de ser ese ruido —en una zona del hospital donde hasta el silencio era aséptico— el que alertó a los padres de Kike. Lola asomó la cabeza por la puerta de la habitación en la que estaba ingresado su hijo, extrañada quizá de que alguien llegara a la carrera por el pasillo. La policía había cerrado ese rincón de la UCI para proteger al niño y a sus padres, y solo podía acercarse el personal médico autorizado.

Por cosas como esa valía la pena cualquier sacrificio. Por cosas como la sonrisa de Lola cuando reconoció a Ana. Por cosas como el paso acelerado y los brazos abiertos con los que corrió hacia la inspectora jefa. Por cosas como el abrazo cálido, sincero y lleno de alivio que le dio.

—Has salvado a Kike. Gracias. Nunca podremos darte las gracias lo suficiente.

Solo a uno, pensó Ana. Solo había podido salvar a uno. Dos niños habían muerto porque ella no había sido capaz de resolver el puzzle a tiempo. Pero no era algo que pudieras decirles a los padres del único niño superviviente.

—Ya me han dicho que Kike ha despertado.

—Es un milagro. Nos has devuelto a nuestro hijo.

Lola seguía cogiendo las manos de la inspectora jefa entre las suyas como si fueran un delicado objeto al que devocionar. Eran las manos que le habían devuelto a su Kike.

—¿Crees que podría hablar con él un momento? Me gustaría preguntarle algunas cosas. Es importante para la investigación. ¿Puedo entrar a la habitación?

Ricardo estaba allí, claro. El padre de Kike. El hombre al que ella había detenido como primer sospechoso del secuestro del niño. El tipo al que ella había creído culpable y al que había interrogado casi con odio, arañándole el alma para intentarle sacar la verdad. Durante el interrogatorio le había dicho cosas terribles.

—Ricardo. —Ella se acercó para darle la mano.

—Vaya, inspectora jefa, ahora se acuerda perfectamente de mi nombre —escupió él, aún dolido.

—Es mi trabajo.

—Y encima tenía al asesino delante de sus narices y no fue capaz de verlo. Menuda policía. Hemos visto lo que ha dicho el ministro de su agente detenido.

—No puedo comentar detalles de la investigación con ustedes, compléndanlo.

—Ricardo, por favor —le reprendió su exmujer—. Por favor, ¿de acuerdo?

Las paredes de la habitación estaban pintadas con princesas y dragones. Unos dibujos preciosos que, sin embargo, no debían de gustarle demasiado a un niño que llevaba una camiseta de Superman —su camiseta preferida— el día de su desaparición. La camiseta que quizá le salvó la vida.

—Oye, Kike, yo creo que aquí falta Superman, ¿no te parece? Igual podemos decirle a los médicos que pinten uno.

Ana se colocó a un lado de la cama. Los padres se habían retirado y observaban la escena atentamente desde la pared del fondo. La inspectora jefa les había pedido que no estuvieran demasiado cerca para no influir en las respuestas del niño.

Desde que la destinaron al grupo de menores del SAF, Ana Arén había tenido que aprender a hablar con los niños. Había pasado mucho tiempo intentando asimilar los secretos de la delicadísima técnica del interrogatorio policial a menores. Los pequeños de la edad de Kike atribuyen a los adultos, sobre todo a los padres y a los cuidadores, las habilidades de un superhéroe. Lo pueden todo. Lo saben todo. Nunca me engañarán. Por eso hay que mantenerlos en un segundo plano, para que no influyan en la declaración de los menores.

—Me llamo Ana. ¿Me dejas estar aquí contigo un poquito?

Ana respondió a la medio sonrisa de Kike acercándose justo hasta el borde de la cama.

—No llevo el uniforme, pero ¿sabes de qué trabajo? —El niño negó con la cabeza—. Soy policía.

—¿Policía de los cabrones que ponen multas?

La respuesta sorprendió a todos en la habitación. A Ana se le escapó la risa, pero Lola dio un codazo a su exmarido. «¿Ves? ¿Ves? Copia todo lo que te ve hacer, no puedes hablar así delante del niño», le dijo en susurros.

—No, yo no pongo multas, Kike. La policía para la que yo trabajo no pone multas. Yo persigo a los malos.

—Pero mi papá no es malo y le ponen multas.

—Bueno, igual es que conduce un poco rápido, ¿no crees?

—Es que si no —Kike argumentaba con toda seriedad— llegamos tarde al cole.

—Bueno, no te preocupes, que como soy policía igual puedo arreglar lo de las multas, ¿te parece?

El niño sonrió encantado, mirando a su padre. ¿Ves, papá, como he arreglado las cosas? En una situación traumática como la que acababa de sufrir Kike, los niños desarrollan una urgencia vital por ser queridos y apreciados por los adultos. Ana no podía dejar que eso influyera en sus respuestas.

—Kike, pero ahora necesito que me ayudes. ¿Quieres?

—Sí. —Miró a sus padres buscando aprobación. Lola asintió con la cabeza, animando a su hijo.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Porque me he hecho daño.

—¿Tú te has hecho daño?

Ana no podía saber qué le habían contado los padres a Kike, qué le habían dicho en las dos horas que hacía que había salido del coma. Los niños tan pequeños suelen llenar los vacíos de la memoria con la información posterior que recogen de su entorno y la almacenan como si realmente hubieran vivido ese acontecimiento de esa manera. ¿Habrían influido, sin quererlo, Lola y Ricardo en lo que iba a testificar su hijo?

—Me daba mucho miedo.

—¿Qué te daba miedo?

—El niño que no se movía... Me mandó estar al lado del niño que no se movía... Me mandó jugar... con él... Pero yo no podía. No se movía...

Kike hizo un amago de sollozo.

—Se rompía cuando lo tocaba —continuó, mientras en su cara iba apareciendo una mueca de terror.

—Creo que ya está bien de interrogatorio por hoy.

Un médico acababa de entrar en la habitación. Ana supuso que era el doctor que llevaba el caso de Kike. Quizá las enfermeras le habían alertado de la presencia de la policía.

—Doctor, por favor.

Pero no pudo convencerle.

—A lo mejor mañana —fue inflexible—. A lo mejor mañana. Es un niño que ha pasado por una experiencia muy dura y tenemos que hacer que vuelva a ella muy poco a poco y de la manera menos traumática posible.

El médico prometió avisarla a primera hora, cuando la psicóloga hubiera visitado a Kike.

—Me gustaría que la psicóloga estuviera con usted la próxima vez que hablara con el niño, ¿le parece bien?

—Solo una cosa más, doctor, una pregunta importantísima. Por favor —imploró la inspectora jefa.

Ana entró de nuevo en la habitación. Los padres de Kike habían regresado a la cabecera de la cama, junto a su hijo. Intentaban hablarle de otras cosas.

—Solo una cosa más. —Ana los miró con cara suplicante—. Kike, ya me voy, pero mañana prometo venir y traerte un Superman para la pared. ¿Qué te parece? —El niño la observó con una extraña mezcla de alegría y recelo. ¿Por qué estaba echando el médico a esa policía?—. Pero antes necesito preguntarte una última cosa, ¿vale? Te voy a enseñar una fotografía. Quiero que me digas si conoces a esta persona que te voy a enseñar. Solo eso. Si la conoces. ¿Vale?

El poliuretano de las suelas de las zapatillas de la inspectora jefa Arén resolló de nuevo contra el suelo de losetas pulidas del hospital. Pero ya no gritaba pidiendo auxilio. Era una llamada de esperanza.

No había manera. Ruipérez no le cogía el teléfono. Debía de estar todavía escondido bajo la mesa temiendo la furia de Ana tras la rueda de prensa del ministro acusando a Javier Nori. Probó con el de Silvelo. Buscó su número mientras se incorporaba al tráfico de la M30.

—¿Qué te ha contado el niño? —respondió él, a bocajarro.

—Que Nori no fue —respondió convencida.

—A ver, ¿cómo que Nori no fue? ¿Ha señalado a alguien?

—No. Le llevé una fotografía de Javi y dijo que no conocía de nada a ese hombre.

—Joder, es un niño de cuatro años. Eso no te sirve. No sirve como prueba. Ya no te digo ante un tribunal. No debería servirte ni a ti. Ese niño es pequeño y acaba de pasar por una experiencia que dejaría tocado al adulto más cuerdo. —¿Cómo podía esa mujer ser tan terca? —se preguntaba el inspector—, ¿cómo podía ser tan terca?

—Ha sido muy contundente. No es la persona que se lo llevó —insistió Ana.

—Para contundencia la de la prueba de ADN en su contra. Tendrás que buscar algo más.

Buscar algo más. Buscar algo más. Pero no solo se trataba de probar la inocencia de Nori. Era aún más complicado, porque tendría que justificar también qué hacía un cabello con su ADN en el jersey de lana que llevaba puesto el cadáver. Un jersey que no sabían de dónde había salido, estaban intentando rastrearlo pero era imposible; había decenas de miles de prendas idénticas, confeccionadas por una cadena de moda rápida y barata que los sacó a la venta en el mes de mayo de dos años atrás. Nicolás desapareció en junio, cuando ya había llegado el calor. Iba vestido con camiseta y pantalones cortos. Alguien tenía que haberle puesto esa prenda de abrigo y eso cuadraba con la idea que apuntó el forense: alguien había estado cuidando de Nicolás, o de su cadáver, todo ese tiempo. Esos dos años.

Además, aunque encontraran al asesino, Ana tendría también que despejar cualquier duda posible de que su amigo pudiera ser cómplice o encubridor de los tres secuestros y las dos muertes. ¿Podría hacerlo?

Mientras seguía conduciendo hacia casa, probó con el número de Joan. Apagado o fuera de cobertura. ¿Habría subido ya al avión? Le quedaban dos horas y media de vuelo hasta París, no podría contactar con él en todo ese tiempo. Eso le hizo recordar que le había dado acceso remoto al ordenador donde estaba instalado NeuroQWERTY con el fichero de Nori. Ana solo tenía que seguir las instrucciones que Joan le había mandado por email y pasar la huella de teclado de Nori por el programa de los estados emocionales de los pederastas. Si no había cambios, su amigo sería inocente.

Cuando llegó a casa, se derrumbó en el sofá. La adrenalina la había mantenido en pie casi veinte horas seguidas, sin pensar siquiera en comer, pero en ese momento sentía que no podía ni

hacer el pequeño esfuerzo de girarse para estar tumbada de lado. Dejó que su cerebro vagara hacia la inconsciencia. Cuando estaba a punto de irse a negro, todo su cuerpo se agitó con un espasmo, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Un pensamiento fugaz había sido suficiente para despertarla y sacarla del letargo. Tenía que conseguir más pruebas favorables para su amigo. Tenía que levantarse y seguir trabajando. No te duermas, Ana Arén.

Al abrir el ordenador, le sorprendió la luz de la pantalla, como si fuera más brillante de lo habitual, y tuvo que frotarse los ojos para poder enfocar bien. Definitivamente estaba perdiendo vista, no podría retrasar mucho más tiempo el ponerse gafas para ver de cerca. Volvió a leer las instrucciones que Joan le había mandado.

Iba a ser más complicado de lo que pensaba.

Tardó media hora en bajar, instalarse y hacer funcionar los programas necesarios para conseguir acceder de forma externa al ordenador de Joan. Ana no había usado nunca un escritorio remoto, así que estaba bastante perdida. Pero milagrosamente funcionó y consiguió abrir una ventana en su MacBook Air que le indicó que ya estaba dentro de otro ordenador. Dentro del ordenador de Joan. Afortunadamente, tenía el mismo sistema operativo que el suyo, con lo que no tuvo problemas para navegar por las carpetas y encontrar la que almacenaba los datos de Nori.

Se le cerraban los ojos. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir trabajando. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para provocar ráfagas de dolor que la mantuvieran alerta unos minutos más.

Abrió el programa que leía las emociones de los pederastas y tecleó las fechas en las que los niños habían desaparecido. Como le recomendó Joan, introdujo un rango de siete días antes y después de cada secuestro. Probó también con las fechas en las que aparecieron los niños. El asesino tendría que haberse puesto muy nervioso al saber que los habían encontrado.

Ahora solo hacía falta arrastrar hasta el programa los datos de Nori y esperar. Pero se equivocó y junto con los del subinspector envió a procesar también el resto de archivos de la carpeta, los de los amigos a los que Joan estaba haciendo el seguimiento para detectar posibles enfermedades neurodegenerativas, incluida ella. Mierda. El análisis iba a tardar más de lo que pensaba. En la parte superior izquierda del programa veía la barra de progreso del análisis. Quedaban seis horas y treinta minutos.

Se le cerraron los ojos y se dejó llevar por el sueño.

Lo primero que notó fue el dolor de cervicales. Era tan intenso que tenía la sensación de que le estaban clavando una aguja de tejer lana desde la base del cráneo hasta la cuenca del ojo derecho. Después notó la luz. A pesar de tener los ojos cerrados. Ya había amanecido. Cuando su cerebro procesó la información, se levantó de un salto. Había dormido toda la noche, tirada de cualquier manera en el sofá mientras el portátil, abierto en el suelo, procesaba los datos.

Tocó un par de teclas, pero la pantalla no respondía. Tras toda la noche encendido, al ordenador se le había acabado la batería. Lo conectó a la red y cuando consiguió encenderlo vio que aún faltaba media hora de análisis, así que se fue a dar una ducha. ¡Dios, qué bien sentaba un chorro de agua caliente cayendo por la espalda! Ana se permitió el lujo de ducharse sin prisas.

Cuando regresó al salón, con un paquete de galletas en la mano para que el estómago dejara de rugir, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se puso el portátil sobre las rodillas. ¿Qué datos habría obtenido el programa? Ana estaba convencida de que iban a exculpar a su amigo.

Convencidísima.

Llamó a Joan. Tenía ganas de hablar con él. Lo echaba de menos. Y así, de paso, podía

ayudarle a analizar las curvas si tenía algún problema. No sabía nada de él desde que el día anterior se había subido a un avión rumbo a París. Pero de nuevo se dio de bruces con el buzón de voz. Seguía con el móvil apagado.

Miró el reloj. Se le había hecho tarde. Se metió el portátil en el bolso para cuando lograra localizar a Joan.

Y, de repente, como un zarpazo, se le ocurrió.

Sentí como cuando estás en medio de la nada y de repente diluvia. Miras a tu alrededor y no encuentras un lugar donde guarecerte. Solo puedes quedarte allí, de pie, soportando el agua que te cala hasta los huesos, dejando que el dolor siga matándote. Pero sin terminar de morir nunca del todo.

Resistiendo a la tormenta sin poder hacer nada.

Porque no hay un lugar donde puedas refugiarte tras la muerte de un hijo. Ni siquiera, sospechas, tu propia muerte. Tus huesos seguirán llorando en tu tumba.

Por muchas manos que te sostengan o por muchas palabras que intenten consolarte, sigues estando sola bajo la peor tormenta de tu vida. Empapándote sin escapatoria.

Recuerda que estás viva, que tienes derecho a vivir y a no sentirte mal por ello, me había dicho Lucía, pero yo no tenía tan claro eso de que mereciera vivir.

Esa mañana me tenía que despedir definitivamente de mi hijo. Dentro de un par de horas un coche fúnebre —pobrecito, ahí solo mi niño, en ese coche— se lo llevaría hasta el cementerio donde se celebraría el funeral. Después lo incineraríamos.

Aún no había pensado qué hacer con sus cenizas.

\*\*\*

La idea le atravesó a Ana el córtex con la intensidad de una descarga eléctrica. Tan feroz que le dolió, por lo que era y por lo que implicaba.

No podía ser.

Sin embargo, a esas alturas ya no podía descartar nada. Ni siquiera ese pensamiento terrible que acababa de cruzar por su cabeza.

Cogió unas llaves que llevaban años guardadas en un pequeño armario del mueble del salón y que no había usado en su vida. Si hubiera creído en Dios —¡cuántas veces en su vida le habría sido útil creer en Dios!—, habría rezado para que demostraran que lo que estaba pensando era una completa locura.

Se estaba volviendo paranoica. Era absolutamente consciente de que las alucinaciones empezaban a ganar a la lógica. Pero ¿y si tenía razón?

—Pedro. —De camino llamó al investigador jefe del laboratorio.

—Si quieres invitarme a desayunar, llegas tarde. Además, que sepas que soy de los que solo se dejan si antes hemos pasado la noche juntos —bromeó él.

—Pedro, ¿estás en el laboratorio? —Ana corría calle abajo hacia el garaje donde guardaba el coche.



—*Easy, easy, my dear*. Son las ocho de la mañana. ¿Adónde vas que ya resoplas?

Lo que Ana tenía que pedirle era un favor personal. Un favor que implicaba que Pedro se saltara unas cuantas de las estrictas normas del laboratorio de la policía.

—*My love* —le contestó ella, siguiéndole el juego—, ahora mismo estoy entrando en tu pastelería favorita para llevarte una bandeja de tus minicruasanes preferidos. ¿Te pillo también alguno relleno? ¿Chocolate, dulce de leche o crema pastelera?

—¡Ay, mujeres! Comida a cambio de favores. Preferiría sexo, la verdad, pero supongo que tendré que conformarme con la bollería, ¿no? Al menos no es industrial. Y me hará subir los niveles de azúcar, lo que siempre le sienta bien a mi cerebro.

—No me hagas rogarte, Pedro. Sabes que se me da fatal. Si acudo a ti es porque eres el único que puede ayudarme. Y porque confío ciegamente en tu discreción.

\*\*\*

—Aquí, está aquí. Mira, aquí está. —Charo pidió a Luis que se acercara a su mesa.

Había encontrado algo en las imágenes de las cámaras de seguridad. Tras la aparición de Pablo en el conducto de recogida de basuras, se habían centrado en intentar encontrar la boca neumática por la que podían haber tirado al pequeño. Había más de quinientas en toda la localidad, aunque la empresa que se encargaba del servicio había acotado el número a solo un centenar. El conducto en el que se había quedado atascado Pablo procedía de una zona muy concreta. Pero había un problema: en esa parte de la ciudad la mayoría de las bocas de recogida de basura estaban en el interior de las urbanizaciones privadas, en los portales o en los garajes. Y en esas urbanizaciones privadas ninguna de las muchas cámaras de seguridad enfocaba a los portones de la basura. ¿Para qué? ¿Quién querría robar allí?

Así que se vieron obligados a pensar al revés. El inspector Jesús Silvelo mandó a varias patrullas a todas las bocas de basura desde las que alguien podía haber metido a Pablo y les pidió que caminasen desde allí hacia atrás, buscando las cámaras de seguridad que se encontraban más cerca de cada una de ellas, para localizar por dónde habían pasado Pablo y su asesino. Era un trabajo casi de orfebrería.

—¿Estás completamente segura?

—Mira, Luis, he montado toda la secuencia. Hemos tenido suerte, porque podía haber empezado a mirar por cualquier otro sitio. Pero luego pensé, ¿y si?

—Mierda, mierda, mierda. Esto lo cambia todo. ¿Cómo hemos podido equivocarnos tanto? ¿Te das cuenta de lo que implica esto? Tienes que llamar a Ana enseguida. ¿Sabes dónde está?

\*\*\*

Ana había llegado a la brigada casi a media mañana. Encontrar lo que estaba buscando le había costado más de lo que pensaba. Su corazón se revolvía de asco, pero venció las náuseas, como tantas otras veces. Aunque nunca como en ese momento una investigación había sido tan personal. Tan íntima. Tan dolorosa. Recogió varias muestras de posible ADN del pequeño estudio de la calle del Nuncio y las introdujo en los sobres de pruebas que llevaba siempre en el bolso. Cuando llegó a jefatura, en vez de subir hacia su despacho se dirigió a un edificio anexo. Estaba histérica. Creía que iba a ponerse a vomitar en cualquier momento y que, aunque cerrara la boca intentando contener la arcada, el vómito se le iba a salir por la nariz. O por los oídos.

Notaba el estómago y los intestinos descomponiéndose en su interior, como si en sus tripas se hubiera puesto en marcha un generador de microondas y la estuvieran cocinando por dentro. Si en esos momentos alguien le rajaba el tórax, solo encontraría bilis. Amarga. Agria. Áspera. Repugnante. Pero tenía que controlarse. Necesitaba saber la verdad. Por muy dolorosa que fuera.

—¿Tomamos un café? —Alargó el paquete delicadamente envuelto en la pastelería, intentando que no le temblaran las manos.

—Los he olido mientras venías por el pasillo. Vamos.

Ninguno de los dos habló mientras la máquina mezclaba polvos con agua para obtener un algo diluido que estaba lejos de asemejarse a un café medio decente. El té-limón que se tomó Ana también era de chiste, como si tuviera más yeso que teína. Un momento, ¿lo de mezclar un ingrediente con yeso no me lo había contado uno de estupas? —pensó Ana—, estoy ya mezclando conceptos, como si mi cerebro no fuera capaz de colocar cada idea en su sitio y no solo el estómago y los intestinos estuvieran derritiéndose, también mis neuronas.

Hablaron de cosas triviales mientras salían hacia uno de los varios espacios al aire libre que dejaban entre sí la amalgama de edificios del complejo policial. A su lado pasaba la vía rápida de circunvalación de Madrid. El ruido de los coches de la M30 evitaría que alguien los oyera.

Ana colocó la bandeja con los cruasanes en una repisa de hormigón que alguna vez debió de servir para proteger una farola y abrió el paquete lentamente con las manos.

—Has comprado de los caros. Mala señal.

—Te los hubiera comprado igualmente —contestó ella—. Sé que son tus preferidos.

—Dejémonos de tonterías, ¿vale? No hace falta que me cortejes para darme por culo. Soy un hombre fácil. —La confianza, a veces, daba asco—. ¿Qué necesitas, Ana?

—Esto.

La inspectora jefa sacó tres bolsas de pruebas de su bolso. Perfectamente cerradas, pero sin etiquetar.

—¿Qué es esto?

—Pruebas —contestó como si fuera lo más natural del mundo.

—Imagino. ¿De qué?

—No te lo puedo decir, Pedro. Pero, por favor, me va la vida en ello, ¿puedes sacar el ADN y ver si coincide con alguien fichado en la base de datos de criminales, o con la prueba de algún crimen sin resolver?

—¿De algún crimen sin resolver como el de Slenderman? —matizó el investigador. El silencio de Ana le dio la razón. Él cedió—. ¿Cómo lo etiqueto?

—No me hagas rogártelo. Sabes que no puedes etiquetarlo. Tendrás que buscarte la vida para que no queden registros. Tú sabes hacerlo. Por favor.

El teléfono personal de Ana vibró en su bolso. Dejó que la llamada se extinguiera como el ruido de un coche molesto que se aleja calle abajo. ¿Por qué nos pone tan de mal humor, tan nerviosos, el sonido de un teléfono cuando no queremos responder?, pensó, como si la persona que llamaba estuviera viendo que le ignorábamos. Pero antes de poder razonar una respuesta, el móvil volvió a vibrar. Ana abrió el bolso y miró la pantalla que relucía dentro. Era Joan. Casi se le cayó de las manos.

—Pedro, tengo que cogerlo. Es importante. Por favor —le dijo mientras se alejaba—, llámame cuando tengas algo. Sea la hora que sea. Por favor.

Le temblaban las manos. Estaba empapada de sudor. Tuvo que pasar el dedo varias veces por la pantalla para descolgar. No lo consiguió. Malditos móviles sin botones físicos. La llamada se

desvió al buzón de voz. Pulsó la opción de rellamada, pero Joan comunicaba. Seguro que estaba dejándole un mensaje. Se le hicieron eternos los dos minutos y medio que tardó en saltar el aviso de nuevo mensaje de voz.

Esto es un lío tremendo —le había dejado grabado Joan—. Muy, muy serio. No te puedo contar mucho más. No tiene nada que ver con lo que pensaba. Nos han encerrado en un búnker con servidores y no tenemos acceso al exterior, por motivos de seguridad. Este es el primer momento en que nos dejan hacer una llamada, pero están escuchando lo que digo. ¿Has podido acceder a mi ordenador? ¿Hay algo? Cuídate mucho, Ana. Cuídate.

Nada más escucharle volvió a marcar su número. Pero ya estaba otra vez apagado o fuera de cobertura. Saltó el buzón.

—Joan, ¿dónde estás? Llevo horas llamándote. No sé nada de ti desde ayer.

Ana susurraba al teléfono para que nadie la oyera, pero aún entre susurros podía parecer tremendamente enfadada. Y nerviosa. Se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Vuelve a llamarme, aunque sea de madrugada. Es urgente.

Colgó. Pero volvió a llamar.

—Por favor —dijo esa segunda vez—. Por favor.

No fue hasta varios minutos después, en el momento en el que su cerebro volvió a ser capaz de enfocar otra vez la realidad de las cosas, cuando se dio cuenta de que tenía tres llamadas perdidas de Charo. Subió a verla.

—¿Has encontrado algo?

—¿Dónde estabas? Llevo media hora llamándote. Mira esto. No te lo vas a creer —le contestó la policía, señalando al ordenador—. Hemos estado equivocados. Desde el principio. Todo este tiempo.

Cuando Charo le dio al *play* y Ana observó lo que había quedado registrado en esa cámara de seguridad, se llevó las manos a la cabeza. Tuvo que pasar las imágenes tres veces para convencerse de lo que estaba viendo.

Clic. Clic. Clic. Una parte del puzle empezaba a encajar.

Miró el reloj. Si se daba prisa, aún llegaría al funeral. Aunque no sabía si sería capaz de contarle a Inés lo que le había pasado a su hijo.

Pasen por aquí dentro de un par de horas, ya para después de comer, nos dijo el chico de la funeraria, con un tono que hubiera servido también para pedirle a alguien que esperara un rato en la barra porque su mesa para cenar aún no estaba lista.

Todavía ahora, cuando intento recordar algo del funeral, solo veo el ataúd de Pablo desapareciendo por un boquete en el suelo hacia el horno crematorio, en una secuencia en la que sin embargo no distingo sonido alguno, como si se hubiera grabado muda en mi cerebro. O como si hubiera sucedido sin ruido alguno.

Y luego, siempre, escucho una voz. Pasen por aquí dentro de un par de horas, ya para después de comer. Es lo único que oigo de lo que pasó esa mañana. El único sonido que reproduce mi memoria. Una voz diciéndome la hora en la que las cenizas de mi hijo estarían listas para que las pudiéramos recoger.

Solo una voz.

Hasta que llegó Ana.

Porque lo que vino más tarde sí que sigue retumbando en mi cabeza. Aún hoy, después de tanto tiempo, recuerdo el momento y parece que vuelvo a oír esos pasos a mi espalda. Los pasos de unos pies que no se levantan mucho del suelo y que a veces incluso se arrastran un poco al avanzar, como si tuvieran que soportar el peso de una conciencia demasiado cargada. Haciendo a ratos crujir la gravilla. Y a ratos haciéndola jadear.

Fue el momento en el que llegó Ana. Justo cuando salíamos del edificio donde acababan de incinerar a Pablo, llegó Ana. Y, con ella, el sonido. Ruido en mi cabeza —atronando, rugiendo, retumbando— que no me ha abandonado desde entonces.

—Inés.

Me abrazó con fuerza, pero tuve la sensación de que la que temblaba era ella y no yo. Escuchaba crujir sus articulaciones bajo las capas de tejido vivo que las envolvían, con un chirrido que me taladraba los nervios.

—Inés. Lo siento muchísimo, lo siento mucho.

—Gracias.

No sabía qué decirme. ¿Qué podía decirme? Tenía que haber salvado a mi hijo. Era su trabajo. Su puto y maldito trabajo que no había sabido hacer.

—Vengo a contarte una cosa.

Yo llevaba dos días ida, loca, descentrada, como si alguien hubiera trasladado mi cuerpo a la zona de la muerte, por encima de los ocho mil metros de altura, donde las células empiezan a morir por falta de oxígeno. Pero en vez de salir corriendo hacia abajo, yo continuaba el ascenso hacia la cima de mi Everest. Dicen los montañeros que tienes que salir de allí en cuarenta y ocho

horas, porque si no el proceso es irreversible y tu cuerpo ya no se recupera. Mueres inevitablemente. Yo había sobrepasado el límite y aún seguía viva. Maldita mi suerte. Por alguna perversa razón mi cuerpo se resistía a morir.

Y quizá por la misma razón encontré la energía suficiente para escuchar y retener un nombre. Nori. Ha sido Nori, me dijo alguien. O alguien se lo dijo a alguien y yo lo escuché. Pero ni siquiera pude reaccionar. Tenía tanto vacío y tanto dolor que la detención de mi amigo no encontró un sitio en el que asentarse. Fue un nombre que vino y se marchó.

—Vengo a contarte lo que le pasó a Pablo.

Nos habíamos sentado en un banco al sol. Yo la escuchaba con los ojos cerrados. Oí cómo mi madre, Willy y Sam se alejaban, quizá porque Ana les había hecho algún gesto. Dejadnos solas, por favor. Un momento a solas. Yo sabía lo que iba a decirme, pero aun así me callé para dejarla decirlo. Que hiciera el esfuerzo. Nori ha matado a Pablo. Que me lo dijera. Que tuviera cojones y lo verbalizara.

Pero no. No era eso lo que iba a decirme.

No era eso. Y, a pesar de todo, tuvo la valentía de venir a contármelo en persona, incluso sabiendo que tras esa confesión nunca nada volvería a ser como antes. Nunca podríamos volver a ser amigas porque cada vez que la viera —cada maldita y puta vez que la viera— recordaría ese momento. Su cara, sus manos y su voz —cada partícula subatómica de su cuerpo— estarían irremediabilmente asociadas para siempre con esa noticia terrible. Hasta ese momento pensaba que nada podría hacerme más daño que el fallecimiento de mi hijo. Nunca. Nada. En la vida. Ni en la muerte.

Pero estaba equivocada.

—¿Por qué fuiste al centro comercial ese domingo con Pablo?

—No lo sé —era verdad—. No me acuerdo.

—Me contaste que discutiste con él antes de salir, ¿verdad?

¿Por qué tenía que recordármelo? ¿Por qué tenía que recordarme que una de las últimas cosas que hice con Pablo fue reñirle y hacerle llorar? Luchaba por contener las lágrimas. Sí, habíamos discutido. Pablo estaba de mal humor. Esa mañana habíamos tenido una bronca en casa porque le había dado por tirar los juguetes al suelo hasta romper uno de ellos, y yo para castigarle fingí que tiraba a la basura su peluche de dormir, una vaca sin la que no se iba nunca a la cama. La vaca se va a la basura —le dije—, la tiro con las cosas sucias porque te has portado fatal.

—Inés, escúchame, no fue culpa tuya. Por favor, no te castigues porque no fue culpa tuya.

Eso ya lo sabía yo. Incluso en medio de todo el dolor, yo sabía que la muerte de mi hijo no era culpa mía. Que fue un depravado el que se lo llevó. Pero estaba equivocada.

Ana se acercó a mí hasta casi tocarme. Alargó los brazos para cogerme la cara con las manos. Sentí una descarga eléctrica recorriendo el interior de mis huesos.

—A tu hijo no se lo llevó nadie. Creemos que fue un accidente. Volvió solo a casa. Lo registraron varias cámaras de seguridad.

A Pablo se le veía caminar tranquilo pero decidido, me contó Ana, aunque yo no la estaba escuchando. Solo oía ruido. Tardó doce minutos y medio en hacer el camino desde el centro comercial hasta la urbanización. La puerta principal estaba abierta. Durante treinta segundos ninguna cámara captó sus pasos. Después volvía a aparecer pasando por delante de la puerta del garaje.

—Creemos que abrió la trampilla hidráulica del conducto de las basuras para intentar recuperar el peluche. Pensó que lo habías tirado a la basura de verdad. Debió de subir para ver

mejor. Alargó el brazo, metió medio cuerpo dentro y se cayó. Fue un accidente. Un accidente, Inés. Un accidente. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Supongo que se puso a llorar. Pero no me acuerdo.

\*\*\*

Justo en el momento en el que Ana me contaba qué había pasado con mi hijo, el inspector jefe Silvelo acababa de ver las imágenes de las cámaras de seguridad. Fue a informar al comisario.

—Un accidente. Un maldito y terrible accidente.

Ruipérez lo miró fijamente a los ojos con la cara de sapo pringoso que ponía cuando la situación le desbordaba. Una cara que quería aparentar superioridad, incluso desprecio, pero que realmente significaba sigue tú hablando que yo no tengo ni idea de lo que se supone que tengo que decir ni de lo que se supone que tengo que hacer.

—Eso cambia las cosas, comisario.

—Eso no cambia nada, inspector —reaccionó por fin—. De momento nada de esto debe trascender a la opinión pública. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie, nadie más —mintió Silvelo—. La agente que ha visto las imágenes, Ana Arén y yo.

—Pues así debe seguir. De momento. Seremos nosotros los que decidiremos cuándo hacerlo público.

Justo cuando salía del despacho, Silvelo recibió una llamada. Era Pedro, el inspector jefe del laboratorio. Buscaba a Ana, pero no era capaz de localizarla.

—No está en base, está con una de las familias de los niños. ¿Puedo ayudarte yo?

—Sí, por favor, pasa por aquí cuando puedas. Tenemos una coincidencia.

En cuanto llegó al laboratorio se la mostró. Ahí estaba, la huella dactilar.

—Perdóname, pero no entiendo lo que me estás contando.

—Mira, hemos encontrado varias huellas válidas en el sótano de la casa donde aparecieron los niños.

Podría parecer un éxito. Huellas en la escena del crimen. Pero eso planteaba un problema fundamental, le recordó el científico: ¿cómo demostrar que eran recientes? Cualquier abogado defensor tiraría por tierra esa prueba. Mi cliente estuvo allí hace tiempo, antes de que desaparecieran los niños, no puede culparle de nada. Adiós.

Hacía falta situar esas huellas en el periodo de tiempo en el que los niños estuvieron allí. Solo así se podría demostrar que su propietario era culpable.

Pensando en una solución, Pedro recordó haber leído algo sobre una técnica novedosa para datar las huellas. Tuvo que rebuscar en las decenas de revistas científicas que se amontonaban bajo su mesa hasta que encontró el artículo. Dos investigadores del Instituto Nacional de Estándares y Tecnología de Estados Unidos averiguaron que el ácido palmítico presente en los dedos se degrada a un ritmo constante y que gracias a eso se puede saber en qué momento se dejó una huella en una superficie.

—Y ¡chas! —teatralizó—. Solo hace falta un espectrómetro de masas para determinar la antigüedad de la huella. Es como el carbono-14 pero para huellas dactilares. Como puedes suponer, aquí, en la policía —hizo un gesto de resignación mientras señalaba a su alrededor— no tenemos nada de eso. ¿Un espectrómetro de masas? Ja, ja, ja. El día que vea uno en mi laboratorio me da un síncope. En fin. Que he tenido que pedir un favor. Fuera de la policía, claro. Un amigo de un laboratorio privado me ha analizado la muestra. Agradéceselo a los cruasanes rellenos de

dulce de leche. —Silvelo lo miró sin entender nada—. En fin, inspector jefe, que yo ya me entiendo.

—¿Y? —contestó él.

—¿Cómo que y? Es la primera vez que aplicamos esta técnica en España. Y de las primeras veces en el mundo, tengo que decir también. —Pedro se olvidó de añadir, y era un matiz importante, que hasta entonces ningún juez había admitido ese análisis como prueba—. Esta técnica va a revolucionar la ciencia forense. Hasta ahora las huellas dactilares situaban a una persona en el lugar del crimen, pero no en el momento del crimen, ¿lo entiendes? Y ahora podemos probar que el sospechoso estaba allí cuando tuvo lugar el delito. ¡Es la hostia! —chilló, emocionado—. Es la hostia. ¿No te das cuenta?

Sí. Si cuenta se daba. Pero lo que quería era el resultado. A Silvelo lo exasperaba esa mente científica, siempre explicando cada punto del problema antes de contarle lo importante. La solución. Pero ese hombre era incorregible. Y había que tener paciencia y esperar a que terminara su razonamiento. Si le cortabas, era capaz de dejarte sin lo mejor. ¿Cómo encajaba esa prueba del espectrómetro de masas en este caso?

—Pues, a ver —venga, ahora venía lo importante—, resulta que una de las huellas que localizamos junto a los niños la dejaron el mismo día en que esos chicos encontraron los cuerpos. Y claro, solo puede ser del secuestrador.

—¡Bingo! —Por fin una buena noticia.

—Y hay más. Tengo otro regalito para ti. —Y ahora, sospechaba Silvelo, venía lo importante de verdad—. La he pasado por el CODIS. Hay una coincidencia. Aquí tienes. Te presento a Slenderman.

## RICHI

Ese día hacía sol. El sol le gustaba. El sol era calentito y le daba alegría. Ese día hacía sol, así que Richi estaba tranquilo.

Cuando hacía sol, su padre lo dejaba salir de casa. Con el sol podía ir a cuidar de su tesoro. Con las nubes no. Las nubes no eran sus amigas. Richi se ponía nervioso cuando había nubes en el cielo. Las nubes le sentaban mal. Dolían.

Se miró las manos. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Cinco dedos en la derecha. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Cinco dedos en la izquierda. Todo seguía estando bien. Solo tenía que tener cuidado de no apretarlos con mucha fuerza. Porque a veces le pasaba. Apretaba con mucha fuerza y las cosas se rompían. La primera vez que alguien le dijo que era un asesino —y eso era lo primero que recordaba de su vida, su primer recuerdo consciente como ser humano—, Richi acababa de romper la muñeca de su hermana. Y ella gritó y gritó asesino, asesino, asesino hasta que se fue el sol y vinieron las nubes y entonces fue Richi el que gritó y gritó y gritó.

Las muñecas rotas se pueden arreglar, eso le dijo ese día su madre para tranquilizarlo. Las muñecas rotas se pueden arreglar, cariño, le repetía mamá mientras lo mecía rítmicamente entre sus brazos. Asesino, eres un asesino, le repetía sin embargo su hermana cuando nadie la escuchaba. La palabra se clavó en el cerebro de Richi. Asesino.

Las muñecas rotas se pueden arreglar. Pero un pájaro roto no se puede. Esa fue la primera vez que Richi tuvo sangre entre los dedos. El pájaro era tan bonito que a Richi le dieron muchas ganas de quererlo mucho. Y lo quiso tanto que le estalló en las manos. Fue corriendo a contárselo a mamá, con la sangre goteándole por el antebrazo. Mamá, mamá, arréglame el pajarito, se me ha roto, mamá. Arréglalo, por favor. No llores, que tú lo puedes arreglar, ¿verdad, mamá? ¿A que sí?

Un pájaro roto no se puede, aunque él creyó entonces que sí. Lo arreglaré, cariño, claro que lo arreglaré, pero lo tenemos que llevar lejos, al hospital de los pájaros, para que se cure, porque aquí no tenemos las tiritas especiales para pájaros, ¿entiendes, Ricardo? Dile adiós, y yo luego lo curo y lo llevo al hospital.

¿Ves como no soy un asesino? —le contestó días después a su hermana, cuando ella volvió a llamarlo por esa palabra tan fea—. No soy un asesino. Mamá ha curado al pajarito, está en el hospital de pájaros, ¿sabes? No me llames más así. No me gusta.

Pero el hámster no se arregló. Por mucho que Richi lloró y le suplicó a su madre, esa vez no había hospital para hámsteres. ¿Por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué no? Llévalo al de pájaros, mamá, llévalo al de pájaros, que seguro que allí saben curarlo con las tiritas mágicas. Y su madre solo lloraba y le decía que no, que ya no se podía, que un hámster roto ya no se podía arreglar.

Como tampoco se podía arreglar el sol. Las nubes vinieron para quedarse mucho, mucho



tiempo, en la cabeza de Richi.  
Asesino.

—Ricardo Vera. Treinta y cinco años. Sin trabajo conocido. Vive con su padre.

—Muy cerca del lugar donde encontraron a los dos niños.

Por fin una buena noticia. Habían pillado a Slenderman. Parecía que habían pillado a Slenderman.

—He mandado a algunos agentes a controlar la casa. El sospechoso está dentro —siguió contándole Silvelo.

—¿Damos la orden ya? No quiero arriesgarme a dejar pasar más tiempo. Cuanto antes le saquemos la confesión, antes soltarán a Nori.

—Pues vamos allá.

El inspector Jesús Silvelo levantó el teléfono y ordenó la detención del hombre cuya huella había aparecido junto a los dos niños. No había pasado ni una hora cuando le informaron de que el sospechoso estaba en la sala de interrogatorios.

—Buenos días, Ricardo, ¿te han tratado bien? ¿Quieres tomar algo?

—Un poco de agua, por favor —contestó.

No le habían quitado las esposas, pero tampoco se las habían pasado por el anclaje metálico de la mesa, lo que hubiera limitado todos sus movimientos. Parecía tranquilo y relajado, como si le hubieran quitado un peso de encima. Ana se sentó frente a él en la mesa. Silvelo se quedó de pie, tras ella. Si hacía falta, iban a jugar al poli bueno y al poli malo.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó la inspectora jefa.

—Sí, por los niños de la casa.

—Tú sabías que estaban allí. —Jesús se apoyó en la mesa para acusarlo lenta e intensamente, mirándole a los ojos.

—Yo los cuidaba.

—¿Cómo los cuidabas? —intervino Ana.

—Los limpiaba, les daba comida y jugaba con ellos.

—¿A qué jugabas?

Ricardo los miró como si no entendiera la pregunta. ¿Jugar? ¿A qué se puede jugar? Pues a muchas cosas.

—¿Jugabas a tocarlos? ¿Te tocabas tú?

De nuevo, el silencio como respuesta, y esa mirada de no estar entendiendo qué pasaba.

—¿Te excitabas con ellos, Ricardo? ¿Te excitabas con esos dos niños? ¿No se te pone dura si no es con niños pequeños?

—Solo son mis amigos. Yo solo quería tener amigos.

—Lo sé, Ricardo, lo sé —Ana entró en el juego—, que querías amigos. ¿Cómo lo hiciste?

¿Cómo hiciste que fueran tus amigos?

Ricardo les contó que hacía mucho tiempo, no podía precisar cuánto, encontró a Nicolás apoyado junto a una de las entradas del monte del Pilar, una mañana muy temprano. Parecía un muñeco. Lo llevó a la casa para que nadie se lo quitara. Siempre me quitan todo —les dijo—, siempre me quitan a todos mis amigos. Trabajó durante días para despejar la cocina, abrir la trampilla del suelo y limpiar el sótano. Lo iba a ver casi todos los días. Algunas noches también se escapaba, como la noche en la que lo descubrieron Patricia y su novio. Allí lo estuvo cuidando durante casi dos años.

—¿Y el jersey? ¿El jersey que llevaba puesto?

La inspectora jefa se refería al jersey con el que apareció el cadáver, el jersey de lana al que estaban adheridos los cabellos que señalaron a Nori como sospechoso y que sin embargo no llevaba cuando desapareció. Ricardo les contó que lo había encontrado vestido así, con la misma ropa. Él solo le pasaba con cuidado una toalla para limpiarlo un poco de vez en cuando. Y lo tapó con una manta para que no tuviera frío por las noches.

—Inspectores, ¿pueden venir un momento? —Charo había abierto la puerta de la sala, interrumpiendo el interrogatorio.

—Cuéntanos. —Habían salido los tres y estaban en medio del pasillo, hablando en voz baja.

—He mandado a Barriga con la foto del detenido al hospital. Kike lo ha reconocido. Es el hombre que se lo llevó del centro comercial.

En vez de entrar de nuevo a la sala de interrogatorios, Ana Arén salió corriendo hacia el otro extremo del pasillo. Subió las escaleras de dos en dos y entró a la carrera, sin llamar, en el despacho de su comisario.

—Ya lo tenemos, comisario. Javier Nori es inocente. Podemos soltarlo. —Jesús Silvelo entró tras ella, también a la carrera. Temía lo que Ana pudiera hacer.

—Que vosotros queráis que un policía asesino y corrupto amigo vuestro sea inocente es una cosa, pero...

—¿Comisario! —lo interrumpió Ana con un grito—, ¿comisario!, con el debido respeto —fue bajando el tono de voz—, tenemos la confesión de un detenido, tenemos sus huellas en la escena del crimen y tenemos al superviviente que ha realizado un reconocimiento fotográfico positivo. ¿Qué más quiere?

—Que expliquen qué hacía el cabello del subinspector en el jersey del cadáver.

—Contaminación, ha tenido que ser contaminación —respondió Ana, aun sabiendo que Nori no tuvo contacto alguno ni con la escena del crimen ni con el cuerpo.

—¿Sabe una cosa, inspectora jefa? —El comisario se levantó lentamente, rodeó la inmensa mesa de su despacho sin dejar de mirarla, como el asesino que va a asestar el golpe definitivo—. Es usted una listilla. ¿Cree que hubiera hecho comparecer al ministro si tuviera solo una prueba que la defensa podría echar atrás por posible contaminación? Mire, mire.

El comisario había ordenado una prueba forense de la que Ana no tenía conocimiento. Miró a su compañero y él también negó con la cabeza. No sabía nada. Silvelo tampoco sabía nada. Joder con Ruipérez. Resulta que nada más detener a Nori, habían tomado una muestra del cabello del subinspector y el comisario la había mandado a procesar a un laboratorio externo para que no hubiera filtraciones. Pidió una comparación del cabello de Javier Nori con los cabellos que habían encontrado en la escena del crimen. El análisis de ADN demostró que eran de la misma persona, no había duda, pero las capas no coincidían. El cabello del jersey tenía que ser mucho más antiguo. Quizá de la época en la que desapareció Nicolás.

—¿Ves? Aquí está. —Ruipérez señaló un gráfico en el papel.

Sí. Ahí estaba. Datos científicos. Irrefutables. Dos cabellos de Nori, uno actual y otro de, al menos y como mínimo, seis meses antes. Ana tuvo que empezar a admitir que quizá su *subi* tenía alguna relación con Slenderman. Con Ricardo Vera, el hombre al que acababan de detener. Aún no se había acostumbrado. Ricardo Vera. Ricardo Vera, tuvo que repetirse para sí misma. Ya lo tenían. Sí, joder, ya lo tenían. Habían pillado a Slenderman, al hombre al que ella llevaba dos años buscando. Por fin tenía una cara y un nombre. Pero Ana no sentía ese subidón indescriptible que te revienta el cuerpo por las costuras de pura alegría. Ese ya está, por fin ya está que a veces incluso te hace llorar por el estrés y las emociones acumulados. Algo no encajaba. En la cabeza de la inspectora jefa Ana Arén las piezas del puzzle aún no habían hecho clic.

Volvió a la sala de interrogatorios.

—Ricardo. ¿Y Kike? El otro niño que estaba con Nicolás. ¿Cómo llegó Kike allí?

—Quería un amigo para Nicolás, para que no estuviera solo por las noches.

Tan fácil como eso. Fue al lugar más cercano donde podía encontrar niños, al centro comercial. Vio a Kike desde el hueco de la salida de emergencia, le hizo una señal y salieron juntos de la mano. «¿A ti también te gusta la *Patrulla Canina*? ¿Y Superman?», le preguntó el niño. Y estuvieron hablando de dibujos hasta que llegaron a la casa.

Kike empezó pronto a protestar. Quería irse de allí. Quería irse con su mamá. Era de noche y Ricardo tenía que volver a casa, así que le dio una de las pastillas para la ansiedad que el médico le obligaba a tomar desde hacía años. El niño estuvo drogado todo ese tiempo. Ricardo le daba pastillas cada día para que no chillara, para que pasara las horas adormilado. Pero una noche oyó ruidos en el piso de arriba, temió que los descubrieran y salió corriendo. Ese fue su error.

No pudieron preguntarle más. El padre de Ricardo se presentó con un abogado. Cualquier pregunta que tengan que hacerle a mi defendido —les dijo el letrado— tendrá que ser en mi presencia. Y antes tengo que hablar a solas con mi cliente. Tardaré un buen rato, les aviso.

Ana se dejó caer en la silla de su despacho en un estado de desolación absoluta. La brigada se había quedado prácticamente vacía, casi todas las luces estaban apagadas y apenas se escuchaba ruido alguno. El detenido había confesado el rapto de Kike y ellos tenían pruebas forenses suficientes como para una acusación sólida. Pero ¿qué había pasado con Nicolás? ¿Quién lo había dejado en el bosque? ¿Estaba vivo o muerto cuando lo encontró Ricardo? Y ¿por qué había aparecido en el cadáver un cabello antiguo de Nori? Ana esperaba que el interrogatorio del día siguiente despejara todas las dudas.

La cabeza le iba a estallar. Hurgó en su bolso por si le quedaba ibuprofeno. Pero sus manos encontraron algo mucho más grande. El portátil. Llevaba su portátil en el bolso. Lo había cogido esa mañana esperando poder contactar con Joan. ¿Cómo se había podido olvidar?

Abrió el ordenador y leyó las instrucciones de Joan para descifrar los resultados. Te vas a encontrar con dos curvas, le había escrito, una verde y una roja, la verde mide el nivel de nerviosismo de una persona y la roja, el de excitación. Solo tienes que buscar si hay picos que superaran el veinte por ciento y si esos picos coinciden con las fechas que te interesan, en este caso, las fechas en las que secuestraron a los niños.

Cuando abrió la pestaña de los resultados, todo le pareció confuso. Allí había un montón de líneas superpuestas. No entendía nada. Luego recordó que se había equivocado en el volcado de datos y había arrastrado no solo los de Nori, sino los de todos los amigos de Joan. El programa había procesado tres años de huella de teclado de una veintena de personas. Por eso había tardado tanto.

No obstante, al ampliar las fechas que le interesaban, lo vio claro. Ahí estaban. Entre la maraña de líneas, dos de ellas, una verde y una roja, destacaban sobre el resto. Se disparaban justo en un par de fechas. ¿Nori? No podía ser. Se obligó a mirar.

De repente lo vio. Estaba allí. Claro como el agua. Incontestable.

Fue un golpe que no se esperó. No exactamente un puñetazo en el estómago o una puñalada por la espalda. No como esperas que irrumpa algo en tu vida cuando la destroza de arriba abajo. Fue algo más sutil, algo que al principio no le dolió porque era sencillamente imposible. De hecho, ni siquiera se dio cuenta hasta que la herida le abrió la carne en canal y ella ya se desangraba de forma irremediable.

Ana se agarró al borde de la mesa.

—¿Qué has hecho, qué has hecho, qué has hecho? —susurró, antes de que su cabeza fundiera a negro—. ¿Qué has hecho?

Le estalló dentro una rabia tan grande que no fue capaz de sacudírsela del cuerpo y se le quedó anudada a la boca del estómago, tirándola hacia abajo y hacia dentro. Haciéndole vomitar bilis.

Cuando recobró la cordura —quizá solo habían pasado un par de segundos—, creyó despertar de una pesadilla. Pensó que todo era un mal sueño, pero las pruebas seguían ahí, en su ordenador.

Y lo que había en su cabeza, un pensamiento agarrado a una neurona —agazapado, esperando—, salió de allí como por puro milagro. Saltando por las sinapsis, el pensamiento unió un recuerdo con otro recuerdo, enlazó ideas olvidadas y se olvidó de las que recordaba hasta ese momento.

Todo encajaba.

La cabeza de la inspectora jefa Ana Arén hizo clic. Por fin hizo clic.

Temblando, consiguió alcanzar el móvil. Tuvo que hacer acopio de todo su entrenamiento policial para conseguir marcar un número que se sabía de memoria.

Por favor, por favor, por favor, que conteste. Por favor.

Y sí, contestó. Por primera vez desde hacía un par de días no saltó el buzón.

—Hola, por fin hemos terminado. Te iba a llamar ahora mismo —contestó él al otro lado de la línea. Pero como respuesta solo recibió un llanto histérico—. ¿Ana? ¿Ana? ¿Qué te pasa, Ana? ¿Estás bien?

Joan empezó a levantar la voz. Los nervios le hacían chillar.

—Yo, yo... ella... —Ana balbuceaba. Los sollozos no la dejaron seguir.

—Ana, por Dios, cálmate. Cálmate y cuéntame qué pasa. Ana, contéstame, Ana. ¿Llamo a alguien? ¿Necesitas ayuda?

—Ha sido ella —consiguió decir.

—Pero ella, ¿quién? ¿Ella qué? Por favor, Ana, dime qué te pasa.

Joan sabía que los estaban escuchando. Alguien espiaba su llamada. Una persona que escribiría un informe urgente y lo elevaría a alguien de rango superior que juzgaría si el informe seguía subiendo por el escalafón. Pero le daba igual. Ya le daba igual. Que escucharan. Que supieran. Que se metieran. Todo. Él solo quería salir de allí y ayudar a Ana. En ese momento quería traspasar todas las barreras físicas y temporales que le separaban de ella. Estar allí, en Madrid, y no caminando a zancadas, recién salido de un búnker de alta seguridad, en algún lugar que incluso él mismo desconocía.

—Ha sido ella. Todo este tiempo, ha sido ella. Por favor, Joan, ven, por favor, no puedo soportarlo. La asesina es ella. Slenderman no existe. Ven. Ven.

Nada más colgar, el móvil de Ana recibió un mensaje. Era de Pedro, el forense. No hay coincidencias en las pruebas que me diste. ADN sin identificar. Pero he descubierto algo mucho peor. Sé de quién es el pelo femenino que encontramos en el jersey del niño. Por probar algo, lo crucé con otras bases de datos del sistema, las bases restringidas. Y ha dado positivo. Ha dado positivo con el ADN de uno de los familiares de los niños. Llámame antes de que se lo tenga que contar a Ruipérez.

Soy periodista. Sé contar historias. Sé contar historias muy bien. Tengo una habilidad especial —yo no lo llamaría arte— para coger una historia y transformarla en algo que mantenga a los espectadores pegados a la pantalla.

Por eso no sé inventar. Porque siempre tengo las historias ahí, en la calle. Me he acostumbrado a coger la realidad y hacerla bonita. Aunque, pensándolo bien, bonita no sería la palabra exacta, porque la vida que contamos los periodistas no es bonita. Quizá tendría que decir interesante. O llamativa. O fácil de digerir. Se trata de que tu información interese al público. Que quiera más.

Como a toda persona medio famosa, hacía años que las editoriales me perseguían. Escribe, escribe, escribe. Te damos el argumento, me decían algunas. Te damos las ideas que quieras, me decían otras. Te ponemos a un escritor que te ayude, me propusieron también. Yo sabía —para qué nos vamos a engañar— que no me perseguían solo porque supiera contar muy bien las historias, sino porque querían aprovechar la fama que me daba la tele. Para vender más libros, claro. El mercado literario está así de jodido y si eres famoso, vendes más. Da igual lo que hayas escrito.

Así que la tele me daba cierta ventaja. La fama. Iba a ser más fácil promocionar el libro, pero ¿sabría escribirlo? Ellos no tenían dudas. Yo las tenía todas. En televisión escribimos para que alguien nos escuche, nuestros textos son muchas veces trozos de frases que solo consiguen tener el sentido adecuado cuando se dicen en voz alta con el tono y la intención correctos. Pero un libro se escribe para ser leído y sus palabras solo resuenan en la mente del lector. ¿Sería capaz?

Yo tenía una ventaja, además de la fama, y era que estaba acostumbrada a conectar con la audiencia. Quizá también sabría hacerlo a través de un papel.

Se trataba de seguir contando historias con las que identificarse. Dolor que compartir. Miedo que notar recorriendo el espinazo. Una manera de que los lectores —como los espectadores— se sintieran afortunados porque eso que están viendo no les ha pasado a ellos.

Alivio.

Para contar esos relatos yo siempre necesito que hayan sucedido. Me hace falta un hilo del que tirar, me hace falta la realidad, me hacen falta unos protagonistas con una historia.

Y las editoriales persiguiéndome. Sin entenderlo. No sé inventarme una historia. No sé. Les repetía. No sé.

Hasta que Albert se dedicó a poner bombas.

En realidad, hasta que descubrimos que Albert se había dedicado a poner bombas.

La primera explotó en una playa casi inaccesible. De noche. Era prácticamente un petardo, un bluf de bomba, algo que podrían haber hecho dos niños mirando en YouTube. Apenas ocupó diez segundos en los informativos de las cadenas nacionales de televisión, pero fue noticia de

portada durante una semana en los diarios de la zona. Las dos cabeceras de la región competían cada día por un detalle más, un dato más, un sospechoso más. Algo más que venderles a sus lectores sobre esa bomba de la playa que había revolucionado a la comarca.

Poco a poco, la intensidad fue decreciendo. Total, era una bombita, no había pasado nada y ya no había dónde rascar. Todos los detalles se habían contado e incluso los lugareños más entusiastas se aburrieron del tema. Y pasaron a otra cosa. Un caracol extraño que había colonizado parte de los arrozales del Delta fue el siguiente culebrón periodístico del verano.

La provincia vivió un par de semanas tranquilas. Hasta el nuevo bombazo. Ocurrió también de noche y en un risco cercano a un camping, con lo que mucha gente lo oyó. El autor, o autores, habían mejorado su trabajo. Eso sí que era una buena imitación de una bomba. Se habían vuelto algo más atrevidos. Habían perdido el miedo de la primera vez.

Lo que explotó al lado del camping ya no era un petardito, sino un chute en toda regla. Las televisiones nacionales movieron hasta allí a sus unidades móviles y el tema les dio contenido para un par de días. Pero ya. Se acabó. No había de dónde rascar, ni reivindicación de nadie, ni un mal detalle con el que alargar la cobertura. Finito. Los medios locales siguieron más la historia, especialmente el periódico *La Terra Avui*, que tenía una fuente muy buena entre los investigadores y cada día sorprendía a sus lectores con algún detalle desconocido.

Pero esa historia también terminó muriendo.

Hasta el nuevo bombazo. Porque la tercera sí que fue una bomba de verdad. Ocurrió a plena luz del día junto a una autopista muy transitada. La policía dijo que los que la habían colocado —nadie se atrevía a utilizar el término terrorista— querían visibilidad, pero que no pretendían hacer daño a nadie.

La bomba estaba a cincuenta metros de la autopista, en un cortante inaccesible que ni iba ni llevaba a ningún sitio, uno de esos lugares que quedan muertos entre dos mundos cuando los atraviesa una vía de seis carriles y los aísla del resto de la tierra. Como mucho, la explosión acabó con un par de colonias de hormigas y algo de vegetación, aparte de hacer volar por los aires buena parte del montículo. Entonces pensábamos que el autor estaba perfeccionando su técnica, pero no podíamos imaginar que se estaba volviendo más atrevido porque necesitaba más visibilidad.

Dio la maldita casualidad de que en el momento de la explosión pasaba por allí una pareja de rusos recién mudados al sol de España con su coche nuevo. Lo primero que hicieron en el vehículo —un Mercedes tuneado muy del gusto de aquellos nuevos ricos— fue instalarle una cámara frontal y otra transversal, que grababan todo lo que sucedía delante y detrás del coche desde que arrancaba. En Rusia se habían acostumbrado a ellas porque las estafas a los seguros se habían disparado tanto que casi ninguno se hacía cargo de los desperfectos de un vehículo si no había una grabación que demostrara que otro tenía la culpa.

Así que ahí estaban los rusos, circulando por la AP7 con su Mercedes, cuando estalló la tercera bomba. Y ahí estaban sus cámaras, grabando a todo color y en alta definición el momento exacto en que medio cortante saltaba por los aires. ¡Dios! Las imágenes enloquecieron a los editores de televisión. ¡Bum! No había ruido, la cámara no grababa el sonido, pero lo que se veía era tan impactante que no te dabas ni cuenta. Para completar la secuencia, la cámara trasera captó el choque en cadena que se produjo tras la explosión. Sesenta y tres coches rebotando como fichas de dominó. Imposible explicar que no hubiera ningún herido de gravedad.

El éxito definitivo de ese tercer bombazo llegó desde las redes sociales. El cortante de la AP7 entró en las guías del turismo de catástrofes. Miles de personas al día paraban en el chiringuito



de la playa que mejores vistas tenía de la pared y se hacían *selfies* para colgarlos en sus Twitter y Facebook. El Unabomber de Tarragona ya tenía su *trending topic* y sus minutos de fama ganados para las agencias internacionales de televisión.

Aunque el bombazo, el verdadero bombazo, estalló tres días después de la última explosión. Y no nos lo esperábamos.

Nunca se nos habría ocurrido sospechar que fuera Albert el que estaba poniendo esas bombas. Y no nos lo hubiéramos creído si los mossos no lo hubieran pillado con las manos en la masa, literalmente, colocando la cuarta bomba en el espigón del puerto de Salou. Se lo llevaron detenido ante los teléfonos móviles de cientos de turistas.

Lo que hizo sospechar a los mossos, luego lo supimos, fue la ambición de Albert, un joven periodista del diario *La Terra Avui*. Porque al principio podía pasar que alguien le estuviera filtrando información sobre las bombas, cómo estaban colocadas o qué composición tenían. Y que por esa fuente maravillosa Albert consiguiera contar en su periódico más detalles sobre el Unabomber que ningún otro periodista. Al principio no sospecharon de él, ¿quién iba a desconfiar de un periodista bien informado? Pero Albert llevaba poco en el periódico y era difícil que en unos meses hubiera podido trabajarse a una fuente que sabía tanto y que se arriesgaba tanto contándole esas cosas.

Si hubiera sido prudente, quizá habría pasado desapercibido. Pero en la brigada judicial a alguien se le encendió la lucecita. ¿Y si el tipo sabe tanto porque tiene contactos con quien está poniendo las bombas?, pensaron. Montaron un operativo de seguimiento y a los pocos días lo pillaron. Con una bomba que quizá esa vez sí que hubiera matado a alguien.

¿Por qué lo hizo? Por un titular. Por una exclusiva. Por contar lo que otros periodistas no saben. Por dejar con la boca abierta no tanto al público, sino a sus colegas de profesión; primero quiso impresionar a quienes competían con él por la cantidad de espacio que recibía cada uno en el periódico —cuantas más palabras, más importante era tu información—. Después no pudo resistirse a seguir siendo elogiado y envidiado por periodistas de otros medios. Lo que empezó como un petardo inocente en una playa le fue creando adicción. No pudo parar. Como un drogodependiente, Albert cada vez necesitaba más. Más exclusivas. Más portadas. Más reconocimiento.

Fue condenado a diecisiete años de cárcel.

Así que, si un periodista había puesto bombas para conseguir exclusivas, ¿por qué no podía yo crear mi historia para escribir un libro?

Pero ¿qué historia?

Yo estaba especializada en el sufrimiento humano. No me malinterpretéis. Yo sabía contar muy bien el sufrimiento humano y contarlo para que diera pena, pero también alivio. Pena por los que sufrían. Alivio porque no le estaba pasando al espectador.

Mi cerebro tiene una habilidad especial para encontrar las palabras justas que describan el nivel de angustia exacto con el que tocar el corazón de los espectadores. Ni tan dramático que les obligue a no mirar, ni tan suave que no les llame la atención.

Pero un día me bloqueé. Sucedió un par de meses después de la detención de Albert, el periodista que ponía bombas para conseguir exclusivas.

Un niño de cuatro años se había perdido en el bosque. Sus padres estaban pasando el fin de semana con varios amigos en una casa rural, se despistaron un instante y Carlos desapareció. Al principio no se asustaron mucho. No puede ser que no esté, habré mirado mal, piensan siempre los padres. El corazón te sube a la garganta, pero la razón lo baja de un puñetazo. No te alteres, le dices al corazón, aún no, que no pasa nada. Pero das una vuelta a la casa y el niño no aparece. Llamas al resto de los amigos. Os ponéis a gritar su nombre. Cada vez más lejos de esa casa que, maldita la hora, visteis en internet tan solitaria y tan ideal para un retiro de fin de semana con matrimonios amigos y sus hijos.

Yo llegué allí a las diez de la noche, tres horas después de que se hubiera perdido la pista de Carlos y justo antes de que la policía cerrara los accesos a la casa para impedir la entrada de la prensa y los curiosos. Pasé toda la noche con los padres y el resto de las familias que se alojaban allí ese fin de semana. Participé en el operativo de búsqueda y preparé caldo caliente para los voluntarios. Como me conocían de la tele, los padres se agarraban a mí como si fuera una tabla de salvación mágica, alguien que con su sola presencia pudiera hacer posible el milagro de la reaparición de su hijo.

Sería el cansancio o... no lo sé. No sé explicar qué pasó. Pero cuando al día siguiente me dieron paso en directo desde la redacción, expliqué la historia como si estuviera contando que el precio de la bombona de butano ha subido cinco céntimos de euro. Fui incapaz de ponerle sentimiento, de traspasar la pantalla y de llegar al espectador. No supe explicar qué estaría pasando ese niño solo en el bosque, cómo se estaría moviendo, la intensidad de su miedo o las heridas que le estaría haciendo la maleza.

Mi jefe me llamó gritando. ¿Qué coño te pasa? ¿Has visto la mierda de directo que has hecho? Es el temazo del día y tú estás a por uvas. Joder, es un niño perdido, no hay mayor drama que eso, es tu tema, es un tema para que te luzcas, no solo se trata de contar datos, para eso tengo a muchos periodistas aquí. Tú eres especial, sabes transmitir el dolor y sabes lograr que el espectador lo sienta como aliento pegado al cogote. ¡Ponte las pilas, Inés, ponte la pilas!

Y ahí empezó todo. Ahí, en esa bronca, empezó lo que de verdad importa para esta historia. Ahí empezó la muerte de Nicolás.

Porque yo necesitaba a un Nicolás para que me salvara.

Como ya sabéis, lo encontré en un centro comercial. Habéis repasado mil veces cómo se soltó de la mano de su madre y se fue hacia el cohete de Peppa Pig que había en un rincón de la planta cero. En un fallo garrafal de los responsables de seguridad, esa atracción infantil estaba situada en un ángulo muerto para las cámaras y junto a una de las puertas que utilizaba el personal de mantenimiento y servicio para moverse por las tripas del edificio. Allí le perdisteis la pista. Y no volvisteis a saber nada de él hasta que hace unos días apareció su cadáver.

Me costó decidirme. No me valía cualquier niño. Tenía que escoger muy bien. Si no, tantos meses de espera, tanto trabajo, tanto perfeccionar el plan, no servirían de nada.

Vigilé durante un par de tardes. Ninguno de los niños que pasaban por allí me convencía del todo. Los que entraban en el rango de edad, entre cuatro y cinco, eran todos demasiado dependientes aún de sus padres. No me servía un niño que no dejara de llorar y que se hiciera un ovillo en el suelo muerto de miedo. Yo necesitaba acción.

Buscaba a un niño. Con zapatillas de cordones. Si llevan zapatillas de cordones es que ya son mayores, ya son independientes y quieren hacer cosas solos. Los niños con zapatillas de velcro aún son muy pequeños y no servían para mi plan.

Vi a algunos con mucho potencial, pero nunca se despistaban lo suficiente, ni ellos ni sus padres, como para poder llevármelos. Hasta que apareció Nicolás.

Ahí tienes a otro, me dije, mira bien. Su ropa te cuenta que ya es mayor. No es muy alto, pero seguro que tiene cuatro años, quizá cinco. Fíjate cómo se mueve. Qué espabilado.

Y, mira, acaba de soltar la mano de su madre. ¿Qué ha visto? ¿Qué le ha llamado la atención?

Entonces pensé que era mi día de suerte. Tuve miedo, claro, muchísimo miedo. Era el punto de no retorno. Si lo hacía, ya no podría echarme atrás. Pero sabía que Nicolás era perfecto. Fue como un flechazo. Sabía que si no iba a por él, tardaría mucho tiempo en encontrar a otro igual.

Ese niño iba a ser mi salvación.

Empezaba el juego.

Y esta vez, de verdad.

¿Cómo lo hice? Fácil. Seguro que alguna vez os ha llegado por WhatsApp o Facebook un mensaje alertando de que en tal centro comercial han pillado a un pederasta poniéndole una peluca y un vestido a un niño en el baño para sacarlo de ahí como si fuera una chica, sin levantar sospechas, y que gracias a que habían cerrado todas las puertas de salida pudieron atrapar a tiempo al secuestrador. Siempre nos reímos. Bulos. Información falsa. No le hagáis caso, nos dice la policía en Twitter. No tengáis miedo. Precaución sí, miedo no.

Pero yo lo hice así. No hay mejor manera de esconder algo que a la vista de todos, ¿no? Le enseñé una moneda a Nicolás para atraerlo al cohete. La puerta para subir a la máquina quedaba un poco escorada hacia la pared y si se acercaba lo suficiente podría meterlo en la zona de servicio. Lo adormecí con medio Orfidal que le metí bajo la lengua. Le puse una peluca rubia y un vestido de niña y lo subí a un carrito de tijera. Lo saqué de allí por la zona izquierda del centro comercial, en la zona de empleados, tras los baños, donde no hay cámaras. Nadie se fijó en mí, pero me puse peluca, lentillas azules y ropa muy ancha con relleno por si alguien daba mi descripción o me captaba alguna cámara.

¿Para qué quería a Nicolás?

Para poder escribir mi libro.

Nicolás iba a ser el protagonista de mi libro. Quería contar la historia de un niño que se pierde en un bosque y que pasa varios días solo a la intemperie. ¿Cómo actúa? ¿Qué siente? ¿Qué come? ¿Dónde se echa a dormir? ¿Qué grita? ¿Cuándo llora? Dicen que los niños son supervivientes natos, porque están más cerca de nuestro yo animal que los adultos. Por eso necesitaba observar qué hacía Nicolás. Para después poder escribirlo.

Lo dejé suelto en el monte del Pilar, aprovechando el mes en el que estaba cerrado al público porque habían encontrado una plaga de una oruga en los pinos y no tenían claro si el ser humano ayudaba a propagar una infección que podía terminar con las ochocientas hectáreas de pinar.

Nadie podía entrar ni salir. Y nadie lo hacía, porque las autoridades difundieron el rumor de que las orugas eran tóxicas para los visitantes. Eso me aseguraba privacidad absoluta.

La idea era observar a Nicolás durante tres o cuatro días. Dejarle agua y comida a su lado, mientras dormía, para que no desfalleciera.

¿Qué creíais? ¿Que me inventé *Un bosque espeso*? El libro que rompió los récords de ventas en España era, en realidad, la historia de cómo Nicolás vivió esos días en el bosque, pero cuando se publicó... bueno, ya lo sabéis, todos pensaron que era la historia de Carlos, el pequeño que había pasado veinticuatro horas perdido en un bosque de la sierra de Madrid meses antes.

Lo fui observando con un dron, con el que lo seguía e iba grabando todas sus reacciones. Yo también viví en el bosque esos tres días. Me llevé un saco de dormir y provisiones y me instalé en una tienda de campaña en el centro del pinar. Por la noche, antes de destruir las imágenes, las visionaba y tomaba notas de cada gesto del chico.

En algún momento tuve dudas, claro. Cuando lloraba mucho o cuando decía que tenía miedo y llamaba desesperado a sus padres. Pero todo eso ya lo tenéis en el libro. Media España ha leído cómo vivió Nicolás esos días.

¿Cómo pudo llegar un cabello de Nori hasta el jersey con el que se encontró el cadáver? Creo que esa duda también puedo aclararla.

El día en el que decidí devolver a Nicolás porque ya tenía suficiente material para el libro no quise correr riesgos. Esperé a la noche, me puse una máscara y mientras estaba dormido le abrí la boca y le metí tres somníferos bajo la lengua. Lo cargué en brazos hasta la salida más próxima, para llevarlo en coche hasta el otro extremo del bosque y que fuera creíble que se había perdido solo. Quería dejarlo junto a un tramo de la valla en el que hay viviendas y que así lo encontraran enseguida, al amanecer.

Pero en cuanto lo metí en el maletero apareció Nori. Nori y su puta manía de correr en cuanto saliera de su turno, aunque fueran las tantas de la madrugada. Venía por el camino que iba paralelo a la valla del bosque. No podía esconderme. Afortunadamente, yo lo había visto antes que él a mí, así que tenía ventaja. Me apoyé contra la verja y me puse a llorar con la cabeza entre las manos. Noté cómo desaceleraba el paso. Se paró ante mí.

—Señora, ¿le pasa algo? —Levanté la cabeza. Tendríais que haber visto su cara. Como si se le hubieran aparecido la Virgen de las Angustias y media docena de angelitos celestiales. Con alas y todo—. ¿Inés? ¿Inés? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa? —dijo, alargando tímidamente la mano hacia mí.

Yo seguí llorando mientras intentaba pensar en algo. Y me abraza a él para impedir que siguiera preguntando. Era policía, iba a darse cuenta. Yo solo podía pensar que Nori iba a darse cuenta. Pero mis lágrimas no eran del todo fingidas. Allí, en sus brazos, lloré todo el arrepentimiento acumulado por haberle hecho aquello a un niño pequeño. Hasta ese momento no fui consciente de verdad de lo que acababa de hacer.

—Estoy tan sola sin Pablo —terminé contándole—, tan sola, que no puedo dormir, y salgo a pasear y me desespero.

Pablo estaba pasando el verano en casa de su padre, en Estados Unidos. Era la primera vez que me separaba de él, así que esperaba que mi excusa resultara creíble. Empecé a temblar. De miedo. De frío. De arrepentimiento.

—¿Ese es tu coche? —me preguntó.

Yo pensé que me estaba acusando, que se había olido algo. Mierda. Si estamos al lado de mi casa, ¿para qué he cogido el coche? Venga, piensa rápido, venga.

—Conducir me relaja —sollozo—. Quería entrar a pasear al bosque por la puerta de Pozuelo —sollozo—, pero en cuanto salí del garaje me acordé —sollozo— de que el bosque está cerrado por la plaga de la oruga. Así que lo he dejado aquí y me he puesto a caminar por este sendero.

—Venga, vamos al coche, que entres en calor. Ha refrescado mucho esta noche.

Era cierto. Estábamos en junio, pero los termómetros habían bajado hasta los doce grados.

—No, de verdad, no hace falta, al coche no. —Al coche no, por Dios, que Nicolás estaba en el maletero, completamente sedado, pero no quería correr ningún riesgo.

Y lo besé. Juro que no sabía qué hacer, así que lo besé. Terminamos echando un polvo apoyados en el mismo maletero del coche en el que estaba el niño. Nori tuvo a Nicolás a solo unos centímetros de distancia. Madre mía. No sabéis cómo fue. El mejor polvo que he echado en la vida. Toda la tensión y los nervios y el miedo se canalizaron hasta un orgasmo explosivo.

Nunca más volvimos a hablar de ello.

Supongo que por eso encontrasteis un cabello de Nori en el jersey. Lo debí de transferir yo.

Cuando estuve segura de que Nori se había ido, arranqué el coche y seguí el plan, aún con el cuerpo temblándome de miedo y placer. Dejé a Nicolás en el otro extremo del bosque, a varios kilómetros de allí, esperando que alguien lo encontrara a la mañana siguiente. No sé si murió esa noche. Quizá le di demasiados somníferos para lo débil que estaba tras cuatro días solo en el bosque. No lo sé, de verdad. Cuando yo lo dejé, estaba vivo.

Esperé durante días y días a que alguien dijera algo. Escrutaba cada teletipo y cada tuit. Buscaba en Google. Y nada. Ni una noticia del niño perdido y encontrado. Me desesperé.

Debió de encontrarlo el hombre al que habéis detenido, el tal Ricardo, que parece que tiene problemas psicológicos de algún tipo. Y no sé por qué extraña locura se lo debió de llevar a la casa abandonada, donde lo ha tenido todo ese tiempo. ¿Os habéis planteado que quizá secuestró a Kike para que le hiciera compañía a su amigo?

No hay segundo del día en el que no piense en lo que he hecho.

Fue un accidente. Yo no quería matar a ese niño. Yo solo quería contar una historia.

No me miréis así. Yo también he perdido a un hijo.

No soy un monstruo.

## **NOTA DEL EDITOR**

Inés Grau escribió este libro desde prisión, mientras esperaba el juicio por el secuestro y muerte de Nicolás. Ha batido todos los récords, con más de un millón de ejemplares vendidos en España y doce millones en el extranjero. Un famoso director de cine de Hollywood ha comprado los derechos para llevar la historia a la gran pantalla.

Ya trabaja en una tercera novela sobre su experiencia en la cárcel.

## AGRADECIMIENTOS

Hacer creíble a Ana Arén como inspectora jefa de la Policía Nacional fue un trabajo al que me ayudaron tres buenos amigos —tres grandes agentes enamorados de su profesión— que generosamente me han regalado lo que han vivido y aprendido en todos sus años de servicio en el Cuerpo Nacional de Policía. Esther, Charini y Juan han sido mi comando particular, dispuestos a resolver mis dudas a medida que iba avanzando la novela. ¿En qué brigada puede trabajar Ana Arén si se encarga de desapariciones de niños? ¿Es inspector jefe o inspectora jefa? ¿Dónde se pone la ropa del fallecido en una autopsia? ¿A qué huele un cadáver? ¿Cuánto tiempo tardan en salir gusanos de un cuerpo?

Berna, mi marido fue mi primer lector del texto —fiel y crítico— a medida que iba escribiéndolo. Cuando le envié el final —nunca le dije cómo acababa la historia, para no estropearle la intriga—, estaba de viaje. Se quedó hasta la madrugada despierto, leyendo. Nunca olvidaré el mensaje que me mandó al terminar: «Estoy orgulloso de ti».

Con África Silvelo y su marido, Javier Rodríguez Lázaro, fui testando las partes de la historia que mejor funcionaban. Tenía dudas sobre el encaje del pasado familiar de Ana, pero a Javier le fascinó. «Quiero más», me dijo.

Cuando terminé *No soy un monstruo* me sentí perdida. ¿Es buena? ¿Funciona el final? ¿Fluye la trama? ¿Se encalla en alguna parte? Tras dejarla reposar un tiempo, le pedí a tres buenas amigas que la leyeran. No puedo agradecerlos las alas que me habéis dado, Yolanda Aguilar, Eva Tribiño y Esther Barriga. No me hubiera atrevido a volar sin vuestro cariño y entusiasmo.

Pero faltaba una última pieza. Alguien que viera los engranajes. Que supiera decirme si la tramoya funcionaba. Un escritor. Le mandé el texto a Carmen Posadas. «Dame dos semanas para leerlo», me contestó. No me dio tiempo ni a ponerme nerviosa. Diez días después me mandó un largo correo electrónico que me hizo llorar. Nunca te lo podré agradecer lo suficiente, Carmen.

En el trayecto hasta el libro que tienes en tus manos me reencontré con una buena amiga, Laura Santaflorientina, reconvertida en agente editorial, y a su socia, Palmira Márquez. Gracias infinitas a las dos por hacerme tan fácil este viaje a territorio desconocido.

Un viaje con los mejores avalistas que un escritor podía tener, el jurado del Premio Primavera. Gracias a Carme Riera, Ana Rosa Semprún, Antonio Soler, Fernando Rodríguez-Lafuente y Ramón Pernas por todas las cosas maravillosas que habéis dicho de este libro. Gracias por enamoraros de esta novela y por vuestro cariño y entusiasmo con el texto. Nunca podré olvidarlo.

El último empujón a *No soy un monstruo* lo ha dado el magnífico equipo de Espasa y Planeta, que han puesto toda su pasión y saber hacer. El entusiasmo de Carles Revés y Myriam Galaz me ha terminado de quitar todos los miedos. El trabajo (a contrarreloj) de David Cebrián y su equipo

de comunicación no podía ser mejor. Y la magnífica portada de Ferran López que pone el broche de oro a la novela.

Gracias también a otras personas que me ayudaron con información vital para la trama.

A mi amigo, el periodista e historiador Xavier Riera, que me ilustró sobre la Barcelona romana y medieval, para localizar y ambientar la casa en la que vivió Ana Arén de pequeña.

Al doctor Julio Mayol, Director Médico y de Innovación del Hospital Clínico San Carlos y Codirector del Consorcio Madrid-MIT MVision, a través del cual conocí el proyecto NeuroQWERTY, que investiga la detección precoz del Parkinson en la manera en la que tecleamos. Gracias, Julio, por tu generosidad. Por favor, ayudad a la investigación dejando que estudien de manera anónima vuestra huella de teclado en [www.neuroqwerty.com/es](http://www.neuroqwerty.com/es).

Y a RENFE por los datos técnicos del AVE. A su jefa de comunicación, Elisa Carcelén Peña, que me puso en contacto con el ingeniero Juan Carlos Luna, quien, pacientemente, contestó a mis preguntas sobre ruedas, fricción y ejes de los trenes de alta velocidad españoles.

Gracias también a las personas a las que les confié esta historia antes de que fuera el libro que tenéis entre las manos. Xavi, Silvia, Dolores, Alba, Paolo, Patricia, Paloma, Pepa, Olga. A mi madre y a mi hermano Xavi.

Y siempre, en todas partes, gracias a la música. Necesitaba sentir el miedo, la angustia, el vértigo, la desesperación, la rabia y el vacío que destroza a los personajes. Algunas de las escenas más duras de este libro las escribí escuchando en bucle la prodigiosa versión que Sílvia Pérez Cruz hace de *L'Hymne de l'Amour*. Para el resto de la trama —y para tantas otras cosas en la vida— Bruce Springsteen. Siempre.

La última parte la escribes tú, querido lector. Gracias por confiar en esta novela. Gracias por comprar literatura, por leer, por regalar, por compartir. Ahora *No soy un monstruo* está en tus manos.





**Carme Chaparro** nació en Salamanca, España en 1973. Licenciada en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona (1996).

Comenzó su carrera profesional como redactora de los programas de TV3, Ciutadans (premio Ondas), Generació X y Les coses com són, ahora se dedica a escribir en blogs en yahoo. Realizó reportajes para el suplemento dominical de La Vanguardia. Fue redactora de los servicios informativos de la Cadena Ser en Tarragona y después jefa de redacción de la revista Zona Alta. Directora y presentadora del programa 39 punts de vida de BTV. Directora y conductora del magacín de fin de semana De nou a nou en Ràdio L'Hospitalet.

A partir de enero de 1997 pasó a la redacción de Informativos Telecinco en Cataluña. Un año después, en 1998, se convirtió en presentadora y editora de Informativos Telecinco Cataluña, en horario matinal y mediodía. Presentó programas especiales como los electorales y otros grandes acontecimientos y fue moderadora de los debates de política en las elecciones autonómicas.

Desde septiembre de 2001 presentó Informativos Telecinco 14:30 y, a partir de septiembre de 2004, se convirtió en la presentadora y coeditora de Informativos Telecinco Fin de Semana. También ha sido conductora de programas especiales como los dedicados a la muerte de Juan Pablo II, los atentados del 11-M y el de T4 de Barajas, el Gran Premio de Fórmula 1 de Montmeló, la Boda real entre Felipe de Borbón y Letizia Ortiz y especiales electorales.

Desde el 9 de enero de 2017, tras 12 años en Informativos Telecinco Fin de Semana, pasa a presentar Noticias Cuatro, de lunes a viernes, sustituyendo a Marta Fernández.

Además, es miembro del Club de las 25, colaboradora en la revista Yo Dona, tertuliana de Punto Radio, colaboradora de la revista Mujer Hoy y 'coach' de cursos para portavoces empresariales.

"No soy un monstruo" (2017) es su primera novela, con la que obtuvo el Premio Primavera de Novela 2017

## *No soy un monstruo*

Carme Chaparro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2017

© de la imagen de la portada, Whitney Justensen/Arcangel, 2017

© Carme Chaparro Martínez, 2017

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-670-4969-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)